

EL LIBRO EN MOVIMIENTO

LA POLÍTICA AUTÓNOMA Y LA CIUDAD LETRADA SUBTERRÁNEA

Magalí Rabasa

Traducción: Ezequiel Gatto



tinta
limón
-EDICIONES-

TRENENMOVIMIENTO

SENTIDOS DEL LIBRO



Magalí Rabasa se doctoró en estudios culturales y estudios feministas en la Universidad de California-Davis y es profesora en Lewis & Clark College. Lleva casi veinte años trabajando con movimientos anticapitalistas y proyectos de medios alternativos en las Américas, en particular en México y California. Vive en Portland, Oregon, EEUU con su compañero y sus dos hijas.

Sentidos del libro invita a discutir y reflexionar sobre los múltiples usos de la palabra escrita. Abarcando proyectos editoriales cargados de implicancias político-culturales, se extiende hacia la amplia cultura del impreso y aquellas categorías que nos permiten hoy pensar el universo del libro, sus transformaciones y las prácticas que lo atraviesan.

El libro en movimiento

La política autónoma y la ciudad letrada subterránea



El libro en movimiento

La política autónoma y la ciudad letrada subterránea

Magalí Rabasa

Traducción: Ezequiel Gatto

TRENENMOVIMIENTO
SENTIDOS DEL LIBRO

 tinta limón
- EDICIONES -

Rabasa, Magalí

El libro en movimiento : la política autónoma y la ciudad letrada subterránea / Magalí Rabasa. - 1a ed. - Temperley : Tren en Movimiento ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2020.

256 p. ; 22 x 14 cm. - (Sentidos del libro)

Traducción de: Ezequiel Gatto.

ISBN 978-987-3789-54-0

1. Movimiento Político. 2. Historia de la Cultura. I. Gatto, Ezequiel, trad. II. Título.

CDD 002.09

The Book in Movement. Autonomous Politics & the Lettered City Underground

© University of Pittsburgh Press, 2019

© Magalí Rabasa

Primera edición en español: mayo 2021

© Traducción de Ezequiel Gatto

© TINTA LIMÓN

www.tintalimon.com.ar

tintalimon@gmail.com

© TREN EN MOVIMIENTO

www.trenenmovimiento.com.ar

trenenmovimiento@gmail.com

Las fotografías de este libro han sido tomadas por la autora, excepto en página 4, fotografía de Caro Lagos C.

En portada: FLI(A) en el estacionamiento de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires), fotografía de SubCooperativa de fotógrafxs.

Se publica bajo una licencia CC BY-NC-ND 4.0

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional



Impreso en América Latina

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prólogo

“Un mapa hecho de libros”, con esta bella imagen empieza *El libro en movimiento*. Quienes nos interesamos por la práctica editorial y por sus genealogías, y por los modos de hacer pensando, siendo nosotrxs mismxs editorxs, entendemos que la edición contemporánea genera instancias de reflexión, de vueltas sobre nuestro propio hacer. En la pregunta por qué envíos y reenvíos existen entre los modos de pensar el libro de antes y después de la pequeña revuelta editorial de los últimos veinte años, los aportes se han manifestado más desde el campo académico específico en formación que desde los movimientos sociales o desde los propios actores del libro. Es el caso de la idea de *libro orgánico* o *libro red* que propone Magalí Rabasa, que expresa bien un conjunto de prácticas en las que estuvimos activas las editoriales que damos a conocer en castellano esta investigación, y que nos introduce en una conversación a propósito de cuál es la proyección que tienen las denominadas editoriales independientes y alternativas en la escena político-cultural.

Magalí nos visitó en Buenos Aires en 2011 siguiendo un rastro desde México. Buscaba un tipo de edición militante no profesional, de movimiento, que compartía rasgos característicos con las formas organizativas que había adoptado la lucha contra el neoliberalismo en América Latina. En Argentina, el 2001 había dejado como legado la autogestión de las más diversas prácticas como supervivencia y modo de politización: los emprendimientos productivos de las organizaciones de desocupados, las ferias de todo tipo, las compras colectivas, el trueque, las fábricas recuperadas, las asambleas barriales. Heredera postrera y porteña de esa historia era la Feria del Libro Independiente y autogestiva (“FLIa”, donde la “a” podía significar muchas cosas, entre ellas “amorosa”, “anarquista”, “alternativa” o “autónoma”) que, impulsada desde 2006 por escritotrxs (y unas pocas editoriales), años después logró reunir en un mismo espacio a un universo amplio de editoriales que también venían atravesadas —y atravesando— de diferentes modos por la crisis.

En Buenos Aires, la FLIa era el espacio ideal para el trabajo que estaba haciendo Magalí. Mientras estuvo por acá fue una activa organizadora que propició algunas reuniones entre proyectos editoriales, formó parte de la feria y transformó las entrevistas en una invitación a repasar nuestra historia y organizar algunas ideas sobre lo que hacíamos, algo que, en general, se suele postergar.

Pasaron desde entonces casi diez años. Mirarlos a la luz del enfoque propuesto por Magalí nos puede ser útil para saldar cuentas con la tendencia que finalmente se impuso sobre aquel conjunto de prácticas, para atravesar la marca “Editoriales Independientes” en tanto que organizadora de una parte importante del campo de la edición y publicación de libros (que persiste notablemente en el registro del sector del libro en su conjunto), para intentar rescatar los elementos que este enfoque subordinó en función de la imagen del emprendedor adaptado a las reglas del mercado de las industrias culturales. Y al mismo tiempo, para señalar las limitaciones que la edición militante tuvo para crear espacios colectivos, para crecer y fortalecerse.

Fue en el altílo de la Cazona de Flores donde se reunió por iniciativa de Magalí un grupo heterogéneo de proyectos: desde autores que se autoeditaban, pasando por colectivos políticos que publicaban sus producciones, hasta iniciativas que se proponían ser propiamente una editorial. Era el arco que aglutinaba en ese tiempo cada nueva edición de la FLIa. El objetivo de la reunión era lograr que las editoriales argentinas participaran de una feria en Santiago de Chile motorizada por la editorial trasandina Quimantú, un proyecto militante que retomaba el nombre de la editorial fundada en tiempos de la Unidad Popular. En un momento de aquella reunión, el compañero que asistía por Quimantú tomó la palabra y manifestó que, en tanto que ellos se definían como socialistas y construían sus propios canales de circulación de libros por fuera del mercado, las librerías, con sus precios inaccesibles, no eran una opción para un proyecto de edición militante. La consigna para ellos era: precio del libro barato y espacios alternativos.

Quitando la palabra “socialismo” y reemplazándola por “alternativo”, la idea era completamente afín al espíritu de la FLIa (y puede leerse bien expresada en la cita del texto “Por un libro genérico” de Guillermo de Pósfay que toma Magalí en estas páginas). En general, con sus matices, el concepto central que la sustenta es dominante en el espacio de la edición independiente y alternativa: la preeminencia (más o menos relativa) del

valor de uso por sobre el valor de cambio; es decir, que es más importante el texto que preparamos y ponemos a circular, y el propio proceso de producción del libro, por sobre cualquier otro cálculo económico.

Pero para esa fecha, las editoriales surgidas en Argentina después de 2001, que se habían formado y aprendido a producir en tiempos de crisis, tenían que pensar también en su reproducción. Su emergencia daba cuenta de una producción discursiva, matérica, que no tenía cabida en el campo editorial como era hasta ese momento. Una producción que fue encontrando un campo de recepción que la fue nutriendo y se fue expandiendo. Emergía una comunidad lectora nueva. Era indispensable tener una distribución en librerías, aprender a poner un precio que pagara el trabajo de edición además de la imprenta, atender a la confección del objeto (su diseño y adecuada impresión), planificar, hacer prensa, etc., etc. El compañero chileno había puesto en términos radicales la discusión sobre la pertinencia del libro como herramienta política. En este sentido, aquella reunión expresó un dilema y un desencuentro que iba a estar presente en la edición militante en los años siguientes.

En la FLIa se encontraban todo tipo de editoriales. La política del encuentro tan propia de la crisis se hacía carne en los campamentos de la feria, donde el precio de los objetos era mínimo, porque no había costos de estructura: la feria era hecha por los autores/editores. No lo sabíamos en ese momento, pero la FLIa estaba en crisis. Era una feria de escritores que se autoeditaban y de agitadores culturales que usaban los impresos entre otros lenguajes, y que se proponían copar espacios públicos para expresar sus ideas (y sus formas de estar). Había crecido tanto que atrajo también a las editoriales, un campo en formación con necesidades específicas.

Pero, ¿por qué pensar en ese “socialismo editorial” producía cierta cerrazón? Sabíamos que nuestros proyectos para reproducirse no podían respaldarse solo en el mercado y por lo tanto necesitaban sostener y (re) crear alianzas más allá de las reglas del circuito del libro. Entre las alianzas, el ecosistema de librerías (argentinas) y la ley de precio único de venta al público que lo apuntala tenían un rol central, por lo que necesariamente no había dos circuitos opuestos, sino más bien la posibilidad de respaldar los proyectos editoriales alternativos en una parte del circuito comercial. En este sentido, el mercado del libro orgánico revisitado por Magalí es una pista para avanzar en una necesaria conceptualización de lo mercantil en el ámbito de la militancia editorial. Nos devuelve a un momento

importante: sin poder transformar el espacio de encuentro que había sido la FLIa, y sin claridad sobre los desafíos que se nos planteaban, una parte del vasto campo de la edición alternativa abandonó las premisas de la crisis y adoptó explícita o implícitamente el discurso del emprendedurismo y la economía aspiracional. Se instaló la jerarquización de una figura (“el editor”), su genio y sus saberes específicos (lo cual lo acerca al empresario y lo aleja del trabajador) por sobre dinámicas más abiertas que habían dado origen al fenómeno de las editoriales independientes.

Si algo caracteriza la edición contemporánea del amplio espectro que se reconoce dentro de lo independiente es una nueva subjetividad editorial, una forma de entender la práctica de la edición que no está completamente —¡no completamente!— modelada ni modulada por la subjetividad neoliberal. Está en tensión, juega con lo que ella misma concede, con los puntos de fuga, con las reglas del mercado de los bienes simbólicos. Y al mismo tiempo no condensa enteramente ni una imaginación anti jerárquica, ni por completo emancipatoria. No es enteramente “radical”, en ese sentido.

Y no lo es seguramente porque dentro de la zona de lo que percibimos como editoriales independientes conviven muchas formas de acercarse a la práctica y de pensarse como editorxs. Pero en tanto “horizonte de deseo” (horizonte, justamente, en movimiento), una parte importante del hacer editorial (pero claramente no toda aquella editorial autopercibida “independiente”) aspira, como bien enseña Magalí, a correr con la corriente del flujo de luchas populares, emancipatorias.

Y allí también se abre la pregunta por la economía de una producción de libros alternativa y de pequeña escala. ¿Qué pasa si vemos este conjunto a la luz de *El libro en movimiento*?

Mientras la retórica del nicho y el emprendedurismo recompone la subjetividad neoliberal y la extracción de valor de una práctica que a veces se le hace inasible (por ejemplo por falta de volumen, por “no profesionalización”, etc.), Magalí se pregunta: “¿por qué había (en este continente) jóvenes retomando el oficio histórico de la producción e impresión de libros como parte de una praxis política autónoma en la era tecnológicamente avanzada de principios del siglo XXI?”. También incorpora la pregunta por cómo están hechos los libros. Las prácticas del hacer le dan sentido: “utilidad”. La puesta en acto (de la imaginación) del taller del libro orgánico lo vuelve ilimitado: deseo y producción en

formas objeto libro que no empiezan ni terminan en sí mismas: “siempre está conectado a otros libros, otros objetos, otros espacios, otros actores”.

En términos estrictos podríamos pensar: se es o no “independiente” en la producción editorial en relación con el Estado, con las organizaciones políticas, en relación al origen del capital del emprendimiento, en relación a las demás actividades económicas de la empresa —si es que estas existen—, etc., etc. Por eso “independiente” y “autogestivo” son términos que sirven pero que no definen fronteras tajantes. La cuestión es si es posible pensarse más allá de los límites de la subjetividad neoliberal, de sus modos de rearticular la vida. La experiencia. Eso es precisamente lo que el libro de Magalí mapeó. Trabajamos para subvertir, trabajamos para alejarnos del dominio del capital. O al menos de su horizonte. Es cierto, la imaginación autogestiva florece en tiempos de crisis. Y sostener el tipo de relaciones que produce, pasado lo peor de la tormenta, es desafiante. Cuando eso no sucede, no es menos cierto que el sustrato de las prácticas autonómicas se enriquece. El libro orgánico (objeto político-matérico hecho de relaciones) ya creó sentidos: “el libro orgánico es un concepto que es también un objeto que es también una práctica”.

¿Cómo llamar a estas editoriales (que somos y las por venir)? ¿No habría que pensarse como editoriales públicas (o de los comunes), y entonces proyectarnos en serie con las editoriales universitarias, municipales y provinciales? ¿No habría que tomar con determinación la cuestión de los derechos de autor, ser creativos a la hora de idear tratos/contratos y encontrar así formas de reconocer todos los trabajos involucrados en el proceso de publicación? ¿Resaltar nuestro rol como productores y difusores de conocimiento, y en este sentido, respaldarnos en el sistema educativo? Asociarnos a los movimientos sociales, dicho esto en un sentido amplio, no estructurado, es clave. Y un criterio tiene que ser ver a las editoriales como espacios de formación. Donde trabajar implique aprender. La transmisión de un oficio hace que nos capitalicemos y ganemos en autonomía.

Hay mucho campo para resolver estos desafíos con imaginación. Pero en las posibles respuestas no tiene por qué haber novedad estricta. Muchas prácticas de dinámicas autonómicas hunden sus raíces en un siglo largo de producciones autogestivas de tradiciones emancipatorias: hay rastros genealógicos de las formas del “financiamiento colectivo” en los métodos de la economía informal con los cuales se financiaban las

publicaciones anarquistas de comienzos del siglo xx, o en los modos de sociabilidad compartidos en las prácticas afectivas de los y las poetas de los años 60 o 70, y en la inmediatez de la producción gráfica del fanzine y principalmente en la forma “feria” como cónclave situacional, modo de comercio e intercambio que más tiene que ver con la historia de la venta ambulante que con los depósitos inteligentes tecnificados de las empresas de logística. Lo que pudo ser anecdótico ayer, hoy es constitutivo y complementario de nuestras economías del libro.

Hoy se rearticulan aquellos signos, mientras pulsamos aquella primera idea de mercado, y una parte del campo editorial intenta potenciar el sentido de los acontecimientos señalado por las editoras e investigadoras Marilina Winik y Natalia Ortiz Maldonado (2019), manifestada, por ejemplo, en la potente y compleja articulación entre campo editorial y feminismos en los últimos años (activismos que produjeron un verdadero “desplazamiento en las coordenadas de ese campo complejo al que llamamos cultura”). Hay ahí una posible respuesta al “para qué” publicamos, entre procesos de democratización del saber editorial y la edición imperfecta: el hacer libros (o azucar el fuego), también como un movimiento social en sí.

Andrés Bracony y Alejandro Schmied

Agradecimientos

Este libro es producto de más de una década de diálogos y proyectos colectivos con compas y colegas de (y en) distintas partes de las Américas. No hubiera sido posible sin la tremenda generosidad, apertura, energía y compañerismo de todos los colectivos, escritores y editoriales que me invitaron a sus casas y talleres, y con quienes compartí el espacio rebelde de la calle. Muchas gracias. Un agradecimiento especial para quienes ayudaron a que *El libro en movimiento* pudiera viajar y moverse por el continente, cruzando fronteras territoriales y lingüísticas, compartiendo los ritmos de los libros compañeros cuyas historias se encuentran aquí: Nancy Piñeiro, Andrés Bracony, Alejandro Schmied y Ezequiel Gatto. Agradezco profundamente a todas la relaciones que hicieron posible este libro, en México, Bolivia, Chile, Argentina, y también aquí en los EEUU.

INTRODUCCIÓN

El libro orgánico en el “continente en movimiento”

Todavía había luz afuera, era de tarde, y la fila se alargaba por la acera. Cientos de jóvenes, la mayoría adolescentes que venían de los barrios obreros de la periferia de la ciudad, habían combinado de alguna manera la caminata, el ómnibus y el metro para llegar hasta la Colonia Roma, en el centro de la ciudad de México, para presenciar un show de hip hop. La entrada al recital, una persiana metálica no más ancha que cualquier otro frente de los negocios de la cuadra, estaba atestada de gente esperando pagar sus cien pesos para entrar. Un “laboratorio de culturas subterráneas”, el Multiforo Alicia es un sitio legendario para la escena rock y punk underground mexicana con una identidad política abiertamente radical.¹ Toma su nombre de *Alicia en el país de las maravillas* con el gato de Cheshire como logo. Mientras iba siendo empujada hacia la entrada y hacia arriba por las angostas escaleras que llevan al auditorio principal me sentía como en un viaje invertido “desde el fondo del agujero del conejo hacia arriba”, y mis sentidos se perturbaban en la abrupta transición de la luz diurna a la oscuridad, apenas iluminada por unas luces negras apuntadas a un mural grafitado que cubría una pared completa. Durante las próximas tres horas el espacio vibró con la

1. Por ejemplo, el Multiforo Alicia ha mantenido desde su apertura vínculos estrechos con el zapatismo, y durante muchos años, además de los recitales y eventos culturales, alojó reuniones semanales del FZLN (Frente Zapatista de Liberación Nacional). El Alicia es descrito así: “Un espacio para los jóvenes —los grandes olvidados de este país— y los no tan jóvenes pero con un espíritu rebelde. Porque nos sentimos zapatistas de corazón y compartimos con nuestros hermanos el sueño por un México más justo, democrático y digno”. En una entrevista con el Colectivo Situaciones, Ignacio Pineda, fundador del Alicia, dijo: “El Alicia como espacio es parte del zapatismo aunque yo no me he afiliado, nunca me he ido a inscribir a ningún lado” (Colectivo Situaciones, 2005: 235).

energía de cientos de cuerpos amuchados en ese espacio caliente, manos al aire (muchas sosteniendo teléfonos con cámara) mientras los jóvenes fans recitaban las letras, aprendidas de memoria, de todas y cada una de las canciones y rapeos. El recital terminó temprano, los organizadores lo habían resuelto así para asegurarse de que los jóvenes fans pudieran llegar a sus casas antes de que el metro cerrara sus puertas, a la medianoche. Mientras me dirigía hacia la calle, me detuve en el puesto de *merchandising* donde lo más vendido no era un cd o una camiseta sino un libro.

La tapa del pequeño libro, *ImaRginación* de Aldo Villegas (conocido como Bocafloja),² muestra un grafiti muy conocido que se le atribuye a Banksy, “Kid Cowboy Brick Wall”, sobre un fondo gris-verde curtido. Considerado uno de los pioneros del hip hop under en México, las colaboraciones de Bocafloja con artistas de toda América le han hecho ganar seguidores en todo el mundo. Había conocido a Bocafloja el año anterior en Chiapas, durante el tour que promocionó *El manual de la otredad*, su disco producido de manera independiente. En la intro³ al álbum, Bocafloja anuncia que ese “manual de la otredad en este tiempo posmoderno” refleja “debate personal conmigo mismo” (Bocafloja, 2007). El resto del álbum, como mucha de su discografía, está cargado de referencias a intelectuales del Sur Global, así que no me sorprendí cuando me dijo que estaba planeando publicar un manuscrito. Pero en ese momento no tenía idea de que su libro iba a terminar involucrándome en redes de escritores, editoriales y movimientos autónomos que acabarían siendo el foco de este libro. Comienzo con esta historia porque me sumergí por primera vez en los mundos subterráneos de los libros a través de las redes que me abrió en la ciudad de México el libro de Bocafloja. Durante los cuatro años siguientes viajé cada vez más al sur, siguiendo un mapa que iba apareciendo a medida que me movía a través del continente: un mapa hecho de libros.

2. Combinación de “imaginación” y “marginalización”. Uno de los poemas del libro concluye con el postulado: “soy un producto de tu imaRginación” (Bocafloja, 2008).

3. Funcionando de algún modo como apertura, las “intros” son una convención estilística propia de las estructuras de los álbumes de hip hop. Por lo general son montajes cortos y algo abstractos de elementos que participan del álbum, ya sean temas o fragmentos sonoros. Muchos álbumes, incluyendo el de Bocafloja, también incluyen “outros” como track final.

El libro en movimiento trata del libro impreso en redes de movimientos autónomos que en la actualidad zigzaguean a lo largo y ancho de Latinoamérica. Sigue las prácticas de producción y distribución de redes subterráneas de editoriales alternativas que acompañan esos movimientos a medida que crean y diseminan un nuevo cuerpo de teoría política articulado por y con la generación politizada a comienzos del siglo XXI. Una parte integral de la producción conceptual de los movimientos autónomos es su conexión dialógica con experiencias y realidades más allá de sus propias realidades locales. A medida que las ideas generadas en los movimientos viajan de maneras imprevistas se multiplican las redes multidimensionales por el continente. En un momento histórico que es constantemente definido con conceptos abstractos como “globalizado” y “reticulado”, surgen cuestiones importantes sobre las dimensiones concretas de esas conexiones. Este es el motivo por el cual *El libro en movimiento* hace las siguientes preguntas: ¿Cuál es la materialidad de estas redes? ¿Cuáles son las herramientas y tecnologías durables que hacen que estas conexiones persistan, habilitando la expansión y reproducción de la política? Para explorar estas cuestiones me enfoco en una práctica material específica de las redes autónomas: el libro impreso.

SOMOS VOCEROS DE NUESTRA PROPIA EXISTENCIA⁴

El verano después de la publicación de *ImaRginación* volví a la ciudad de México y conocí a los editores del libro: un colectivo anticapitalista de jóvenes que habían armado una pequeña editorial poco tiempo antes. Me intrigaba el evidente anacronismo de la producción de libros impresos, no solo para el entorno orientado a lo digital del hip hop sino también para la escena de activistas jóvenes de la que forman parte los editores. El colectivo se compone de jóvenes que, como yo, se politizaron a comienzos del siglo XXI y citan el levantamiento zapatista y el movimiento alterglobalización⁵ como influencias formativas. En efecto, tal como

4. Bocaflorja, 2008.

5. El movimiento alterglobalización (a veces nombrado como Movimiento de Justicia Global) es un “movimiento de movimientos”, del que usualmente se fecha su nacimiento en los levantamientos zapatistas en Chiapas en 1994 o bien en las protestas contra la OMC en Seattle en 1999. (Notes from Nowhere, 2003). Lo que conecta los numerosos movimientos y momentos locales y translocales es la identificación de un

escribió la teórica militante argentina Verónica Gago, “la insurgencia zapatista... marca a toda una generación militante a escala planetaria” (2017a: 1). Los zapatistas, como otros movimientos autónomos, hacen un uso estratégico de Internet y de otras tecnologías digitales, no solo como herramientas de propaganda sino como ejes fundamentales de sus praxis anticapitalistas.

Utilizo el término “autónomos” para referirme a movimientos que, a diferencia de sus antecedentes de izquierda, no se definen por ninguna categoría ostensiva, como clase, partido o identidad. En lugar de eso, estos movimientos populares y experimentos con la autonomía son definidos por sus prácticas, que incluyen la auto-organización, el horizontalismo, el cooperativismo y la ayuda mutua. De esta manera, los movimientos del siglo XXI, que, como dicen muchos, “están por todas partes”,⁶ se caracterizan por su alejamiento de las formas programáticas y verticalistas de la organización política y por privilegiar el diálogo y la comunicación como sus modos fundamentales,⁷ mientras trabajan en lo cotidiano para construir políticas prefigurativas. Aun existiendo un significativo cuerpo de investigación académica dedicado a analizar los nuevos movimientos latinoamericanos, esta atención Norte-Sur ha replicado el tipo de imperialismo intelectual que los académicos de la región han denunciado con agudeza. En el mismo ensayo citado más arriba, Gago escribe:

Y justo cuando América Latina devenía una suerte de escena de vanguardia de la insurgencia, parecía quedar minorizada su producción conceptual, que no se podía ver sino como siempre tutelada. Como si no pudiese pensarse lo que aquí sucede más que como un aderezo experiencial para una adecuación bibliográfica que sigue el ritmo de “modas” o teorías dominantes [...] (2017a: 2)

enemigo u objetivo común: el neoliberalismo y el capitalismo globalizado, al que los activistas y militantes de los movimientos caracterizan como destructivo, consumista y fragmentador.

6. cf. Azzellini and Sitrin, 2014; Dixon, 2014; Notes from Nowhere, 2003; Rovira, 2017; Sitrin, 2005; Zibechi, 2008.

7. En el contexto del zapatismo, Mariana Mora ha discutido esto en términos de “políticas de la escucha” (2003). Boaventura de Sousa Santos (2006) y otros también han examinado esto en el movimiento alterglobalización y el Foro Social Mundial.

Lo que ella señala aquí es la falla o, peor aun, el rechazo de los académicos a reconocer y valorizar la riqueza de la producción intelectual generada desde Latinoamérica. Esto no solo perpetúa la dinámica del imperialismo intelectual y la “ignorancia asimétrica” (Chakrabarty, 2000) que los estudios poscoloniales, subalternos y decoloniales han criticado tan convincentemente, sino también el problemático binarismo entre pensamiento y acción. Los movimientos que han atraído la atención global hacia Latinoamérica lo han hecho, en gran medida, gracias a su uso tremendamente innovador y creativo de los medios a la hora de auto-representarse.

Medios libres es el nombre dado a las diversas redes descentralizadas de productores de medios que participan y acompañan a los movimientos autónomos. Este fenómeno se volvió más visible a partir de finales de los noventa, con la plataforma online abierta conocida como Indymedia, que se multiplicó en innumerables páginas web gestionadas localmente a las que cualquiera podía acceder libremente y contribuir con textos, videos, fotografías o audios: Indymedia Chiapas, Indymedia Seattle, IndyBay, Indymedia Atenas, etc. La abundancia de medios online ha sido crucial para los movimientos autónomos, incluido el zapatismo, en la medida en que ha permitido la creación de canales directos de comunicación con el mundo. De ese modo, los movimientos también enfrentaron el silencio y la desinformación impuesta y perpetuada por los medios “mainstream” o “comerciales”, a los que suele denominarse como *cercos informativo/mediático*. La tecnología digital y cibernética es lo que permite a las comunicaciones y noticias esparcirse rápidamente alrededor del planeta, como sucedió con la “Declaración de la Selva Lacandona” del EZLN el 1º de enero de 1994.⁸ Pero a pesar del lugar vital de los *medios*

8. La muy conocida historia de los zapatistas no empieza con su aparición pública el 1º de enero de 1994 sino el 17 de noviembre de 1983, cuando el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) fue fundado en la Selva Lacandona de Chiapas, a partir de la colaboración entre miembros de las comunidades indígenas y un pequeño grupo de mestizos urbanos, que incluía a la persona que sería conocida como el Subcomandante Marcos. Los objetivos básicos del movimiento han permanecido constantes a lo largo de estos treinta años: la construcción de un mundo económica, social y culturalmente más justo, en el que todas las personas, y en especial los pueblos indígenas, puedan vivir dignamente. Sin embargo, ha habido muchos momentos parteeaguas que marcaron nuevas direcciones en la orientación del movimiento, con

libres en el zapatismo y los movimientos alterglobalización, ha existido una prolongada tensión entre la eficacia y alcance de los medios online y la importancia de las relaciones cara a cara para la construcción de redes políticas *desde abajo*.

En el libro editado en 2013, *Toma los medios, sé los medios, haz los medios*, el Centro de Medios Libres en México afirmó:

Para romper un cerco informativo el problema no son las máquinas sino las personas que las echan a andar. La comunicación la hacen personas de carne y hueso, pero vivimos en una época de amor a las máquinas que nos impide comunicarnos. Hemos olvidado el sabor de las conversaciones a pie de parque, de escalera o de caminata, y creemos que tal o cual máquina logrará que tengamos comunicaciones eficientes. Lo importante es la parte humana, las nuevas relaciones sociales y las redes de comunicación de calle, pero ya no miramos ahí. (2013: 9)

La “seducción de las máquinas”, advierten, ha creado un énfasis muy grande en las *herramientas* de comunicación eclipsando la vitalidad de las relaciones sociales que las direccionan y les dan forma. El alejamiento de las personas entre sí y el acercamiento a las máquinas, tal como dicen, es una tensión que debe ser reconocida e interrogada críticamente. Lo que exploro en este libro representa un intento de trabajar constructivamente desde esa tensión. Se trata de cómo un objeto —el libro impreso— produce y es producido por relaciones.

Como sugiere el título, *El libro en movimiento* es sobre un específico tipo de libro: es sobre un libro que está *en movimiento*, un libro que se está rehaciendo y transformando como parte de una praxis económico-política alternativa emergente. Desarrollo la idea de “el libro en movimiento”

un giro progresivo hacia un mayor distanciamiento respecto al gobierno y un mayor énfasis en la construcción de autonomía, en la práctica, sobre la base y la formación de amplias redes no partidarias de luchas anticapitalistas y autonomistas en México y en el resto del mundo. Los libros y artículos sobre zapatismo publicados en los últimos veinte años son incontables. Siendo imposible el intento de enumerar aquí los análisis más importantes quisiera resaltar solo dos libros. El primero es *20 y 10: El fuego y la palabra*, de Gloria Muñoz, publicado en 2003. El segundo fue publicado en 2011, y reúne diecisiete capítulos escritos por la primera, y única, generación de investigadores a los que los zapatistas les permitieron realizar investigaciones en las comunidades autónomas de Chiapas: *Luchas muy otras: Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas* (Eds. Baronnet, Mora Bayo, Stahler-Sholk).

combinando dos conjuntos de ideas. El primero viene del historiador de la ciencia Adrian Johns, cuyo fundamental trabajo de 1998, *The Nature of the Book*, representa un nuevo acercamiento al pensamiento de cómo los libros son hechos y qué hacen. Ofreciendo “un nuevo entendimiento histórico de la cultura imprenta” (Johns, 1998: 28), cuestiona la supuesta estabilidad del libro como artefacto cultural —así como los acercamientos modernos al entendimiento de la cultura impresa— haciendo zoom en los objetivos en sí mismos. En este sentido, tomo de Johns la mirada del libro como fluido, un objeto en movimiento. El trabajo de Johns sobre la historia del libro representa un eje significativo para el modo en que este objeto es abordado, mucho más significativo si se piensa en que es una presentación alternativa a la noción ampliamente aceptada de Elizabeth Eisenstein de la cultura impresa como inherentemente fija. Johns escribe:

Deberíamos considerar la fijeza no como una cualidad inherente sino transitiva [...] Deberíamos adoptar el principio de que la fijeza existe solo en tanto y en cuanto es reconocida y actuada por las personas, y no de otra manera [...] este acercamiento nos permite recuperar la construcción de diferentes culturas de la impresión en circunstancias históricas particulares. (1998: 20-21)

Tal como afirma luego, este acercamiento coloca lo social y lo cultural en el centro de nuestro análisis de la cultura impresa. Esto, por supuesto, es enormemente significativo para estudios como el mío, que desplazan la atención desde los centros de producción cultural euroamericanos hacia sitios más marginales. Al tiempo que lleva adelante un acercamiento histórico, Johns lo hace de un modo radicalmente transdisciplinario al considerar las diferentes arenas en las que existe el libro para entender la creación de la cultura de la impresión.

El segundo conjunto clave de ideas representa una ruptura con el lenguaje común de “los movimientos sociales”. El militante y periodista uruguayo Raúl Zibechi es el autor de numerosos libros que he utilizado en mi investigación. Luego de décadas de militancia en su país natal y en el exilio en España, durante las últimas dos décadas él ha acompañado a los nuevos movimientos sociales de toda América, documentando y analizando los nuevos modos de rebelión en el siglo XXI. A través de su perspectiva panorámica y su práctica en-el-territorio como periodista Zibechi propone el lenguaje de “las sociedades en movimiento”. Con este cambio en el lenguaje, sugiere una manera de pensar no tanto en

términos de “movimientos” delimitados como entidades que pueden ser fácilmente nombradas e identificadas sino en términos de “movimiento societal”. Zibechi toma esta idea del filósofo boliviano Luis Tapia como una manera de dar cuenta de las variadas y constantemente cambiantes formas de acción colectiva y relaciones sociales alternativas, que emergen no solo a través de organizaciones formales sino en procesos cotidianos de cooperación y diálogo.⁹ Las ideas de Zibechi y Tapia nos ayudan a pensar sobre espacios como Bolivia, donde las rebeliones populares desde 2000 se hacen difíciles de describir en términos singulares. Y con la idea más amplia de “continente en movimiento”, Zibechi también nos ayuda a pensar sobre la región como un todo experimentando el movimiento, reconociendo que el mapa que está emergiendo desde abajo no es uno de movimientos sociales discretos sino más bien de redes expansivas de diálogo, influencia y coordinación a través de las cuales actores en México, por ejemplo, se articulan con otros en Argentina, Chile, Bolivia, etc. Siguiendo a Stuart Hall, utilizo el concepto de *articulación* en el sentido de una conexión que no es fija sino permanente, donde los elementos que son conectados son hechos y rehechos en sus relaciones. En una entrevista, Hall explica:

Una articulación es, pues, una conexión que *puede* producir una unidad de dos elementos diferentes, bajo ciertas condiciones. Es un vínculo que no es necesario, determinado, o absoluto para todo tiempo. Uno debe preguntar bajo qué condiciones puede forjarse o producirse una conexión. Por lo que la denominada unidad de un discurso es en verdad la articulación de elementos diferentes, distintos, que pueden ser rearticulados de diferentes maneras porque no hay una “pertenencia” necesaria. (Hall, 1996c: 142-143)

Los libros que examino, como las relaciones que los producen, son productos y procesos de ese tipo de articulación. Los mapas, en este sentido, no son representaciones espaciales de una cartografía euclídea, sino el nombre que le doy a la aparición de conexiones multidimensionales que se expanden a través de los territorios. Y como reconoce Zibechi,

9. El concepto de Tapia, quien lo desarrolla a partir de las teorizaciones previas de René Zavaleta sobre Bolivia como una *sociedad abigarrada*, está basado en un reconocimiento de la existencia de varias sociedades dentro de “la sociedad” y busca “nombrar y pensar el movimiento de una sociedad o sistema de relaciones sociales en su conjunto” (Tapia 2002: 60).

las ideas y conceptos que postula en sus escritos son el producto de su involucramiento en estas redes de relaciones.

El libro en movimiento es sobre lo que los libros son y hacen en el *continente en movimiento*. Pero, de todas las cosas y personas o procesos que existen en este contexto, ¿por qué enfocarse específicamente en el libro impreso? El proyecto comenzó con una curiosidad: ¿por qué había jóvenes retomando el oficio histórico de la producción e impresión de libros como parte de una praxis política autónoma en la era tecnológicamente avanzada de principios del siglo XXI? ¿Y cómo se relaciona esto con otros medios de comunicación? Las cosas que las personas hacen cuando se reúnen cara a cara pueden ser herramientas y objetivos a la vez; tienen sentido no solo como productos sino también como procesos de relaciones sociales y materiales. Los libros impresos difieren de otro tipo de medios de comunicación en que su producción casi siempre requiere la participación de un colectivo de actores. Incluso hoy es extremadamente raro encontrar un libro que haya sido escrito, diseñado, impreso y encuadernado por una misma persona, mientras que panfletos, blogs, fanzines, documentales, incluso álbumes musicales pueden fácilmente ser vistos como el producto de un productor individual cuando los componentes de su producción son invisibilizados, como suele suceder. Mientras que muchos escritores y artistas afirmarían que sus ideas o sus trabajos son el resultado de procesos colectivos, reconociendo influencias de otros que han trabajado con ellos, en el caso de los libros impresos, el carácter social y colectivo del proceso es mucho más que simbólico.

Reconociendo la convergencia de personas, máquinas y materiales que entran en la producción del libro, Johns describe al objeto en los siguientes términos: “un libro impreso puede ser visto como un nexo que une un amplio rango de mundos de trabajo” (1998: 3). Siguiendo a Johns, desarrollo un acercamiento transdisciplinario que combina métodos de etnografía orientada a objetos con análisis de texto para explorar los variados ordenamientos de actores (humanos y no humanos) e ideas que el libro articula. Obrando de tal forma mucho del vocabulario convencional utilizado para describir y hablar sobre libros se vuelve inadecuado. Términos como “autor”, “autoría” y “conocimiento”, así como “propiedad intelectual”, “trabajo manual e intelectual”, “producción, distribución y recepción”, entre otros, son transformados o bien pierden su utilidad analítica. Estos son los términos que anclan cada uno de mis capítulos, a medida que los pongo a dialogar con los conceptos propuestos por los libros que examino.

A lo largo del libro combino narrativas etnográficas, que describen las prácticas a través de las cuales los escritores, las editoriales y los movimientos producen y hacen circular sus libros, con el análisis teórico de los conceptos que estas publicaciones diseminan. De ese modo, sostengo que en tanto artefacto cultural único, el libro impreso es “doble”: es la materialización de una praxis político-económica alternativa que sus páginas —es decir, su contenido— también proponen. El libro en movimiento es orgánico a las prácticas políticas que describe; es un libro hecho de las propias prácticas que transmite a través del texto. Como esas prácticas, está cambiando continuamente a medida que se va moviendo entre personas y lugares. Crece mientras se mueve; se vuelve algo más mientras sigue siendo el mismo. Por estas razones, el concepto que propongo y desarrollo en este libro es el de *libro orgánico*. Como muchos de los conceptos que emergen de los movimientos autónomos y viajan a través de los libros, el libro orgánico es una *práctica-concepto*: puede ser pensado tanto en términos sustantivos como procesuales. Pero en lugar de seguir introduciendo este concepto de manera abstracta, prefiero mostrarlo en la práctica.

EL LIBRO ORGÁNICO

En 1995, con apenas unos meses de separación entre uno y otro, dos libros fueron editados desde dos prisiones de la ciudad de La Paz, Bolivia: *Forma valor y forma comunidad*, por Álvaro García Linera y *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*, por Raquel Gutiérrez Aguilar. Ambos autores eran miembros del Ejército Guerrillero Tupaj Katari (EGTK), una organización político-militar mayoritariamente aymara que operó clandestinamente en el altiplano boliviano durante los años ochenta. En 1992 fueron detenidos y posteriormente torturados a causa de sus actividades políticas. La pareja se había conocido en México a principios de los ochenta, cuando ambos eran estudiantes en la Universidad Autónoma de México (UNAM), y luego habían retornado al país natal de García Linera, Bolivia, donde colaboraron junto a Felipe Quispe en la fundación del EGTK.¹⁰

10. Los autores también fueron miembros fundadores de Comuna, un “grupo de acción social” (Prada, 2012) asentado en La Paz que incluyó a Luis Tapia, Oscar Vega

Los dos libros no podrían diferir más entre sí respecto al tono y el acercamiento, pero están íntimamente conectados no solo por los vínculos personales de los autores y la presencia de cada uno en el libro del otro, sino también por las condiciones en las que emergieron. Los autores no serían liberados sino hasta dos años más tarde, después de un total de cinco años de encarcelamiento sin ningún tipo de juicio o sentencia. El primer libro salió de la cárcel de hombres en Chonchocoro; es un estudio denso e intensivo de *El capital* de Marx, interpretado a la luz de crónicas de experiencias indígenas del período colonial.¹¹ El segundo fue producido entre las paredes de la prisión de mujeres de Obrajes, una combinación de llamado a la acción y “narración autobiográfica y autocrítica” (Gutiérrez Aguilar, 2006: 15).

Ambos libros fueron escritos como respuestas al penoso y doloroso tedio de una detención indefinida: fueron concebidos como herramientas para apoyar a los autores en sus batallas para sobrevivir a las brutales condiciones de su encarcelamiento, así como para contribuir al espectro más amplio de luchas con las que estaban conectados fuera de las prisiones. Ambos libros emergieron de la necesidad de dar sentido a lo que estaban viviendo y de analizar los contextos histórico-políticos de los cuales procedían y esperaban contribuir. Fueron producidos a través del esfuerzo colectivo de muchas personas: los que luchaban

Camacho, Raúl Prada, entre otros. García Linera y Gutiérrez Aguilar se separaron a finales de los noventa. Hoy, García Linera es el vicepresidente de Bolivia, cuyo presidente, Evo Morales, es el primer presidente indígena en Sudamérica [N. del E: Su gobierno fue interrumpido en 2019 por un golpe de Estado]. Aguilar regresó en 2001 a su país natal, México, donde trabaja como investigadora en el Centro de Estudios Andinos y Mesoamericanos y es co-fundadora de Casa de Ondas, un centro social en la ciudad de México.

11. En la introducción a la edición de 2009, el autor describe cómo logró acceder a los materiales primarios que constituirían el objeto de su estudio. *El capital* fue aprobado por las autoridades de la prisión como un libro “no político”: “*El capital*, no cabe duda, literalmente no parecía nada riesgoso o político frente a los celosos guardianes de la cárcel. Al menos su título no hablaba ni de guerras, ni de sublevaciones y fácilmente podía ser entendido como un libro más de gestión empresarial, tan de moda en esos años de auge neoliberal. ¿*El capital*? por qué no. Tal vez así el reo se dedique a hacer algunas empresas y deje de meterse tanto en política, comentó alguno de los guardias encargados de vigilarnos día y noche” (García Linera 2009: 9). Las crónicas coloniales, comenta García Linera, fueron ingresadas de contrabando a la prisión durante las visitas quincenales de Alison Spedding.

junto a los autores en la guerrilla urbana, las comunidades con las que estaban involucrados, los compañeros de prisión con los que vivían, los camaradas que los apoyaban material y políticamente desde afuera, y los demás escritores, pensadores y comunidades cuyas ideas dialogaban en las páginas de sus libros. Estos libros eran el resultado de décadas de organización política y el punto de partida de futuros intentos; ambos serían reeditados múltiples veces, adquiriendo nueva vida con las trayectorias recorridas por cada nueva edición.

Los libros que Gutiérrez Aguilar y García Linera escribieron desde la prisión son significativos por muchos motivos. Primero, porque reflejan un momento decisivo para la política radical en Latinoamérica: una transición entre la tradición vanguardista de los partidos revolucionarios y las insurgencias armadas de 1960-1980 y la nueva política horizontal, autónoma, de la cual los zapatistas fueron, quizá, la expresión más temprana. Gutiérrez Aguilar, oriunda de México, describe la enorme alegría y excitación que sintió cuando se enteró del levantamiento zapatista de 1994 mientras estaba encarcelada en Bolivia. El ejercicio de escribir su libro en la prisión fue, tal como ha dicho, el producto de un pensamiento en esa conjunción: “Esta reflexión está escrita [...] buscando tender un puente entre dos tradiciones de lucha; quiere ser una especie de traducción entre ambas” (Gutiérrez Aguilar, 2006: 12).

La segunda razón es que ambos libros pertenecen a una larga historia de escritos desde la cárcel realizados por prisioneros políticos. Habiendo tantas experiencias para enumerar, la trayectoria que quiero resaltar aquí conecta las prisiones urbanas de La Paz donde Gutiérrez Aguilar y García Linera fueron encarcelados y torturados a principios de los noventa con la prisión en Torino, Italia, donde el filósofo político marxista Antonio Gramsci escribió sus célebres *Cuadernos de la cárcel* durante la década que precedió a su muerte, a los cuarenta y seis años de edad. Al igual que los escritos de tantos prisioneros políticos, fueron compuestos clandestinamente, con diversos niveles de encriptación. Fue posible realizarlos y publicarlos gracias a los esfuerzos de una red de amigos, camaradas y familiares que proveyeron apoyo vital a los prisioneros. Pero sobre todo son libros que ejemplifican una de las más agudas afirmaciones de Gramsci: que las ideas emergen de la *práctica intelectual orgánica*.

Entre las ideas más influyentes de Gramsci está su diferenciación entre lo que denomina intelectuales “tradicionales” e intelectuales “orgánicos”. Mientras que los intelectuales “tradicionales” se sitúan como independientes

de otros agrupamientos sociales, los intelectuales “orgánicos” se identifican con los intereses de la clase o el grupo con, y desde, el que piensan. Gramsci explica que esta distinción se enraíza en el espacio, no de las ideas o el pensamiento sino de la *práctica*: “El modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la elocuencia, que es un movilizador momentáneo y exterior de sentimientos y pasiones, sino en la participación activa en la vida práctica, como constructor, organizador —‘persuasor permanente’— y no solo simple orador...” (Gramsci, 1971: 10). La *organicidad*, o cualidad de lo orgánico, de la práctica intelectual conecta materialidad e ideación. Los intelectuales orgánicos son productos y generadores de las condiciones materiales compartidas por colectividades de actores; en los términos de Gramsci, la clase. El contraste que Gramsci desarrolla entre los intelectuales “tradicionales” y los “orgánicos” también puede entenderse en los términos de la discusión de la noción de “orgánico” provista por Raymond Williams en *Keywords*. Allí explica que en el siglo xvi, la palabra “organicall” apareció por primera vez en las descripciones de herramientas y motores como opuesta a la de “mechanicall” (Williams, 1983: 227). Luego describe usos posteriores del término “orgánico”, incluyendo comunidad orgánica (versus el Estado moderno organizado) y solidaridad orgánica (versus solidaridad mecánica) (1983: 228-229). En los varios sentidos del término, Williams deja claro que un elemento común a todos es la idea de que lo orgánico describe “una suerte de relación” (1983: 229). El desarrollo del concepto a cargo de su compañero en la Escuela de Birmingham, el teórico Stuart Hall, hace evidente la centralidad de la relacionalidad en el concepto de orgánico.

Uno de los intérpretes más creativos e innovadores del pensamiento gramsciano, el especialista en estudios culturales Stuart Hall, desarrolla la noción de *ideología orgánica*: “Gramsci nunca está preocupado solamente por el núcleo filosófico de una ideología; siempre señala las ideologías orgánicas, que son orgánicas porque tocan el sentido común práctico, cotidiano”, y “organizan masas humanas y crean el terreno sobre el cual los hombres se mueven, adquieren conciencia de su posición, luchan, etc.” (Hall, 1996b: 431). Los intelectuales orgánicos, como las ideas que desarrollan, están permanentemente involucrados en las prácticas políticas que teorizan, narran, relatan. La atención de Gramsci a la materialidad en la práctica intelectual e ideológica no es única (las teóricas feministas, por ejemplo, también han enfatizado las dimensiones materiales y encarnadas del pensamiento crítico) pero su contribución al pensamiento marxista es tan poderoso precisamente por las maneras

en que rechaza los acercamientos reduccionistas. Tal como Hall expresa claramente, el trabajo de Gramsci se lee mejor como método y no como teoría, como una perspectiva práctica; esta es la clave de la filosofía gramsciana de la praxis.

En mi conceptualización del libro orgánico pienso con Gramsci y otros teóricos políticos orientados a la praxis, para quienes no hay división entre materialidad e ideas. En este sentido, el libro orgánico es un concepto que es también un objeto que es también una práctica. Desafía las categorizaciones, en tanto forma y sentido cambian continuamente. El libro orgánico es un objeto político-matérico hecho de relaciones; nunca está solo y siempre está conectado a otros libros, otros objetos, otros espacios, otros actores. Mientras que Walter Benjamin, entre otros, ha insistido correctamente en la necesidad de “insertar [al libro] en el contexto de las relaciones sociales vividas” que son “determinadas por las relaciones de producción” (1998: 87), lo que quisiera sugerir es que el libro orgánico es una relación social viviente que altera las relaciones de producción de su tiempo.

Como ya he afirmado, el libro orgánico es *un tipo particular de libro*; un libro impropio, que no necesariamente funciona en clave comercial, académica, elitista, privada u otros modos del libro propio. Por “libro propio” me refiero al objeto que Johns describe como el libro moderno (1998: 1), caracterizado por ciertos rasgos y supuestos sobre el individualismo en relación a la autoría, la consistencia de sus contenidos a lo largo de copias y ediciones, el aparato legal, su valor comercial, etc. Como intentaré mostrar, estas características supuestas —sobre las cualidades sociales, políticas, técnicas y económicas del libro— son puestas en cuestión cuando comenzamos a examinar el libro orgánico. Significativamente, quiero mostrar de qué manera el libro orgánico no es simplemente otra versión del “libro moderno”, entendiendo por este aquel que es siempre, también, el libro colonial, en tanto modernidad y colonialidad son inseparables desde el punto de vista del colonizado (Quijano, 2001; Mignolo, 2005; Lugones, 2008). Los esquemas clasificatorios analizados por Anibal Quijano en lo que denomina “la colonialidad del poder” operan junto a aquellos generados por el foco puesto en la autoría que define al “libro moderno”.

El libro moderno —casi exclusivamente enfocado en la cuestión de la autoría— utiliza la doble función que la autoría pone en juego: la descripción de aquello que es puesto bajo la autoría y la designación de

los atributos particulares tanto del autor como de la obra. Como afirmó Michel Foucault, en tanto descripción y designación a través del nombre del autor, la autoría opera como un modo clasificatorio. “Permite agrupar un cierto número de textos, definirlos, diferenciarlos y contrastarlos con otros” (Foucault, 1998: 210). De esta manera, podemos ver cómo las categorías coloniales de raza, clase y género operan en consonancia con el modo clasificatorio de la autoría del libro moderno. La autoría se vuelve el atributo primario de la obra a través de la creación de una equivalencia entre el autor y el texto, y en el resultado que esta equivalencia realiza en términos de clasificación. El autor provee las bases para explicar no solo la presencia o ausencia de ciertos elementos en un libro, sino también sus transformaciones, distorsiones y diversas modificaciones (Foucault, 1998). De nuevo, siguiendo a Foucault, las cuestiones concernientes a la autoría —especialmente cuando se las toma como la dimensión central del libro moderno— tienen como consecuencia dirigir la atención a unas pocas dinámicas del libro como conjunto. Estas dinámicas son la apropiación (propiedad), autoridad (la valorización que brota de la identidad de un escritor individualizado) y la psicologización (la relación de los elementos del texto/libro reducidos al carácter psicológico de su autor individual). Estas son las dinámicas arrojadas al flujo por el libro orgánico.

El libro orgánico no es una modificación del libro moderno sino más bien un libro que desafía (o tiene el potencial para desafiar) la noción misma de modernidad eurocéntrica a través de su interacción con prácticas anticapitalistas, antiestatales, antiautoritarias, antipatriarcales y anticoloniales *colectivamente imaginadas y ejecutadas*. Quiero insistir en lo *potencial* porque lo que está en juego es, por supuesto, no un objeto completa o puramente transformado ni transformador, sino más bien uno que representa *un intento* de propiciar un tipo de encuentro diferente, que reconoce críticamente los privilegios relacionales que han estado históricamente vinculados al objeto-libro. En este sentido, el libro orgánico es un objeto autónomo que emerge no de dinámicas y estructuras institucionales (ni tampoco de un único autor individual) sino de prácticas colectivas de experimentación y devenir. Como exploraré con mayor profundidad en los capítulos uno y dos, como efecto de esos procesos y deseos continuos y contingentes, la autonomía del libro orgánico nunca es completa, siempre está en estado de producción y reproducción. El libro orgánico transforma lo que un libro es y hace, tanto material como políticamente, al emerger de las mismas prácticas que describe. En tanto objeto orgánico a veces no

está claro dónde empieza un libro y dónde termina otro. Es, simultáneamente, producto y proceso: no un objeto fijo sino una máquina que se mueve y existe en conexión con otras máquinas (Bratich, 2007; Deleuze y Guattari, 1987; Kirschenbaum, 2008). Como tal, el libro orgánico podría ser descripto, tomando prestado de Deleuze y Guattari, como rizomático; está infinitamente conectado y solo puede ser entendido a través de su movimiento y de las relaciones que produce. Y estas relaciones, como el objeto orgánico al que acompañan, están cargadas de tensiones y contradicciones. El objetivo de este libro es hacer un mapa —una descripción de espacios y formas de articulación— del libro orgánico siguiendo las rupturas y conexiones que su producción y circulación hacen visibles.¹²

A medida que comencé a rastrear la publicación repetida de una serie de títulos y autores, una red difusa y cambiante de pequeñas editoriales comenzó a aparecer frente a mí, y un conjunto de características comunes (o, mejor dicho, de éticas y principios) se hicieron relevantes. Estas características guiarían mi selección de los otros libros y editoriales que busqué en mi trabajo de campo. Mi investigación inicial de estos libros resaltó las siguientes características: 1. Un compromiso con la producción de libros a bajo costo. 2. Una perspectiva política autónoma (enfrentada al Estado, la academia y el capital). 3. Una praxis autogestiva. 4. Un compromiso con las formas colectivas de organización. 5. Uso del espacio público para la circulación de los libros. 6. Involucramiento en redes políticas locales y transnacionales de editoriales, escritores y movimientos. Combinados, estos principios sugieren una relación antagónica con el capitalismo y la mercantilización de libros, así como un uso estratégico de las formas de articulación desde abajo. Más ampliamente, esta dinámica refleja la perspectiva autónoma de los movimientos que los textos y las editoriales sostienen. Lo que distingue al libro orgánico de otros libros es la manera en que las características mencionadas arriba son visibles no solamente en sus contenidos sino también, muy significativamente, en el objeto mismo y en los modos en que se mueve por el mundo.

12. Mi manera de hacer el seguimiento del libro orgánico, tal vez evidente, se basa en la noción de Arjun Appadurai de “la vida social de las cosas” y especialmente en su insistencia en que el sentido de las cosas está inscripto en “sus formas, sus usos, sus trayectorias” (1986: 5). Mi estudio del libro en movimiento es, en efecto, lo que Appadurai llama un examen de “la-cosa-en-movimiento” (1986: 5).

El libro orgánico no es, en sí mismo, nuevo. Tiene sus raíces en las tradiciones anarquistas latinoamericanas de los primeros años del siglo xx, en las que un proyecto político-intelectual autónomo de los partidos —y en tensión con la Universidad— emergió como un desafío a la hegemonía de los regímenes de conocimiento estatales (Rama, 1984). Como explica Ángel Rama en “La ciudad revolucionada”, el capítulo final¹³ de su obra fundamental *La ciudad letrada*, el pensamiento anarquista a comienzos de siglo enfatizó:

la necesidad de una educación popular [...] que abarcara todos los aspectos de la vida y no solo los políticos, en una cosmovisión nueva: las relaciones de trabajo, la vida familiar, los derechos de la mujer de los que sería primer proponente, la solidaridad con los trabajadores, la lucha contra el alcoholismo y también contra los curas, la alfabetización de niños y adultos, etc. (Rama, 1984: 161-162)

La insistencia en concebir la actividad política e intelectual como inextricablemente ligada a un concepto más holístico de la vida es una marca distintiva del anarquismo, y los métodos desarrollados para la publicación y diseminación de textos anarquistas conectaban las diversas facetas de la vida social, política, cultural, económica y material aludidas en la cita.¹⁴ En este sentido, el libro orgánico es una materialización de aquella ética anarquista. Mientras que un siglo atrás había impresionantes circuitos de comunicación e influencia que conectaban las tendencias anarquistas a través del continente, una característica definitoria del libro orgánico actual, en *el continente en movimiento*, es la experiencia contemporánea de políticas autónomas entrelazadas rizomáticamente. La forma red que exploro en este proyecto es una cualidad constitutiva del libro orgánico de hoy, y es el producto único de la mezcla del oficio histórico de la impresión, como un *médium* y una práctica poderosa de articulación (en el doble sentido de expresión y conexión), y de las nuevas tecnologías cibernéticas y digitales que expanden la velocidad,

13. *La ciudad letrada* fue publicada póstumamente en 1984, poco después de la muerte de Rama en un accidente de avión en España. Por esta razón, lo que indico aquí y en otros lugares como “el capítulo final” es simplemente el último capítulo que aparece en el libro, inconcluso cuando Rama murió.

14. cf. Ferguson 2014.

la escala y la accesibilidad de las comunicaciones.¹⁵ En este sentido, el libro impreso hoy es un *médium* “viejo” que está siendo renovado. En un contexto de incremento y extrema concentración de la edición en manos de conglomerados multinacionales, también ha tenido lugar una explosión, aunque pequeña, de alternativas al modelo capitalista de publicación.¹⁶ En su libro de 2014, Craig Epplin describe los contornos de la “cultura del libro tardía” en Latinoamérica, especialmente en Argentina, como formada por las mismas “tecnologías que hacen posible las operaciones del capitalismo tardío”, convirtiendo “a casi toda la literatura actual [...] en cierto sentido, en electrónica” (2014: 19), y esto incluye todo el espectro de la cultura del libro, desde los *bests sellers* del Grupo Santillana a las publicaciones artesanales de las editoriales cartoneras.

Con mi conceptualización del libro orgánico hago zoom sobre una renovación o reinención específica del libro impreso que es un producto directo de los modos de movilización y construcción de redes desde abajo que caracterizan a la autonomía en el siglo XXI. Como otros investigadores que examinan la edición independiente contemporánea en Latinoamérica (Astutti y Contreras, 2001; Vanoli, 2010; Epplin, 2014; de Diego, 2014), considero cómo la conjunción de herramientas “viejas” y “nuevas” tienen numerosos impactos significativos para la forma libro, al permitir una mayor descentralización de los procesos de producción y circulación. Tres elementos son particularmente importantes al examinar cómo el libro es reconvertido en herramienta de una praxis político-económica en el siglo XXI: 1. El uso masivo de computadoras personales y tecnologías digitales ha expandido el acceso a la publicación. 2. Las editoriales alternativas adoptan cada vez más licencias no comerciales, alentando la circulación libre de textos. 3. Internet permite a las editoriales intercambiar rápidamente textos más allá de las distancias territoriales.

Uno de los interrogantes claves que exploro es: ¿cuál es el potencial de estas redes rizomáticas para interrumpir o incluso desestabilizar las jerarquías de poder y conocimiento existentes en el continente? Por

15. cf. Rovira 2017 y Rovira 2009 para estudios amplios sobre redes de activismo online.

16. cf. López Winne and Malumián (2016), Griffin (2016), Epplin (2014), de Diego (ed. 2014), Subercaseaux (2000), Salazar Embarcadero (2011) para análisis amplios de las recientes tendencias de la edición en América Latina.

“jerarquías de poder y conocimiento” entiendo al ordenamiento que Quijano denomina “la colonialidad del poder”: la codificación de las dinámicas de dominación basadas en la raza (y la clase y el género; este último no es nombrado por Quijano, pero María Lugones sí lo hace en su retrabajo del concepto) las cuales, originadas en el proceso de colonización, se han extendido hasta el momento contemporáneo a través de formas persistentes de marginalización y exclusión que operan política y materialmente por medio de estructuras sociales, culturales y económicas. La colonialidad permea todas las facetas de la vida, y Quijano ha hablado explícitamente de “colonialidad del conocimiento” para examinar las jerarquías epistemológicas y las exclusiones que dan sustento a la hegemonía de las perspectivas eurocéntricas (Quijano, 1999). Quijano se apoya en teorizaciones previas de Ángel Rama sobre el lugar de las prácticas de conocimiento en las estructuras neocoloniales de poder que ordenan el continente.

Rama analiza el nexo singular entre urbanización, cultura impresa y poder estatal colonial y neocolonial, al que llama *la ciudad letrada*. Analizando el lugar de los *letrados* —la élite letrada vinculada a las instituciones estatales— Rama afirma que la cultura escrita e impresa ha sido central en la producción y mantenimiento del poder estatal (colonial) en el continente. Mientras que las fronteras que definen la inclusión en la ciudad letrada se han ido difuminando progresivamente, las jerarquías de saber/poder que Rama examina permanecen aún hoy visibles. Y tal como Rama discute en el capítulo final de su libro, en el siglo xx, la ciudad letrada comenzó a experimentar una “revolución” a través, entre otros factores, del crecimiento de las iniciativas de educación popular y una mayor visibilidad de las prácticas subterráneas de conocimiento. El libro orgánico es una expresión contemporánea de ese subterráneo y de las relaciones socioeconómicas alternativas que promueve translocalmente. Así pues, mientras el concepto de Rama opera haciendo visibles los modos de dominación, mantenidos y extendidos por la palabra escrita —y su vehículo primario, el libro—, al repensar la ciudad letrada del siglo xxi, busco expandir lo que Rama propuso en su capítulo final. Prestando atención al under contemporáneo tanto de la teoría política como de la edición de libros, muestro las maneras en que el libro orgánico representa algo como “una revolución dentro de la revolución” (tomando prestada la idea de las discusiones zapatistas), en la que los persistentes, aunque a veces disfrazados, mecanismos de dominación y exclusión neocolonial

son desafiados de una nueva manera por la transformación material y política del objeto libro. Lo que está en juego no es solamente un nuevo uso de las “herramientas del amo”, contra las que Audre Lorde hizo una célebre advertencia, sino más bien un desafío radical a las relaciones que producen y son producidas por la herramienta fundamental de la ciudad letrada: el libro moderno.

El concepto de Rama de la ciudad letrada está enfocado, en general, sobre “las grandes ciudades de Latinoamérica”, pero es importante reconocer las significativas diferencias que existen entre los diversos contextos nacionales y urbanos. En mi investigación he buscado dar cuenta de las heterogéneas formaciones contemporáneas de la ciudad letrada haciendo zoom no solamente sobre una diversidad de ciudades (México DF, La Paz, Buenos Aires, Santiago de Chile) sino también sobre las conexiones y tensiones que emergen entre ellas. Las redes rizomáticas del libro orgánico son un sitio donde podemos detectar la interrupción de la colonialidad del poder/saber y del ordenamiento de la ciudad letrada: este “doble” objeto (como la materialización de la praxis que su contenido propone) articula lo epistemológico, lo económico y lo social en una práctica-concepto. Y mientras que el libro orgánico no es ciertamente un fenómeno exclusivamente latinoamericano, las dinámicas históricas y contemporáneas del continente hacen especialmente visible su existencia y su potencia.

El libro orgánico, vale decirlo nuevamente, *no* es el libro moderno reimaginado. El libro orgánico es el producto de lo que Juan Ricardo Aparicio y Mario Blaser llaman “la insurrección de los conocimientos subyugados” en la cual “los intelectuales-otros” interrumpen el flujo moderno/colonial de conocimiento que caracteriza la ciudad letrada de Rama (2008: 71-72). En el análisis de las prácticas de conocimiento que afirman que “contaminan” a la ciudad letrada, Aparicio y Blaser señalan “pequeños cambios sucesivos” que “son notables por su eventual significancia agregada en la reconfiguración del poder/saber” (2008: 72-73). Mientras que ellos se enfocan en las prácticas de conocimiento, yo estoy especialmente interesada en la materialidad de esas prácticas, manifestada en la producción y circulación del libro orgánico. Lo que pretendo en este proyecto no es un uso nuevo de las herramientas opresivas de la ciudad letrada para fines liberadores, sino más bien una reconfiguración de las herramientas de poder/saber producidas en encuentros colaborativos, frecuentemente conflictivos, entre lo que Aparicio y Blaser

llaman “prácticas-conocimientos modernas e insurreccionales” (2008: 83). Así como ellos reconocen que los cambios que estamos viendo son “pequeños”, quiero reconocer también el lugar extremadamente marginal del libro orgánico: ocupa el subsuelo no solo de la ciudad letrada sino de la ciudad letrada “revolucionada”, y representa una “alternativa a la alternativa”, tal como me dijo un editor.

PROVINCIALIZANDO “LA HISTORIA DEL LIBRO”

El libro en movimiento retoma la célebre pregunta de Roger Chartier “¿Los libros hacen revoluciones?” (1992) desplazando la vista hacia afuera de Europa, a un contexto virtualmente invisible para los estudios sobre el libro, y especialmente para los estudios bibliográficos contemporáneos: América Latina. Mis estudios de la materialidad de la autonomía en Latinoamérica en el siglo XXI son un intento explícito de hacer visibles las maneras en que grupos marginales subvierten los universalismos y eurocentrismos endémicos a las prácticas dominantes de producción de conocimiento. En su ahora clásico libro del año 2000, el teórico de los estudios subalternos Dipesh Chakrabarty hace una llamada a “provincializar Europa” como una manera de contrarrestar “la ignorancia asimétrica” que gobierna la producción y el flujo de conocimiento entre “Europa” y el resto del mundo. Para Chakrabarty, “Europa” no es un sitio geográfico sino más bien un referente político, cultural, económico, social y, sobre todo, epistemológico: es el nombre que le da al eurocentrismo que invade no solo a Europa propiamente dicha sino al mundo. Con su llamado a “provincializar Europa”, Chakrabarty pelea por una reorientación de la historia y la teoría que no dependa de “Europa” (u “Occidente”, el “Norte”). En la medida en que me enfoco en un objeto particular, el libro, quiero entrar en diálogo con las ricas conversaciones sucedidas en lo que tradicionalmente se llamó “la historia del libro” sin dejar de reconocer el eurocentrismo rampante de este campo.

Quiero provincializar “la historia del libro” a partir de una intervención de dos caras. Primero, introduciendo una perspectiva contemporánea latinoamericana en el campo, mi objetivo es generar mayor visibilidad a las particularidades de la cultura impresa tal como esta existe por fuera de los circuitos de publicación académicos y comerciales, que, por cierto, toman a Europa como su punto de referencia (literal y figurativamente). Los estudios literarios latinoamericanos han estado

mucho tiempo preocupados por las raíces coloniales —y el persistente legado— de la cultura impresa en el continente, y mucho ha sido escrito sobre el libro en el período colonial y en el período de la construcción de los Estados-nación que siguió a la independencia. Y mientras que hay una rica literatura emergente sobre los nuevos medios en la región, el libro impreso a finales del siglo xx y principios del XXI ha recibido escasa atención. En este sentido, estoy interesada en algo similar al movimiento de “deseuropeización” que Benedict Anderson propuso en su estudio sobre nacionalismo (1983), a través del énfasis en la importancia de Latinoamérica para los estudios contemporáneos del libro. Con mi particular interés en las redes de producción y circulación alternativa del libro, contribuyo a un acercamiento transnacional a un pequeño, pero creciente, cuerpo de estudios sobre historia reciente de la edición en Latinoamérica. Esto incluye estudios sobre el contexto argentino, por Epplin (2014) y de Diego (2014), el contexto chileno por Subercaseaux (2000) y Griffin (2016), y el contexto mexicano por Salzar Embarcadero (2011). Estos estudios focalizados nacionalmente enfatizan la interacción entre la elevada centralización y comercialización de la producción editorial en manos de conglomerados transnacionales y el rápido incremento en la edición alternativa e independiente a finales del siglo xx y principios del XXI. Este cuerpo de estudios también incluye el trabajo reciente de Marcy Schwartz sobre cultura del libro en ciudades latinoamericanas, donde examina los usos sociales del libro a través del movimiento de este objeto en el espacio urbano (2011; 2014; 2016). Como Schwartz, estoy interesada en “las cartografías de [...] libros que no solo son parte de paisajes más amplios de poder sino que también resisten o escapan de esas dinámicas de poder...” (Schwartz, 2014: 421). Con mi acercamiento transnacional y transdisciplinario combino miradas sobre las prácticas de conocimiento de los movimientos sociales recientes con el análisis de las prácticas de producción y circulación de editoriales pequeñas. De esa manera, propongo que lo que está en juego en los modos en que la producción de conocimientos (y, significativamente, de libros) está siendo reimaginada es la formación de una “ciudad letrada” diferente, caracterizada tanto por una expansión de los regímenes capitalistas como de las respuestas populares a esos regímenes.

Mi segundo punto de intervención en mi trabajo de “provincializar” la historia del libro es más metodológico. Me interesa alejarme de los abordajes históricos y literarios disciplinarios que dominan “la historia

del libro” para desarrollar una perspectiva transdisciplinaria, a la que Jonathan Rose (2003) y otros han llamado con el nombre colectivo de “estudios del libro”. Abordajes de ese tipo cuestionan la estabilidad textual y la fijeza de lo impreso prestando particular atención a cómo el libro trabaja como un proceso, al tiempo que se observan sus caracteres físicos y su materialidad (Howsam, 2006). Tal como afirma Johns, la significación del libro no puede limitarse al análisis de su texto; hay amplias redes de dominios interconectados, aun si discretos, o en sus palabras “mundos de obra trabajo”, que también deben ser considerados a la hora de dar cuenta de la significación del libro. Johns propone la noción de “topografía” de los lugares de impresión como una manera de evaluar los diversos dominios articulados del libro (1998: 61). Lo que emerge de ese ejercicio topográfico es un mapa multidimensional no solo de objetos y materiales sino también de relaciones. Extiendo las miradas de estos acercamientos interdisciplinarios explorando qué puede hacer una *etnografía*¹⁷ del libro impreso a favor de nuestro entendimiento de las relaciones que están produciendo —y que son producidas por— el continente en movimiento. Con este fin me he orientado hacia los estudios recientes en antropología, ciencia y tecnología, y especialmente hacia la etnografía orientada a objetos,¹⁸ que ofrecen ideas valiosas para pensar sobre los materiales, relaciones y redes de actores heterogéneos (humanos y no-humanos) haciendo foco en los procesos y la materialidad.

De este modo, *El libro en movimiento* se sitúa en el nexo entre los estudios culturales y la antropología, proveyendo una perspectiva latinoamericana al campo interdisciplinario de los estudios del libro. Así intenta desarrollar una historia política del presente, llevando adelante el examen de una coyuntura histórico-cultural específica (Grossberg, 2006; Hall, 1992). Haciendo zoom en el objeto-libro, analizo las maneras en que se produce y comparte conocimiento en medio de una oposición al capitalismo cada vez más extendida. Siguiendo a Adrian Johns, pero pasando de las fuentes

17. Agradezco a Mary Murrell por darme coraje mientras exploraba el nuevo territorio de la antropología de libros y de su producción. Su manuscrito inédito, *The Open Book*, es un excelente ejemplo de las maneras en que la etnografía y los estudios de la ciencia y la tecnología pueden ser desplegados en el análisis de los libros en tanto objetos políticos y materiales.

18. cf. Barry 2013; Gordillo 2014; Law 2004, 2007; Law and Singleton 2005; Latour 1996; Mol 2002; Knox, Savage and Harvey 2006; y Riles 2001, 2006.

históricas a las prácticas contemporáneas, Craig Epplin ubica a su análisis en *Late Book Culture in Argentina* (2014) como un estudio de las prácticas que hacen a la cultura impresa. En muchos sentidos, su foco en las prácticas de la cultura impresa se hacen eco de la noción del “autor como productor” de Walter Benjamin, quien afirma de aquel que “nunca le concernirá solamente el producto, sino también, siempre y al mismo tiempo, los medios de producción. En otras palabras, sus productos deben poseer una función organizativa junto a, y antes de, su carácter como obras terminadas. Y su utilidad organizacional no debe, bajo ningún motivo, confinarse al uso propagandístico” (Benjamin, 1934: 98). El énfasis decisivo sobre la utilidad y el proceso resaltan aquí y son un hilo conductor entre mi estudio y la exploración de Epplin de los experimentos literarios en Argentina. Mientras que la preocupación principal de este último es por la estética y las prácticas imaginativas en juego en la cultura del libro, mi estudio se involucra con proyectos que combinan producción de libros con prácticas político-económicas alternativas. Lo que Benjamin habría llamado “funciones organizativas” del libro más allá de su carácter de obra terminada. Pero, como Epplin, abordé el momento actual como período de mi interés. Esta es, quizás, una intervención obvia, pero no obstante rara, en los estudios del libro. Tal como afirma Epplin, la bien asentada *historia del libro* ha dado lugar a obsesiones sobre el *futuro del libro* y a una desatención por parte de los investigadores respecto al *presente del libro* (2014: 11). Al igual que Epplin, estoy interesada en “la constante formación de ese presente” (2014: 11) a medida que navego los espacios subterráneos de la producción y circulación de libros en la actualidad en América Latina.

CAMINAR PREGUNTANDO¹⁹

Antes de comenzar este proyecto, en un breve lapso de tiempo encontré una buena cantidad de los mismos títulos en librerías y ferias de libros en diferentes países: Colombia, Perú, México y Bolivia. Pero cada vez, en cada lugar, los libros se veían diferentes. Tenían diferentes tapas, diferentes texturas, diferentes precios, diferentes pesos. Todos eran producidos por editores diferentes: editoriales pequeñas y locales que eran descriptas, mayoritariamente, como “independientes” o “alternativas”. Mi

19. “Caminar preguntando” es una consigna zapatista.

pensamiento inicial fue: ¿por qué no simplemente enviar los libros de un país a otro? ¿Por qué atravesar el problema de reeditar un libro que ya ha sido impreso en otro lugar? Mientras rastreaba en Internet para aprender más sobre esas editoriales (y sobre otras de cuya existencia me fui enterando a lo largo y ancho del continente) y empezaba a mantener conversaciones con participantes de esos proyectos, comencé a entender que la respuesta era bastante simple: es mucho más caro para proyectos de pequeña escala hacer envíos internacionales de un producto pesado y voluminoso como el libro. Y mientras que la edición comercial y académica se concentra en unas pocas ciudades grandes (México DF, Buenos Aires), una gran cantidad de libros vendidos en Latinoamérica son producidos en España o por conglomerados españoles, un reflejo poco sorprendente, aunque perturbador, de la persistencia de dinámicas neocoloniales que continúan dando forma a la producción cultural en el continente. Como había intuido, e iría entendiendo cada vez más, la economía altamente centralizada de las editoriales y distribuidoras comerciales difiere completamente de los cálculos y mediciones de utilidad que gobiernan la producción de libros alternativa y de pequeña escala.

Se volvió evidente para mí que cualquier exploración de este fenómeno de edición radical debería ser transnacional, por lo que comencé a sentar las bases de lo que pensé que sería una etnografía “multisituada” (Marcus, 1995) del libro en el continente en movimiento. Aun si este proyecto podría haber incluido a cualquiera (incluso, si no a todos, a la mayoría) de los países hispanoparlantes de Latinoamérica, elegí enfocarme en tres lugares, y especialmente en sus ciudades capitales, que se me aparecieron como los espacios más significativos de la edición alternativa, pero también de la autonomía, como explicaré en la sección siguiente: México, Bolivia y Argentina. Organicé mi trabajo de campo para comenzar en el sitio que me es más familiar, México DF, continuando luego con La Paz y terminando en el sitio que nunca había visitado antes, Buenos Aires. Se fue haciendo cada vez más claro que las propias redes que estaba investigando se volvían la base para mi trabajo de campo; los contactos en México me conectaban con gente en Bolivia y Argentina, y viceversa. Para cuando llegué a Argentina, a un año de haber iniciado el trabajo de campo, tenía un sentido mucho más afinado de con quiénes y qué trabajaría allí. A lo largo del camino, fui contactada con una editorial de Santiago de Chile, a donde hice numerosos viajes cortos para realizar entrevistas y participar en actividades organizadas por la editorial.

De esa manera, Santiago se volvió un improvisado y secundario sitio de investigación, aunque el hecho de que mis visitas coincidieran con las protestas masivas de estudiantes en 2011 hizo de Santiago un sitio muy rico para pensar cuestiones de autonomía, educación y medios alternativos.

El libro en movimiento es sobre libros —y sobre las relaciones que producen y en las que son producidos— pero es también sobre mi relación con los libros y mis experiencias con ellos: las maneras en que soy afectada, movilizada, orientada, desafiada y compelida por ellos. No soy una observadora externa de las prácticas y procesos que describo. En cada uno de mis sitios de investigación, la forma y el nivel de participación variaron. Junto a las docenas de entrevistas formales que realicé, participé en una diversidad de actividades públicas, incluyendo presentaciones de libros, ferias de libros, talleres, foros, seminarios, protestas, performances, etc. En cada lugar, también participé de diversas maneras en las actividades cotidianas de las editoriales y sus redes. En la ciudad de México llevé adelante mi trabajo de campo mientras trabajaba en un colectivo, participaba como miembro activo de las comisiones de educación popular y edición. En La Paz trabajé muy estrechamente con una editorial, aunque con una productividad limitada, ayudando a desarrollar una plataforma de comunicación para el proyecto. También participé como voluntaria en la primera Feria de Libros de El Alto, a principios de 2011. En Buenos Aires me uní a la asamblea organizadora de una feria itinerante de libros, que me puso en contacto con docenas de escritores y editoriales. Y en Santiago de Chile trabajé con los organizadores de la primera Feria Latinoamericana del Libro Popular. Mis experiencias en cada ciudad me pusieron en contacto con libros y editoriales que de otro modo no habría conocido jamás. Por ello, mientras en mi investigación diaria acompañaba las actividades de ciertos grupos —aquellos a los que pude acceder más directamente—, en los capítulos que siguen he decidido desarrollar mi análisis de aquellos proyectos y libros que presentaban las más ricas cuestiones respecto a la vida política y material de los libros impresos en relación a la autonomía. Más que simplemente enfocarme en aquellos libros y proyectos que se ajustan a las características que presenté más arriba, en cada uno de los capítulos hago zoom en aquellos que he tenido la oportunidad de examinar más cercana y profundamente, o bien en aquellos que planteaban desafíos significativos a los conceptos e ideas con los que me había acercado. En este sentido, he intentado desarrollar mi abordaje siguiendo las miradas de los estudios culturales, inspiradas por Stuart Hall, que hacen énfasis en una

práctica de *contextualismo radical* (Grossberg, 2006) y un pensamiento *sin garantías*, permaneciendo atenta a las dinámicas que dan forma a los estudios *sobre*, más que *desde*, Latinoamérica (Restrepo, 2014).

UNA CARTOGRAFÍA DE LAS SOCIEDADES EN MOVIMIENTO

El continente en movimiento está salpicado con rebeliones populares grandes y pequeñas, identificables como tales o no. Aunque los pueblos indígenas han estado, sin dudas, al frente de muchos de los movimientos en el continente —más visiblemente las mayorías indígenas zapatistas en Chiapas, México—, esto no significa que sean movimientos étnicos o indígenas *per se*. El intelectual oaxaqueño y antiguo consejero del EZLN, Gustavo Esteva, explica la distinción en una columna publicada en *La Jornada* a principios de 2014, marcando el vigésimo aniversario del levantamiento del 1º de enero de 1994:

advirtieron desde el primer momento que no eran un movimiento indígena. Su iniciativa tiene otro alcance. Las demandas indígenas, tal como parece verlas el zapatismo, solo pueden satisfacerse en una forma de sociedad en que tanto indígenas como no indígenas gocen de justicia, emancipación, y libertad. Por la naturaleza del problema, bien identificada por los zapatistas, los cambios que hacen falta son de alcance nacional e internacional y en ellos los pueblos indígenas se encuentran en el principal frente de batalla, aquí y en casi todas partes. (Esteva, 2014)

Autonomía es un término que tiene aplicaciones legales en el contexto de las luchas indígenas a lo largo y ancho del continente, pero esa no es la autonomía de la que hablo cuando digo “políticas autónomas”. Mi comprensión de la autonomía resuena con la definición propuesta por Ana Dinerstein en su libro de 2015 *The Politics of Autonomy in Latin America*. Allí explica que “las prácticas autónomas, i.e. luchas por la autodeterminación, la autoorganización, la autorepresentación, la autogestión, y la autonomía indígena, no son nuevas” (Dinerstein, 2015: 1). Pero luego afirma que, desde los ochenta, la autonomía ha sido recreada “contra y más allá de la globalización neoliberal [...] y está inextricablemente conectada a la esperanza” (Dinerstein, 2015: 1). Clave para el entendimiento de los nuevos modos de la autonomía en las décadas recientes es la relación con la prefiguración: “La prefiguración es *el proceso de aprendizaje de la esperanza*. La autonomía es la herramienta

organizacional de ese proceso” (énfasis en el original; Dinerstein, 2015: 2). Por esta razón, Dinerstein define a la autonomía como “el arte de organizar la esperanza”.

Autonomía, en este sentido, es una práctica de lo que Tapia llama *política salvaje*, que es inestable, temporaria, contingente, fluida: “La política salvaje es lo que no construye orden social y político, es decir, instituciones, jerarquías y divisiones del trabajo político. Es política en tanto son prácticas que tienen que ver con la dirección de la vida y el movimiento colectivo...” (Tapia, 2008: 115).²⁰ La política salvaje, afirma, excede los “lugares estables de la política”, principalmente el Estado moderno es su construcción como espacio privilegiado de todas las cosas políticas, y ocupa lo que llama “los no-lugares de la política”: la política del “sótano” o “underground” (Tapia, 2008: 96). Esta descripción de relaciones del espacio de la autonomía resuena con la expresión zapatista de *desde abajo*. Para ser claros, esta no es una expresión de un posicionamiento de clase sino más bien una categoría relacional que no está ligada a ninguna identidad.²¹

Cada uno de los sitios que he visitado en *El libro en movimiento* ha experimentado, desde el cambio de siglo, un notable surgimiento de movimientos políticos desde abajo: México ha sido irreversiblemente transformado por el levantamiento zapatista que comenzó en 1994 y que combinó exitosamente una lucha indígena con políticas más amplias, anticapitalistas y autónomas; las masivas rebeliones bolivianas que empezaron con la Guerra del Agua en Cochabamba en 2000 y continúan hasta hoy desestabilizaron el modelo neoliberal impuesto en los ochenta con una praxis decolonial y antiimperialista; en Argentina, la crisis económica de 2001 trajo consigo una rebelión popular masiva de trabajadores desocupados y clases medias y obreras que, por más de diez años, han transformado el paisaje urbano; y en Chile, la nueva generación de estudiantes nacidos después de la dictadura ha hecho visible un movimiento societal mucho más amplio para liberar a Chile de los efectos psíquicos y materiales de la violencia del régimen de Pinochet y

20. El libro de Tapia *La política salvaje* (2008) está dedicado a Raquel Gutiérrez Aguilar.

21. Mi pensamiento en torno a este tipo de categoría relacional está claramente inspirado en los miembros del Grupo de Estudios Subalternos que, siguiendo a Gramsci, definen la subalternidad en términos relacionales.

el experimento neoliberal (movimiento que adquirió una efervescencia inédita a partir de octubre de 2019).

En cada uno de estos contextos las últimas dos décadas han traído profundas transformaciones a nivel de las bases, lo cual en algunos lugares ha resultado en la toma de las riendas de las políticas estatales e institucionales a través de la emergencia —y, en algunos casos, caída— de gobiernos “progresistas”. Pero, como muchos han notado correctamente, la institucionalización de políticas populistas (como en la Bolivia de Evo Morales o la Argentina de los Kirchner, por ejemplo) ha sido arruinada, entre otros motivos, por una amplia represión y la cooptación de los movimientos de base, demostrando la inhabilidad del Estado para promover y poner en acto una ética política autónoma. En algunos contextos, como el argentino, el retorno de la extrema derecha al poder con la elección de Mauricio Macri en 2015, volvió a encender un sentido de urgencia en torno a políticas autónomas. Las condiciones e historias de cada uno de estos contextos son, por supuesto, tremendamente diversas, sin embargo, a nivel organizaciones de base, también existe una comunalidad entre, y a través de, la diferencia. *El libro en movimiento* no es una etnografía de los movimientos, es una etnografía de un objeto, el libro orgánico, y de las relaciones y éticas que lo materializan. Razón por la cual, en lugar del intento de llevar adelante la imposible tarea de delinear una historia exhaustiva de cada uno de los contextos, ofrezco destellos necesariamente parciales (en tanto incompletos y subjetivos) de por qué estos sitios son tan significativos para mi comprensión del *continente en movimiento*.

México —todavía en las garras de una guerra que resiste toda definición y que ya se ha cobrado más de 150.000 vidas en doce años— tiene un lugar singular en este proyecto, ya sea por mis lazos personales como por su historia reciente. Durante los últimos veinte años, el movimiento zapatista, mayoritariamente indígena y afincado en el sureste del estado de Chiapas, ha contribuido directamente a la formación de redes de base extendidas y ligeramente articuladas.²² Hoy día esas redes incluyen una

22. La expresión más formal de esta red puede ser vista en la Otra Campaña zapatista. Anunciada a mediados de 2005 en la “Sexta Declaración de la Selva Lacandona” y lanzada formalmente en enero de 2006, la Otra Campaña representó una nueva fase de la lucha zapatista “contra la explotación económica y por el reconocimiento radical de diferencias étnico-raciales y de género en México” (Mora Bayo 2007: 65). Anticipándose a las elecciones presidenciales de 2006, el EZLN organizó la Otra Campaña —que

diversidad de actores que están construyendo autonomía como un medio para resistir directamente al complejo narco-estatal que perpetúa una guerra aparentemente infinita y explícitamente capitalista: milicias de autodefensa, estudiantes activistas, sindicatos de trabajadoras sexuales, comunidades indígenas, movimiento de defensa del medioambiente, anarquistas urbanos, y cualquier forma imaginable de producción de medios alternativos.²³ Es imposible expresar adecuadamente la influencia profunda y de vasto alcance que el zapatismo ha tenido en la praxis política, no solo en México sino alrededor del mundo.

Cuando este proyecto empezó a tomar forma, viajé frecuentemente a México para participar en varios encuentros, o reuniones, organizados en territorios zapatistas, y para pasar tiempo en la ciudad de México. Cuando regresé a la ciudad de México en 2010 para comenzar formalmente mi trabajo de campo, me uní enseguida al colectivo que había publicado el libro de Bocafoja, *Jóvenes en Resistencia Alternativa (JRA)*, y tuve la oportunidad de participar en las reuniones iniciales de lo que terminaría siendo la *Red de resistencias autónomas anticapitalistas*.²⁴ Esta red incluye muchos actores colectivos para quienes las iniciativas de articulación lideradas por el zapatismo fueron muy significativas. Pero la *Red* no es un proyecto zapatista, y en muchos sentidos emerge de la necesidad de

incluyó una gira de delegados zapatista por los treinta y dos estados de México— como un esfuerzo para articular luchas no partidarias y anticapitalistas a través del país. En los primeros días de la gira, el Subcomandante Marcos, viajando entonces como civil con el nuevo título de “Subdelegado Cero”, dio un discurso a los *medios libres* que estaban acompañando la Otra Campaña, proclamando que “el trabajo de los medios alternativos va a ser la columna vertebral en la primera parte de la Otra Campaña” (Subdelegado Cero, 2006). La Otra Campaña marcó mi primera introducción formal a lo que sería denominado “políticas del encuentro” zapatista, mientras viajaba con la “caravana” a través de los estados de Oaxaca y Guerrero en calidad de observadora internacional para la organización con la que trabajaba en Chiapas en ese momento. Desde 2006 he participado en muchos otros grandes encuentros en territorio zapatista y en la ciudad de México, con la participación de miles, ya fueran zapatistas de las comunidades en torno a los estados de Chiapas como provenientes de más de cuarenta países alrededor del mundo.

23. Colectivos e individuos fueron invitados a registrarse como “adherentes” de la “Sexta Declaración”, y aun si esa afiliación tiene poca significación actualmente, algunos grupos todavía despliegan su lenguaje en sus prácticas como medio de demostrar que son parte de algo más grande, una red más amplia de solidaridad.

24. Para una mirada general sobre la historia de JRA y la Red de Resistencias Autónomas Anticapitalistas véase la sección 2.5 en Navarro Trujillo, 2016.

trabajar todavía más autónomamente, es decir, sin el EZLN como fuerza inicial y organizadora. A mi entender esto es exactamente lo que pretendía el EZLN cuando hizo la convocatoria: organización de proyectos e iniciativas autónomas y (trans)locales que emergieran y dieran respuestas a las realidades de aquellos que trabajan en los territorios, donde sea que fuese.

En la “Sexta Declaración de la Selva Lacandona”²⁵ publicada en 2005, el EZLN ofrece un análisis retrospectivo y prospectivo de su movimiento: “nuestra pequeña historia es que nos cansamos de la explotación que nos hacían los poderosos y pues nos organizamos para defendernos y para luchar por la justicia” (EZLN, 2005). En el texto que sigue, los zapatistas narran su propia historia compleja, las luchas para negociar con el gobierno, la decisión de enfocarse en la construcción de autonomía en los territorios, los encuentros con otros grupos en lucha por todo México, y la decisión de abrir su movimiento al mundo cada vez más. El aspecto dialógico del movimiento —las interacciones e intercambios nacionales, internacionales o, como suelen decir, intergalácticos, con otros— se sintetiza al final de la primera sección de “La Sexta”:

Y lo primero que vimos es que nuestro corazón ya no es igual que antes, cuando empezamos nuestra lucha, sino que es más grande porque ya tocamos el corazón de mucha gente buena. Y también vimos que nuestro corazón está como más lastimado, que sea más herido. Y no es que está herido por el engaño que nos hicieron los malos gobiernos, sino porque cuando tocamos los corazones de otros pues tocamos también sus dolores. O sea que como que nos vimos en un espejo. (EZLN, 2005)

Y así como el EZLN expresa las maneras en que ve y siente su propia lucha en la lucha de otros alrededor del mundo, existen innumerables referencias (nombradas o innominadas) a la importancia y resonancia de la experiencia zapatista en los libros orgánicos que salen de las diversas sociedades en movimiento del continente. A medida que viajaba de un lugar a otro, el zapatismo se movía conmigo, en mi pensamiento, en los libros que reunía, en las conversaciones que tuve a lo largo del camino.

25. Publicada inicialmente online y en el diario *La Jornada*, la “Sexta Declaración” ha sido reimpressa repetidas veces en libros y panfletos publicados a lo largo y ancho del continente. Aunque no es, en sí misma, un libro, las maneras en que ha tomado vuelo en su forma impresa es una expresión de las mismas dinámicas de fluidez y accesibilidad que caracterizan al libro orgánico.

En el mapa que se despliega en *El libro en movimiento*, el zapatismo aparece en muchos otros lugares además de Chiapas.

Cuando el avión aterrizó, poco antes del amanecer, en el Aeropuerto Internacional El Alto, posado por encima de las nubes que están sobre la ciudad de La Paz, a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar, supe que estaba entrando a un lugar muy diferente a la Bolivia que había visitado tan solo tres años antes. Cinco años habían pasado desde la elección del primer presidente indígena en Sudamérica, Evo Morales, que había hecho referencia al eslogan zapatista *mandar obedeciendo* en su discurso inaugural (2006). Era enero de 2011, en las semanas posteriores a Navidad había seguido de cerca las noticias de Bolivia mientras redondeaba mi trabajo de campo en México. El final de 2010 en Bolivia había estado signado por el *gasolinazo*²⁶ y las protestas posteriores, que algunos caracterizaron como el primer levantamiento popular contra un gobierno de izquierda en la región (Zibechi, 2011a). Protestas posteriores apuntaron a la escasez de azúcar, salarios que no se corresponden con el costo de vida, y lo que muchos perciben como el ensanchamiento de un grieta entre los sectores populares y los movimientos sociales y “la gente del presidente” que llegó al gobierno como resultado de más de cinco años de movilizaciones masivas contra los gobiernos neoliberales y neocoloniales que habían dominado el paisaje político casi ininterrumpidamente desde la independencia. La Bolivia a la que llegué para comenzar mi trabajo de campo estaba en una encrucijada. El crecimiento de la desilusión con el gobierno supuestamente anticolonial y antiimperialista había pasado a primer plano; para muchos, se revelaban los límites del potencial revolucionario de un proyecto estatal.²⁷ La producción de praxis y conocimientos

26. El 25 de diciembre de 2010, el vicepresidente García Linera anunció el Decreto Supremo 748, a través del cual se quitarían ciertos subsidios estatales a algunos combustibles y se elevarían los impuestos a las gasolineras, el diesel y el combustible de avión. Como resultado, el petróleo subió un 72%, el diesel un 84% y el combustible de avión un 99%. La justificación ofrecida fue que esta era una medida necesaria para detener el tráfico ilegal de combustibles desde Bolivia, y para proteger al país de intereses extranjeros. Obviamente, para el pueblo boliviano un incremento tan dramático en los precios implicó un desastre económico, ya que el costo del combustible incide en todos los productos básicos. Véase Zibechi (2011) para una discusión sobre los acontecimientos y efectos del *gasolinazo*.

27. cf. Oscar Olivera et al. “Carta pública a Evo Morales y Álvaro García, Contra el Gasolinazo y por el autogobierno de nuestro pueblo: Primero está la gente, no los números, ni las cifras”.

ganaron cada vez más terreno, y fue en este contexto en el que indagué en las redes de editoriales e intelectuales militantes, incluyendo a muchos que habían trabajado junto a Morales y García Linera.

Siete meses más tarde, empaqué mis maletas y viajé al siguiente lugar, Buenos Aires, haciendo una parada en Santiago de Chile para una visita de diez días. Nunca había estado en Chile ni en Argentina, así que me apoyé mucho en los contactos que me habían provisto mis amigos de México y Bolivia, conectándome con editoriales, escritores y compañeros en ambas ciudades. Cuando planeé mi viaje a Chile, meses antes, el paisaje político allí estaba relativamente calmo. Pero cuando llegué, a mediados de julio de 2011, las cosas estaban muy diferentes. A finales de junio, una serie de protestas multitudinarias habían empezado a expandirse por el país, con cientos de miles de estudiantes ocupando las calles para protestar contra la privatización creciente del sistema educativo chileno. Universidades, colegios y escuelas de todo tipo fueron ocupadas por los estudiantes, que junto a sus profesores y familias fueron convirtiendo a las ocupaciones en procesos de autogestión de las escuelas, desarrollando currículas y programas de educación participativa. El movimiento estudiantil de 2011 fue tanto una extensión como una ruptura de la *Revolución Pingüino* de 2006, el movimiento masivo de estudiantes de escuelas secundarias. En el prólogo de 2006 a la edición chilena de *Dispersar el poder*, Zibechi afirma que la *Revolución Pingüino* representó una nueva era para los movimientos sociales chilenos por su despliegue horizontal y sus formas participativas de organización (2011: 9). Pero mientras que el movimiento de 2006 fue relativamente limitado en términos de las reformas que demandaba, el movimiento de 2011 desarrolló un análisis más profundo de la crisis de la educación y la deuda en Chile, y atrajo la atención de un movimiento societal más amplio, que incluyó llamados a una Asamblea Constituyente (Chile todavía se gobierna por la Constitución de Pinochet). A este Chile llegué, primero en julio y luego, de nuevo, en diciembre de 2011, para aprender de un colectivo-editorial multigeneracional que trazaba puentes no solo entre esos dos momentos de rebeliones recientes sino con la revolución socialista de Salvador Allende.

Mientras Chile estaba repleto de nuevas esperanzas y efervescencia política, Argentina estaba en una fase más retrospectiva cuando llegué a Buenos Aires. Diez años antes, el país había sido fuertemente sacudido por una crisis económica que se había ido construyendo desde los noventa y que culminó con la repentina irrupción de millones



Marcha de estudiantes en Santiago de Chile, julio 2011.

de personas tomando las calles el 19 y 20 de diciembre de 2001, gritando “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo” y expulsando al gobierno.²⁸ Luego de los momentos iniciales de la rebelión emergieron asambleas populares barriales no solo en Buenos Aires sino también en el resto del país, con personas comunes ocupando espacios a medida que se organizaban colectivamente para resolver sus necesidades básicas. Florecieron cooperativas de trabajadores por todo el país, incluyendo cientos de *empresas recuperadas*, primero ocupadas y luego gestionadas por los trabajadores mismos. 2001 fue la culminación de luchas populares que se habían estado construyendo desde hacía un tiempo en Argentina, desafiando los efectos brutales de las políticas neoliberales. Significativamente, dio lugar a una nueva era de movilización popular, en la que el espacio público es un sitio de articulación transversal, donde se encuentran individuos y los colectivos procedentes de una diversidad de experiencias y sectores. En los seis meses previos al décimo aniversario participé en muchos eventos dedicados a este tema, aprendiendo sobre el significado del “2001” gracias a testimonios de primera mano de trabajadores, militantes, estudiantes, intelectuales y familias de todas las clases. Pero mientras muchas discusiones se enfocan en la cuestión

28. Muchos libros han sido publicados desde 2001, documentando y analizando la rebelión popular. cf. Caviaasca et al, 2011; Sitrin, 2005; Colectivo Situaciones, 2002.

del aniversario, la asamblea recientemente formada en La Cazona de Flores, un centro social gestionado por una docena de proyectos autónomos, entre los cuales está el Colectivo Situaciones, propuso un abordaje diferente: no diez años *desde* 2001 sino diez años *de* 2001; es decir, diez años de rebelión, organización y transformación.

Estos grupos, como otros, también estaban prestando particular atención a la cooptación de los alzamientos populares, y de los movimientos que surgieron de ellos, por el gobierno de Kirchner, que llegó al poder en 2003. El décimo aniversario del 2001 también coincidió con el primer aniversario de la represión en el Parque Indoamericano (durante la cual fueron asesinadas tres personas), un inmenso parque que había sido ocupado por tres mil familias, mayoritariamente inmigrantes bolivianos y paraguayos, demostrando la conjunción de los conflictos por la tierra y habitacionales, la persistencia del racismo y la xenofobia y el incremento de la violencia estatal orientada a controlar y cerrar el espacio público en Buenos Aires (Taller Hacer Ciudad, 2011). El grupo de La Cazona de Flores también organizó un evento y publicó un libro relacionado al Indoamericano, instalando preguntas sobre la forma cambiante de la ciudad, que habían estado ausentes de las conmemoraciones del 2001. Este fue el trasfondo de mi trabajo de campo en Buenos Aires: un momento para la reflexión colectiva y la teorización sobre las posibilidades y límites de la organización popular de alternativas políticas y económicas y sobre el sentido y la práctica de la comunidad.

Siguiendo a actores y objetos a través de diferentes fronteras, esta etnografía no es comparativa ni multisituada sino más bien *reticular*. El proyecto es sobre las conexiones y relaciones que hacen al continente en movimiento; en este sentido, es menos sobre lo que sucede en cada uno de los lugares que sobre las maneras en que esos lugares están conectados. No es sobre sitios y personas específicos sino más bien sobre un objeto: el libro. Las personas, los lugares, las cosas y las prácticas aparecen y reaparecen a lo largo de los capítulos. Por este motivo, los capítulos no están organizados alrededor de un conjunto de sitios o estudios de caso sino en torno a los escenarios de la vida de cada libro. El capítulo uno, “Deviniendo libro”, analiza el juego entre la horizontalidad y las prácticas de conocimiento dialógico en el proceso por el cual la idea de hacer un libro se realiza. El capítulo dos, “El libro-taller”, explora el espacio de elaboración en los talleres editoriales donde los libros son armados, impresos y encuadernados como sitio de

provisoriedad y experimentación. El capítulo tres, “El libro ilimitado” se enfoca en las maneras en que el libro es compartido entre editoriales y reeditado en diferentes contextos, siguiendo las redes transversales y las prácticas de propiedad intelectual través de las cuales el libro orgánico se vuelve ilimitado. El capítulo final, “El libro en red”, es una exploración de las prácticas de distribución y circulación a través de las cuales el libro alcanza lectores potenciales, argumentando que el marketing del libro orgánico es una práctica de encuentro. Cada capítulo se mueve por varios sitios para explorar cómo los *conceptos* del libro orgánico (horizontalidad, provisoriedad, transversalidad, encuentro, etc.) pueden ser entendidos a través de las *prácticas* que los performan. En este sentido, el cuerpo teórico más importante y los conceptos clave que dan forma a mi análisis de las editoriales y movimientos derivan de los propios libros orgánicos.

Tal como el último capítulo explora en profundidad, los movimientos autónomos ponen en acto una ética del encuentro: una práctica-concepto que hace mucho énfasis en involucrarse y dialogar cara a cara más que sobre cualquier programa de acción. El encuentro es contingente y fluido; y más importante aún, es orgánico. Como praxis de una política no-jerárquica y encarnada, el encuentro puede tomar muchas formas en los movimientos: las estrategias de diálogo del EZLN, el modelo de organización asamblearia de los grupos barriales en Argentina, o los foros transnacionales y las reuniones donde convergen los movimientos. Pero el encuentro también ocurre en ideas, en palabras, en historias y en los objetos y espacios a través de los que viaja. La historia del libro orgánico es una historia de encuentro. Es la historia de un continente articulado por el movimiento.

CAPÍTULO UNO

Deviniendo libro

No se trata de crear una estructura, un aparato, sino un espacio horizontal e igualitario, una suerte de plaza pública [...] donde fluya la palabra y la comunicación entre sujetos iguales

Raúl Zibechi, 2000

Un paseo a principios de diciembre por los stands improvisados que abarrotan la Avenida República en la zona central de Santiago de Chile, con menos del equivalente a veinte dólares en mi mano, coseché una buena pila de libros pequeños. Libros con diferentes texturas y densidades. Con sus diseños coloridos y dinámicos, las tapas de estos libros baratos comparten más con el grafiti político que adorna la ciudad que con los clásicos tomos que llenan los estantes de la biblioteca de la universidad nacional. A menos de un kilómetro de esta feria del libro popular latinoamericano, el hall de la Universidad de Chile parece reflejar lo que estos libros describen. Totalmente cubierta de afiches pegados con engrudo y eslogans pintados con aerosol, la formalidad de la universidad en tanto sitio autorizado del conocimiento institucional había sido radicalmente interrumpida por la rebelión nacional en marcha. Una ocupación de seis meses de las escuelas y universidades del país durante 2011 transformó estas instituciones en zonas temporalmente autónomas (Bey, 1991) donde estudiantes, maestros y sus familias construyeron espacios alternativos de educación y organización comunitaria. Estas zonas son la manifestación más visible de esta *sociedad en movimiento* (Zibechi, 2008a). Los que ocupaban las universidades conectaron con otros de afuera del sistema educativo formal, igualmente involucrados en la reimaginación del trabajo, la educación, la salud, los barrios y las ciudades luego de décadas de violencia política y económica a cargo de la dictadura de Pinochet. De nuevo en la feria emerge una suerte de palimpsesto de imaginarios

revolucionarios, con libros producidos de forma independiente aliñados sobre la acera de la misma manzana que alojó tres centros de tortura y detención durante la dictadura. Los libros cuentan historias de resistencias articuladas: historias de proyectos políticos alternativos en Chile junto a sus homólogos que, en todo el continente, también están comprometidos en experimentos permanentes de imaginación y creación de otras sociabilidades contra y más allá del capitalismo y su forma especialmente invasiva, el neoliberalismo.

Entre los objetos exhibidos había un libro escrito por un orador invitado a la feria: Raúl Zibechi. *Dispersar el poder* es un estudio de los hechos históricos de El Alto que sacudieron a Bolivia en los primeros cinco años del siglo XXI. Sin embargo, no es solo un libro que concierne a Bolivia: una mirada al índice revela que el libro está hecho de otras relaciones que conectan Bolivia, Argentina, Chile, México y Uruguay. El libro —como cualquier otro— está en movimiento mientras un lector lo hojea: la tapa y las páginas van pasando, unidas por la encuadernación. Pero hay otros tipos de movimientos que convergen y se entrecruzan en todo lo que hace a este objeto, política y materialmente. Este pequeño libro ha tenido una larga vida desde que fue publicado en 2006 por la editorial boliviana Textos Rebeldes. Ha sido hecho y rehecho una y otra vez, generando en cada edición —y siendo generado por ella— diferentes órdenes de relaciones y prácticas, tal como este capítulo comienza a describir. Con sus ediciones y geografías múltiples, *Dispersar el poder* es un ejercicio de cómo producir un objeto que es orgánico a las políticas que describe. Y como el libro ha sido reeditado no solo en mis cuatro lugares de investigación sino también en la ciudad donde vivía, Oakland, tiene un lugar singular y simbólico en este proyecto, y como tal aparece y reaparece en este capítulo y en los subsiguientes. Este capítulo examina de cerca las relaciones que producen libros orgánicos a través del análisis de *Dispersar el poder* junto a otros dos libros. *Pensar las autonomías: Alternativas de emancipación al capital y el Estado* es una colección de ensayos originales provenientes de todo el continente, editada por Jóvenes en Resistencia Alternativa (JRA), y representa más de una década de su trabajo con movimientos e intelectuales militantes. *Caleidoscopio de rebeldías*, escrito por Claudia Korol, educadora popular residente en Buenos Aires, explora y se mueve a través de una miriada de espacios de pensamiento colectivo y educación popular en movimientos sociales de Argentina y otros lugares.

LOS ESPACIOS RELACIONALES DEL LIBRO

En *Dispersar el poder*, Zibechi identifica una de las tendencias más empobrecedoras (que todavía existe) de los “viejos” movimientos: “Durante más de un siglo los movimientos antisistémicos han forjado sus estructuras organizativas de forma simétrica al capital, a los estados, los ejércitos, y otras instituciones hegemónicas en el sistema que combaten” (Zibechi, 2006: 87-88). El autor afirma que obrando de esa manera estos movimientos asumen efectivamente “la forma estado”, aun si pretenden luchar contra “el estado” y el capital. En la primera oración de *Dispersar el poder*, Zibechi establece la perspectiva histórico-política del libro, señalando una ruptura con aquella “vieja” tendencia: “El ciclo de luchas e insurrecciones que los pueblos que habitan Bolivia protagonizan desde el año 2000, es quizá la más profunda ‘revolución en la revolución’ desde el levantamiento zapatista de 1994” (Zibechi, 2006: 25). ¿Por qué Zibechi abre el libro conectando estos dos movimientos distantes, uno en México y otro en Bolivia? No es el primero en hacer esta conexión. John Holloway, Raquel Gutiérrez Aguilar y Gustavo Esteva están entre los muchos intelectuales militantes que han analizado las conexiones entre Chiapas y el El Alto, notando las resonancias entre el experimento zapatista de autogobierno indígena y los procesos de rebelión y organización comunitaria de los aymaras urbanos. En ambos contextos, la autonomía es el horizonte común para las luchas populares, a partir del rechazo de la forma del Estado capitalista, colonial y racista y de las relaciones que produce.

Autonomía (que puede, o no, definirse en relación al Estado) toma muchas formas cuando es puesta en acto, y en este sentido es más una práctica que una ideología. Como escribió el Colectivo Situaciones: “La autonomía, entonces, más que doctrina, está viva cuando aparece como tendencia práctica, inscrita en la pluralidad, como orientación a desarrollos concretos que parten de las propias potencias, y de la decisión fundamental de no dejarse arrastrar por las exigencias mediadoras-expropiadoras del Estado y del capital” (2006: 227). Resalto esta definición, escrita por un colectivo de investigación militante argentino que ha acompañado a los movimientos zapatista y bolivianos, porque define a la autonomía como una práctica-concepto situada que solo puede ser entendida en términos de *hacer* (como en la acción colectiva), más que como idea o teoría a ser aplicada. Este énfasis en el *hacer* subraya la naturaleza contingente y procesual de la autonomía como una aspiración

política y social nunca completa. En este sentido, es más un “horizonte de deseo” (Gutiérrez Aguilar, 2008b), un devenir y “una organización de la esperanza”, antes que un estado fijo.

Un poco más adelante en la introducción, Zibechi especifica que la conexión significativa entre el proceso aymara y el zapatismo no solo se da por su deseo compartido de autonomía, sino específicamente por la construcción de un tipo de poder diferente, que no es un estático *poder-sobre* sino un dinámico *poder-hacer*.²⁹ A esto Zibechi lo llama “poder antiestatal”. Lo que está nombrando es una sociabilidad colectiva alternativa que rechaza las dinámicas relacionales autoritarias y jerárquicas generadas por el capitalismo y el neoliberalismo. Anti-estado es solo una expresión de este poder alternativo; y es lo que Zibechi identifica en El Alto a principios del siglo XXI. Mientras puede decirse que también el neoliberalismo hace uso de un tipo de “poder antiestatal” en sus ataques al Estado y en la consolidación de un poder no-estatal, es importante marcar que los ataques neoliberales al Estado meramente apuntan a su dimensión redistributiva, y en ese sentido no buscan eliminar al Estado. Como escribió el economista predilecto de la doctrina neoliberal, Friederich Hayek, el Estado es esencial a la política económica liberal en tanto árbitro de las transacciones individuales privadas (1976). En efecto, Hayek dice que este rol jurídico-legal del Estado puede ser visto, incluso, como un medio de producción, proveyendo la infraestructura legal para la acumulación capitalista. En este sentido, el discurso neoliberal se presenta a sí mismo como antiestado pero es cualquier cosa menos eso: es una reforma de las instituciones del Estado para inhibir cualquier redistribución que pueda ir contra el fundamentalismo de mercado que utiliza al Estado para diseñar al mercado como regulador social y producir un orden de acumulación capitalista irrestricta. En el capítulo inicial de *Política salvaje*, “Una deconstrucción punk del neoliberalismo”, Luis Tapia indica la necesidad que tiene el neoliberalismo del Estado cuando escribe: “El neoliberalismo es un discurso y una práctica de disciplinamiento. En la medida en que se reduce o deja de existir el espacio político de ejercicio positivo de las libertades, y se nos obliga a actuar en el mercado, la tendencia a la subordinación a los poderes

29. John Holloway elabora esta distinción en su libro, ya casi clásico, de 2002 sobre zapatismo, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*.

económicos es inevitable. En el mercado capitalista no se delibera porque en él no somos iguales. La política de ampliación del mercado como regulador social es una eliminación de sujetos políticos” (2006: 22). Lo que Zibechi define como “anti-estado” debe ser comprendido también como anticapitalista (en el sentido de un rechazo del mercado como el regulador social más adecuado) y anticolonial. En Bolivia (y en otros sitios, por supuesto), el Estado, en tanto producto del colonialismo, es una estructura inherentemente racista, capitalista y patriarcal que ha sido utilizada para establecer un orden político, económico y social al que refleja y reproduce.

Si los “nuevos” movimientos, estas “sociedades en movimiento” (como los ciclos de movilización popular del zapatismo y Bolivia), rechazan efectivamente las formas estatales y capitalistas, es útil examinar cómo la producción de lo que podríamos llamar el “conocimiento” —es decir, ideas, pensamientos, teorías o narrativas— relacionado a estos movimientos es parte de esta transformación política, económica y epistémica. Pero el concepto “conocimiento” es problemático en este contexto, precisamente porque supone que algo es “conocido” y asume que el poseedor de tal “conocimiento”, el autor, tiende la autoridad para ese conocer.

Tal como nos han recordado Roland Barthes, Michel Foucault, Roger Chartier, entre otros, el rol del autor es una invención moderna que emerge en el siglo xvii y está directamente ligada a las formas de propiedad que acompañaron el crecimiento de la mercantilización de la literatura (M. Rose, 1993: 1). Mientras el anonimato fue adosado a la verdad objetiva de los discursos científicos, los discursos literarios “empezaron a ser aceptados solo si estaban endosados a la función-autor” (Foucault, 1998: 213), que tiene que ver con la propiedad del discurso pero también con la responsabilidad legal respecto a él, conduciendo al acto de escribir ideas hacia el dominio jurídico. Relacionado con esto, la función-autor también actúa como la base para la identificación de motivos e intenciones, y en este sentido impone una idea de unidad, a la que Foucault, entre otros, indicó correctamente como problemática. El autor moderno que emerge en el siglo xvii ha sido sujeto de críticas significativas, incluidas las de los teóricos poscoloniales, que notaron la dificultad de desvincular la idea de autoría de las dinámicas de colonización y poder. El libro orgánico es una expresión contemporánea de una complejización similar del rol de autor a través de prácticas que interrogan productivamente las dinámicas capitalistas, coloniales y patriarcales que

subyacen a la autoría moderna. Esto tiene que ver con los intentos de reconocer no solamente los modos dispersos y colectivos de producción de conocimiento sino también los esfuerzos orientados a revincular el trabajo intelectual y el trabajo técnico, lo que Walter Benjamin identifica como “El autor como productor”.

En su exposición en el Institute for the Study of Fascism, Benjamin llamó a una reorientación de la utilidad política de la producción intelectual por medio de la puesta en conexión de actores y roles separados bajo la producción capitalista: “Experimentando su solidaridad con el proletariado, el autor como productor experimenta, directa y simultáneamente, su solidaridad con otros productores que, hasta entonces, significan muy poco para él” (1998: 95). En lo que equivaldría a un llamado a la acción, Benjamin identifica la problemática división del trabajo en la producción intelectual, e insiste en que la “lucha revolucionaria” requiere que el autor se alíe él/ella misma con el proletariado a través de la intervención en la producción por medio de una combinación de técnica y solidaridad. Esto es precisamente lo que el libro orgánico materializa, como objeto y como práctica. Podría decirse, pues, que en tanto el propio rol de autor es reubicado como un tipo de “productor” como el que propone Benjamin, la intención autoral transgrede la división entre trabajo manual y trabajo intelectual, en la medida en que los autores (colectivos o individuales) se posicionan a sí mismos al interior de relaciones de producción más amplias. Los espacios y las prácticas relacionales que constituyen al libro orgánico reconfiguran esta dinámica de intenciones autorales en el sentido de que la figura de autor es constituida por relaciones con otros actores en el proceso, desplazando de esa manera la intención autoral de la mente individual al colectivo de autores que producen el libro orgánico. La intención autoral se vuelve dispersa, de manera similar a lo que el antropólogo Edwin Hutchins (1995) ha dicho de la cognición o el pensamiento, que han sido erróneamente localizadas en el cerebro cuando lo mejor sería conceptualizarlas como profundamente sociales: están físicamente distribuidas a través de artefactos y personas que interactúan en una tarea emprendida; Hutchins llama a esto “cognición distribuida”. Lo que pensamos del conocimiento no ha de ser encontrado en las profundas estructuras de la mente, sino más bien situado en una compleja red de relaciones que componen el mundo de la producción cultural.

Tanto como con la noción de “autor”, hay una fijeza presupuesta en la categoría de “conocimiento”, que no está necesariamente atada a conceptos

paralelos como “pensamiento” o “idea”, que tienen una cualidad relacional y provisoria. Por ello, en este capítulo, cuando utilizo el término “conocimiento” lo hago reconociendo que es un nombre inadecuado para las diversas formas de pensamiento, análisis, teorización y narrativa que los diversos términos —pensamiento, conocimiento, saberes, sabiduría— transportan. Todos estos términos son utilizados en los libros que examino aquí, aun si hay poca consistencia respecto al modo y los sitios donde aparecen como descriptores de aquellas prácticas. Pero lo que es más significativo para mi análisis en este capítulo no es el nombre que les damos a las ideas, historias y teorías que son producidas colectivamente sino las prácticas a través de las cuales aquellas se vuelven visibles y compartibles en las herramientas y objetos de su expresión; en este caso, los materiales heterogéneos del libro orgánico.

Las preguntas centrales que se exploran en este capítulo son: ¿cuáles son las relaciones y prácticas que se convierten en el libro orgánico? ¿De qué forma poner la atención en lo colectivo, el diálogo y la horizontalidad reorienta prácticas de pensamiento y comunicación, en términos relacionales y activos en lugar de autoritarios y fijos? Estoy interesada en interrogar cómo las prácticas que hacen al libro orgánico a la vez —o en paralelo— interrumpen o quiebran con las relaciones capitalistas y coloniales que son endémicas al Estado, la academia y otras formas de producción institucional de conocimiento. Tal como afirmó Ramón Grosfoguel, siguiendo a Enrique Dussel, la expansión colonial generó formas particulares de exclusión y destrucción epistémica (2013). Esto, a su vez, fue reforzado a través de mecanismos y relaciones de la ciudad letrada. Las prácticas del libro orgánico representan la lucha contra el poder de la ciudad letrada por medio de la construcción de otros modos de conocimiento. Exploro las rupturas potenciales hechas visibles por el libro orgánico como momentos de lo que John Holloway denomina “negación y hacer-otro” (2010a). Holloway, un irlandés trasplantado en México que ha acompañado al movimiento zapatista durante los últimos veinte años, es uno de los escritores cuyo trabajo circula a través de libros orgánicos. “Negación y hacer-otro”, afirma, involucra simultáneamente el rechazo de un modo de ser o hacer y la creación de otro, lo que hace a procesos productivos.

En lo que sigue examino las prácticas colectivas puestas en juego en tres libros para ver el movimiento y la fluidez del *conocimiento-como-hacer* que se convierte en libros orgánicos. Gran parte del problema con el concepto de “conocimiento” brota de sus ligazones al binarismo

pensamiento/acción. Han tenido lugar muchos intentos para revertir esta oposición binaria entre pensamiento y acción; tiene su propia y extensa genealogía: la filosofía de la *praxis* de Marx, la noción de “discurso” de Foucault, el *hábito* de Bourdieu, los “conocimientos situados” de Haraway, entre otros. No he de recitar aquí la genealogía entera, pero pienso que es importante reconocer que es larga y compleja, e ilustrar que el problema del binarismo pensamiento/acción es perenne en las ciencias sociales y las humanidades.

En lugar de invocar alguna de estas soluciones particulares al problema del binarismo pensamiento/acción, sigo los trabajos recientes de los Estudios de Ciencia y Tecnología (ECT) que parten de un entendimiento: “como otras actividades humanas, el conocer está inscripto en prácticas” (Law, 2016: 19). En lugar de buscar una solución teórica abstracta al binarismo pensamiento/acción, estos trabajos se enfocan en las prácticas de conocimiento. Esto es un cambio por el cual “el conocimiento no es entendido como una materia de referencia sino como una de manipulación” (Mol, 2002: 5). Mi concepto de *conocimiento-como-hacer* se enfoca en la especificidad etnográfica de las prácticas de conocimiento distribuidas y puestas en acto en el libro orgánico. En el campo de ECT referido a la medicina, “el conocimiento incorporado en las prácticas no reside solo en los objetos sino también en los edificios, los cuchillos, los escritores, los pigmentos [...] y en tecnologías como las historias clínicas de los pacientes” (Mol, 2002: 48). De modo similar, el foco etnográfico en el conocimiento incorporado en las prácticas relativas al libro orgánico utilizan *conocimiento-como-hacer* como una manera de prestar atención al conocimiento inscripto en las prácticas y distribuidos a través de materiales heterogéneos.

Los modos del *conocimiento-como-hacer* que exploro en este capítulo podrían ser llamados *prácticas de conocimiento autónomo*. El grupo activista francés Bureau d'études/Université Tangente describe el proceso del conocimiento autónomo en los siguientes términos:

El conocimiento autónomo puede constituirse a través del análisis de la manera en que funcionan las máquinas complejas [...] La deconstrucción de las máquinas complejas y su reconstrucción “decolonial” puede llevarse a cabo [...] De la misma manera en que uno deconstruye un programa, puede deconstruir el funcionamiento interno de un gobierno o una administración, una empresa o un grupo industrial o financiero. En la base de una deconstrucción tal, involucrando una identificación precisa de los principios operativos

de una administración dada, o los vínculos y redes entre administradores, lobbis, negocios, etc, uno puede definir modos de acción o intervención. (Citado en Casas-Cortés y Cobarrubias, 2007: 119).

El proceso de deconstrucción puede ser visto en la producción del libro orgánico precisamente a través de esta relación tensa, sino paradójica, de muchos de los participantes con los espacios y prácticas institucionales que sus proyectos buscan “negar”, en los términos de Holloway, a medida que crean otros modos de pensar, escribir, publicar pero también, de modo más amplio, de relacionarse. Los escritores y editores cuyos libros son examinados en este capítulo tienen diversos grados de proximidad respecto al espacio y las estructuras de la producción institucional de conocimiento que sus libros buscan desafiar. Esta proximidad es la que facilita la deconstrucción explícita o implícita de las “máquinas” dominantes como parte del proceso de crear “máquinas” autónomas.

Si conceptualizamos al libro no como un objeto que existe como mero conductor de ideas sino como una cosa que hace y rehace relaciones y tiene efectos materiales, entonces el libro puede ser visto como “una pequeña máquina” (Deleuze y Guattari, 1987). Un “ensamblaje maquiánico”, el libro reúne los diversos elementos que lo componen (materiales, objetos, actores, dinámicas, ideas) en un fluido, un proceso en curso que no es fijo ni predecible. Existe y funciona en relación a otras máquinas: la máquina Estado, la máquina capitalista, y la “máquina comunitaria social” (Zibechi, 2006), que dispersa el poder y genera relaciones antiestatales. Zibechi define las relaciones antiestatales describiendo sus efectos. En este sentido, una cuestión clave planteada en su libro es cómo el movimiento (como acción) y los movimientos (como actores colectivos) dismantelan instituciones, ya sean estructuras estatales o formas de política populista que reproducen dinámicas de dominación.

Las investigaciones interdisciplinarias sobre libros enfatizan la importancia de examinar el nexo de relaciones que componen un libro; de qué manera el libro es, como ha afirmado Johns, un proceso que conecta “un amplio rango de mundos de trabajo” (1998), y no puede ser pensado como un mero medio de transmisión de unos sentidos discretamente producidos. Estoy interesada en los interrogantes que aparecen al explorar los libros como prácticas y relaciones, más que como artefactos estáticos. Creo que cuando el libro, en tanto objeto, es producido a través de las prácticas materiales y políticas que su contenido describe, las relaciones

sociales, económicas y políticas emergentes no solo hacen al objeto sino que también son producidas en el proceso. En este capítulo examino una característica definitoria del libro orgánico: su conexión con prácticas de conocimiento autónomo, que son horizontales, dialógicas y, sobre todo, colectivas. Haciendo foco en los procesos por los cuales las ideas se convierten en libros, exploro cómo se produce el contenido del texto y cómo emerge el proyecto de hacer un libro.

El capítulo sigue las historias del nacimiento de tres libros orgánicos: *Pensar las autonomías*, *Dispersar el poder* y *Caleidoscopio de rebeldías*. Los tres libros exploran la pregunta por el modo de enlazar ideas y prácticas que rompan con las dinámicas capitalistas y coloniales y sus extensiones en la vida cotidiana. Cada uno propone diferentes prácticas-conceptos que son dimensiones significativas del libro orgánico: dispersión del poder, praxis autónoma, pedagogía popular. Los procesos y productos de estos tres libros orgánicos son, en muchos sentidos, mundos paralelos; sin embargo reflejan un sentido de pluralidad y conexión que está en los fundamentos del bien conocido ethos zapatista del “mundo en el que quepan muchos mundos”.

PENSANDO, ESCRIBIENDO, IMPRIMIENDO LAS AUTONOMÍAS

El debate sobre la autonomía ha abierto un campo fértil de discusión sobre las alternativas sociales, políticas y productivas al capitalismo desde innumerables experiencias locales surgidas desde abajo. (JRA, 2011: 9)

La introducción a *Pensar las autonomías* comienza con esta descripción del espacio desde el cual el libro crece: “un campo fértil” poblado por “innumerables experiencias locales” (JRA, 2011: 9). Esta descripción se refleja visualmente en la tapa del libro. El diseño en rojo, blanco y negro, crudo y llamativo, es suavizado por los cientos de pequeñas palabras de diferentes tamaños que, encastradas, forman todas juntas las letras: a-u-t-o-n-o-m-í-a-s. Hay docenas de palabras distintas, que aparecen repetidamente, algunas saltan a mis ojos más que otras: subversión, emancipación, ética, poder, lucha, consejo, libertad, resistencia, clase, trabajo. Las capas de letras y palabras transmiten un sentido de interconexión y diversidad, una red desordenada de conceptos y prácticas. Inmediatamente debajo del título, aparecen los nombres de catorce

autores, encima de los tres logos de los grupos responsables de la publicación: Sísifo Ediciones (la imprenta); Bajo Tierra Ediciones (la editorial); Jóvenes en Resistencia Alternativa (JRA, el editor).

Bajo Tierra es el proyecto editorial de JRA, un colectivo de jóvenes radicado en México DF,³⁰ cuya mejor descripción es su eslogan: “¡autonomía! ¡autogestión! ¡horizontalidad!”. Cuando los conocí, en 2009, los aproximadamente veinte miembros del colectivo iban de los quince a los cuarenta y cinco años, y aunque hicieran chistes con que, tras una década de activismo, “algunos ya no somos tan jóvenes” (entrevista,³¹ México DF, 2010), el nombre del grupo sugiere un entendimiento de “lo joven” como una categoría relacional asentada simultáneamente en una sensibilidad rebelde y en una posición social y/o económica marginalizada. Y mientras que los fundadores del colectivo, que comenzaron a militar como estudiantes universitarios, tienen ahora más de treinta años —algunos han completado sus estudios doctorales—, uno de los principios organizativos que guiaron al colectivo fue la invitación abierta y regular, diseminada por las redes sociales, el boca-en-boca y los eventos públicos, a que se sumaran nuevos miembros. El trabajo de JRA como colectivo se volvió más conocido a mediados de los años 2000 a través de los festivales musicales multitudinarios que organizaban para recaudar fondos para diversos proyectos autónomos, incluido el proyecto de comunidades autónomas del zapatismo. Estos eventos anuales fueron el resultado de prolongadas relaciones entre JRA y músicos políticamente comprometidos, como Panteón Rococó, La Maldita Vecindad, Los de Abajo, Salario Mínimo y Bocaflorja. Los conciertos los conectaban a una gran audiencia de jóvenes de México DF, jóvenes que se acercaban por los conciertos y por el impulso político que estaba detrás de ellos; una generación de jóvenes interpelados por la lucha zapatista y atraídos por la oportunidad de mostrar solidaridad desde sus lugares urbanos. Los conciertos también conectaban a JRA con una red

30. A finales de 2016, JRA se disolvió formalmente. Un nuevo proyecto colectivo, Comunal, fue creado por algunos antiguos integrantes de JRA a principios de 2017. Este proyecto continúa editando libros como Bajo Tierra Ediciones. Para una historia de JRA y Bajo Tierra, véase Navarro Trujillo (2016).

31. A excepción de las que realicé con intelectuales públicos, todas mis entrevistas fueron grupales o con miembros de proyectos colectivos. Por este motivo, con una única excepción en el capítulo dos, más que asignar seudónimos, he decidido no citar nombres personales en las entrevistas.

de espacios culturales alternativos de toda la ciudad, que se volvían puntos de venta para los boletos: negocios de skate, locales punk, librerías, cafés, centros sociales. Esta misma red de negocios y organizaciones independientes serviría, más tarde, como base para la estrategia de distribución local de las ediciones de Bajo Tierra.

Otro eje fundamental del trabajo público de JRA como colectivo está enraizado en sus vínculos con las universidades públicas que existen en todo México DF, donde han organizado una serie de iniciativas a lo largo de la última década, incluyendo campañas de solidaridad con el zapatismo, conferencias, colecta de fondos para movilizaciones y protestas (contra la Conferencia de Naciones Unidas sobre Cambio Climático, por ejemplo), campamentos juveniles autónomos y anticapitalistas, y la presentación de sus publicaciones. La conexión entre Bajo Tierra Ediciones y las universidades es multifacética: estas instituciones son sitios obvios para la promoción y distribución de libros, en la medida en que los estudiantes son un público primario para los textos políticos producidos por Bajo Tierra. Pero los contactos que JRA desarrolló en las universidades también influyeron directamente en la forma de su catálogo de publicaciones, siendo que muchos de los intelectuales que apoyan sus iniciativas en los campus universitarios publicarán sus textos en Bajo Tierra. Raquel Gutiérrez Aguilar y John Holloway, de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, publicaron con Bajo Tierra, mientras que otros intelectuales han participado como panelistas de las presentaciones de Bajo Tierra.

Pensar las autonomías representa una suerte de culminación de estas expresiones más aisladas de las relaciones político-intelectuales que JRA ha construido a lo largo de la década. Ya sea en sus iniciativas internas como en las públicas, JRA ha construido una bibliografía operativa de textos y materiales de los que han echado mano en su permanente teorización y práctica de la autonomía. Y han buscado conectar su trabajo como colectivo de jóvenes con los escritores cuyas obras han resonado con sus praxis. El proyecto *Pensar las autonomías* es la materialización de las conversaciones e intercambios que generaron aquellas relaciones, y refleja una *práctica de conocimiento autónomo*. Durante un lapso de dos años, JRA invitó a más de una docena de escritores a contribuir con ensayos a lo que sería su primera antología original. Todos los libros anteriores de Bajo Tierra habían sido libros de autores individuales o bien textos publicados previamente por otras editoriales. Con *Pensar las autonomías*, JRA mostró una faceta

menos visible de su trabajo público: los procesos internos de investigación, teorización y escritura colectiva. Aunque conectado, indudablemente, al trabajo que sucede al interior de las instituciones estatales de las universidades públicas, este libro conecta “mundos de trabajo” intelectual (Johns) que no encuentran su origen ni su conclusión en la academia. El volumen articula procesos de organización política, teorización colectiva, investigación militante y la producción autogestiva y no orientada a la ganancia de un objeto concreto.

Autonomía es un concepto que desafía las definiciones simples y claras. De ahí el impulso a dedicarle un libro completo a “pensarla”. Es precisamente esta cualidad la que la hace un descriptor apto para las “innumerables experiencias locales”, simultáneamente dispersas y conectadas por su repudio compartido del ordenamiento social y económico capitalista. En este sentido, la autonomía es entendida como una práctica opositora que interrumpe no solo la lógica de “el Estado” (que es la concepción habitual de autonomía), especialmente el “dogma hegemónico” de la democracia liberal (JRA, 2011: 9), sino también del capitalismo, un sistema mucho más extendido que atraviesa territorios y fronteras. En la introducción, JRA describe a la autonomía como “un experimento de reorganización social” que deriva de los modos en que el término es utilizado por diferentes actores colectivos: “quienes luchan, se organizan, resisten, crean y construyen estos experimentos de reorganización social desde abajo, aluden a la palabra autonomía para nombrar estas prácticas” (JRA, 2011: 9). El énfasis está puesto en las *prácticas* de autonomía, más que en la ideología, y los ensayos compilados en el volumen teorizan el concepto a partir de las prácticas de “los de abajo”. Como escribió Claudio Albertani en su contribución: “La autonomía no es una secta, una ideología o una agrupación política, sino un camino de lucha” (2011: 54). Continúa luego identificando lo que considera las tres venas principales sobre las que históricamente se ancla el “principio de autonomía”: 1. la tradición anarquista; 2. el marxismo libertario; 3. las civilizaciones indígenas alrededor del mundo (Albertani, 2011: 54). En México, el proceso que ha hecho más visible la intersección de estas tres venas es el zapatismo, al que Albertani menciona escasamente.

La experiencia zapatista es el hilo que articula el amplio rango de escritores y perspectivas que aparecen en *Pensar las autonomías*. Solo la mitad de los textos nombra al zapatismo, y los editores no lo mencionan. No obstante, en América Latina, y especialmente en México,

las contribuciones prácticas y conceptuales del zapatismo han sido tan amplias y profundas que actualmente son una referencia que está presente aun sin ser nombrada. El zapatismo mezcla una preocupación por la autonomía como principio de gobierno con la autonomía como una posición política relacional para todos los aspectos de la vida, incluyendo las prácticas de conocimiento colectivo. Esta expresión de autonomía se articula más abiertamente con un lenguaje de alteridad —“la otra educación”, “los otros medios”, “la otra economía”, “la otra geografía”, etc.—³² que, más que intentar definir claramente el carácter o el objetivo, se limita a marcar una posición no-institucional (autónoma), dejando abiertas las posibilidades de lo que puede ser incluido en cada término. La “otredad” utilizada para describir la autonomía zapatista es efectiva en la manera en que, simultáneamente, define y difumina; este movimiento múltiple señala un quiebre respecto a algo, una ruptura o huida cuyo fin es desconocido.

El quinto ensayo del libro no fue escrito en México DF sino en la capital del cercano estado de Oaxaca, un punto prominente, aunque periférico, del mapa político-intelectual de México. Gustavo Esteva, descrito en su biografía como “un activista y un intelectual público desprofesionalizado”, es uno de los fundadores de la Universidad de la Tierra-Oaxaca, un centro de aprendizaje autónomo.³³ En los noventa, Esteva prestó servicios como “asesor” de los zapatistas en sus negociaciones con el gobierno federal y fue un participante activo en la rebelión popular de 2006, que él y otros han llamado “la Comuna de Oaxaca” (Esteva, 2010). Abre su ensayo, “Otra autonomía, otra democracia”, con una escena de una reunión en 1996 de más de cien consejeros invitados a la Selva Lacandona para encontrarse con el Subcomandante Marcos y otros líderes zapatistas. El debate en torno a cómo definir “autonomía” fue una obsesión en los primeros años de la rebelión zapatista, porque parte de lo que estaba en juego en el momento era la consolidación de un armazón legal para el reconocimiento de las

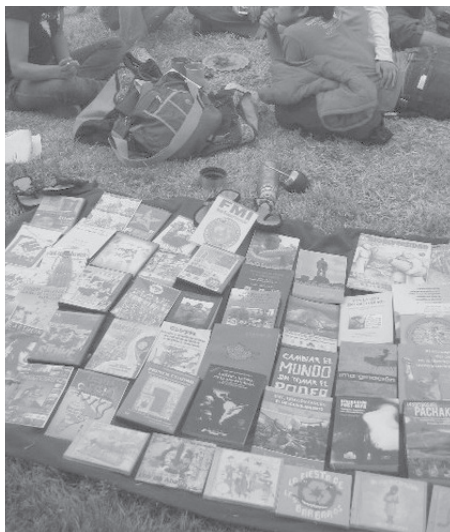
32. Estos términos aparecen como títulos de mesas de discusión en los encuentros zapatistas, así como en varios comunicados y discursos.

33. Autodescripta como “comunidad de aprendizaje, estudio, reflexión y acción”, Uniterra Oaxaca es un proyecto autónomo, fundado por Gustavo Esteva, asentado en la ciudad capital de Oaxaca y dedicado a la enseñanza orientada a la convivencia y la acción. Hay muchos proyectos Uniterra, cada uno de los cuales opera autónomamente: Chiapas, Puebla y la Bahía de San Francisco.

autonomías indígenas. A pesar de que entonces se sintió como una traición, la modificación a la ley que en 2001 buscó institucionalizar los Acuerdos de San Andrés acabó catalizando una profunda reimaginación de la autonomía luego del rechazo de los zapatistas de cualquier compromiso con el gobierno. En lugar de continuar prestando atención a la infraestructura legal de la Constitución y el Congreso para que apuntalasen legalmente a la autonomía, los zapatistas pusieron su mirada en sí mismos —y en un afuera radical—³⁴ y se enfocaron en la construcción de autonomía en la práctica. Esteva escribe: “De esa autonomía tratan estas notas, de la autonomía como proyecto político que da continuidad histórica a la antigua resistencia de los pueblos indios y la transforma en un empeño de liberación compartido con muchos otros grupos sociales” (Esteva, 2011: 122).

Los escritores cuyos textos fueron compilados en *Pensar las autonomías* representan un espectro de relaciones con los sitios institucionales de producción de conocimiento de la universidad y la “academia”. El libro en sí mismo es, parcialmente, un producto de la academia, en el sentido de que el trabajo de JRA en las universidades les ayudó a construir las redes. De igual manera, los escritores que contribuyeron con textos están (en diferentes grados) conectados con las instituciones académicas. Muchos de ellos ganan sus salarios como profesores e investigadores en universidades importantes, otros trabajan en proyectos educativos “alternativos” que se apoyan en fondos provenientes de diversas ONG o fundaciones. Todos fueron educados en universidades, pero sus trayectorias reflejan momentos de ruptura con las rigideces de esas instituciones y con las convenciones en la producción de conocimiento que son endémicas a las instituciones estatales y académicas. Como investigadores, profesores y teóricos desterritorializan sus prácticas al involucrarse en trabajos intelectuales que buscan construir relaciones horizontales y dialógicas. Muchos son académicos que buscan, fundamentalmente, generar relaciones y

34. A partir de 2001, los zapatistas abandonaron todo diálogo con el gobierno y pusieron sus esfuerzos en construir autonomía de facto a nivel local. En 2003 volvieron a la escena pública con el anuncio de los *caracoles* —los cinco centros regionales nuevos que alojan *Juntas del Buen Gobierno*— que reorientaron las dinámicas de interacción entre las comunidades zapatistas y “la sociedad civil nacional e internacional”. La mirada “radicalmente hacia afuera” que describo refiere al modo en que los zapatistas comenzaron a pasar explícitamente por alto al gobierno para mirar a lo que llamaron las redes “intergalácticas” de resistencia autonomista y anticapitalista que resonaban con la lucha en Chiapas.



Stand de Bajo Tierra en Atenco.

redes fuera de la academia, y al hacerlo aspiran a hacer de la investigación una práctica militante.³⁵ Los textos que producen, en muchos casos, no parecen ser diferentes a cualquier otra publicación académica: cabalgando de cita en cita, utilizando, por lo general, un lenguaje y una prosa densa e inaccesible. Pero mientras los textos no necesariamente transforman en un sentido radical el modo de escritura académica, las relaciones que traen esas ideas a las páginas no están confinadas al espacio o las dinámicas de las instituciones académicas, es decir, a la construcción jerárquica de una clase de autoridades, expertos y teóricos. Dichas relaciones, seguramente, incluyen a los movimientos —cuyas experiencias se narran en los ensayos— con los cuales los escritores se involucran como interlocutores y participantes, pero también a los proyectos alternativos con los que eligen trabajar para diseminar sus obras, como Bajo Tierra Ediciones. Todos estos escritores tienen acceso a circuitos de publicación académica y comercial (que seguramente producirían tiradas más grandes y distribuciones más amplias), pero con frecuencia (no necesariamente siempre) toman la decisión política de publicar sus trabajos por otros medios, entendiendo esto como una parte importante de sus procesos como escritores e intelectuales militantes o activistas.

35. cf. *Constituent Imagination: Militant Investigations, Collective Theorizations*. 2007. Eds. Shukaitis and Graeber. Oakland: AK Press.

Un libro único en el catálogo de Bajo Tierra, *Pensar las autonomías* es la primera publicación original que JRA compuso como colectivo. A diferencia de los libros firmados por un único autor que habían publicado anteriormente, en los que Bajo Tierra/JRA fue responsable de la edición, el diseño, la impresión y la distribución, con *Pensar las autonomías* JRA asumió un rol más autoral como “el editor” de la obra. Fueron los arquitectos del libro, decidiendo a qué escritores invitar a participar, eligiendo los tópicos para sus contribuciones originales, organizando los ensayos y componiendo una introducción más amplia que los habituales prefacios que redactan para cada una del resto de sus publicaciones. En este libro, el proceso de “pensar la autonomía” a través del análisis de experiencias concretas de movimientos sociales se vuelve parte de una práctica más extensa de autonomía gracias a acercamientos alternativos a la escritura y la publicación. Como dejan en claro en su introducción, *Pensar las autonomías* es concebido como un espacio para la reflexión “colectiva sobre la emancipación” (JRA, 2011: 12). Tal como explican, “la intención de este debate no es crear un nuevo paradigma, dogma o plan sobre el cambio social, sino abrir el pensamiento a numerosas posibilidades y potencias del camino de las autonomías, pero también de sus peligros, riesgos, contradicciones, incertidumbres y dudas” (JRA, 2011: 12). El debate, como lo llaman, no busca definir sino más bien “abrir el pensamiento” relacionadamente, en un proceso permanente de “contestar y reformular” (JRA, 2011: 12). *Pensar las autonomías* es un experimento orgánico de teorización colectiva de la autonomía, con un final abierto, procesual e incompleto.

DISPERSAR EL PODER/DISPERSAR LA AUTORIDAD

En el prólogo a la edición más reciente de *Dispersar el poder*, Zibechi define la intervención que aspira a llevar adelante con su escrito: “la necesaria descolonización del pensamiento crítico, para liberarlo de su carga eurocéntrica, masculina, blanca, cientificista y con pretensiones de objetividad” (Zibechi, 2011b: 8). Este posicionamiento resuena, casi directamente, en lo que en la primera edición describe como “un terremoto epistemológico” (Zibechi, 2010: 83) producido por la emergencia de nuevos sujetos políticos, antes opacados por las relaciones sujeto-objeto del Estado colonial. La dominancia de las relaciones y discursos estatistas es interrumpida, en primer término, por los movimientos

que el libro describe, pero también por la propia composición del libro. Refiriéndose al proceso de conceptualización del libro, Zibechi señala su propósito en El Alto —el lugar de las más tumultuosas y extendidas movilizaciones populares en Bolivia—: “despejarme de lo que yo sabía” (Zibechi, 2011b). Identificando al eurocentrismo que permea la teoría política en Latinoamérica, Zibechi hace una distinción entre la teoría que emerge de los conceptos filosóficos, “de los libros”, y la teoría que emerge de “la realidad”, de “la gente que está haciendo cosas”. Zibechi, sin dudas, desarrolla sus análisis, al menos en parte, a través de sus lecturas de personas muy alejadas de las realidades que él describe: cita a Pierre Clastres, Gilles Deleuze, Toni Negri, mientras que muchas otras influencias permanecen implícitas. Pero no da a las teorías que toma prestadas “de los libros” más peso que a las ideas que encuentra “en el territorio”; en este sentido, intenta traer a un amplio espectro de pensadores a una conversación más simétrica.³⁶ Su sugerencia es que la teoría que existe solo en los libros es estática y abstracta; la teoría que viene de la acción colectiva es dinámica y situada. Yo llevo la distinción de Zibechi un paso más allá, para diferenciar entre “libros” y “libros orgánicos”, que son aquellos objetos constituidos por las relaciones y antagonismos de la autonomía que él describe.

El análisis de Zibechi de la construcción espacial de El Alto atraviesa *Dispersar el poder*, con un capítulo incluso dedicado a este tema: “La ciudad autoconstruida: dispersión y diferencia”. El Alto no adhiere a la clásica grilla cuadrículada de las ciudades coloniales latinoamericanas. El patrón rectilíneo, que Ángel Rama detectó como un mecanismo de jerarquía colonial y orden social (1984: 6), está llamativamente ausente aquí, reflejando una ciudad construida por sus habitantes, más que por algún modelo impuesto por alguna fuerza externa. En una inversión del sentido usual de la transferencia del poder simbólico a las formas materiales, en El Alto la materialidad del paisaje urbano refleja las extraordinarias dinámicas comunitarias de una ciudad que nació de una crisis del orden colonial; la migración masiva y acelerada de campesinos indígenas causada por la violenta imposición de políticas neoliberales resultó en el

36. Tomo prestada aquí la idea de Dipesh Chakrabarty de “ignorancia asimétrica” que gobierna la producción y el flujo de conocimiento entre el Norte y el Sur. Con su llamada a “provincializar Europa”, plantea una reorientación de la historia y la teoría que no se apoye en “Europa” (2000).

florecimiento de una ciudad improvisada, construida y organizada por la misma gente que la habita. El Alto, tal como existe actualmente, es el producto de una ola relativamente reciente de migraciones masivas. Sin embargo, vale marcar la significación histórica de esta ciudad, como el lugar desde el que los líderes rebeldes anticoloniales Tupaj Katari y Bartolina Sisa mantuvieron sitiada a la ciudad de La Paz durante unos seis meses en 1781. Zibechi sostiene que El Alto es un reflejo espacial de la dispersión del poder característica de las olas de movilización en América Latina a finales del siglo xx. A su juicio, El Alto es única porque es un sitio denso y territorialmente regido por prácticas políticas antineoliberales. Al mismo tiempo caótica y ordenada, sin líderes y organizada, espontánea y rutinaria: El Alto manifiesta las cualidades que poseen la forma reticular, las comunicaciones y las prácticas de conocimiento de los recientes movimientos.

Dispersar el poder, en tanto objeto material, se convierte en un espacio donde otras relaciones (no-estatales/antiestatales/autónomas) son producidas y reproducidas en el relato de la historia y en la composición del libro-objeto. La estructura narrativa y la propia composición del libro hacen eco de las relaciones descritas en el libro: las relaciones comunitarias que ligan a los movimientos y las relaciones antagonistas que los movilizan. Pero estas relaciones, significativamente, no son un mero objeto del análisis de Zibechi, son también las relaciones que se producen en y alrededor del libro. En el capítulo sobre la espacialidad urbana de El Alto, por ejemplo, la lectura atenta de Zibechi de un informe preparado por Rafael Undaburu para USAID, “Evaluación de la ciudad de El Alto” (2004), aporta muchas funciones en términos de visibilización de antagonismos. Primeramente, hace visible el contraste entre la concepción estatal del poder y la organización y la de las comunidades que pueblan El Alto. Zibechi explica: “Todo el estudio encargado por USAID está teñido por un fuerte ataque a la dispersión porque dificulta el control social, impide la creación de un panóptico urbano —político pero también social, cultural, y organizacional— que sea capaz de englobar amplias poblaciones bajo la misma mirada-mando. Dicho de otro modo, la fragmentación-dispersión implica relaciones cara a cara en las villas, que se articulan entre sí y con otras urbanizaciones en base a modos sumergidos en la cotidianeidad” (Zibechi, 2006: 75-76). Tal como sostiene, lo que el estudio de USAID identifica como la forma “fragmentada” de la organización barrial en El Alto —a la que define como

un obstáculo para su desarrollo— es, de hecho, una dinámica espacial que resiste activamente la absorción y la gestión por parte del Estado y genera un tipo diferente de relaciones comunitarias (Zibechi, 2006: 74).

En segundo lugar, la lectura de Zibechi del informe de USAID hace énfasis en una de las críticas centrales que el autor presenta a lo largo del libro respecto a las metodologías y políticas de la producción de conocimiento eurocéntrico, que mantiene y reproduce la dicotomía sujeto-objeto que solo otorga al sujeto el poder de hablar, pensar, teorizar y conocer. En la metodología de la investigación de USAID, “los ‘objetos’, o sea la población alteña, nunca tienen la palabra; mientras, los ‘sujetos’ de la investigación solo consultaron una serie limitada de ‘informantes clave’ que nunca son mencionados por sus nombres ni citados directamente” (Zibechi, 2006: 7). Ciertamente, un informe de USAID es un tipo de texto muy específico, muy lejos del tipo de texto que pretenden producir los análisis de Zibechi. Pero la inclusión de este tipo de conocimiento estatal sirve aquí para demostrar la completa disyunción no solo entre los “sujetos” y “objetos” conectados en el informe sino también entre los conceptos de poder y organización que emplea cada “lado” de la relación.

Las relaciones comunitarias, lo que Zibechi describe como “la máquina social comunitaria”, aparecen en sus descripciones de El Alto pero también en la forma narrativa que produce. En el prólogo, Raquel Gutiérrez Aguilar y el editor, Luis Gómez, escriben: “No intenta establecer definiciones, ni quiere estipular principios generales. Más bien, pregunta y duda mirando hacia lo nuevo, hacia la creatividad humana que desborda los conceptos previos vaciándolos y exhibiéndolos como límites del pensamiento. En ese movimiento, convierte al conocimiento en potencia de la propia lucha social” (Gómez y Gutiérrez Aguilar, 2006: 17). A lo que están aludiendo es a que los argumentos no están estructurados a través de la adecuación de eventos “reales” con conceptos teóricos extraídos de alguna otra fuente, externa, cuyo objetivo es, esencialmente, confirmar que pensamos lo que ya sabemos. Zibechi, repetidamente, refiere a los protagonistas de las historias contadas en el libro en un esfuerzo por dar sustento a sus planteos a través del análisis que hacen los propios actores. La última página de la introducción articula las contribuciones de muchos cuyas voces aparecen en cada página, pero no en la forma habitual de los “agradecimientos”. En su apariencia parecería serlo, pero cuando se lee junto a las notas al pie, los prólogos, los epílogos, las citas y las referencias que dan al libro su textura única, los nombres que

lleen este grupo de párrafos breves llaman la atención de la lectora, volviéndola cómplice del proceso colectivo de imaginación que el libro hace visible. La accesibilidad, pues, se vuelve una cuestión no solo relacionada al consumo del libro sino también a su composición, en tanto pluralidad de autores-actores que participan en su producción.

La inmensa mayoría de los teóricos y pensadores citados no son ajenos al contexto ni a los eventos que el texto describe. Son actores inmediatos y orgánicos de la historia reciente que el libro relata. Lejos de ser un gesto esencializador, este repertorio de pensamiento-acción se corresponde con el acercamiento que Gómez y Gutiérrez Aguilar describen más arriba: los conceptos no son aplicados, fijos o definidos; ellos emergen de y a través de las relaciones que hacen y cuentan la historia. La militancia de los movimientos antiestatales que la protagonizan está también presente en las prácticas de investigación que componen el libro. Resistiendo a las convenciones de investigación y escritura, el libro se aleja del positivismo y la objetividad que funcionan como pilares de la academia y el periodismo, respectivamente. La distinción entre escritor y editorial solo se hace notoria una vez que las ideas están formadas. Zibechi describe las semanas que pasó en El Alto, acompañado por un editor de la editorial Textos Rebeldes, caminando las calles de la ciudad, hablando con militantes, colectivos, intelectuales. Aun si en muchos sentidos la práctica de investigación de Zibechi se asemeja al trabajo de campo etnográfico, tiene un aire más fresco. Él es un periodista por formación —dice que pasó “semanas” en El Alto, no los habituales “años” que dedicaría un antropólogo— pero su escritura (particularmente en este libro) no se acomoda sin más a una categoría u otra. Y mientras que su presencia en El Alto se parece más a la de un periodista, la diferencia está en las maneras en que su trabajo se articula a otros lugares, otros actores, otras prácticas. Es su movimiento vasto y frecuente a lo largo y ancho del continente, combinado con sus relaciones con quienes hacen, imprimen y distribuyen su libro, lo que da a su trabajo la cualidad orgánica que *Dispersar* hace tan evidente. Por esta razón, y porque es el único libro que ha sido publicado en todos los sitios que incluyo en mi investigación, *Dispersar el poder* aparecerá repetidamente en el resto de los capítulos.

Lo que está en juego en *Dispersar* no es la producción de la historia “real” o “verdadera”, o el análisis definitivo, producido por un observador externo, sino más bien un interrogante respecto a lo que Gómez y Gutiérrez Aguilar llaman “las posibilidades de estabilización

y permanencia —no de institucionalización y congelamiento— de la energía social desplegada y hasta hoy, incontenible, que *al producir la historia reciente* de Bolivia, de los Andes, viene al mismo tiempo transformándola” (2006: 18). Comprender los recientes acontecimientos, e involucrarse en el actual proceso de producción de la historia, se vuelve un ejercicio militante de examen del potencial de las relaciones antiestatales para volverse más permanentes —aunque siempre provisionales— a medida que el proceso de pensamiento, análisis, debate y escritura transforma, en sí mismo, la historia en curso. Esta es una marca distintiva de la investigación militante (Juris, 2008; Colectivo Situaciones, 2007) porque, como insiste John Holloway, “los libros [son] parte de un momento histórico, parte del flujo de luchas” (2010: 11). Los efectos que producen no son constantes; si los libros hechos al modo usual tienden más bien a ir contra la corriente del flujo de luchas, la aspiración de los orgánicos es correr con y por ella. *Dispersar el poder*, en el proceso y la práctica de su composición, claramente apunta a correr con el flujo de la lucha, funcionando como una herramienta para impulsar hacia adelante el momento histórico, más allá de las experiencias locales que describe.

Tal como mostraré con mayor profundidad en el capítulo tres, este libro particular ha tenido muchas vidas, tocando muchos sitios de luchas, gracias a las editoriales que han tomado el texto, reimprimiendo sus propias versiones a lo largo y ancho de América Latina, Estados Unidos y Europa. Diversos elementos del libro-objeto son, por supuesto, transformados en el proceso: diseño, materiales, valor, copyright, lenguaje. De manera interesante, en las distintas ediciones hay una variedad de paratextos que proveen una suerte de traducción política del texto principal a los contextos locales de cada publicación. Los textos adicionales incluyen nuevas introducciones, palabras iniciales, prólogos, epílogos, notas de traducción, notas del editor, textos para contratapas, reseñas, etc. Algunos son trasladados de edición en edición, mientras que otros son exclusivos de una edición y desaparecen en las otras. Los paratextos, que transforman cada edición del libro en un libro a la vez local y “translocal”, conectan las prácticas y conversaciones políticas dispersas a lo largo de sitios diferentes.

La primera edición, publicada en La Paz en 2006, cuenta con un prólogo escrito por Raquel Gutiérrez Aguilar y Luis Gómez, quien, como su coautora, es oriundo de México y ha vivido mucho años en Bolivia. El prólogo, que ha sido incluido en la mayoría de las ediciones, sugiere en su título la dinámica plural del libro: “Los múltiples significados del libro

de Zibechi”. A medida que el libro se mueve y es repensado, reimpresso, releído, se vuelve múltiple; es rehecho continuamente al entrar en contacto con las diferentes expresiones de experiencias, prácticas y actores, tal como exploraré con mayor detalle en los capítulos subsiguientes. El epílogo está escrito por el Colectivo Situaciones, de Buenos Aires. Allí se lee: “La comunidad, contra todo sentido común, produce dispersión. [...] Dispersión del poder, guerra al Estado” (Colectivo Situaciones, 2006: 226). La dispersión, que ellos definen como una conexión transversal, es lo que, en cierto sentido, el libro produce en tanto objeto dinámico y múltiple, particularmente cuando es generado a través de prácticas que, explícita e implícitamente, rechazan formas de relacionarse y conocer. Este concepto de producción de comunidad como dispersión de poder es clave para entender la importancia del conocimiento autónomo. Zibechi sostiene que la dispersión del poder es precisamente lo opuesto a lo que crea el Estado, en tanto el lugar institucionalizado de la política. Este libro en particular explicita su posición no solamente a partir del análisis político y las descripciones de Zibechi —historias de los levantamientos aymaras que sacudieron política, social y epistémicamente a Bolivia, y continúan haciéndolo. La posición también queda de manifiesto en las relaciones que producen al libro (los movimientos, activistas y pensadores de todo el continente con los que Zibechi trabaja) y que son visibilizadas en él.

PRÁCTICA CALEIDOSCÓPICA DE CONOCIMIENTO

El libro *Caleidoscopio de rebeldías* nació en Buenos Aires en 2006; sin embargo, las experiencias que lo componen se prolongan hasta veinte años hacia atrás en el tiempo y se estiran por el continente, desde México a Chile. El vínculo que atraviesa estas fronteras temporales y espaciales es la escritora del libro: Claudia Korol. Fundadora de *América Libre*, una revista que se convirtió en editorial, y del colectivo de educación popular *Pañuelos en rebeldía*, Korol asienta su trabajo como activista, escritora y educadora en una práctica de solidaridad. Si una única palabra pudiera describir *Caleidoscopio de rebeldías* sería, sin dudas, solidaridad. Para Korol, solidaridad no es una radicalización de la filantropía en el modelo típico de Norte-Sur. Es el compromiso ético de recrear y reimaginar relaciones sociales no mediadas por la lógica del Estado y el capital, es decir, por la eficiencia, la ganancia, la acumulación y el crecimiento económicos infinitos. La formación de nuevas relaciones sociales consiste en

la práctica de “vivir la solidaridad en lo cotidiano” (Korol, 2006: 19). Lo que Korol denomina “descolonización cultural” es el proceso en curso de “inventar[r] territorios de libertad y solidaridad sobre la base de la movilización político pedagógica de un pueblo que va sabiendo lo que sabe, y va aprendiendo a ser” (2006: 23). Ella define a la “descolonización cultural” como procesual, siempre incompleta y orientada hacia la liberación colectiva de “todas las formas de alienación” (2006: 23). En otras palabras, una lucha por la autonomía a través de las relaciones de solidaridad. La solidaridad, entendida como una práctica política cotidiana que excede los espacios pre-asignados a la política (en el sentido indicado por Tapia), es la formación de relaciones fluidas, cambiantes y multidimensionales donde emergen las resonancias; no toma la forma de un apoyo incondicional sino más bien la de un compromiso con el encuentro y el diálogo, el caminar preguntando juntos. *Caleidoscopio* está hecho de esas resonancias. Es un libro hecho de relaciones que conectan los sitios dispersos de la lucha popular por la autonomía.

El título del libro es una referencia directa a cómo Korol ve y experimenta el movimiento en el continente: un conjunto de elementos siempre-cambiando y reordenándose, en movimiento. El “caleidoscopio de rebeldías” es otro modo de decir “América Libre”, el nombre de la editorial. Como el arte que decora su tapa, el libro está compuesto como un caleidoscopio, entrando y saliendo de diferentes espacios, poniendo en foco cierta conexión con un territorio y dejándola luego en segundo plano. A medida que la narrativa viaja montada en sus análisis y testimonios personales, desplazando la atención desde las crónicas de movimientos específicos hacia descripciones más amplias de las conexiones entre varios movimientos, la voz de Korol se vuelve una entre muchas, yuxtaponiendo su narración con la de sus compañeros en Chile, Argentina, Brasil, México, Guatemala. El libro está dividido en cuatro secciones: 1. Educación popular; 2. Crónicas de América Latina; 3. Guevariando la historia; 4. Crónicas breves. La primera sección es una combinación de ensayos breves y charlas dadas por Korol en diversos encuentros y eventos a principios de los años 2000, incluyendo una presentación que consiste enteramente en interrogantes que presentó como “provocaciones” durante el Foro Social de las Américas en Ecuador en 2004. A lo largo del libro está presente el apego de Korol a un lenguaje socialista y marxista, que en cierto sentido la identifican con una generación de intelectuales latinoamericanos, aunque aquellos términos se encuentren en una tensión

productiva constante con su ética feminista, sus compromisos con la autonomía y su solidaridad con las luchas indígenas.

Aun si su voz individual está en el centro del libro, no tiene más autoridad que la de los actores cuyas historias pueblan las páginas; ella escribe su propia presencia en el texto junto a los protagonistas de los movimientos, haciendo visibles las relaciones de solidaridad que constituyen al libro. Korol describe los movimientos, y en particular las redes sin precedentes que los constituyen, como involucrados en la “resistencia al pensamiento único” (2006: 30). Esta resistencia —evidente en la diversidad de experiencias que emergen del caleidoscopio— conectan el trabajo político de los movimientos con la cuestión de cómo se produce el conocimiento autónomo, qué forma toma, y con qué propósitos.

En la experiencia de Korol, el conocimiento autónomo es el producto de la educación popular y la pedagogía de la emancipación, que ella describe como un proceso de “reflexión ‘desde los movimientos populares’, desde su praxis, su memoria histórica, sus necesidades y los procesos en los que se va constituyendo un nuevo bloque histórico social que altera los lugares conocidos de los grupos sociales que los integran” (2006: 37). La educación radical y la pedagogía son el fundamento de muchos movimientos del siglo XXI en América Latina, donde anclan el carácter prefigurativo de su praxis. Una de las herramientas materiales clave de la educación popular es el libro orgánico. Korol indica que la calidad pedagógica de los movimientos toma diferentes formas, desde sistemas escolares alternativos (como en el caso de la educación autónoma de los zapatistas en México o el Movimiento Sem Terra en Brasil) hasta impulsos en políticas educativas al interior de proyectos productivos (cooperativas de trabajadores, iniciativas de medios alternativos, sistemas comunitarios de alimentos, etc.).

Un viernes por la tarde, a finales del invierno de 2011, entré a IMPA (Industrias Metalúrgicas y Plásticas Argentina), una fábrica donde se manufactura todo tipo de recipientes de aluminio, desde latas de aerosol hasta tubos para pastas dentífricas, pasando por envoltorios de dulces. La fábrica ocupa una gran manzana al costado de las vías del tren en una de las áreas que ahora están entre las más deseadas de Buenos Aires. En mayo de 1998 los trabajadores de la fábrica se organizaron y la ocuparon, tomando a su cargo la gestión. Desde entonces, IMPA se ha desarrollado, como otros cientos de empresas recuperadas en Argentina, volviéndose mucho más que una fábrica. Durante los casi veinte años en que ha sido propiedad de los trabajadores, IMPA se ha expandido para incluir una

biblioteca comunitaria, una escuela y una universidad autónoma, un taller de teatro y una multitud de otros espacios para que los trabajadores y otros se reúnan. Además de los proyectos oficialmente alojados en IMPA, docenas de otros grupos utilizan el gran espacio de la fábrica para sus propios proyectos autónomos.

Hice mi primera incursión en IMPA para participar en uno de los talleres semanales coordinados por el equipo de educación popular de Pañuelos en rebeldía. Me enteré de Pañuelos en rebeldía —el proyecto de Claudia Korol— por un compañero mío, un joven profesor de Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires y docente en uno de los bachilleratos populares del Movimiento Popular La Dignidad. En el pasado mi amigo había estudiado en la Maestría en Educación Popular que Korol coordinaba en la Universidad de las Madres de Plaza de Mayo, y me motivó a que fuera al taller en IMPA para entrar en contacto con los miembros del equipo. En el relato de las conexiones que me llevaron hasta el taller, lo que emerge es, precisamente, un mapa del tipo de relaciones entre colectivos e individuos que son visibilizados en el libro de Korol. La Fundación Madres de Plaza de Mayo conectó a una vieja generación de activistas con los trabajadores de una fábrica recuperada a través de un proyecto de educación popular que ha contribuido a la formación de escuelas alternativas como aquella del Movimiento Popular La Dignidad. Las relaciones que constituyen este mapa continúan desarrollándose, extendiéndose mucho más allá de los límites de la ciudad de Buenos Aires, incluso de las fronteras argentinas.

Hice mi ingreso a IMPA atravesando una enorme puerta corrediza de metal, subiendo una rampa pegada a una dársena. A pesar de que mi destino era un taller de educación popular, y podía escuchar ecos de tambores que sonaban dentro del teatro, era evidente que estaba entrando en una fábrica.

Aparatos varios estaban apilados contra una pared, y al final de la entrada podía ver cajas con materiales. Justo después de la rampa llegué a un gran espacio abierto; en el centro, un pequeño grupo de personas estaba reunido en círculo, esperando que empezara el taller. Una mujer joven me confirmó que estaba en el lugar correcto, y dijo que empezarían pronto. El taller sucede una vez por semana, y si bien me preocupaba ser la única persona que iba por primera vez, claramente no era el caso. En muchos sentidos, el espacio físico que ocupábamos en IMPA reflejaba las dinámicas relaciones del grupo: abierto, ilimitado, poroso, contingente,

Stencil de fábricas recuperadas,
Buenos Aires.



cambiante. Cuando alguien preguntó por Korol, nos respondieron que estaba fuera de la ciudad. Luego quedaría claro que, aun si hubiera estado presente, no habría necesariamente “liderado” el taller, a pesar de ser el miembro fundador y más antiguo del grupo.

Este encuentro en particular estuvo enfocado en las experiencias de miembros de Pañuelos en rebeldía en el Centro de Educación Popular Florestán Fernández, una escuela del Movimiento Sem Terra (MST) en Brasil abierto a participantes de toda América Latina. Muchos de los facilitadores habían participado en un ciclo de cuatro meses en la escuela y, luego de un documental dedicado a eso, se abrió la conversación sobre el proceso de vivir y asistir a una escuela rural, la estructura pedagógica del MST y las relaciones entre Pañuelos en rebeldía con el MST y los otros participantes de la escuela. Los comentarios volcados por los que habían asistido a la escuela estaban lejos de ser elogiosos, no existía ninguna idealización sobre la experiencia, la estructura o lógica de la escuela del MST. Describieron su malestar con la disyunción entre una retórica de la emancipación pedagógica y la tradicional estructura vertical de muchas de las clases. Numerosos participantes “confesaron” sentirse sorprendidos por el grado de malestar que sintieron, ya sea políticamente, en sus reacciones frente a la orientación pedagógica de la escuela, como personalmente, por sus propias dificultades para ajustarse a un contexto tan alejado de sus privilegios (relativos) como residentes de una ciudad cosmopolita importante. Encontré sorprendentes esos momentos de sincera reflexión, le dieron al taller —a mi impresión general de Pañuelos en rebeldía— una

riqueza en términos de las complicadas relaciones con sus contrapartes en el continente. El centro del MST no es sostenido como un modelo, sino más bien como un acercamiento particular adecuado al contexto y las realidades de dicho movimiento específico. Las experiencias de Pañuelos en rebeldía con el MST son, precisamente, el tipo de momentos en los que los conceptos son probados y otras ideas emergen.

El libro de Korol, publicado por América Libre —una editorial militante que trabaja junto a Pañuelos en rebeldía— fue impreso en la imprenta de la Fundación Madres de Plaza de Mayo. La editorial, una extensión de la revista, más tarde se separó de las Madres debido a lo que sus miembros describen como una necesidad de mayor autonomía. Estas relaciones —entre Pañuelos en rebeldía e IMPA, el MST, Las Madres, etc.— son bases materiales para sus prácticas de conocimiento y el proceso a través del cual emergen sus ideas políticas. Esto quiere decir que esas relaciones con los diversos movimientos y proyectos productivos —el espacio fabril de IMPA, el centro educativo del MST, la Universidad y la imprenta de Las Madres— son necesarias para la producción material no solo de las herramientas (los libros) que Pañuelos produce, sino también para las propias ideas que habitan las páginas de esos libros, y que son el producto de los talleres. Lo que resulta de ello son libros que ponen en acto la complejidad de las relaciones que los constituyen y un sentido político que excede el contenido de sus páginas.

Lo que cada uno de los proyectos que aparecen en este libro postula es, en distintos términos, una subversión de la división política del trabajo. En IMPA todos los trabajadores ganan lo mismo, sin importar el trabajo específico que hacen. En el MST, el cooperativismo apunta a convertir a todos los participantes del movimiento en agentes iguales en el trabajo político y productivo. En la Universidad de las Madres la educación alternativa es concebida como un medio para trazar puentes intergeneracionales en la producción de conocimiento contrahegemónico. Cada una de estas experiencias está agitada por contradicciones, y esas fisuras entre retórica y realidad son amplificadas cuando los movimientos entran en contacto unos con otros. La posición de los “intelectuales” y líderes de facto al interior de estos movimientos son sitios particularmente relevantes para interrogarse sobre aquellas disyunciones, y Korol dedica mucho de su análisis a esa cuestión.

Caleidoscopio de rebeldías no es la historia de un único movimiento, tampoco el producto del pensamiento de una única autora. Cada capítulo

nos lleva de un sitio a otro, a través de diferentes momentos y lugares de las luchas por la emancipación. Las palabras que llenan las páginas son, en muchos momentos, las de Korol. En otros, las palabras son atribuidas explícitamente a otros participantes de los movimientos. Pero más allá de quién sea el portador de la voz que expresa las ideas, Korol hace un esfuerzo explícito para darle a cada cosa que aparece en el libro el carácter de resultado de un proceso colectivo. Ella, y otros a los que cita, pueden ser vistos o identificados como “intelectuales” en sus respectivos movimientos, pero lo que están comunicando son “saberes construidos en la resistencia” (Korol, 2006: 15). La pedagogía emancipatoria y la educación popular son las herramientas que Korol promueve para las prácticas de conocimiento autónomo y colectivo. Las ideas y los conceptos formulados de esta manera están, necesariamente, signados por la complejidad de aquella práctica colectiva: “La labor pedagógica de los oprimidos obliga a interpretar al mundo tal cual es, en sus dimensiones macro y micro, objetivas y subjetivas, en sus interrelaciones. Toda tentativa de simplificación otorga ventajas a quienes han hecho del conocimiento una de las armas poderosas en las que sostienen y reproducen su poder” (Korol, 2006: 28). Esto significa que el proceso de convertir a la naturaleza de la “realidad” —y más aun, de la política— simple, ordenada y familiar solo sirve para reproducir el “sentido común” a través del cual el Estado y otras instituciones de poder mantienen su dominación. Para Korol, la subversión de este “sentido común burgués” es la subversión de lo que Zibechi llama relaciones estatales, y que podríamos pensar más ampliamente como relaciones estáticas o institucionales. Las prácticas de conocimiento colectivo emergen de un compromiso por involucrarse con las complejidades, contradicciones y dificultades de la praxis cotidiana. Concebidas de este modo, las relaciones que son, simultáneamente, medios para y sujetos de estas prácticas de conocimiento, son dinámicas. El intelectual aislado es incapaz de poner en acto conocimiento autónomo, porque el conocimiento autónomo es la puesta en acto de relaciones autónomas. Decisivo en esta idea es el hecho de que el conocimiento autónomo es siempre colectivo. Apoyándose en Gramsci, Korol señala los peligros para los intelectuales de cualquier movimiento de ir separándose de las prácticas cotidianas y de la existencia de los movimientos. Los sitios usuales de trabajo intelectual —ONG, la academia y otras instituciones estatales— se divorcian intencionalmente de lo cotidiano, y sus órdenes estáticos y jerárquicos dependen de esta separación para su legitimidad. Pero como nota Korol, citando a

Gramsci, “El error del intelectual consiste en creer que se puede saber sin comprender y especialmente sin sentir y ser apasionado” (2006: 36). Un intelectual con experiencias concretas, compromisos colectivos y pasiones es un tipo diferente de intelectual; potencialmente un intelectual orgánico.

Pero mi interés aquí no está en marcar las condiciones para la emergencia de intelectuales orgánicos sino más bien en explorar las prácticas autónomas de conocimiento en acto; la estofa de los libros orgánicos. Sostengo que el único modo de ver el conocimiento autónomo es a través de los objetos y de las relaciones que producen. Para Korol, la educación popular autónoma es “acción cultural por la libertad” (2006: 53). La fabricación de libros es un proceso que reúne muchos de los elementos que ella subraya por ser fundamentales en la educación popular como práctica de liberación, que incluyen: la transformación de la relación entre práctica y teoría; la apropiación de lo cotidiano como sitio de lucha popular; y la recuperación de una sociabilidad comunal (Korol: 38-40). El libro, como herramienta concreta a través de la cual la experiencia es recopilada y teorizada, tiene múltiples funciones: por un lado, es el médium para una circulación más amplia de las ideas; por otro, su producción es, en sí misma, un proceso de reflexión colectiva y teorización de la praxis política.

Entonces, ¿por qué un libro? ¿Por qué no una revista? ¿Un artículo? ¿Un sitio web? Los libros, por su propia naturaleza, requieren una conjunción de diferentes tipos de trabajo para su producción. Mientras que una de las ideas clave de Korol enfatiza la importancia de traducir las experiencias cara-a-cara y de cultura oral al lenguaje escrito, también sostiene que un libro es la forma más provechosa que puede asumir el material escrito. Esto tiene que ver, por supuesto, con la mayor durabilidad y permanencia del objeto-libro respecto a otro tipo de formas impresas, y el compromiso que editores y lectores ponen en esta forma en particular. Quizá más importante aun, para Korol el proceso actual de componer un libro es un proceso de producción teórica. Hacer un libro es otra instancia de una práctica colectiva de conocimiento, en el sentido de que el trabajo colectivo de producir este objeto es un proceso de creación-de-sentido; las ideas políticas y teóricas contenidas en el libro no terminan con la escritura del texto. El texto es la colección de palabras que puede contenerse en un cuaderno, un archivo digital, una pila de papeles o —potencialmente— un libro. Pero un texto no tiene una forma material esencial. Y solo podemos interactuar con un texto a través de la

forma que toma en tanto determinado tipo de documento, que requiere más o menos trabajo para ser producido. Conectando muchos tipos de trabajo, el proceso de hechura de un libro es colectivo, y el libro objeto en sí mismo está impregnado de un sentido político que es resultado de todas las relaciones involucradas en su producción.

DEVENIR LIBRO: MOVIMIENTOS, ESCRITORES, EDITORIALES

Los detalles de los tres libros examinados en este capítulo son muy diversos, y esta especificidad de las prácticas de conocimiento —ejemplos todas de *conocimiento-como-hacer*— es precisamente lo que hace a los libros orgánicos. No he intentado marcar elementos constantes para comparar tres “casos”, sino que más bien he intentado mirar a los procesos particulares que cada libro, y sus historias, manifiesta. Al hacerlo, mi interés radica en elucidar de qué modo el libro orgánico —en las maneras en que es concebido— contribuye teórica y políticamente a las prácticas más amplias de la autonomía. Los movimientos se alejan de los acercamientos dogmáticos y vanguardistas, en los que ciertos sujetos proponen respuestas y programas para transformar la sociedad. Los nuevos movimientos, y especialmente los movimientos autónomos que son el sujeto de este libro, emergen a través de hacer “política salvaje” (Tapia), una política que no puede ser contenida en las instituciones o en los conceptos existentes, una política hecha visible solo por las relaciones constituidas en el proceso de hacer. Los libros orgánicos —en tanto objetos orgánicos a estas políticas— son mejor entendidos a través de las relaciones que construyen, y son construidas por, estas prácticas. Lo que define a un libro orgánico no es un conjunto consistente de criterios. Más bien, un libro orgánico solo puede ser definido por sus prácticas: cómo es hecho, qué hace, cómo opera. Las tres historias exploradas en este capítulo expresan prácticas colectivas diferentes, aunque solapadas, de conocimiento, y siguen el modo en que estas prácticas devienen libros. Los títulos ya expresan contenidos distintos: *Pensar las autonomías* es sobre el proceso de disrupción del pensamiento dominante a través de la praxis de la autonomía; *Dispersar el poder* es sobre la formación de poder antiestatal; *Caleidoscopio de rebeldías* es sobre las conexiones forjadas a través de diversos territorios de experimentación pedagógica.

Pensar las autonomías exhibe el nombre de más de una docena de escritores en su tapa, junto a una docena de conceptos que son explorados en

los ensayos: lucha, ética, antagonismo, emancipación, clase, trabajo, capital, poder, desobediencia, rebelión, movimiento, comunidad, colectividad, resistencia, etc. Este volumen está literalmente hecho de las relaciones que articulan al colectivo editor —Jóvenes en Resistencia Alternativa— con políticas y luchas autónomas y anticapitalistas de todo el continente. Que un colectivo urbano de jóvenes sea el editor y el compilador de este volumen es importante: no son, claramente, la típica autoridad del conocimiento (el profesor universitario, el intelectual estatal, el investigador de ONG, etc.) que asume este tipo de rol en la red. La autonomía, definida por los editores como el desordenamiento y la continua reorganización de lo social desde abajo, es la construcción de fuerzas colectivas y posibilidades. Este concepto provisional contrasta con la lógica del Estado; y este libro contrasta con la lógica dominante de la producción de conocimiento.

En *Dispersar el poder* examiné cómo la composición del texto en sí mismo refleja la dinámica espacial que dio pie a una extraordinaria reorganización del poder en las movilizaciones populares en El Alto. Vimos las operaciones de la *máquina comunitaria dispersadora* en el particular territorio urbano de El Alto, y en la producción de conocimiento sobre y desde él. Al entender la práctica de la comunidad como la producción de dispersión, el conocimiento antiestatal emerge como el producto de relaciones contingentes, no jerárquicas y fluidas. La “descolonización del pensamiento” a la que Zibechi hace referencia queda expuesta en términos concretos a través de la producción de conocimiento (y las herramientas de circulación de conocimiento-libros) que no descansa en instituciones autoritarias o conceptos.

Caleidoscopio de rebeldías toma la metáfora de su título como mecanismo organizador de sus contenidos: los movimientos entran y salen de foco, cambian de forma y se vuelven fragmentados y reconstituidos a medida que interactúan unos con otros. El caleidoscopio se vuelve símbolo de solidaridad, la definición de relaciones radicales que propone Korol. Las resonancias, no repeticiones ni reproducciones, afloran, y esto ocurre tanto en el análisis y las crónicas que compila Korol como en el espacio de la educación popular y la praxis anticapitalista donde ella y sus libros se mueven. El caleidoscopio de las prácticas de conocimiento es la encarnación de la resistencia al pensamiento único que la educación popular y la pedagogía emancipatoria postulan como principios guía. Y cuando esas prácticas de conocimiento toman la forma de herramientas específicas —libros—, un segundo proceso de teorización colectiva y trabajo político emerge.

Como comentó un integrante de una editorial, “estar en una editorial es una posibilidad de militar” (entrevista, Buenos Aires, 2011). Los procesos colectivos a través de los que los libros orgánicos emergen son espacios donde “las palabras y las comunicaciones fluyen” dialógicamente, tal como describe Zibechi a la *mirada horizontal* del zapatismo en el epígrafe que abre este capítulo. El dialogismo y la horizontalidad son los que hacen posibles los libros orgánicos, los que los hacen ser.

He explorado la idea del *conocimiento-como-hacer* en el modo de las *prácticas autónomas de conocimiento*, indagando en cómo son puestas en acto y qué tipo de relaciones, materiales y acciones componen y cuáles articulan. Sosteniendo que el conocimiento autónomo (la estofa de los libros orgánicos) se deja ver mejor a través de relaciones y prácticas, y no en términos de referencias de conocimiento, he examinado momentos específicos en la composición inicial de estos libros orgánicos y en la formación de las ideas políticas que los pueblan. Describiendo el solapamiento entre las relaciones en las que estas ideas son generadas y las relaciones en las que se vuelven libros, he procurado mostrar algunos de los efectos materiales y políticos de estas prácticas de conocimiento, que son características del libro orgánico. Mientras que los capítulos subsiguientes se dedicarán específicamente a los trabajos materiales del armado, reedición y distribución de los libros orgánicos, este capítulo ha considerado cómo nacen dichos libros, a través de qué relaciones y prácticas. En el próximo capítulo desplazo mi análisis a un espacio crucial en la producción de libros —el taller de impresión— para enfocarme en las prácticas económicas y técnicas que conectan el sitio de impresión y encuadernación con la política autónoma de los movimientos que los producen. Al hacerlo, exploro cómo el compromiso político de producir libros a bajo costo genera prácticas experimentales.

CAPÍTULO DOS

El libro taller

Los costos de los libros son bajos. Cuanto mejor sea un libro más barato debería ser. Un precio alto no debe ser un premio sino un castigo. Los precios nos apartan de la lectura, los precios desprecian a los lectores. Si a los que tienen el poder de fijarlos no les importa otra cosa que el dinero, estamos obligados a que no nos importe otra cosa que la cultura. Entre ganancia y cultura no hay mucho que elegir. ¿Qué es la ganancia? Ganamos mucho más difundiendo diez libros al costo que vendiendo uno a precio inflado, quizá solo los diez libros de hoy no nos den de comer, pero significará que mañana diez hombres juntos sabrán pelear mejor por la comida de todos. ¡Editemos libros genéricos que contrarresten el negocio editorial!

Guillermo De Pósfay, 2005

De tan solo treinta y seis páginas de longitud y compuesto por ensayos cortos, poemas y microrrelatos, *La furia del libro (genérico)* es un manifiesto escrito y publicado por Guillermo De Pósfay, uno de los escritores y editores más prolíficos de la actual escena literaria under de Argentina. En este pequeño panfleto, cuya tapa es una tapa negro mate con la estampa de un puño cerrado con la forma de Sudamérica, De Pósfay llama a la producción de libros genéricos —libros baratos pero de alta calidad— como una alternativa a los libros producidos por editoriales comerciales orientadas por el lucro. Estos “libros genéricos”, dice De Pósfay, cuando son accesibles y vendidos al costo, son capaces de llegar a más lectores, quienes a su vez son nutridos y empoderados por dichos libros. En este sentido, los libros no son vistos como una mercancía cultural más a ser consumida por un lector individual sino como un componente necesario para la transformación social. El manifiesto es, sin dudas, romántico en su caracterización del poder de los libros, pero lo que afirma respecto a la economía de la edición es persuasivo:

como una suerte de no-mercancía —o al menos de alter-mercancía— el valor de los libros genéricos proviene enteramente de su accesibilidad y su utilidad. Los libros genéricos, sugiere De Pósfay, pueden hacer cosas que los otros libros (comerciales) no pueden, y su impacto va más allá del consumidor individual. El “libro genérico” de De Pósfay resuena con mi concepto central: el libro orgánico. De modo muy similar al concepto de intelectual orgánico de Antonio Gramsci —el cual, a diferencia del intelectual tradicional, se identifica con los intereses de la clase o grupo para y con la que él o ella piensa—, este tipo de libro es orgánico a las políticas y contextos en los que se involucra, a los que describe y teoriza. Y, al igual que el “libro genérico”, no es académico ni comercial, elitista ni privado. Ahora bien, ¿cómo son hechos los libros “genéricos” u “orgánicos”? ¿Cómo es el proceso de producción cuando el valor de uso del libro (lo que De Pósfay define como “cultura”) es prioritario respecto a su potencial valor de cambio y sus posibilidades de ganancias monetarias?

En este capítulo me muevo por diferentes espacios en los que los libros son hechos, yendo y viniendo entre dos ciudades interconectadas —pero distantes entre sí en muchos sentidos—: La Paz y Buenos Aires. Durante las dos décadas pasadas, junto a la migración interna en Bolivia desde el campo a los centro urbanos como El Alto (Rodgers, Beall and Kanbur 2015), también se incrementó la migración a Argentina,³⁷ estrechando aun más económica, política y culturalmente a estos países (Cerrutti y Parrado, 2015). Definido, por lo general, como el país “más pobre” de Sudamérica (y lugar con la más alta tasa de habitantes indígenas en relación a su población total), Bolivia contrasta fuertemente con su vecino del sur, especialmente con su ciudad capital, llamada con frecuencia la “París” de América Latina. Mientras que Bolivia no suele aparecer en el mapa de la industria del libro en América Latina, Buenos Aires es una ciudad internacionalmente reconocida por su relación especial con este objeto cultural; es un foco de la edición americana, y en 2011 la Unesco la nombró “Capital Mundial del Libro”. La “ciudad letrada” que Ángel Rama analiza en su fundamental obra epónima se ve bastante diferente en estas dos ciudades. Una dinámica neocolonial de centro-periferia

37. De acuerdo a la información censal compilada por CELADE, entre 1991 y 2010, la población boliviana nacida en Argentina se incrementó en un 140%, pasando de 143.735 en 1991 a 345.272 en 2010 (CELADE, 2006).

entre Argentina (especialmente su capital) y Bolivia produce la típica ignorancia asimétrica a la que Dipesh Chakrabarty se refirió cuando llamó a “provincializar Europa”. “Europa” (aquí mucho más que un espacio territorial definido), explica Chakrabarty, es el referente innombrado de todas las historias, con una dinámica unidireccional de reconocimiento e intertextualidad con el resto del mundo (Chakrabarty, 2000: 28). Esta asimetría puede ser vista también como un efecto de la duradera “colonialidad del saber” teorizada por Aníbal Quijano. En nuestro caso, Buenos Aires hace las veces de “Europa”: los libros argentinos llenan los estantes de las librerías en La Paz, pero prácticamente no hay circulación de conocimiento en la otra dirección. Los libros bolivianos son escasos en la ciudad que ranquea internacionalmente por tener una de las tasas más altas de librerías por persona.

No obstante, si desplazamos nuestra atención a los espacios habituales de la cultura del libro, como las editoriales académicas y comerciales y las librerías que venden esos productos, comienzan a aparecer otros circuitos. Y estas redes son distintas no solo por el tipo de productos que se mueven a través de ellas, sino por las prácticas que los producen.

A medida que me muevo entre estas dos ciudades tan diferentes, presto atención al modo en que los libros son hechos en espacios marginales a la industria editorial académica, comercial e, incluso, a la denominada independiente o alternativa. En ambos sitios, miro más allá del territorio ocupado por editoriales alternativas muy reconocidas (como Plural en La Paz y Tinta Limón en Buenos Aires) y de las imprentas comerciales “recuperadas” y gestionadas por sus trabajadores (como Chilavert, por ejemplo), para explorar espacios más pequeños y menos visibles donde se producen libros políticos. ¿De qué manera la distancia (intencional o circunstancial) respecto a las imprentas y editoriales de gran escala crean la posibilidad de reimaginar el libro, al tiempo que se prioriza su accesibilidad, la colaboración y la creatividad? En este capítulo exploro lo que denomino “el taller del libro” —ya sea la imprenta o cualquier otro espacio en el que los libros son elaborados— para entender de qué modo los libros orgánicos son producidos a través de la experimentación con diferentes prácticas técnicas, económicas, sociales y políticas. Entiendo por experimentación cualquier proceso que involucra la formulación de una pregunta y el ensamblaje de elementos improbables; los experimentos siempre tienen la posibilidad de fallar. Discutiendo la noción de “experimentos colectivos”, Bruno Latour

afirma, “hoy... el laboratorio ha extendido sus límites hasta alcanzar los del planeta” (2011: 2). Con los desplazamientos “desde la ciencia a la investigación, de los objetos a los proyectos, de la implementación a la experimentación” (2011: 12), Latour sostiene que estamos todos involucrados en experimentos colectivos. La experimentación, por lo tanto, se basa fundamentalmente en un alejamiento respecto a la implementación o aplicación de modelos; es el desarrollo de cuestiones y prácticas materiales para ser interrogadas por aquellos involucrados en los experimentos. Esto, sostengo, es precisamente lo que está en juego en la elaboración de libros orgánicos: pueden fallar, pero esto, más que un problema, forma parte de lo esperado, puesto que los resultados emergen solamente de la experimentación. De hecho, podría decirse que los talleres del libro orgánico están fallando continuamente, en tanto sus esfuerzos por desarrollar un acercamiento anticapitalista a la producción de libros nunca logran la autonomía absoluta respecto a las mismas estructuras que critican. Rechazan y se apoyan, simultáneamente, en ciertas estructuras y modos de producción; pero su experimentación continua con diversas maneras de producir libros es impulsada por el horizonte —más que la doctrina— de la autonomía.

Para examinar cómo se diseñan, imprimen y encuadernan los libros, tomo prestada la definición de C. Wright Mills del artesanado como una práctica de libertad para experimentar, explorando el taller del libro como un espacio de trabajo artesanal, opuesto a la producción industrial. El trabajo artesanal, en este sentido, hay que entenderlo como “una actividad que da forma”, tal como Marx lo definió en *Grundrisse*, sugiriendo que la producción de cosas bajo ese modo contribuye al desarrollo de relaciones sociales e individuales. Esto es importante porque, como mostraré, el-artesanado-como-experimentación en la producción de artefactos concretos y durables ejemplifica el modo en que el trabajo manual es una empresa intelectual (Crawford, 2009; Sennett, 2008). En *Líneas: una breve historia*, Tim Ingold discute el impacto que la tecnología de impresión tuvo en la creación de divisiones entre el trabajo de inscripción (la composición de ideas y palabras; el trabajo del autor) y el de impresión (la impresión mecánica o manual de un texto ya compuesto; el trabajo del imprentero). Citando a Raymond Williams, Ingold explica que esta distinción tiene sus raíces en la Inglaterra de finales del siglo XVIII: “Si el autor es un creador literario, el imprentero es un artesano de la tipografía”, considerado “un trabajador manual sin propósitos

intelectuales, imaginativos o creativos” (Ingold, 2007: 127). Los talleres donde acompañé la producción de libros orgánicos desafían esta división del trabajo, y el determinismo tecnológico implícito en ella. De seguro, esta no es una intervención novedosa. Tal como demuestra Nicholas Thoburn, la edición activista se ha apoyado durante mucho tiempo en el imprentero como en “una suerte de nexo” (2016: 17). Citando el ensayo de Regis Debray sobre la forma de los medios del socialismo, Thoburn describe ese nexos como el “pívor” del socialismo, en el cual el imprentero funciona como “un trabajador intelectual o un intelectual trabajador” (2016: 17). Mientras que se puede decir que el libro orgánico reactiva al imprentero como intelectual trabajador, también es importante notar que lo hace mientras difumina los límites entre varios tipos de trabajos envueltos en la producción de libros. Tal como este capítulo mostrará, el imprentero no es solo imprentero, del mismo modo que el capítulo anterior dio detalles sobre la transformación de la posición de autor.

Como mostraré, para los artesanos de los libros orgánicos, ni la tecnología del libro ni las herramientas utilizadas para crearlos determinan el modo en que estos libros son hechos. Más bien es una *provisoriedad continua* lo que define su oficio como un proceso de experimentación en curso. En el texto fundacional del centro social autónomo La Cazona de Flores,³⁸ firmado por el grupo de investigación militante Colectivo Situaciones, la *provisoriedad* se explica en los siguientes términos: “Se trata de forjar un nodo de prácticas (una institución) ‘por un tiempo,’ capaz de alentar nuevos cruces y de hacer variar los roles, con apropiaciones y sin propiedades, con tiempo para el descanso y recursos contra las fijaciones” (Colectivo Situaciones, 2010). La *provisoriedad*, en tanto principio político, puede ser entendida como un medio para hacer de lo parcial y lo temporario —ya sea buscado o no— generadores de nuevas posibilidades.

La ineficiencia inherente a la *provisoriedad* y la experimentación constante es fundamental para el proceso de producción de objetos por fuera de la lógica de la ganancia y la competencia. Este proceso permite la emergencia de lo que las economistas feministas J. K. Gibson-Graham llaman “nuevos imaginarios económicos” que van más allá del “capitalocentrismo” del trabajo y la producción. Por “capitalocentrismo”, las

38. Este centro social autónomo está localizado en Buenos Aires y aloja a dos pequeñas editoriales y a una variedad de otras organizaciones y proyectos comunitarios.

autoras entienden “una dominación incuestionada del capitalismo” y de las maneras en que funciona en nuestras prácticas y pensamientos sociales y económicos (Gibson-Graham, 2006: 4). Las prácticas que hacen posible esa suerte de imaginarios no-capitalistas a los que hacen referencia son aquellas que no se definen por sus relaciones (de oposición o de algún otro tipo) respecto al capitalismo. Esta transgresión es precisamente a la que alude John Holloway con la idea de crear “grietas” en el capitalismo: “una grieta es la creación perfectamente ordinaria de un espacio o un momento en el cual afirmamos un tipo diferente de hacer” (2010: 2). La idea de crear “grietas” se basa en la distinción que Holloway establece entre dos tipos de actividad: “hacer” versus “labor”. Esta oposición se apuntala en el análisis de Marx del trabajo abstracto y el trabajo concreto, en el que el primero refiere al trabajo alienado que produce valores de cambio mientras que el último refiere a la “actividad vital” que produce valores de uso (Holloway, 2010: 89). Si, como afirma Holloway en su duodécima tesis, “la abstracción del hacer en el trabajo es el tejido del capitalismo” (2010: 87), entonces la revuelta del hacer contra el trabajo, en la que la actividad productiva es recuperada como útil para el hacedor, es fundamental al proceso en curso de “fracturar al capitalismo”.

El libro orgánico ofrece una mirada en torno a qué quiere decir, específicamente, “fracturar” al capitalismo *impresor*. A pesar de que el valor cultural del libro impreso y su cualidad “sagrada” (L. Miller, 2007: 19) lo han definido hace mucho tiempo como una forma muy particular de mercancía, nunca ha sido sustraído de la lógica comercial. Tal como Febvre y Matin sostienen en *The Coming of the Book*, “Desde sus primeros días la imprenta existió como una industria, gobernada por las mismas leyes que cualquier otra industria; el libro fue una pieza mercantil que los hombres producían para ganarse la vida, incluso cuando eran... académicos y humanistas” (2010: 109). Lo que se sugiere aquí es que existe un conflicto inherente entre lo intelectual y lo humanístico, de un lado, y lo comercial y lo industrial, del otro. Y aun si esto, indudablemente, produjo dinámicas económicas exclusivas de la producción y el consumo de libros, Ted Striphas sostiene que la idea de que los libros “pertenecen a un dominio claramente alejado de la necesidad económica es uno de los mitos más persistentes de la cultura contemporánea del libro” (2009: 6). Los libros, como también sostiene Thoburn, no “trascienden el dominio del capital” (2016: 41). No obstante, lo que los libros

orgánicos, y otros modos alternativos de cultura libresca, hacen visible son las maneras en que este producto cultural es el sitio de prácticas actuales y renovadas de autonomía.

Tal como he explicado en la introducción, para los movimientos del siglo XXI la autonomía no supone una “doctrina” o una práctica establecida, sino más bien una diversidad de modos de resistencia a la dominación a través de “demandas de mediación-expropiación del Estado y el capital” (Colectivo Situaciones, 2006: 227). Siempre hay contradicciones y tensiones al interior de cualquier práctica autónoma, y en lugar de ser ignoradas u oscurecidas, esta falta de “pureza” es activada como una ética política. En su estudio de 2017 sobre la relación entre las editoriales *cartoneras* y los grupos editoriales transnacionales, Lucy Bell discute la complejidad de la resistencia a las demandas institucionales y comerciales: “a pesar de la imposibilidad de la independencia completa... la ‘captura’ (ya sea estatal o corporativa) es desafiada hasta cierto punto a través de la canalización de la disidencia hacia prácticas alternativas” (2017: 58). Lo que Bell sugiere (un argumento que comparto) es que la contribución de tales acercamientos al trabajo editorial no es un modelo alternativo de edición, sino más bien un desafío firme —aunque limitado— al modelo dominante de edición. Uno de los argumentos centrales de Bell es que el crecimiento del mercado editorial transnacional, en efecto, ha “alimentado, paradójicamente, la emergencia de editores independientes” (2017: 54). Bell examina el oficio de editar al interior del movimiento *cartonero*,³⁹ que comenzó⁴⁰ en Buenos Aires en 2003, y se caracteriza por la producción de libros hechos a mano compuestos de fotocopias de hojas A4 abrochadas a una tapa pintada a mano hecha con cartón reciclado comprado a los recolectores, o cartoneros (Barilaro, 2009: 47).

39. “Cartoneros”: aquellos que recogen y reciclan cartones para sobrevivir. “Cartoneras” son las pequeñas editoriales que nacen al interior de esta economía del reciclaje que utiliza el cartón recuperado para fabricar libros baratos. Cientos de pequeñas editoriales como Eloísa Cartonera (Argentina) emergieron en la pasada década. En general, las cartoneras editan principalmente ficción y textos políticos clásicos. Para ampliar sobre este fenómeno, véase por ejemplo *Akademia Cartonera: A Primer of Latin American Cartonera Publishers* (2009).

40. Sin embargo, como nos recuerda Ksenija Biblija (2009: 29), “los libros hechos con tapas de cartón no son nuevos”, y hay una larga historia de este método de encuadernación. Lo que es nuevo es la explícita economía de la solidaridad con los recolectores de cartones que el “apellido” común de *cartonera* señala.

Como Tinta Limón, el Colectivo Situaciones, y otros innumerables proyectos artísticos y políticos (Giunta, 2009), la primera de las editoriales *cartoneras*, Eloísa Cartonera, emergió de la turbulencia y la efervescencia política posterior a la crisis económica de 2001 en Argentina y creció con la colaboración entre el escritor Washington Cucurto y el artista Javier Barilaro (Barilaro, 2009: 46). Ellos describen el nacimiento del proyecto “en uno de esos días de furia en que la gente llenaba las calles para pelear y luchar” (Eloísa Cartonera, 2009: 62). Como los productores del libro orgánico, las editoriales cartoneras transgreden la división del trabajo que caracteriza a la edición contemporánea, en parte a través de la adopción de formas no jerárquicas de organización. De esta manera, los libros cartoneros y el libro orgánico son producidos en prácticas que, en parte, se construyen como actos de rechazo, expresiones del tipo “¡Ya basta!”. Rechazo a ser absorbido en los mercados comerciales, rechazo a operar al interior de una lógica individualista, y rechazo a ser gobernado por la ganancia monetaria, antes que por la utilidad. Rechazo, por supuesto, no implica en sí mismo autonomía de aquellas estructuras y dinámicas, pero genera otras posibilidades para hacer las cosas de otros modos. No obstante, el rechazo no emerge sencillamente de una decisión consciente de crear otra manera de hacer y ser en el mundo.

En el siglo XXI, los modos autónomos de producción organizados bajo el ethos de la autogestión son, con frecuencia, productos de crisis en las que el trabajo, la producción y las relaciones sociales que los entretejen se aflojan y la gente se ve obligada a encontrar alternativas. Tal como nota Mabel Thwaites Rey en su contribución a *Pensar las autonomías*, en el caso de Argentina “estas prácticas autogestivas crecieron como consecuencia de una crisis profunda” (2010: 187). En Argentina, y en otros lugares, la propia precariedad y contingencia que impone el neoliberalismo sobre las comunidades y las economías puede ser movilizadas para la creación de posibilidades de experimentación en prácticas de producción colectivas.

El taller del libro orgánico —en tanto espacio dedicado a *hacer* juntos y a elaborar productos cuyo valor está medido por su *utilidad*— es un sitio para la creación de los tipos de alternativas que Holloway llama “grietas”. En lo que sigue, combino un examen atento de la materialidad de los libros con un análisis de las prácticas económicas, técnicas, políticas y sociales que suceden en los talleres. Al hacerlo, revisito un interrogante puesto por Adrian Johns en *The Nature of the Book*: ¿cómo afecta el carácter social del taller de imprenta a sus productos? Quiero extender esta pregunta

para poder considerar las maneras en que estos productos —los libros en sí mismos— no solo son reflejos simbólicos sino materializaciones actuales de relaciones sociales, políticas y económicas, en los talleres y en contextos más amplios. En lo que viene a continuación sostendré que el oficio y la experimentación que tienen lugar en esos espacios producen libros que encarnan modos de pensar sobre, y de organizar, el trabajo más allá del “capitalocentrismo”, y que funcionan más como objetos sociales mutables que como mercancías fijas.

“PERO AQUÍ TENEMOS NUESTRA IDIOSINCRASIA EN CÓMO HACEMOS LAS COSAS”

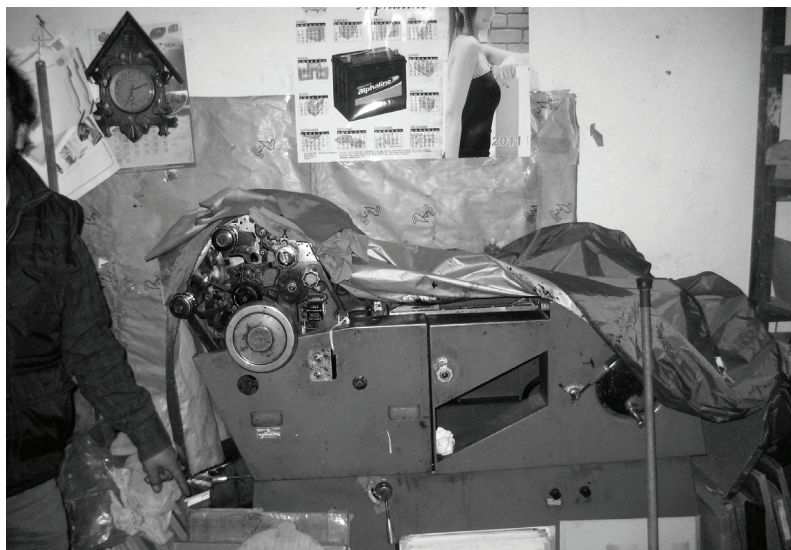
En la primera edición de *Dispersar el poder*, de Raúl Zibechi,⁴¹ publicado por la editorial boliviana Textos Rebeldes en 2006, el diseño limpio de la tapa —un collage de texto amarillo y marrón claro, un fondo azul brillante y una foto de una multitud de trabajadores bolivianos— rápidamente contrasta con el interior del libro. Las páginas de papel prensa que soportan el texto —“los interiores”, en la jerga de la industria— parecen indicar que este libro fue hecho para ser usado, para ser leído y marcado y compartido, más que coleccionado, hojeado y exhibido. El primer error técnico aparece en la segunda página del texto: una nota al pie que ha sido dejada sin terminar, la oración se corta abruptamente con un “puede ver en.” Leo esto como evidencia de un libro compuesto precipitadamente, quizá más por urgencia que por falta de cuidado. Más de veinte páginas después, aparece la primera corrección manuscrita en el texto. Estas marcas son trabajo de Hugo,⁴² el fundador de una imprenta pequeña, de propiedad familiar, en la cima de una de esas calles increíblemente empinadas y angostas de La Paz. El taller es responsable del diseño, la impresión y la encuadernación de una abrumadora mayoría de los libros producidos localmente por editoriales que se identifican a sí mismas como “políticas” o “militantes”. Aunque pongan nervioso al

41. La mayoría de los libros que acompañó en este proyecto no han sido traducidos al inglés. El trabajo de Raúl Zibechi es una excepción. Como ya he anotado, en 2010 la traducción al inglés de *Dispersar el poder* fue publicada por AK Press; en 2012, *Autonomías y emnicipaciones* también fue traducido al inglés por Ramor Ryan como *Territories in Resistance*. En el epílogo indico las otras pocas excepciones.

42. Este nombre es un seudónimo.

lector cuando las líneas de las letras manuscritas chocan contra la uniformidad de las tipografía Times New Roman, estas marcas son más que una mera blasfemia sobre las páginas. Hacen visible la presencia de otro actor en la vida del libro, uno que no es ni el autor ni el editor, sino el imprentero, una figura vital para la producción del libro-objeto pero que usualmente se vuelve una presencia imperceptible en el producto final.

Un vistazo al local de Hugo deja claro que él es capaz de imprimir cualquier cosa que le llegue; las paredes de su apretado taller están repletas con todo tipo de cosas, desde pruebas de imprenta hasta tapas de libros políticos, pasando por afiches de rock y calendarios que llevan impreso el logo de carnicerías e imágenes de modelos semidesnudas. Pero a lo largo de una de las paredes del taller, una vitrina está llena de libros que hablan de un tipo de trabajo muy distinto que tiene lugar allí. Son títulos que se remontan hasta diez años atrás. Los logos y nombres de un docena de editoriales marcan los lomos. Junto a los títulos de Textos Rebeldes, veo libros de algunos de los más prolíficos teóricos radicales de Bolivia: Silvia Rivera Cusicanqui (Editorial La Mirada Salvaje, El Colectivo 2, Taller de Historia Oral Andina), Alison Spedding (Editorial Mama Huaco), Pablo Mamani Ramírez (Willka, Centro Andino de Estudios Estratégicos), y el Grupo Comuna (Muela del Diablo). Esta pequeña biblioteca crea una suerte de mapa de las relaciones políticas que Hugo ha desarrollado a lo largo de los años, a medida que el taller se convirtió en el elegido por las editoriales militantes y radicales de La Paz. Esta imprenta familiar tiene muchos elementos propios del pequeño comercio. Tiene un dueño, que es la vida del negocio, siempre presente, trabajando constante e incansablemente. Tiene varios empleados asalariados, cada uno de los cuales tiene tareas específicas sobre las que se enfoca. El local cuenta con el equipo básico que se encuentra en cualquier imprenta comercial: impresoras offset, guillotinas y máquinas de encuadernar y plegar. El negocio ofrece precios competitivos en comparación con los más de diez talleres de imprenta que hay en la misma calle. Y mucho del material que allí se produce —calendarios, afiches, folletos, panfletos— podrían hacerse en cualquier otro de esos negocios. Sin embargo, en mis conversaciones con el imprentero, él dejó en evidencia su compromiso personal y político con el trabajo de las editoriales políticas, como el colectivo Textos Rebeldes, que traen sus libros para imprimirlos en el negocio de Hugo. Este compromiso con la fabricación de libros de calidad a bajo precio, combinado con décadas de experiencia en el negocio de la impresión,



Imprenta en La Paz, 2011.

implica que Hugo aspira a encontrar cada forma posible de bajar el costo de los libros, mientras mantiene el balance entre calidad estética y utilidad política. El imprentero trabaja con los editores y los autores, experimentando con elementos que involucran el diseño, la presentación, la calidad del papel y el volumen para determinar las maneras más económicamente eficientes de producir un libro de calidad. Por ejemplo, en lugar de comprar el papel ahuesado —más caro y preferible al papel blanco por ser estéticamente más agradable y ameno a los ojos—, Hugo ha descubierto que si compra papel blanco y lo tiñe puede lograr el mismo efecto a un costo mucho menor.

Con la producción de libros muy baratos para estas pequeñas editoriales, Hugo manifiesta sus compromisos políticos, creando la posibilidad para una forma diferente de producción de libros, al tiempo que interviene (o al menos se sustrae) en el mercado del libro y de la piratería. Esta suerte de espacio intersticial que ocupa Hugo en el mundo imprentero de La Paz, produciendo libros a precios piratas y materiales comerciales, es el resultado de la experiencia que ha ido acumulando a lo largo de años de experimentación con las herramientas de su negocio: papel, tinta, máquinas, tecnología digital. Todo esto es parte de la respuesta que me da cuando le pregunto por qué algunos títulos publicados por Plural Editores (considerada la editorial más conocida y de amplia circulación

a la hora de los textos académicos y políticos en Bolivia) son impresos por Hugo. Le digo que me sorprende verlo como imprentero de muchos títulos de Plural, dado que tienen su propia imprenta. Pero Plural, me explica, no es capaz de alcanzar los bajos costos que Hugo logra en su local, a pesar de contar con esa invaluable infraestructura propia. Quizás es que su imprenta está capturada por el modo habitual de fabricar libros, demasiado distante del trabajo real del oficio, definido por una libertad para experimentar. Plural es, sin dudas, la más reconocida editorial independiente de libros políticos en La Paz, no obstante sus libros se ven obligados a competir localmente con los incontables libros hechos por Hugo para las decenas de pequeñas editoriales que él considera sus *compañerxs*. En los estantes de las pocas librerías formales de la ciudad, los títulos producidos en Bolivia resaltan por su accesibilidad, y Plural está, evidentemente, trabajando para alinearse más con los libros producidos por Hugo que con los precios exorbitantes de las importaciones que llegan de España, México o Argentina.

El imprentero explica que los trabajos “comerciales” que hace —para negocios, agencias del gobierno, ONG, a todos los cuales les cobra a precio de mercado— son un componente clave para su estrategia de hacer libros políticos baratos y accesibles. La experimentación que lleva adelante al obrar de modo tal de hacer dichos libros más baratos está, por lo tanto, directamente vinculada a sus compromisos políticos. Los libros que requieren circular ampliamente —y que, por ello, lo compelen a probar maneras de reducir los costos— son aquellos producidos por sus compañeros en las editoriales militantes. Huelga aclarar que esos libros no necesariamente se ven “baratos” (al menos no a primera vista), puesto que la dedicada atención que presta Hugo a los detalles de diseño permiten que los materiales baratos sean disimulados por un estética atractiva. En la edición de Textos Rebeldes de *Dispersar el poder*, una de las fortalezas más grandes de Hugo como imprentero aparece a cada página: las habilidades y la experiencia para mantener el menor costo posible en los libros hechos por editoriales militantes. En este libro en particular, las correcciones manuscritas muestran un compromiso con la producción de un texto de calidad que esté completo y sea legible, pero también una reluctancia a gastar tiempo de más y sumar costos al tener que crear una nueva versión para corregir los errores. El penetrante diseño de tapa casi disimula el papel prensa barato que yace debajo. Y con un precio de solo \$19 bolivianos en las librerías de La Paz (donde

un libro de tamaño similar y hecho por las editoriales de izquierda más importantes cuesta entre \$50 y \$80 bolivianos), la accesibilidad de este libro queda patente. En una conversación sobre su práctica, Hugo me dice: “lo que vendemos aquí son imágenes” (entrevista, La Paz, 2011). Pero dada la imperfección técnica de sus productos, la idea de hacer y vender imágenes no se reduce simplemente a apariencias y estéticas. A mi parecer, las “imágenes” que él produce son también reflejos de las relaciones y los compromisos políticos que apuntalan su trabajo. La “imagen” de las relaciones que produjeron un libro como *Dispersar el poder* (y que está reflejada en la forma de un objeto) es la de un proceso colectivo y no jerárquico de puesta en conexión de autores, editores e imprenteros en un esfuerzo por diseminar ideas de un manera práctica. Uno de los conceptos clave que desarrolla Zibechi en *Dispersar el poder* es el de una “máquina social dispersante” hecha de una densa red de relaciones que son fluidas, no jerárquicas y contingentes. La “imagen” que Hugo elabora en su taller (que interpreto como refiriendo a algo concreto y tangible como una fotografía más que como un reflejo) es, en cierto sentido, análogo al tipo de redes que Zibechi describe en su estudio sobre las rebeliones que sacudieron El Alto durante los primeros años del siglo XXI.

La tensión entre la exactitud y la funcionalidad es lo que Richard Sennett asegura que vuelve a ligar la calidad de “lo práctico” con la “práctica” en la producción artesanal. Esto es más que evidente en los libros de Hugo; esta tensión se manifiesta también en otro aspecto del proceso de producción: el registro legal de las publicaciones. La primera línea de la “página legal” o “página del copyright” —un elemento con frecuencia desatendido por el lector casual— nos dice que fueron impresas 1.000 copias para la primera edición. La línea siguiente indica el “depósito legal” (D.L.), un requisito para las publicaciones de este tipo en Bolivia, que exige que la imprenta llene un formulario simple con los datos de cada libro que produce y que adjunte cinco copias que, finalmente, serán catalogadas en las bibliotecas nacionales. Cuando pregunté si el D.L. alguna vez es rechazado, el imprentero rápidamente me explicó que no, que el número de D.L. es emitido en el momento en que se lo solicita y simplemente crea un registro y un archivo de los libros producidos en Bolivia. Debajo del D.L. aparecen los nombres del autor y el editor, los créditos para la fotografía y el diseño y la información de contacto de Hugo. Visiblemente ausente está el símbolo ©, de copyright.



Mural en La Paz, 2011.

Lejos de ser un gesto explícitamente radical, la ausencia de copyright tiene más que ver con una suerte de desinterés habitual por aquello que es considerado una innecesaria marca burocrática y propietaria. Aquí, de nuevo, la funcionalidad desborda la exactitud: cualquier preocupación respecto a un posible acto de piratería del material producido en su local es leída desde un punto de vista práctico. El imprentero explica su mirada sobre estos asuntos: “es opción del autor de ir y hacerlo —tú tienes el derecho de registrar tu autoría—. Pero aquí tenemos nuestra idiosincrasia en como hacemos las cosas... siempre del libro que produces sacan fotocopias así es más barato... la fotocopia de un libro cuesta 15 bolivianos. Ya nosotros tratamos de alcanzar a 15 bolivianos para que no fotocopien, entonces el cliente lo ve. Esa es la idea” (entrevista, La Paz, 2011). La respuesta de Hugo a la demanda de copias baratas de los textos y a la realidad extendida de la piratería (en sus formas sofisticadas y rústicas) me sorprende por ser, a la vez, obvia e ingeniosa: hacer libros lo suficientemente baratos para que el incentivo de la fotocopia o la piratería desaparezcan, o al menos, se dude de hacerlas. En el acercamiento de Hugo a la piratería, la relación entre la producción de libros y la compra de libros es renegociada, con un dinamismo y una mutabilidad que refleja los mismos tipos de relaciones alternativas que describe un libro como

Dispersar el poder. Al ser producido a un costo tan bajo, priorizando el bajo costo sobre el beneficio, el libro se resiste a convertirse en una mercancía producida para competir con otras mercancías en la generación de ganancias. Su creación, por supuesto, depende de una diversidad de estructuras y herramientas capitalistas (maquinaria industrial producida por grandes corporaciones, tinta y papel producidos masivamente, licencias de software, etc.), pero el producto es diseñado para atravesarlas, y promover una ética económica diferente. Los libros fabricados aquí son producidos al menor costo posible, para ser vendidos lo más cerca posible de ese costo. Son “libros genéricos” como los que De Pósfay describe en su manifiesto, pero no hay nada genérico en el proceso por el cual son producidos. El taller de Hugo es un lugar muy personal. Cuando sus *compañerxs* le llevan los proyectos se despliega un proceso creativo para producir el libro de un modo que resulte el más beneficioso para ellos.

Una diferencia principal entre el imprentero y los autores y editores de los libros que aquel fabrica reside en los modos en que estos varios actores se identifican políticamente a sí mismos. Mientras que Hugo no se considera a sí mismo un “militante” o ni siquiera una “persona politizada”, *lxs compañerxs* que le llevan proyectos a su taller sí lo hacen. Sin embargo, el modo en que Hugo trabaja —ofreciendo tarifas bajas a las pequeñas editoriales gracias a la experimentación con herramientas y materiales para alcanzar costos de producción bajos— lo vuelve parte de una esfera política más amplia que los libros como tales ayudan a crear. Los libros que salen de su taller ocupan un espacio entre aquellos producidos por las editoriales independientes y las ediciones pirateadas que inundan los mercados de La Paz y la vecina ciudad de El Alto. Fabricados en pequeña escala, de un modo altamente personalizado y frecuentemente con defectos, y ofrecidos a precios en extremo accesibles, los libros de Hugo se resisten a ser subsumidos tanto en la categoría de “comercial” como en la de libros “artesanales”. Estos son libros que se acercan más a la categoría de “no-mercancías”, puesto que su valor de uso es priorizado por sobre su valor de cambio. Estos son libros prácticos: son productos y productores de prácticas. Pero las prácticas, como los productos que estas generan, no son estables.

La práctica de Hugo no es un *modelo* alternativo de producción de libros; es un experimento en curso con prácticas provisionales orientadas a reducir costos e incrementar las posibilidades de acceso. En este sentido, Hugo contribuye a lo que uno de sus autores, Luis Tapia, llama

“la política salvaje” de Bolivia, uno de los conceptos clave que presenté en la introducción. Las prácticas de “la política salvaje” son inestables, temporarias, contingentes y fluidas. Más que reemplazar un modelo con otro, la política salvaje desorganiza, trastorna y desordena⁴³ aquello que está establecido —por ejemplo, los principios de las relaciones sociales y económicas que subyacen a la producción comercial orientada al beneficio—. Tapia postula que un efecto de este “trastorno” es el proceso de desmercantilización de las relaciones sociales, lo cual vuelve a “la política salvaje” implícitamente anticapitalista porque estas formas de acción colectiva niegan la lógica del valor de cambio como principio de organización (2008: 124). “La política salvaje” es el territorio de “la máquina social dispersadora”. Los productos y herramientas de una política como esa —en nuestro caso, los libros— comparten aquellas cualidades, encarnando los procesos de los que emergen. En algunos casos, estos procesos se inscriben literalmente en los propios objetos, tal como descubrí en los libros hechos en otro taller de libros orgánicos, mil quinientos kilómetros al sur de La Paz.

“UNA ESPECIE DE ESCUELA EDITORIAL”

Meses después de haber dejado La Paz con mi colección de libros de la imprenta de Hugo amontonados en mi maleta, me encontré con un libro que tenía un peso y una textura similar en una feria de libros en Buenos Aires: una edición local del título que había comprado un año antes en México DF (*Autonomías indígenas en América Latina*, de Francisco López Bárcenas). Decidí comprarlo para compararlos. Pero antes de llegar a mi biblioteca donde podría examinarlos, este libro pasó cierto tiempo viajando conmigo confortablemente. Menos de cien páginas constituyen este diminuto libro de bolsillo que mide unos tímidos 10 cm x 15 cm. En mi cabeza, sus proporciones son comparables directamente a los pasaportes que han facilitado mi movimiento a través del continente, acompañando a los libros orgánicos. A medida que me movía por la ciudad lo guardé y lo saqué muy seguido del bolsillo de mi abrigo, y los capítulos breves habilitaban el tipo de lectura interrumpida sobre el

43. Para mayor detalle, véase *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*, de Raquel Gutiérrez Aguilar (Textos Rebeldes, La Paz, 2008).

transporte público que, para muchos, es parte de la vida cotidiana en Buenos Aires.⁴⁴ La tapa del libro es robusta y lustrosa. Cuatro cuadernillos, cada uno abrochado, han sido fijados al lomo con un adhesivo fuerte. A pesar de no estar cosido a mano, este libro se mantendrá mucho mejor que muchos de los caros libros de bolsillo producidos comercialmente, que se quiebran fácilmente y cuyas hojas se desparraman. El formato cuadernillo asegura que las páginas no se van a perder. Esto me tranquiliza mientras aprieto con fuerza el pequeño libro, pasando sus páginas hasta el final, guardándolo a las apuradas en mi mochila cuando me acerco a la estación en la que deberé bajar. He llegado a pensar que este libro fue hecho para ser usado así. Hecho para viajar, para pasar por muchas manos, para estar semanas en la base de una mochila, recuperado de vez en cuando para sesiones de lectura rápidas. Breve como un folleto, pero mucho más robusto, ni se me cruza por la cabeza tirarlo. Tiene un auténtico lomo, donde se lee autor y título, y las imágenes que decoran la tapa son potentes. A pesar de su tamaño, esto, sin dudas, es un libro.

La tapa muestra un sencillo diseño en blanco y negro, con las dos primeras palabras del título resaltando en un rojo brillante. Excepto por un delgado borde negro, el resto de la tapa está ocupado por una fotografía. La imagen muestra un círculo de hombres jóvenes, vestidos con ponchos y capuchas de lana, sosteniendo gruesos palos de madera en el aire, sus bocas entreabiertas en un grito colectivo. En el fondo, una multitud mira, ocupando una gran avenida frente a un palacio de gobierno de estilo colonial. A mí me parece una imagen de una protesta mapuche en Chile, pero no tengo modo de comprobarlo puesto que no hay ningún crédito o título para esa foto. Aunque me encantaría comprobar (o desestimar) mi hipótesis, me quedo pensando en que no importa realmente dónde fue tomada esta foto, o los detalles de su procedencia. Abro el libro, pasando de largo la primera página en la que anoté dónde y cuándo compré el libro, y su precio. Estos detalles son importantes para mí porque son parte de la historia de cómo estas páginas, palabras e imágenes llegaron a reunirse, aterrizando en mis manos. Asumí la tarea de incluir estas notas en cada libro que compro. Estos detalles me ayudan a recordar el espacio donde hallé el libro y la gente con la que pude haber interactuado entonces.

44. cf. Schwartz (2016) para una discusión sobre la cultura de la lectura y el libro en el transporte público urbano en Latinoamérica.

La página siguiente muestra el título y el autor, impreso en letras de bloque. La combinación de ese tipo de tinta, de impresión y de tipo de papel hace aparecer a las letras ligeramente irregulares, lejos de la perfección técnica que uno podría esperar en los libros producidos para la venta. Las estrías que interrumpen la tinta negra me dicen que este libro no fue impreso en una imprenta offset, sino más bien en algún tipo de fotocopiadora. El papel sobre el que descansa la tinta también es irregular, una variedad pesada de papel prensa, ligeramente grisáceo, con rastros de fibras marrón claro todavía visibles. Este papel es, obviamente, una alternativa barata al blanco o al color marfil utilizado para los libros. Pero más allá de estas diferencias estéticas sirve para el mismo propósito: es robusto al tacto y conserva la tinta sin que se trasluzca de una página a otra. La “carne” de cualquier libro, la estofa que constituye “las entrañas” del libro, este papel barato es uno de los principales factores que determinan su precio. Y a 12 pesos argentinos (en ese momento el equivalente de 3 dólares), este libro es más que accesible.

Pasando la página del título, veo que al dorso se leen los habituales datos técnicos sobre los orígenes del libro, como sucede en la mayoría. Leo, línea tras línea: título, autor, editorial, número de edición, fecha de publicación, lugar de la editorial, pero ningún signo © de copyright. La única mención a cualquier “derecho” reservado o similar aparece en la última línea: “La reproducción parcial o total de este libro está completamente permitida y fomentada”. Los editores de este libro no están interesados en controlar de ningún modo el movimiento del texto. No solo permiten sino que directamente alientan la reimpresión. ¿Quiénes son? ¿Cómo fue hecho este libro? ¿Cómo hacen los libros? ¿Y por qué hacen libros como este? El resto de la página responde brevemente a algunas de estas preguntas, con un párrafo que describe su proceso colectivo: “Como cooperativa de trabajo autónoma e independiente proponemos nuevas relaciones laborales, donde la ganancia equitativa, la horizontalidad, el aprendizaje constante de nuevas tareas, la imaginación y la reflexión sean principios en nuestro laburo cotidiano. Para cualquier propuesta, crítica, e información, o bien si te interesa formar parte de este proyecto, podés escribirnos a...”. Esas pocas líneas de texto dicen mucho sobre la procedencia del objeto, dejando claro que este libro no ha sido hecho de la manera habitual, es decir, con el acercamiento comercial a la producción de libro caracterizada por el modelo de producción taylorista, uniformidad y consistencia, restricciones propietarias y control editorial.

Este y otros libros hechos por esta editorial son el producto de un proceso innegablemente “ineficiente”, pero que desemboca en productos accesibles.

Cuando llego al taller para encontrarme con los miembros de la cooperativa nos reunimos en la sala central, un espacio abarrotado de cajas y herramientas varias, entre las cuales las más notables son dos viejas prensas de tornillo. La larga y abollada mesa de madera en el centro de la habitación está cubierta con pilas de papel blanco, algunos doblados y otros no. Entre los papeles veo hilo, unas pocas agujas, un poco de pegamento, dos viejas abrochadoras. Sentados sobre sillas y bancos con diversos grados de estabilidad estamos cinco miembros de la cooperativa y yo. Deambulando alrededor nuestro, moviéndose a través de las tres habitaciones de la imprenta, hay una bebé que ocasionalmente se desploma sobre el acolchado de su propio pañal. Entre sus pequeñas manos aferra fragmentos de papel, trozos recuperados del piso.

Pongo mi grabadora sobre la mesa, agradecida por el trípode en miniatura que mantiene al micrófono apenas elevado por sobre la superficie de la mesa. En una punta se están encuadernando los cuadernillos, produciéndose un sonido agudo cada vez que la regla corre a lo largo de lo que será el lomo. En la otra punta, la abrochadora es bajada con fuerza una y otra vez, agujereando los cuadernillos y sacudiendo todo lo que hay en la mesa. Frente a mí, otro grupo de cuadernillos está siendo cosido a mano y cuidadosamente, sin sonido alguno. Los miembros del colectivo se han puesto de acuerdo en pasar la tarde hablando conmigo, pero eso no quiere decir que el trabajo se detenga. Al contrario, continúa a su ritmo habitual en un espacio de trabajo donde la conversación y el aprendizaje lento y a conciencia se priorizan por sobre cualquier sentido de la eficiencia comercial.

A medida que se turnan aportando fragmentos de la historia de la editorial, un mate relleno de yerba va pasando y hace de la escena una escena típica de Buenos Aires. Sin embargo, dos de nuestro participantes más activos en la conversación hablan con acentos distintos, que revelan su estatus de inmigrantes en la capital de Argentina: una de la ciudad de México y el otro de Bogotá. El joven colombiano describe su parecer del modo en que trabajan:

Lo que funciona mucho aquí es lo que yo considero una especie de escuela editorial. Como que yo acá estoy aprendiendo a diagramar, diseñar, con programas que no trabajaba antes. Funciona la escuela: mientras se va haciendo

se va aprendiendo. En un futuro me sentiría capaz de hacer un libro. Me siento capacitado... No hay egoísmo en los conocimientos, desde hacer un libro a otras cosas. Acá la idea es que todos hagan todos los trabajos... que no haya un diseñador. Lo que estamos haciendo ahorita es compaginar y abrochar el papel, lo puede hacer el que diagrama en el computador. Todo se cuenta como horas trabajadas, eso hace que sea mucho más interesante la cooperativa. No es que diagramar vale el doble que doblar papel —es una hora trabajada—. (Entrevista, Buenos Aires, 2011).

La cooperativa rechaza la división del trabajo habitual en la que los miembros de un proyecto o un negocio se especializan en sus respectivas áreas de trabajo. Aquí, en contraste, no existe fijación a los roles que cada miembro cumple; de hecho, insisten en rotar en los diversos roles y funciones, dándole a cada trabajo el mismo valor. Al hacer eso, crean un espacio de trabajo y un método de producción seguramente menos eficiente, pero la eficiencia no es su objetivo. Lo que está en juego en su acercamiento al cooperativismo es una ética subyacente de ayuda mutua que es, simultáneamente, material y política, económica y pedagógica. Con su rechazo a una división del trabajo desigual y a la eficiencia como lógica de operación, al igual que otros productores de libros orgánicos, también rechazan la división entre trabajo manual e intelectual. Más que un negocio, esto es, como ellos mismos dicen, “una especie de escuela editorial”, pero es una escuela sin profesores, sin libros de texto, sin modelos de cómo y qué aprender. La pedagogía es provisional, las lecciones son experimentos prácticos. Pero es también un proyecto económicamente autosustentado, en el cual el trabajo es hecho colectiva y cooperativamente, y donde una ética anticapitalista existe en constante tensión con las estructuras capitalistas que la rodean.

Durante las últimas dos décadas, Argentina se ha vuelto una suerte de foco de cooperativas y empresas recuperadas de todo tipo, con grupos de trabajadores que expulsan a sus jefes y ocupan sus espacios de trabajo.⁴⁵ Estas abarcan desde panaderías artesanales a fábricas de cerámicas, pasando por grandes hoteles y son indistinguibles, para la mayoría de los transeúntes, de un negocio “normal” con management y organización

45. Mucho se ha escrito sobre el fenómeno de “las recuperadas” y las empresas gestionadas por los obreros. Véase, por ejemplo, *Sin Patrón* (Lavaca, 2007) y *Acá no, acá no me manda nadie: Empresas recuperadas por obreros 2000-2010*, de Juan Pablo Hudson (Tinta Limón, 2011).

jerárquica convencional. Esta explosión de empresas gestionadas por sus propios trabajadores ha sido acompañada por una diversidad de categorías institucionales y legalidades apuntadas al reconocimiento y regulación de este tipo de operaciones. Pero los miembros de esta cooperativa se apuran a diferenciarse de las formas altamente burocratizadas que caracterizan a sus homólogos más grandes, tales como las fábricas cooperativizadas. Aquí son cooperativos por prácticas, no por diseño. Me explican que no funcionan como una cooperativa formalmente constituida: “Estamos fuera del cooperativismo legal. No es una cooperativa legal, sino porque nos juntamos a hacer algo. Y repartimos las ganancias. Viene del principio más real, que es cooperar” (entrevista, Buenos Aires, 2011). Aquí el énfasis está puesto sobre la *práctica* más que sobre la *idea*; su trabajo es concebido más en términos del verbo (cooperar) que del sustantivo (cooperativa). Marcelo Vieta analiza esta distinción a través del concepto de “nuevo cooperativismo”, que describe como “experimentos” con la ayuda mutua que emerge “de necesidades sociales, culturales o económicas inmediatas más que de sentimientos cooperativos preexistentes” (2010: 3). Enraizado en la acción y la práctica más que en principios y modelos, el nuevo cooperativismo que Vieta describe es, tal como él mismo afirma recurriendo a J. K. Gibson-Graham, un experimento de vida “más allá del capitalocentrismo”, aun si en muchas ocasiones las dimensiones ideológicas de este proyecto no son explicitadas. Lo que es característico del taller del libro orgánico como espacio de un nuevo cooperativismo es el hecho de que las políticas que lo motivan e inspiran son bien visibles, se derraman de las páginas del producto que fabrican colectivamente.

En uno de los extremos de la habitación central, una puerta angosta conecta con una habitación abierta y poblada de cosas dispersas, en la que tres computadoras están acomodadas sobre unas simples mesas de madera con una vieja impresora en uno de los bordes. En el otro extremo del taller, una pequeña habitación está ocupada por una máquina duplicadora, una fotocopidora y una impresora. Una pared está cubierta con las pruebas de las tapas de los libros; algunos estenciles hechos a mano sobre cartón reciclado, algunos dibujos a todo color impresos en una impresora offset. No obstante, este tipo de máquina —por lo general el núcleo de un taller de impresión— está ausente. Me explican que las tapas de colores son la única pieza que no se produce aquí mismo; son impresas en una offset en otro negocio del barrio. Las páginas de los libros son impresas aquí, ya sea en la fotocopidora o en la duplicadora.

Por lo general representadas como enemigas del libro por su rol en la producción de copias piratas, aquí esas máquinas son resignificadas como herramientas clave del negocio de la producción artesanal de libros. Frente a la pared con las tapas de libros hay un armario grande, lleno de libros. Mientras echo un ojo a su contenido quedo sorprendida por la variedad de colores y dimensiones que tienen los libros que ocupan sus estantes. Hay por lo menos una docena de títulos diferentes con el sello de la editorial en su tapa. Muchos otros son de libros impresos aquí pero no editados por ellos. Y otras decenas de libros son títulos de editoriales de Argentina con las que han hecho intercambios para incrementar la circulación de sus materiales. A pesar de la diversidad de los libros, después de una mirada rápida dos temas principales resaltan de los títulos producidos y distribuidos por esta “escuela de edición” autónoma: pedagogía y autonomía.

A medida que examino las máquinas y las herramientas y el stock de libros comienzo a entender más respecto a *cómo* hacen los libros y, más importante aún, *por qué*. A lo largo de la última década, el trabajo de este colectivo evolucionó a medida que desarrollaban lentamente su vínculo compartido con la cultura del libro y el libro objeto. Al comienzo adquirieron una fotocopidora para poder hacer volantes, panfletos, folletos y similares para organizaciones estudiantiles, centros culturales autónomos y diversas iniciativas políticas y culturales que florecieron en la Argentina post 2001. Sin ninguna experiencia previa, el colectivo se sumergió en un experimento de edición y distribución independiente y de trabajo y gestión cooperativa que ha durado más de una década, volviéndose el trabajo principal de sus integrantes. Comparten un compromiso con el libro como objeto, en oposición a otras formas efímeras de cultura impresa o de expresión cultural y/o política. Uno de los miembros del colectivo lo plantea del siguiente modo: “Yo hago lo que hago por el objeto del libro en sí. Es una cosa que te alimenta, no como el pan o la cerveza, cigarrillos, está todo bien, te alimentan, pero no duran” (entrevista, Buenos Aires, 2011).

En sus tres habitaciones, este taller tiene todas las herramientas y el equipo necesario para hacer un libro. De hecho, cientos de ellos son hechos todos los meses. El diseño y la presentación se forjan en las tres viejas computadoras. Las pruebas son hechas en impresoras láser y las páginas son duplicadas en la fotoduplicadora. Como ya dije, las tapas lustrosas y coloridas son enviadas a imprimir a una offset de una imprenta

cercana. El corte, el pegado, la encuadernación y el prensado tienen lugar en la habitación del medio, el centro productivo y social del local, donde los miembros del colectivo se sientan juntos alrededor de una mesa a encolar, abrochar, coser, engomar y prensar, mientras comparten el mate y la conversación entre ellos y con los *compañeros* que pasan por allí a lo largo del día. La mayoría de editoriales pequeñas hacen tiradas de entre 500 y 1.000 ejemplares por vez, puesto que los materiales y el tiempo requerido en una imprenta offset típica vuelven ineficientes tiradas más chicas. Aquí, donde la impresión se realiza en una máquina duplicadora, las tiradas pueden ser tan chicas como ellos quieran. Y me explican que, de hecho, mientras antes solían hacer 500 copias de un título cada vez, en los últimos años cambiaron su estrategia para estar en condiciones de tener un stock más diversificado de libros, asegurándose la producción y distribución permanente de los libros que consideran que deberían estar disponibles para sus públicos y comunidades, los lectores que se mueven a través de los espacios culturales alternativos donde circulan sus libros.

Los efectos inesperados de tener equipo “menos profesional” son, como puede verse, ventajas fundamentales para los objetivos políticos del colectivo. Al no tener que comprometerse con las inversiones que requiere una imprenta offset están en condiciones de hacer tiradas más pequeñas de más libros, manteniendo un stock diversificado e interesante, evitando las batallas constantes de cualquier editorial entre el deseo de vender libros (para poder hacer más libros) y el deseo de tener impreso un catálogo completo y variado. El mantenimiento de ese catálogo diverso —que es una especie de archivo viviente de su trabajo como colectivo— es fundamental para sus deseos políticos más amplios. Tal como observa uno de los miembros del colectivo: “es tener una herramienta para difundir... lo que es importante. Lees un libro y te dice lo que tú quieres decir bien bonito. Nunca habrías encontrado esas palabras, las encuentras... También se trata de la conciencia de la cooperativa. Y después a través de los libros que publicamos, se multiplica hacia fuera” (entrevista, Buenos Aires, 2011). Las prácticas con las que experimentan son teorizadas en los textos que constituyen los libros que hacen. Como los estantes que exploré en su taller, su catálogo de 2015, que puede encontrarse online en una plataforma para compartir archivos, incluye una amplia gama de ediciones de libros sobre las propias prácticas en juego en su cooperativa: apoyo mutuo, solidaridad, autonomía, educación popular, organización comunal e indígena. Y con los materiales, costos y

paratextos que diseñan construyen las ideas que los textos expresan. Lo que ponen a circular son expresiones, conceptos, modos de conocimiento; y la forma del producto que fabrican refleja las relaciones que pugnan por construir entre producción y consumo. Esto no equivale a sugerir que hay una relación completa, o pura, entre las ideas que promueven en los textos y las prácticas que ponen en acto en su cooperativa, sino más bien mostrar las maneras en que el trabajo manual y el intelectual son reconectados a través del hacer y el contenido de sus libros.

Parte de lo que me ha parecido más intrigante de este proyecto es que el libro en su totalidad —desde el concepto hasta el objeto para la venta— está hecho en este pequeño taller. Y el oficio artesanal de hacer libros a mano, así como su proyecto como cooperativa de trabajadores, están en tensión constante —y productiva— con el deseo político de ver circular ciertos conceptos y de hacer ciertos libros más accesibles produciéndolos a bajo costo y sistemáticamente. La manera en que trabajan haciendo estos objetos está, por lo tanto, conectada profundamente con los mundos políticos y los conceptos que transportan las páginas de los libros. Para este colectivo está claro que hacer libros es un oficio con implicaciones políticas profundas: “El que trabaja haciendo libros trabaja haciendo cosas muy sofisticadas —el libro me parece una tecnología muy alta—. Tiene que ver con el pensamiento y es trabajo con las manos, por eso me gusta mucho... Es muy, ¿cómo se dice? gratificante, como que te devuelve muchas cosas al hacerlo, es un placer. Por eso tratamos de no separar los trabajos y valorar lo que une lo intelectual con lo manual. Eso para mí es fundamental” (entrevista, Buenos Aires, 2011). En este taller las prácticas del “nuevo cooperativismo” se combinan con una tecnología —el libro— particularmente bien dispuesta para no solo reflejar sino encarnar las relaciones y dinámicas sociales que pasan por su producción. El libro —con su complejidad, su durabilidad, su valor de uso cultural— es capaz de actuar de manera que otros productos de elaboración cooperativa —el pan, la cerveza⁴⁶ o los cigarrillos mencionados más arriba— y otras formas menos durables de materiales impresos no pueden.

46. Vale marcar que algunos miembros de esta cooperativa también producen cerveza artesanal en otro sector del edificio ocupado.

La producción de libros, como afirman los miembros de esta cooperativa, es un oficio muy particular por los modos en que se ensamblan sujetos y objetos. Adrian Johns describe al local de impresión como “un extraño híbrido entre biblioteca, scriptorium, estudio, hogar y taller”, notando que, en el contexto de la ciudad de Londres de la modernidad temprana, las prácticas de estos negocios eran consideradas de gran “valor epistemológico” (1998: 75). En tanto espacio híbrido, podría decirse que el taller de impresión del libro orgánico ostenta productos “híbridos”, entendiendo a los libros como mucho más que vehículos para la transmisión de ideas. En cierta medida, el taller cooperativo que he descrito aquí parece tener más en común con los sitios de impresión londinenses del siglo XVII que con las editoriales contemporáneas, caracterizadas por el incremento de la fragmentación del proceso de producción. Selección, composición, edición, impresión, encuadernación y distribución, todo sucede bajo el mismo techo. Todos los miembros del colectivo, en cierto punto, rotan por todas esas tareas, aprendiendo lo necesario para ejecutarlas. Volviendo al concepto de Debray, está claro que los miembros de este colectivo son “trabajadores intelectuales” o “intelectuales trabajadores” del tipo que él describe para el trabajo de impresión socialista. Pero, sin dudas, son productos de un tiempo muy diferente al de Debray. Mientras se identifican a sí mismos como “trabajadores”, su proyecto está orientado a una reimaginación de las “relaciones laborales” a partir de la práctica colectiva de la pedagogía, tal como dejan asentado en todos sus libros.

En el espacio de este taller y los materiales y contenidos de los libros que allí se producen veo evidencia de una recuperación del *hacer*. Hacer está conectado con aprender, y el proceso tanto como el producto son valorizados por la utilidad para el productor y el consumidor. El valor de uso del libro yace no solo en la utilidad del producto terminado sino también en la propia práctica que lo compone. Los miembros de la cooperativa, al relatar su historia, cuentan una historia de experimentación con la impresión. Lo que comenzó como un proyecto lateral a la reproducción de propaganda efímera mutó en una cooperativa de edición y distribución, con un objetivo pedagógico incorporado en su práctica laboral. Estos “híbridos extraños” como las casas de impresión de los siglos pasados se vuelven más hibridados aún con la producción de libros orgánicos: significativamente, producción y consumo son difuminados. Los materiales que imprimen se convierten en los “libros de texto” de su “escuela de edición”. En la próxima sección examinaré otro conjunto

de talleres en Buenos Aires para ver cómo la práctica experimental de fabricación de libros orgánicos se hace de herramientas y espacios ocupados de maneras todavía menos convencionales.

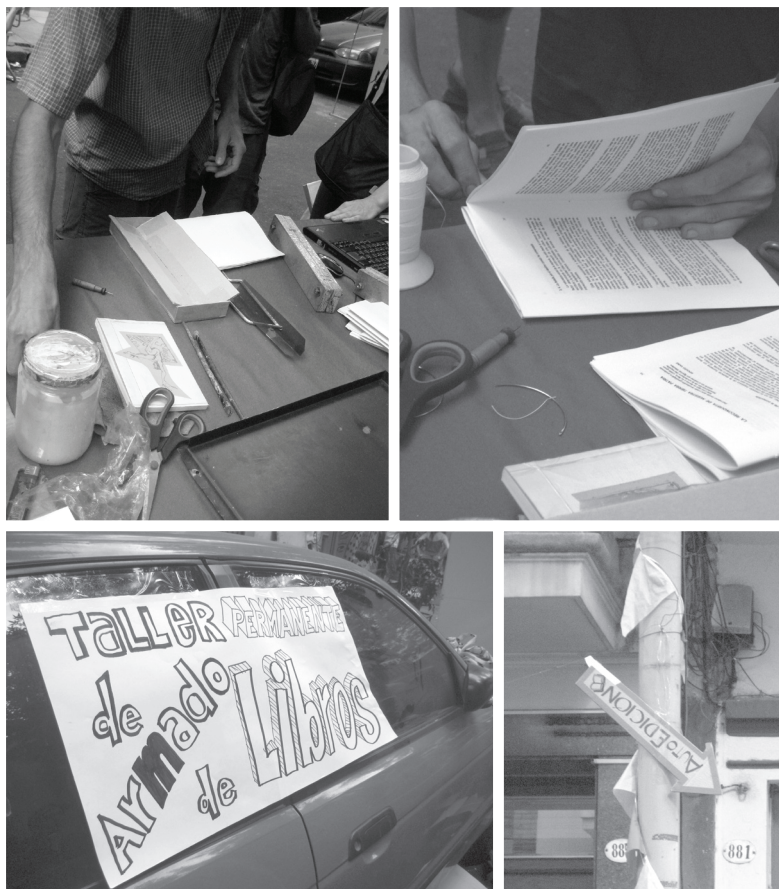
“HASTA QUE UN DÍA EL SINDICATO ANARKOPACIFISTA DE ENCUADERNADORES TERMINÓ CON LA MONARQUÍA”

Durante la última semana de noviembre voy hasta la calle arbolada en Almagro que aloja a La Tribu: una estación de radio alternativa y centro cultural que a lo largo de los últimos cinco años ha funcionado como un polo de atracción del movimiento de “cultura libre” que ha proliferado por Buenos Aires.⁴⁷ He venido a participar del cuarto “Fábrica de fallas”, descrito como “un festival de cultura libre y copyleft”.⁴⁸ En solo media cuadra, camino junto a una docena de puestos: algunos tienen objetos artesanales, otros son espacios de trabajo donde pequeñas multitudes se amontonan alrededor de herramientas para producir cosas (una computadora, un mapa, un jardín móvil, insumos para arte), escuchar, aprender y hacer juntos. La entrada a La Tribu siempre es visible desde cierta distancia (un mural colorido decora su fachada de tres pisos). Hoy, la entrada está especialmente visible gracias a la piscina improvisada construida a partir de un viejo contenedor de basura. Media docena de cuerpos semidesnudos están dentro de él, y los participantes del festival buscan alivio del calor pegajoso sumergiéndose en el agua mientras aferran frías botellas de cerveza con sus manos. Por encima de ellos, grandes altoparlantes ubicados en un pequeño balcón disparan la transmisión de la radio en vivo sobre la calle.

Uno de los organizadores de la Fábrica de Fallas describe el evento como “una excusa, festiva a veces, más seria otras, para que alrededor, antes y

47. *Cultura libre* refiere a un movimiento difuso que promueve el compartir de las obras creativas a través del uso de Internet y mediante licencias no restrictivas (como el copyleft o algunas formas de Creative Commons). Mientras que este “movimiento” ha tenido influencia alrededor del mundo, en Buenos Aires ha generado su propia subcultura, con vínculos estrechos con las editoriales independientes y alternativas. Para mayor detalle, véase *Argentina Copyleft* (Fundación Vía Libre). El capítulo siguiente se focaliza sobre los usos de estas prácticas de “cultura libre” en la circulación de libros orgánicos.

48. Fiel al espíritu del copyleft, “Fábrica de Fallas” ha sido —en sus propias palabras— “copiado” en Santiago de Chile desde 2011.



Taller permanente de armado de libros en el Festival Fábrica de Fallas, Buenos Aires, 2011.

después, suceda la política” (Vázquez, 2010: 160). El espacio es, en efecto, muy festivo, pero no hay dudas de que algo más está sucediendo aquí; algo “más serio”. Me recuerdo a mí misma que las apariencias pueden engañar mientras camino hacia el taller al que vine a asistir, y veo que la mitad del equipo está puesto sobre el capot y la cajuela de un viejo auto estacionado detrás del stand. Una larga tabla apoyada sobre caballetes de dudosa estabilidad ha sido transformada en una imprenta móvil en miniatura. En una punta hay dos viejas laptops (corridas casi exclusivamente con software libre) y una impresora láser. Muchas personas están reunidas alrededor de una de esas computadoras, mirando a un chico joven sin camiseta que ofrece una demostración de diseño básico en Scribus, un programa de software

libre, para diseñar un libro utilizando uno de los archivos en pdf que un participante del taller trajo en un pen drive. Mientras explica los pasos a seguir para crear los cuadernillos que acabarán siendo el libro, impresiones doble faz salen de la impresora. En la otra punta de la mesa, pilas de papel están siendo dobladas en prolijos cuadernillos, luego cosidas, engomadas y encuadernadas en libros. Tres personas están inclinadas sobre la mesa, guiando con paciencia la aguja y el hilo a través de los cuadernillos, creando un diseño entrelazado a lo largo del lomo. Un frasco de cola blanca está abierto y con un pincel apoyado encima. Muchos libros ya terminados han sido puestos a secar en el borde de la mesa, inmovilizados por prensas caseras construidas con pedazos de madera y tuercas.

El poste del teléfono detrás del stand tiene pegada una señal con forma de flecha con letras de arriba abajo que dicen “Autoedición”. Una señal más grande hecha a mano y pegada a la ventanilla de un auto dice “Taller permanente de armado de libros”. Este cartel, más prominente, hecho por los facilitadores del taller más que por los organizadores del festival, es una descripción mucho más adecuada de lo que está sucediendo aquí; no es tanto editar el propio trabajo como aprender a fabricar libros. Y este es un solo día de un taller móvil y permanente de producción de libros; los facilitadores se mueven continuamente de un lugar a otro (ferias de libros, festivales, sus propios lugares de trabajo). Es un taller en dos sentidos: es una clase de cómo hacer libros y un estudio donde los libros son hechos. Y no es simplemente sobre una instancia del proceso de producción de libros, ya sea editar, diagramar, diseñar, imprimir o encuadernar. Más bien es sobre la fabricación o composición de libros en un sentido más completo: de la idea al objeto.

Muchas semanas más tarde, aprovechando una invitación que me habían hecho hacía tiempo, visité el estudio de algunos de los organizadores de aquel taller móvil. Toqué el timbre en una tranquila calle residencial justo detrás de las vías del tren. Un largo pasillo me lleva a la última unidad del edificio, donde tres habitaciones se conectan en torno a un patio. Algo de la combinaciones de bicicletas, colillas de cigarros, el aroma del comino y los cajones de cervezas vacías me recuerda a muchas casas ocupadas y cooperativas en las que he pasado tiempo. Y esto es, en efecto, una cooperativa, me dicen los dos hermanos con los que hablo en la cocina mientras ellos preparan hummus casero. Es un taller gestionado cooperativamente y, en la histórica tradición de los talleres de artesanos, es también un espacio que combina residencia y trabajo. Pero no es un

espacio privado. Si bien llegué aquí respondiendo a una invitación personal de algunos miembros de la cooperativa con los que estuve trabajando en la Feria del Libro Independiente y Alternativa (FLIA), muchos otros han pasado por este espacio respondiendo a la invitación abierta al “público en general y en particular” para que venga a aprender —haciendo— sobre cómo hacer libros, desde la edición al diseño, pasando por la impresión y la encuadernación. Su sitio web explica que estos talleres abiertos son gratuitos y siempre abiertos, e insiste: “está bueno que seamos muchxs y que estemos apretadxs”. Y para aquellos que no pueden hacer el viaje hasta el taller, aparece una lista de recursos sobre libros en la página. El sitio web explica también que este es un espacio de “trabajo autogestivo”:

No nos parece menor el modo en el que se hacen las cosas por eso procuramos que a la hora de trabajar no haya órdenes ni jerarquías. Estas no son más que un mal innecesario productor de las grandes desigualdades y catástrofes que sufre el mundo en que vivimos. Basándonos en el reparto igualitario de las ganancias y procurando cooperación en las distintas tareas que nuestro trabajo implica buscamos garantizarnos una cómoda propuesta laboral. (La E del Coihue Infinito)

Las paredes están cubiertas con posters de ferias de libros, pruebas de tapas, recortes de revistas, pinturas. Una larga tira de papel reciclado muestra un manifiesto escrito a mano, una suerte de eslogan inspiracional para el taller: “hasta que un día el sindicato anarkopacifista de encuadernadores terminó con la monarquía”.

Cuando entramos en otra habitación, dividida por dos mesas de trabajo, junto a una pared veo dos computadoras y una impresora. Junto a otra pared, una larga mesa con bancos sirve como lugar para coser los cuadernillos, aunque pienso que a veces debe servir también como mesa para comer. En la habitación siguiente un amplio y alto banco de trabajo yace en medio de la sala; apoyado sobre él hay pegamento, brochas de pintura, tijeras, reglas, y más de las prensas caseras que había visto en el festival unas semanas antes. Una guillotina —la herramienta más valiosa que hay en la habitación— está apoyada sobre una pequeña mesa en un rincón, frente a una enorme y vieja prensa de encuadernación de acero. Rápidamente el otro extremo de la habitación atrae mis ojos: un estante soporta pilas ordenadas de rectángulos de cartón de diferentes tamaños, y decenas de carretes de cintas de colores brillantes crean un arco iris desde la pared donde están colgados. Un armario tiene un pequeño stock

de libros hechos por la cooperativa, con textos que van desde antologías de poesía a ensayos sobre anarquismo. Algunos de los títulos tienen el tipo de uniformidad que uno esperaría de un libro impreso, mientras que otros están hechos de una manera diferente, con tapas de diversos colores y texturas que mantienen juntas a las páginas, una suerte de mezcla entre un modo más formal de encuadernación artesanal y la estética *cartonera*.

Una pareja de Barcelona que llegó un rato antes que yo había estado aprendiendo cómo coser los cuadernillos entre sí. Llevamos a la mesa principal las pilas de cuadernillos que habían cosido y juntos aprendimos cómo fabricar libros de tapa dura. Durante las cuatro horas siguientes trabajamos pacientemente en las diversas fases de la producción, mientras nuestros anfitriones nos enseñaban con una combinación de paciencia, talento y amor puro por el oficio. Mientras trabajamos en nuestros libros (que no son para llevarnos sino más bien libros que se volverán parte del stock de la cooperativa), los miembros de la cooperativa hacen turnos en un trabajo que les encargaron: 150 copias de un libro de tapa blanda para la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). Una tirada más grande será impresa en una imprenta comercial, pero puesto que los editores necesitaban copias urgentemente para un evento próximo le encargaron a la cooperativa un pequeña cantidad que hacen a mano. Tiradas de menos de 500 ejemplares son poco convenientes para el contexto de una imprenta comercial. Pero los trabajos a gran escala llevan tiempo. Así que cuando la CTA se encontró presionada por el



Taller, Buenos Aires, 2011.

tiempo, necesitando con urgencia los libros listos para el evento, le pidió el trabajo a esta cooperativa de edición artesanal.

Tal como descubrí en mi visita, este taller produce una amplia variedad de libros. Uno de los primeros que adquirí en la feria de libros, meses antes de visitar el taller, es una pequeña edición de bolsillo de *En el café*, escrito por Enrico Malatesta, el anarquista italiano de finales del siglo XIX y principios del XX. Las 144 páginas de este compacto libro están agrupadas por una portada plateada brillante hecha con un envase TetraPak reciclado, que seguramente estuvo lleno de jugo de fruta en su primera vida. Como salta a la vista, estos envases fuertes hechos de una combinación de cartón, polietileno y aluminio, son excelentes tapas de libros por la combinación de materiales que los vuelven extremadamente durables, sin ser excesivamente rígidos. La tapa está decorada con una hoja de papel pintada con acuarelas y una larga cinta fotocopiada de papel verde sobre la que puede leerse el título y el nombre del autor en una inscripción estilizada y semiabstracta. Este libro especial que tengo en mis manos es único, no hay otra copia que tenga la misma combinación de colores pintados a mano en su tapa. El diseño de la portada me dice que mi libro fue hecho por una persona, y mis experiencias en este lugar me dicen que probablemente no fue la misma la que hizo otras copias del mismo libro. El “carácter social” del negocio —recordando la pregunta de Adrian Johns— claramente afecta sus productos: la calidad abierta, improvisada y experimental de este taller en tanto espacio de aprendizaje, que cualquiera puede visitar y participar, se refleja en sus productos. La uniformidad no es una preocupación aquí; lo que importa es que el libro sea hecho, que más y más gente aprenda el oficio y que el negocio se sostenga a sí mismo.

Dentro del libro, la página del copyright (donde no se ve ningún copyright) dice:

Este libro fue íntegramente elaborado con software libre. Ese software libre fue operado por seres humanos que viven, conviven, soportan y cometen humanidades. Las humanidades, por definición, son imperfectas, así que si encontras un error en el libro te pedimos por favor que nos lo indiques vía mail. También recibimos propuestas, compuestas, quejas, arvejas, saludos, amores y licores. No se hizo ni se hará el depósito que impone la ley, se incentiva su reproducción total o parcial por cualquier medio como así también su préstamo y/u obsequio sin permiso del editor o de sus señores padres. Besos.

El texto tiene un tono jocoso, incluso humorístico, pero el proceso que describe —inscripto en el producto— es, a la vez, humilde y atrevido. Hay un reconocimiento de las imperfecciones que pueden aparecer en el libro, pero también una afirmación de la importancia del esfuerzo humano colectivo que hay en él. Como el taller, el software libre que usan es de acceso abierto, un conjunto de herramientas que cualquiera puede usar y modificar, dejando su marca.

Combinada con las siguientes seis páginas que preceden al texto original, esta parte del libro actúa como una suerte de mapa de algunas de las relaciones que hacen a este objeto. Primero, se presenta a los editores e imprenteros de la edición. Luego, conozco a los editores del archivo digital utilizado para hacer este libro, quienes explican la importancia del texto y su posible público: “el que no entiende de política, el que no es anarquista, el que sí lo es... y el desocupado y el que está tan ocupado que no tiene tiempo para leer un libro”. El lector imaginado es y no es muchas cosas; es decir, el lector imaginado es cualquiera que quiera leer el libro. Pero aunque estas palabras son intencionalmente abiertas y vagas, también están firmemente arraigadas en una genealogía política particular hecha visible por las referencias a sujetos argentinos radicalizados: el anarquista, que podría ser del pasado o actual, y el desocupado, el piquetero de principios del siglo *xxi*. A continuación se presenta al autor y a sus conexiones con Argentina. Finalmente, me entero de los editores que compilaron el panfleto original en 1935 en Santa Fe, y se me presentan los responsables de su digitalización en Rosario, casi setenta y cinco años más tarde. Una red de relaciones aparece frente a mí a medida que leo las páginas introductorias que preceden al texto original, y que abarcan diferentes siglos y territorios. El taller que visité en Buenos Aires en 2011, de pronto, aparece como una parte de algo mucho más grande: una larga historia radical en la que materialidad y política se interconectan continuamente.

Unas pocas semanas después de mi visita al taller, mi amigo me pidió que le enviara algunas de las fotografías que había sacado en el lugar para usarlas en su sitio web. Mientras las reviso, noto un detalle que se me escapó cuando estuve allí. La foto es de una de las paredes del taller. Entre los afiches coloridos de todo tipo y tamaño cuelga una hoja de papel. La asepsia de su tipografía sin descripción y su tamaño carta para impresora es interrumpido por trazos gruesos de pintura al agua.

Cuando hago zoom con mi computadora puedo leer el texto de un poema titulado “Copyleft”:⁴⁹

Qué es de tu gloria; tu fama, tu pan,
si nace de lo muerto, la obra quieta
congelada en el tiempo
Qué es de tu honra, tu vida diaria,
si solo quieres acumular logros
uno tras otro tras otro
hasta que te caigan encima y tomen tu
lugar
todo ese trabajo, el esfuerzo,
perpetuar el YO, inútil, vano.
El árbol no se jacta de su flor
ni el pájaro de su canto
la araña de su tela se alimenta
la nube cambia de forma maravillando un
instante
Eso la hace eterna.
Pues en la naturaleza
bajo el reinado del sol
solo nosotros, ajenos a ella
concebimos algo llamado derechos de autor

El libro con derechos de autor —aislado y estático— es lo que este poeta llama “la obra quieta congelada en el tiempo”. Este es el libro producido como mercancía, como propiedad privada, para ser controlado por sus dueños y vendido para la ganancia monetaria. No es hecho por un “modesto inventor”, tomando prestada la expresión de Marianne de Laet y Annemarie Mol (2000), sino más bien por un autor “vano” cuya preocupación principal es el control de los límites de su creación. Este acercamiento a la gestión de las cosas que producimos, dice el poeta, es extraño a la “naturaleza” y el modo orgánico en que las cosas crecen, se expanden e interactúan. El libro con “copyleft” (que también podemos llamar el “libro genérico”, el “libro taller” o “el libro orgánico”), en cambio, representa una ruptura

49. A pesar de que no hay ningún autor mencionado, rastree el poema hasta el blog Piedra Buena (piedrabuena.blogspot.com), mantenido por uno de los fundadores de Tinta China, un negocio editorial/imprenta afin gestionado por dos uruguayos.

con las convenciones sobre la producción y propiedad.⁵⁰ No es hecho en la fábrica, con sus procesos estandarizados y sus reglas de eficiencia. Es hecho en el taller, a través de procesos colectivos de aprendizaje y experimentación. Como los espacios donde es elaborado, este libro está signado por las imperfecciones de la vida, y se conecta infinitamente a través de sus relaciones con otros objetos, personas, espacios. Su mutabilidad es lo que vuelve tan útil, y su utilidad es la fuente de su valor.

Entiendo al libro-taller como un ejemplo de lo que de Laet y Mol llaman “una tecnología fluida”. Caracterizado por límites y fronteras móviles, este tipo de objeto es “adaptable, flexible y capaz de dar respuestas” (de Laet y Mol, 2000: 226). La mutabilidad del libro-taller es un efecto de las prácticas a través de las cuales es hecho y usado: a través de la experimentación con las dimensiones técnicas, económicas, políticas de este objeto, el libro cambia. Pero sigue siendo un libro, quizás incluso el “mismo” libro, si es que el título se mantiene. Los libros hechos en la cooperativa abierta que visité, o en el taller itinerante en la calle, pueden tener las mismas páginas llevando el mismo texto. Pero cuando diferentes configuraciones de relaciones y diferentes pares de manos entran en contacto con esas páginas —cosiendo, pegando, recortando, pintando—, adaptando el proceso a sus necesidades y habilidades, el libro cambia. Improvisando sobre la noción de “móvil inmutable” de Bruno Latour, John Law y Vicky Singleton llaman a este tipo de objeto “el móvil mutable”, afirmando que “un objeto o una clase de objeto puede ser entendida como un conjunto de relaciones que cambian y se adaptan gradualmente en lugar de mantenerse rígidas” (2005: 339). En el taller no hay patrón rígido a seguir. El libro en sí puede estar “ligado”, pero sus ligazones no son fijas, son provisionales y temporarias, como las prácticas de los actores que lo producen.

“ROMPER CON EL MOLDE PARA TERMINAR CON ESTE MODELO”

Sobre una angosta calle lateral del barrio de Flores de Buenos Aires, una enorme casa antigua ha sido transformada de un orfanato gestionado por un partido socialista a un centro social autónomo denominado simplemente

50. El próximo capítulo se enfoca en los usos del copyright, copyleft, Creative Commons, y otras prácticas de propiedad intelectual alternativa por parte de las editoriales.

“La Cazona de Flores”. Las derruidas instalaciones de esta vieja institución, abandonada por mucho tiempo, están siendo renovadas gradualmente con un poco de pintura y yeso, emparchando agujeros y cubriendo las paredes agrietadas y manchadas de humedad. La enorme y majestuosa escalinata del vestíbulo ahora está aliñada con un mural, en el estilo de los grafitis pintados con aerosol, de una colina urbana con cientos de pequeñas casas coloridas amontonadas unas sobre otras. Ya no más poblada por los niños que alguna vez vivieron aquí, hoy La Cazona es el hogar de casi una docena de diferentes proyectos y colectivos organizados en asamblea. Unos pocos grupos proveen servicios básicos al barrio, como la peluquería que está en la planta baja. Otros incluyen a colectivos de comunicación y arte, con cada grupo ocupando su propio espacio en la enorme casa. Una habitación compacta del segundo piso está dispuesta como un pequeño taller textil artesano: una máquina de coser y una overlock están apoyadas sobre dos tablas de madera rajadas, tijeras y carretes de hilo están desparramados y bolsas de retazos inundan el espacio. Pero el colectivo que gestiona este taller no crea ninguno de los productos usuales —ropas, accesorios, tapi-zados— asociados a estas herramientas.

En lugar de eso hacen libros: “libritos de tela y cartón”, como los describen ellos mismos. Los materiales elegidos para la elaboración de las tapas de sus libros son retazos, y el nombre de su editorial deriva de ese simbólico material: Editorial Retazos.

Una de las cosas que primero me llamaron la atención mientras caminaba por mi nuevo barrio durante mi primera mañana en Buenos Aires fue la gran cantidad de bolsas de plástico con retazos de tela brillantes y coloridos dispuestos en las veredas. Entonces noté decenas de tiendas de tela con venta al por mayor en unas pocas cuadras alrededor de mi departamento, pero sabía por el tamaño, la forma y la cantidad de estos retazos que esas no eran su fuente inmediata. Estos retazos habían llegado de algún otro lugar: algún sitio donde los pesados y largos rollos de tela son transformados en cientos de artículos idénticos, a medida que los metros de tela son cortados y cosidos en formas diversas. Unos pocos días después, quedé con un nuevo amigo en ir a tomar algo por el barrio y le pregunté por esos retazos de tela. Me contó que la ciudad de Buenos Aires y sus periferias albergan a casi 25.000 fábricas de ropa (llamados “talleres textiles” porque la mayoría tiene menos de cincuenta trabajadores), algunos clandestinos, otros no. Estos talleres emplean a casi un millón de trabajadores (mayoritariamente inmigrantes bolivianos), con frecuencia

en condiciones precarias, y producen prendas para el mercado interno y externo. Mientras que los negocios mayoristas son visibles para cualquiera que camine por la calle, los talleres textiles no lo son. Constituyen un mundo de trabajo marginal, casi invisible, que la mayoría de los residentes de la ciudad solo ve en las bolsas de retazos de tela cuando camina por la calle. Los productos de estos talleres, las prendas, pierden su asociación con el trabajo que las produce una vez que llegan a los negocios y mercados donde el consumidor promedio las compra. Pero los retazos de tela —desordenados y fragmentarios, apresuradamente descartados en masa— retienen huellas de los trabajadores que los hacen.

Las tapas hechas por la Editorial Retazos conservan intencionadamente esas huellas. Cada tapa incluye al menos tres retazos diferentes. Un pedazo grande sirve como fondo, fijado por los bordes al fino cartón corrugado con hilo de un color contrastante. Un pedazo más pequeño e irregular, con otro estampado, sirve como un aplique acentuado. Dos pedazos más pequeños han sido estampados con estenciles con texto: uno en el frente con el título del libro y uno en el dorso con el logo de la editorial; en sí mismo una mezcolanza de tipografías sobre bloques irregulares, que recrean el efecto de los retazos. Algunos de los pedazos contrastantes tienen líneas rectas, otros bordes redondeados. Un miembro del colectivo me cuenta que ellos siempre intentan conservar la forma original del retazo, en un esfuerzo por preservar la presencia de los trabajadores que lo cortaron, aun si esto puede no resultar evidente para el lector que compra el libro. Un retazo que proviene del corte de una manga puede tener el borde redondeado donde la manga conecta con el cuerpo. Un pedazo de una falda puede tener un ángulo producido por el corte al bias. En un texto publicado en su blog a principios de 2012 está explicado el uso de los retazos y el símbolo del *retazo*:

para Retazos, identificados con el afuera del molde, las telas que sobran, percibidas como trapos, son ahora transformadas en tapas de libros que problematizan el sistema de los talleres, profanando el esquema vital del cual reniegan. Los mismos trozos de tela despreciados por el diseño preconcebido, son ahora agujijones que desmembran la maquinaria de aquello que los engendra. (Andrés, 2012)

Editorial Retazos es parte del fenómeno transnacional, ahora muy conocido, del movimiento de editoriales cartoneras descrito más arriba. Pero mientras que Retazos se identifica como una editorial cartonera,

tal como el texto más arriba lo indica, enfatizan un segundo material reciclado o recuperado como su símbolo primario —el retazo de tela— y de este modo se articulan a dos sectores particularmente icónicos de los trabajadores marginados en la Argentina post 2001: los recolectores de cartones y los trabajadores textiles.

El único libro que me llevo a casa de mi primera visita al taller de Retazos, en donde lo pagué 15 pesos argentinos, tiene una portada compuesta por un fondo gris, un único estampado blanco y negro, dos parches blancos y costuras rojas y amarillas. Las páginas fotocopiadas del interior están unidas por dos grandes broches. El parche del frente está estampado con una imagen de una mujer trabajando en una máquina de coser cerca del título *De chuequistas y overlockas: Una discusión en torno a los talleres textiles*. Como explica el prólogo, este libro es parte de una investigación “siempre abierta y política” entre dos colectivos de Buenos Aires que interrogan “el sistema de producción de jerarquías en el mundo del trabajo y de la migración” (Colectivo Situaciones y Simbiosis Cultural, 2011: 5). Este es un tema recurrente en sus publicaciones, y los jóvenes que integran Retazos son ellos mismos inmigrantes bolivianos, o hijos de inmigrantes, la mayoría de los cuales han trabajado en y en torno al mundo de los talleres textiles en Buenos Aires.⁵¹

La primera publicación, *No olvidamos!!* (Estrada Vázquez, 2010), relata la historia de seis trabajadores inmigrantes que perdieron sus vidas en un incendio en un taller textil en 2006. *De chuequistas y overlockas* fue publicado en 2011 y presentado durante el quinto aniversario de aquel incendio trágico. El prólogo, titulado “Prólogo-conversación”, explica que el libro “retoma los efectos del paso de Silvia Rivera Cusicanqui por Buenos Aires para presentar *Ch’ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*”. Y dice: “Fue entonces que nos convencimos de la necesidad de profundizar el encuentro entre su perspectiva y nuestra tarea” (2011: 7-8).⁵² El encuentro entre los jóvenes bolivianos radicados en Buenos Aires que armaron el Colectivo Simbiosis Cultural (algunos de los cuales también son parte de Retazos) y la socióloga asentada en

51. Para una discusión extendida sobre las redes de migración y editoriales activistas en Argentina y Bolivia véase Rabasa (2017).

52. La primera parte del título del libro de Rivera Cusicanqui está en aymara, el resto en español.



Vecinocracia, editorial Retazo, Buenos Aires, 2011.

La Paz, Silvia Rivera Cusicanqui, abrió un diálogo no solo alrededor de lo que sucede en los talleres textiles en Buenos Aires sino también sobre lo que sucede cuando aquellos que trabajan en Buenos Aires regresan a Bolivia —temporaria o permanentemente— y sobre cómo esto influye en las perspectivas divergentes respecto a lo que realmente ocurre en los mundos del trabajo poblados por los inmigrantes bolivianos en Buenos Aires. Los autores insisten en que no escriben “como bolivianos” ni “como argentinos”. “Más que nacionalidades, tenemos ‘trayectorias’. Algunas incluyen atravesar una frontera. Son trayectorias que dan que pensar” (Colectivo Situaciones y Simbiosis Cultural, 2011: 14).

En un texto titulado simplemente “Conversación con Retazos”, el proyecto se describe como la emergencia de una “inquietud de hacer algo”, una frase que requiere más explicación que la que otorga una interpretación literal. *Hacer algo* trae dos significados posibles y, en este caso, la frase refiere claramente a ambos: *hacer* algo y *crear* algo. Retazos emerge del deseo de *hacer algo* más que solo trabajar en los talleres textiles. Pero también responde al deseo de *hacer algo*; de crear algo con los trozos de tela descartados y de hacer las cosas de otra manera. Lo que está en juego en este proyecto no es el “reciclaje” de materiales para ser convertidos en objetos distintos a los originales, tal como es el estilo de las ahora omnipresentes editoriales

cartoneras. En cambio, la forma de los retazos es conservada intencionalmente de modo tal de hacer visible su procedencia, en un esfuerzo por “problematizar las articulaciones” y hacer algo con lo que se considera “inutilizable”, que es como ellos describen a los retazos. Sin lugar a dudas, insisten en que su objetivo no es exponer o denunciar a los talleres textiles. En cambio, están preocupados con la problematización de las relaciones y dinámicas sociales que dan forma a ese mundo de trabajo y a las vidas que están inmersas en ellas. La pregunta planteada continuamente por su práctica y sus productos es: ¿qué quiere decir organizar diferentemente el trabajo, el tiempo y la vida? En este sentido, en tanto editorial pequeña, artesanal y política, Editorial Retazos problematiza el concepto de *taller* en su sentido compuesto: el proyecto es un experimento en curso tanto con la idea de *trabajo* como con la idea de *taller*. El material y símbolo elegido por esta editorial —el retazo— conecta dos talleres distintos: el taller textil industrial de pequeña escala y el taller del libro artesanal. De esta manera, la materialidad de los libros funciona como una expresión activa de la posición política de la editorial. En la última página de cada uno de sus libros, aparece un texto que describe la función del *retazo*:

Se junta la tela, se la corta y se desechan los sobrantes,
los que ya no sirven,

quienes no entraron en esos moldes de quienes diseñan y cortan.

Están allí en una bolsa en medio de la vereda, uno arriba de otro, con las cicatrices abiertas aún, mientras que, quienes se metieron o aceptaron estar dentro de esos moldes están en pleno proceso de confección, en una cadena que funciona así desde hace mucho en un modelo que excluye, explota e impone.

Allí encontramos a estos retazos, excluidos y exiliados, en la vereda.

Pero resulta que no dejan de ser parte de ese todo.

Ahora esos retazos encontraron distintas formas de no sentirse solo eso, sino también se propusieron formar entre todos ellos, los excluidos, los exiliados, un todo.

Un todo que a diferencia de otros todos, incluya, contenga y fortalezca a los demás retazos.

A esos demás retazos de vida, de sueños, ilusiones, frustraciones, anhelos, rebeldías y luchas.

Ahora los retazos estamos dispuestos a crear muchos más completos para vencer a este molde.

Romper con el molde para terminar con este modelo.

Los patrones utilizados para cortar las telas en los talleres textiles garantizan que miles de piezas de vestido tengan la misma forma, el mismo diseño, la misma silueta. El desecho, los *retazos*, que restan sobre la mesa de corte o en el suelo del taller son el negativo de aquellos patrones, pero un negativo que no está intacto: aparece en fragmentos, como piezas de un rompecabezas que podrían ser colocadas de forma tal de recrear el exterior de las prendas que pasan por la máquina de coser. Pero reunidos en combinaciones diferentes, mezclados con retazos de otros patrones de corte, crean algo nuevo —un “todo” diferente—. Y para la Editorial Retazos, estos “todos” nuevos y otros, incluyen los libros que elaboran. Quieren que cada libro funcione como “un todo que a diferencia de otros todos, incluya, contenga y fortalezca a los demás retazos”. Estos retazos y todos tienen diversas formas de manifestarse en los textos: testimonios de trabajadores inmigrantes, análisis del sistema socioeconómico transnacional de los talleres; historias sobre la migración y las comunidades transfronterizas que vinculan a Argentina y Bolivia; estudios históricos sobre los legados coloniales que dan forma a estos mundos; y otros más. En los objetos-libro, la función de los retazos y el todo es evidente en su materialidad: las telas son combinadas diversamente; el color y la línea de costura varían; las diferentes manos que tocan el libro dejan sus marcas. En este sentido, los libros pueden ser pensados como múltiples. Pero también pueden ser pensados como productos resultantes de, y productores de, un proceso que es múltiple en sus formas, sentidos y efectos.

La presentación del libro *De chuequistas y overlockas* de la Editorial Retazos fue combinada con la presentación de una revista y un documental que también examinan las formas de producción y los espacios de consumo en los márgenes de la economía formal. El evento fue titulado “La potencia del trabajo multiforme”, y en el texto publicado con el mismo título se describe el concepto de “multiforme”: “Lo multiforme es una potencia, decimos, porque está creando formas múltiples cuando ya no hay *una* forma de trabajar, ni de conseguir dinero, ni de darle sentido a nuestra labor, ni mucho menos de conquistar dignidad. Lo multiforme es potente porque es experimentación viva” (Cazona de Flores, 2011). Lo multiforme, que puede verse en los libros de Retazos así como en sus prácticas técnicas y sociales, es prueba de *experimentación*. Significativamente, sus libros conectan diferentes mundos del trabajo en su materialidad y en sus contenidos. El taller de Retazos está conectado a otros talleres: el taller textil, por supuesto, pero también otros tipos de “talleres” como los

espacios colectivos de teorización y producción de conocimiento que tienen lugar en el proceso de investigación entre los colectivos coautores de *De chuequistas y overlockas*, Simbiosis Cultural y Colectivo Situaciones. Este título en especial ejemplifica la importancia de “lo multiforme” como un efecto de *provisoriidad* en muchos sentidos. Primero, como texto sobre la necesaria transformación del trabajo a través de la experimentación. En segundo lugar, como producto de un experimento en curso con prácticas de conocimiento colectivas que conectan a dos grupos. En tercer lugar, porque la edición producida en el taller de Retazos es múltiple en sí misma: cada copia hecha a mano se ve diferente y transporta en sus materiales la presencia de muchos otros trabajadores. Finalmente, porque este título ha sido editado también por otra editorial, en un formato más convencional (impreso y encuadernado en una imprenta comercial) y circula de diversas maneras. La experimentación hace, simultáneamente, a la materialidad y el contenido de este libro. Pero el libro nunca está solo, nunca está aislado. Y en este caso, como en otros que exploraré con mayor profundidad en el capítulo próximo, las conexiones no son solamente efectos de los libros sino que hacen a los objetos en sí mismos.

EL TALLER EN EL MUNDO

En los diversos posicionamientos hechos por los miembros de los talleres de libros se expresa un sentimiento común: hacemos las cosas de manera diferente porque así es como hemos aprendido a producir cosas que son útiles. Esto quiere decir no solo cosas útiles para los consumidores (los lectores) sino también para los productores (los artesanos del libro) y las comunidades y movimientos desde los cuales emergen los libros. El manifiesto de De Pósfay afirma que cuanto más importante es el libro, más accesible debería ser. Hugo relata las peculiaridades de su proceso y los modos en que pone su oficio a trabajar para sus compañeros. Los miembros de la cooperativa en Buenos Aires consideran que el aprendizaje que sucede en el taller es una parte integral del motivo por el cual sus libros son tan útiles. Los encuadernadores itinerantes identifican sus prácticas como parte de un esfuerzo para crear más posibilidades que las que pone la industria editorial mainstream. Y para los jóvenes inmigrantes su taller es un espacio donde algo generativo y crítico emerge de los retazos de un sistema que explota y desplaza. La utilidad de un libro no puede ser medida objetivamente. Un libro no es útil solo porque te enseña algo, o porque te

entretiene o porque puedes intercambiarlo por otra cosa. Un libro es útil cuando es parte de una práctica del *hacer*. Y la creación de posibilidades para *hacer* es lo que sucede en cada uno de estos talleres, donde la distinción entre trabajo intelectual y trabajo manual se colapsa. En este sentido, el valor de uso adquiere un sentido diferente al que tiene en los términos de la economía política marxista clásica en tanto se indica su utilidad para el *hacer* más que la del producto terminado. Las posibilidades que son imaginadas y puestas en acto en el taller del libro orgánico conectan ese espacio de elaboración con otros espacios y otros mundos.

Cuando sale del taller, el libro transporta los deseos de sus productores no solo en las palabras impresas en las páginas sino también en su textura, su peso, su diseño. Al hacer los libros, los productores de estos talleres se imaginan las maneras en que esperan que los libros sean usados. Dicen que hacen libros que puedan ser compartidos, que puedan reproducirse, que puedan viajar, que puedan adquirirse con poco dinero, etc. Las prácticas que ponen a trabajar para crear estos objetos son evidentes en su forma material. Pero, ¿qué sucede con los objetos que, una vez que dejan el taller, no pueden ser controlados por los productores ni predecirse sus usos? Lo único que pueden hacer es crear las posibilidades para estos deseos y usos imaginados. En lugar de asegurarse sobre los efectos potenciales o las formas futuras que estos libros puedan tener, estos “inventores modestos” están creando objetos que mantienen activa la provisoriedad de su proceso en su materialidad. Están creando objetos “fluidos”, objetos “multiformes” que no están “congelados en el tiempo”, tal como decía el poema sobre *copyleft*. El libro orgánico es precisamente eso: el producto de la experimentación y el movimiento. Estos libros, hechos a través de la experimentación y el compromiso con una provisoriedad continua, son objetos sociales mutables, vivientes, que proponen otras maneras de hacer y ser juntos, no gobernadas por la eficiencia o la acumulación, sino por la creación de posibilidades. La producción de productos duraderos permite la materialización de deseos políticos y económicos, pero los productores de estos libros no se preocupan porque *su* objeto sea la única forma que estas ideas pueden adoptar. En los capítulos siguientes exploro lo que sucede cuando estos libros salen del taller. ¿Qué sucede cuando circulan entre imprentas, librerías y lectores? ¿Qué más se produce en el proceso? ¿Y cómo el proceso de hacer cosas —específicamente, libros orgánicos— en el taller se relaciona con el proceso de hacer otras cosas —espacios, relaciones, mundos— *ahí afuera*?

CAPÍTULO TRES

El libro ilimitado

Es de todos y no es de nadie.

Integrante de la asamblea de organización
de FLIA-Capital 2011

Cualquier libro impreso es, de hecho, el producto de un
complejo conjunto de procesos sociales y tecnológicos y, a la
vez, el punto de partida de otro.

Adrian Johns, 1998

De todos y de nadie. El resultado final y el punto de partida. Estas evidentes paradojas dan forma al libro orgánico. Tal como muestra mi exploración de los talleres —donde prácticas ineficientes propician libros accesibles—, los libros orgánicos no son producidos a través de métodos necesariamente consistentes o coherentes. Son los productos y los procesos de prácticas inconsistentes, provisionales y desordenadas que emergen de, y contribuyen a, el territorio de la “política salvaje” (Tapia), más que de la política institucional. Mientras que los capítulos previos se enfocaron en las etapas iniciales de la producción de libros orgánicos —en los espacios de las prácticas colaborativas de conocimiento o en los talleres de impresión y encuadernación—, este capítulo se enfoca en los procesos en cierto modo afines a los que Christopher Kelty en su discusión sobre software libre ha denominado “creación colectiva distribuida” (2008: 2). En lugar de poner el foco sobre el punto de partida de una producción por medio de la que un manuscrito se vuelve libro por primera vez —un proceso del cual he mostrado, en el capítulo uno, su carácter de práctica de conocimiento distribuida—, aquí examino lo que sucede cuando los libros viajan como objetos compartidos entre editoriales, llevando a la creación de nuevas ediciones. En este sentido, el foco estará en las maneras en que los libros orgánicos no solo están abiertos a lo que Chris Atton (1999) ha llamado “un uso distributivo” sino también a lo que podríamos llamar una *producción distributiva*.

Los libros orgánicos, en sus diversos formatos (ya sean digitales o impresos), con frecuencia se mueven más allá del contexto de su primera publicación, a través de redes transnacionales, improvisadas y en continua redefinición, caracterizadas por su indiferencia relativa frente a principios capitalistas como la posesión y la propiedad. Estas redes adquieren una marcada forma multidireccional y multidimensional. Podrían ser descritas como *transversales*, lo cual quiere decir que no son verticales ni horizontales, sus articulaciones atraviesan diversos planos espaciales y temporales (Viveiros de Castro, 2008: 158). Este modo de trabajo en red y conexión entre redes editoriales es una manera más en la que podemos ver a la cualidad orgánica manifestándose en sí misma, en tanto la ética político-económica de los movimientos sociales más amplios está materializada en la producción y circulación del libro. Tal como afirma Guiomar Rovira en su *Activismo en red y multitudes conectadas* (2017): “La red se ha vuelto el paradigma de las luchas emancipatorias contemporáneas y sus anhelos de horizontalidad. Es a la vez la forma mínima de organización y la infraestructura de comunicación” (2017: 10). Aun si lo que esta autora examina es el rol de los medios online, lo que describe es visible en la forma impresa del libro orgánico, un viejo medio renovado por sus relaciones con la tecnología digital.

Viajando, los libros son infinitos de muchas maneras: a medida que se mueven y son tomados por diferentes actores en diferentes contextos, son modificados política y materialmente. Se vuelven múltiples a través de las conexiones que establecen y que los producen. Las posibilidades de lo que pueden hacer no están limitadas por las condiciones de su producción inicial. No hay raíz central que defina las ediciones posteriores, ni una referencia unitaria para la trayectoria del libro. Como una ampliación de las cualidades descritas en el capítulo dos, la ausencia de control propietario centralizado sobre los libros puede ser entendida como otro aspecto de su cualidad “genérica” en el sentido propuesto por Guillermo De Pósfay.

Gary Hall ha escrito sobre el “unbounded book”, el libro “desencuadernado”, “desatado” o “suelto”, enfocándose en las transformaciones generadas por la publicación electrónica. Si bien, como nota Hall, se ha afirmado que no existe tal cosa como un libro suelto —puesto que la encuadernación es la que hace de un texto o un conjunto de papeles, un libro—, este autor toma esta idea para trabajar en torno a las implicancias del licenciamiento abierto y del autoalmacenamiento en la publicación

electrónica. Su preocupación, por ende, es por la manera en que el libro está desatado respecto a “uno de los otros sentidos en que puede decirse que un libro está atado” (y limitado): sus contratos legales (G. Hall, 2013: 7). Al explorar lo que sucede con los libros cuando se abren a prácticas de copyright alternativo y se mueven a través de los territorios, considero muchos de los temas puestos por Hall, especialmente aquellos relacionados con la gestión de la propiedad intelectual (PI) y el “efecto de desfamiliarización producido por el cambio en el soporte material” (2013: 32). Pero al enfocarme en los libros *impresos* también estoy interesada en el modo en que los libros se sueltan más literalmente, es decir, cómo son tomados, modificados y recompuestos por redes descentralizadas —y, por lo general, no coordinadas entre sí— de diferentes actores en diferentes espacios. Mientras que Hall analiza el libro desatado como uno que es liberado de sus restricciones materiales y legales, yo examino el libro desatado como uno que es incontrolado e *ilimitado*.

A partir de una serie de narrativas que se mueven entre Buenos Aires, Oaxaca, México DF y La Paz, este capítulo analiza las maneras en que los libros son reeditados y reimpresos repetidamente por diversas editoriales para considerar qué sucede cuando los libros viajan a través del continente, por redes que están cambiando constantemente sin coordinación central o institucionalizada. En términos materiales: ¿cómo se vuelven los libros “de todos y de nadie” simultáneamente?, ¿cuáles son las relaciones que hacen a los libros, y que los libros, a su vez, hacen? ¿Y qué sucede si empezamos a imaginar a los libros en sí mismos como relaciones? Los libros orgánicos se mueven de formas en que otros libros no lo pueden hacer o, sencillamente, no lo hacen. Mientras que el próximo capítulo acompañará a los libros impresos a medida que circulan entre consumidores a través de redes de distribución informal, este capítulo presta atención a las maneras en que los libros se mueven entre distintas editoriales que producen nuevas ediciones. Al hacer esto, me interesan los mecanismos que facilitan este compartir, así como en las formas en que los libros son transformados material y políticamente al ser “traducidos” a los contextos locales de reedición. Para este fin, este capítulo se enfoca en dos temas interconectados: la gestión de las prácticas de propiedad intelectual (PI) —copyright, anti-copyright, Creative Commons, copyleft, etc.— y el intercambio de textos entre editoriales que contribuye a una circulación más amplia de ideas. Al examinar lo que sucede cuando los libros viajan y son reproducidos en diferentes espacios,

me interesa explorar la tensión existente entre el aparente desorden de las redes descentralizadas que facilitan el movimiento de los libros y la coordinación subyacente que organiza el compromiso común de ver circular ampliamente las ideas contenidas en los libros.

Como afirma Adrian Johns, “cualquier libro impreso es, de hecho, el producto de un complejo conjunto de procesos sociales y tecnológicos y, a la vez, el punto de partida de otro” (Johns, 1998: 3). Esto es especialmente evidente con los libros orgánicos, siendo que estos y las ideas que contienen siempre están conectados a otros libros e ideas. Son el producto de, y las herramientas para, el pensamiento y la acción colectiva. Los libros orgánicos nunca están solos o aislados. En lo que sigue, primero examinaré las maneras en que las prácticas de propiedad intelectual son reconfiguradas y reinventadas por los productores de libros orgánicos en sus esfuerzos para hacer de los libros algo abierto y accesible. Luego examinaré las maneras en que esta apertura del libro es acompañada por un proceso de recomposición, a medida que los objetos y las ideas son modificadas y transformadas al ser tomadas en diferentes contextos y “culturas locales del libro” (Johns, 1998).

Pero antes de presentar mi descripción de la “Propiedad Intelectual orgánica” —que es el modo en que me refiero a las expresiones que suelen denominarse “propiedad intelectual” al encontrarlas en libros orgánicos— es importante situar brevemente estos acercamientos en la historia más larga del copyright y la PI.

En *Authors and Owners*, Mark Rose afirma que “la institución del copyright se coloca de lleno en el límite entre lo privado y lo público” (1993: 140). Continúa explicando que esta forma de entender al copyright como “mediador entre lo privado y lo público” hace posible ver las maneras en que, mientras algo aparece bajo el modo de la propiedad privada, también actúa como herramienta de política pública (Rose, 1993: 140). Esta tensión que subyace actualmente a la institución del copyright puede ser rastreada hacia atrás hasta el siglo XVIII, y la fricción entre “el orden comunal” (Johns, 2009: 11) de los fabricantes de libros y “la ideología emergente del individualismo posesivo” (Rose, 1993: 15) de la que la monarquía y el Estado actuaron como administradores. Mientras que el copyright como una práctica de los fabricantes fue el producto de un “régimen de regulación”, que comenzó hacia el siglo XVIII, con la formación de la moderna figura del autor individual el copyright comenzó a virar hacia un “régimen de propiedad” (Rose, 1993: 15). La

convergencia entre lo que Foucault llamó la moderna “función-autor” con la sociedad de mercado avanzada del siglo XVIII llevó al copyright a insertarse en un esquema de propiedad intelectual. Pero así como el concepto de copyright no estaba relacionado inicialmente a los derechos propietarios individuales, tampoco lo estaba la noción de autor. Tal como señala Nicholas Thoburn en su relectura de Foucault, la función autor precede a su inclusión en el régimen de propiedad, apareciendo en un comienzo en relación a la ley penal utilizada para castigar a los autores. La institución del copyright tal como es entendida actualmente, pues, es una manifestación específica que depende de su relación con el individualismo y la propiedad. Rose sostiene:

El copyright no es una idea moral trascendente sino una formación específicamente moderna producida por la tecnología de la impresión, la economía de mercado y la cultura liberal clásica del individualismo posesivo [...] Y es una institución cuyo fundamento tecnológico se había vuelto, recientemente, a la manera de un órgano vital en el que crece un cáncer, un enemigo. El copyright se desarrolló como una consecuencia de la capacidad de la tecnología de impresión de producir, rápidamente y a bajo costo, grandes cantidades de copias de un texto. Pero la tecnología de nuestro presente hace virtualmente imposible evitar que las personas hagan copias de casi cualquier texto... rápidamente y a un costo irrisorio. (1993: 142)

Lo que Rose subraya aquí es la manera en que la moderna institución de copyright resulta el producto de una confluencia entre tecnología, propiedad e individualismo. El libro orgánico nació de experimentos con, y a través de, cada uno de aquellos, en tanto sus productores desafían las normas y los modos de producción, circulación y consumo convencionales para los libros impresos.

Retomando donde el trabajo de Rose de 1993 termina, Adrian Johns, con su monografía *Piracy* (2010), amplía nuestra comprensión de la evolución del copyright y la PI. Johns ancla su análisis de la piratería en el siglo XXI, al que define como un orden económico basado en el conocimiento y la creatividad, diferente del énfasis del siglo XX en la energía y de la preocupación del siglo XIX respecto a la mercancía. De ese modo, desarrolla un concepto histórico de piratería como una práctica que precede tanto a la PI como al copyright, pero que representa una antítesis de ambos (Johns, 2010: 3). Para Johns, la piratería tiene que ver con “los objetos en el espacio” (2010: 13) y es una cuestión de producción

y recepción. La distinción que establece entre el orden (al que identifica como patriarcal) dentro del cual tiene lugar la impresión y aquel en que sucede la reimpresión (un orden que excede la moral convencional) es crucial para mi comprensión de la producción y reproducción ilimitada y transversal de libros orgánicos. El libro orgánico prolifera, precisamente, a través de los tipos de prácticas éticas y técnicas que Johns asocia con la “reimpresión” como práctica pirata.⁵³

En este capítulo indago en las maneras en que los libros se mueven a través de redes de editores y editoriales. Además de mapear las apariciones y reapariciones físicas del libro en diferentes momentos y lugares, presto especial atención a los elementos marginales de los objetos: las portadas, las páginas de copyright, los prólogos, las palabras introductorias y los epílogos. Haciendo zoom en los paratextos emergen las trayectorias y relaciones de los libros orgánicos. Tal como ha mostrado el trabajo de Gérard Genette, el paratexto es “lo que permite a un texto convertirse en libro” (1997: 1). Trabajando con esta idea de paratexto como umbral, y no como límite, entiendo a esos elementos marginales como esenciales para la comprensión del carácter ilimitado del libro orgánico. Al examinar las formas en que los libros se reeditan y reimprimen, me pregunto: ¿qué sucede cuando traemos esta “zona de transición y traducción”, este “lugar de pragmatismo y estrategia” (Genette, 1997: 2) al centro de nuestro análisis, volviendo a los paratextos algo fundamental?

DESORDEN Y APARICIÓN DE PRÁCTICAS ORGÁNICAS DE PROPIEDAD INTELECTUAL

Casi dos años antes de ir por primera vez a Argentina, algunas investigaciones preliminares sobre editoriales pequeñas con base en Buenos Aires me llevaron al sitio web de la Feria de Libros Independiente y Alternativa (FLIA), una feria itinerante de la que luego me enteraría que florecía a lo largo y ancho de Argentina (y más allá) desde 2006. El logo de la FLIA —un diseño de arte pop de una boca abierta, sonriente y con un pequeño libro en la lengua, colocado como un cartón de LSD,

53. Las editoriales *cartoneras* mencionadas en el capítulo previo también se involucran en prácticas similares de reimpresión. Sin embargo, una diferencia fundamental es que ellas lo hacen de un modo mucho más conspicuo a través de su uso característico de tapas de cartón pintadas a mano.

o quizás una hostia de comunión— aparece como banner del blogspot un poco caótico que actúa como portal para todas y cada una de las versiones de la FLIA. Una página titulada “¿Qué es la FLIA?” ofrece una mirada rápida. El primer párrafo dice: “La feria del libro independiente y alternativo (F.L.I.A.) es un encuentro de intercambio de escritora/es, lectores, editoriales y distintos grupos autogestionados, además de compañeros de todas las expresiones artísticas. No tiene ningún tipo de patrocinio, es gratuita para expositores y asistentes, y su organización es abierta y horizontal para toda la gente que quiera participar, sea con creaciones o solo con su cooperación y entusiasmo”. Quizás anticipándose a preguntas sobre quién habla en nombre de la FLIA, un comentario al final de la página indica el carácter colectivo de la autoría del texto: “Este texto fue armado con textos que diversas FLIAs publicaron por Internet. Flia Rosarina, Flia Bogotá, Flia LaPlata, Flia Chaco, Flia Oeste, Flia Paraná, Flia Corrientes, Flia Mar del Plata, Flia Necochea, Flia Catamarca y más...”. El comentario siguiente, del usuario “Flia Rosarina” remarcó: “Muy bonito y emocionante leernos a todxs allí”. Me suscribí a las novedades por mail, agregué a varias “FLIAs” como “amigas” en Facebook, y durante el siguiente año y medio acompañé a la distancia algunas de las actividades de esta “feria del libro” misteriosa e intrigante. A la distancia, la FLIA parecía ser muchas cosas en muchos lugares, y en este sentido se mantiene completamente por fuera de otras ferias del libro que conocería y que encontraría durante los meses siguientes.

Poco después de llegar a Buenos Aires por primera vez fui a mi primera FLIA, en Lomas de Zamora, una ciudad en la periferia sur de la ciudad de Buenos Aires. Esta feria en particular es en cierto modo especial porque es la primera FLIA-Sur, una feria organizada recientemente para la región sur de la provincia de Buenos Aires. La feria ocupa un gran espacio abierto, con mesas y stands improvisados y apiñados, creando una suerte de laberinto desordenado con senderos angostos que viborean por el sitio. Junto a las paredes, puertas angostas conducen a unas pocas habitaciones más pequeñas que parecen haber sido oficinas en la vida pasada del edificio. Desde que fue recuperado por las asambleas populares del barrio en noviembre de 2002, este viejo edificio del gobierno municipal ha funcionado como un centro social autónomo utilizado por decenas de organizaciones y grupos para proyectos políticos y culturales, que incluyen un taller de serigrafía, una biblioteca libre, una escuela de autodefensa para mujeres, un grupo de teatro, entre otros.

Tal como los organizadores lo describen en su página de Facebook, este “espacio recuperado” es gestionado de manera “autogestiva” por personas y organizaciones con “vocación militante”. El día de la feria, el espacio es doblemente transformado respecto a su versión original de edificio municipal: no es solamente “La Toma” sino también “La FLIA-Sur”.

Mientras camino hacia el final del lugar, veo varios miembros de El Colectivo —una editorial gestionada colectivamente que se dedica a publicar libros que contribuyen, según sus palabras, “a la lucha o el cambio social”—, a quienes conocí unas pocas semanas antes, cuando una amiga me invitó a una de sus reuniones. Parecería que están simplemente parados al final del pasillo de mesas, pero al acercarme veo que están trabajando en su propio puesto, que consiste en una pieza de tela desplegada en el piso con decenas de libros encima. El Colectivo es una de las más prolíficas editoriales alternativas de Buenos Aires, con un gran catálogo de libros que presentan trabajos de la “nueva generación” de intelectuales militantes que emergieron de la rebelión de 2001. De las decenas de editoriales militantes que surgieron en la última década, El Colectivo es una de las más consistentes y establecidas, ya sea en términos de producción como de perfil editorial. Pero su presencia en FLIA-Sur no es lo que esperaba: el stand hecho a las apuradas, en un rincón lejano de la feria no se corresponde con mis impresiones previas del grupo, basadas en su impresionante catálogo, su sitio web altamente funcional y sus libros hermosos, robustos y brillantes. Sabía por mis conversaciones con miembros de El Colectivo que la FLIA es un punto de venta importante para ellos; no dependen de las ventas en librerías sino de las ventas directas en espacios alternativos como este. Pero aquí en la FLIA no hay jerarquía a la hora de distribuir el lugar: los que llegan primero eligen sus lugares (y no pagan nada por ello) y usan cualquier material que hayan traído o que encuentren en el lugar para armar el stand. Tal como uno de los miembros de la asamblea organizadora de FLIA-Buenos Aires me dijo en relación a los libros y la feria “es de todos y no es de nadie”, una declaración que me recordó inmediatamente al eslogan zapatista: “Para todos, todo. Para nosotros, nada”.

Por lo que se ve, El Colectivo llegó tarde hoy, así que le tocó un pequeño recuadro de piso sucio en un rincón oscuro, sobre el que exhiben su reconocido y singular catálogo de libros. Es aquí que me enfrento con un momento desconcertante, en el que mis ideas sobre cómo “deberían” ser las cosas (basándome en normas y convenciones reales o imaginarias)

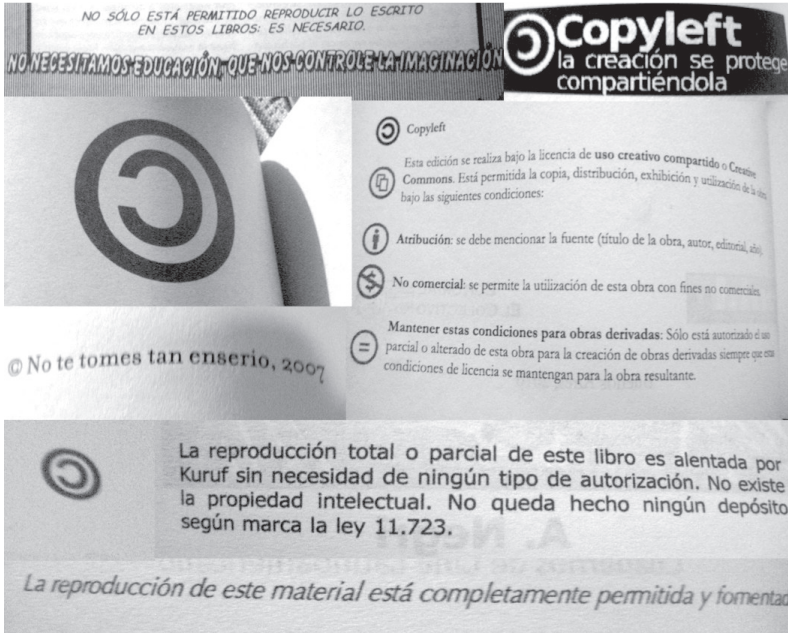
no se ajustan a cómo realmente son. Después de conversar un momento con ellos me agacho a mirar la selección de libros, decidiendo que solo compraré uno, y opto por *De Cutral-có a Puente Pueyrredón: Una genealogía de los movimientos de trabajadores desocupados*, de Mariano Pacheco. Este volumen robusto tiene casi 500 páginas y terminará siendo, por lejos, mi compra más costosa en FLIA-Sur, unos \$45.

Me fui dos horas después, energizada por la efervescencia de la feria y las conversaciones que tuve, a pesar del peso de los diez libros nuevos que cargaba en mi mochila. En total gasté \$144. Recibí un libro gratis, regalo de uno de los autores a quien le compré un libro que había editado. Otro me vendió su última novela bajo la promesa de “satisfacción garantizada”. Otro libro que compré vino con una disculpa del editor porque el precio había subido “notablemente” desde el año anterior, pasando de \$3 a \$5. En mi largo camino a casa, comienzo a hojear algunos de los libros, prestando atención a detalles que se me habían pasado por alto en la euforia y el estruendo de la FLIA, sintiendo sus diferentes texturas. Uno está hecho a mano, con una portada de cartón reciclado rosa brillante y unido con broches; su lomo está pegado con cinta scotch marrón. Otro se parece más a un fanzine grueso que a un libro, con una tapa lustrosa impresa a chorro de tinta que sujeta las aproximadamente 50 páginas del texto. Muchos otros son pequeños y delicados, con tapas de cartulina mate y páginas impresas en una máquina offset. Solo uno está impreso en un papel de alta calidad, varios lo están en una suerte de papel prensa grueso y dos parecen ser fotocopias hechas sobre papel para imprimir. Pero no es hasta que llego a mi departamento y me siento en una silla frente a la mesa de la cocina para escribir algunas notas que empiezo a examinar las primeras páginas de los libros.

De los diez que esparcí en la mesa, solo uno tiene la marca © de copyright. Los otros tienen alguna combinación de copyleft (con el signo © invertido), Creative Commons, y declaraciones propias incitando a los lectores a copiar y compartir el texto. No hay uniformidad. Una de las notas de copyleft parece haber sido extraída de un sitio web, la resolución es baja, con la © invertida acompañada por el siguiente texto: “Copyleft. La creación se protege compartiéndola”. Otros simplemente muestran la © invertida: una es pequeña y casi pasa desapercibida, otra es grande y desproporcionada, ocupando casi un tercio de una página. Esta parece gritar: “¡ESTE LIBRO ES COPYLEFT!” Otro libro tiene la © invertida de Copyleft sobre una licencia Creative Commons “Atribución

No-Comercial Compartir Igual”. Pero estos dos acercamientos a la PI no tienen mucho sentido juntos. Creative Commons fue diseñada con la específica intención de normalizar y estandarizar las licencias no-copyright. Mientras que Copyleft refiere a un rango de acercamiento a la PI abierto y libre, Creative Commons refiere a un conjunto constituido de licencias, algunas significativamente más restrictivas que otras. Pero aquí aparecen juntas. ¿Por qué no? Parecen cumplir con el propósito de mostrar que los editores de este libro no tienen interés en las políticas de reproducción de este trabajo, lo único que no quieren es que la gente saque ganancias de él, y quieren asegurarse que otros mantendrán esta misma política de apertura.

Una posición diferente aparece bajo la forma de enunciados propios que proclaman que las obras son abiertas. Uno dice: “No solo está permitido reproducir lo escrito en estos libros: es necesario”. Esta declaración —que parece estar incluida en todos los libros hechos por esta editorial— interpela al lector como a un cómplice en el esfuerzo por difundir las ideas contenidas en cada texto. Siento que me está diciendo: *No puedes limitarte a ser un lector de estas obras. Ahora eres un agente en el proceso de su puesta en acto.* Otros libros portan llamados similares a sus lectores, aunque menos imperiosos en sus términos. Uno declara: “La reproducción total o parcial de este libro es alentada sin necesidad de ningún tipo de autorización”. Aquí el mensaje es más sutil, no se *requiere* nada pero el lector es alentado a hacer más que solo leer el libro. Esta declaración en particular continúa con una definición claramente radical: “No existe la propiedad privada”. Finalmente, en contraste con la inscripción habitual en los libros argentinos —“Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723”—, esta editorial afirma aquí que “No queda hecho ningún depósito según marca la ley 11.723”. Esta declaración es, por lejos, la más decidida en su repudio del copyright. El mensaje de esta editorial tiene varias capas: 1. se alienta la reproducción no autorizada de la obra; 2. rechaza el concepto mismo de propiedad intelectual; y 3. rechaza las leyes de propiedad intelectual y edición impuestas por el Estado argentino. Un poco de investigación confirma mi sospecha de que este texto —la traducción de una obra reconocida de un teórico italiano— había sido editada previamente con una licencia de PI formal. Pero, mientras esperaba encontrarme con la marca del copyright, lo cierto es que está “protegida” por una versión de Creative Commons que requiere que la licencia aparezca en



Collage de copyleft de libros de la FLIA-Sur.

todas las reproducciones posteriores. Así que en la edición que tengo en mis manos, con su firme rechazo de la existencia de la propiedad intelectual, la editorial no solo está rompiendo con las convenciones de PI dominantes sino también con las prácticas de PI alternativas.

Un gesto similar se encuentra en otro libro que compré en la FLIA-Sur, también un título que estoy segura de que fue publicado en otro lugar y que está, sin dudas, “protegido” por copyright. Llamativamente, es también el único libro que tiene la marca del copyright. La segunda página impresa dice en una tipografía pequeña: “© No te tomes tan en serio, 2007”. El nombre de la editorial, combinado con el perfil del autor (y los otros reconocidos autores cuyos trabajos estaban exhibidos en el mismo stand), me dice que no hay manera de que alguien haya pagado o adquirido de algún otro modo los derechos para reimprimir estos trabajos. El “copyright” en sí mismo está diciendo, básicamente, “esto no es un copyright”, recordando así a la famosa pintura del pintor surrealista René Magritte de una pipa acompañada por el texto “Ceci n’est pas une pipe”. Y con este giro chistoso, termino por asumir que no solo el copyright es falso sino que seguramente el nombre de la editorial

también. Más que un acercamiento “alternativo”, las decisiones tomadas por las editoriales que editaron estos dos libros se me aparecen como actos de resistencia, sólidos gestos de rechazo y denuncia de una categoría, la “propiedad intelectual”, a la que consideran restrictiva e indefendible. Tal como han afirmado Richard Stallman (2002) y otros,⁵⁴ el concepto mismo de propiedad intelectual borra las diferencias entre información y objetos y, por esta razón, indica a “Propiedad Intelectual” como una de las palabras que “hay que evitar”. Aun si acuerdo con él, utilizo “PI” como un referente genérico para referirme a un rango de prácticas usadas para abordar cuestiones de autoría, posesión o derechos de autor en la edición.

El despliegue de libros que tengo frente a mí me entusiasma, y todavía ni siquiera superé los paratextos de la mayoría de ellos. Claramente, el contenido principal de estos libros es lo que me inspiró a comprarlos: una amplia variedad de descripciones analíticas y creativas de la política y la cultura *underground* en Argentina. Pero lo que encuentro al hacer mi inspección inicial de estos objetos no lo esperaba. Me concentro fijamente en los muchos enunciados que encontré que desafían y complican mi concepción de las prácticas de propiedad intelectual, tanto las dominantes como las alternativas. Trabajo con la pila de libros, uno por uno, abriéndolos en la “página del copyright” y fotografiando los contenidos. Después, compilo las imágenes en mi computadora y las ajusto, recortándolas en cuadrados y rectángulos de diferentes dimensiones, creando un collage de blancos, beiges y marfiles, todos con textos y símbolos en negro, en diversas fuentes y tamaños. Mirando este montaje, mi posición habitual como lectora y recolectora de libros es interrumpida. Me siento llamada por estos libros, y por los actores responsables de su producción, para asumir un rol diferente: convertirme en otra “editora” de estos libros, compartiéndolos, reproduciéndolos y difundiendo sus textos. Como en los talleres por los que transité en el capítulo anterior, aquí los roles que suelen estar nítidamente diferenciados en el mundo de los libros —autor, editor, lector— se entrecruzan y borronan.

No hay uniformidad en las prácticas de PI de los libros que recolecté en la FLIA-Sur. Desde el logo de copyleft al copyright “falso”, estos libros

54. Véase, por ejemplo, la discusión de Clement y Oppenheim sobre PI en la edición anarquista, o la discusión de Barlow sobre la distinción entre información como verbo y como sustantivo.

representan más que un simple “acercamiento” alternativo al copyright. Aun si esta falta de uniformidad podría atribuirse a las diferencias entre las diversas editoriales que producen los libros, una característica distintiva de esta feria en particular es la interacción y el intercambio continuo y frecuente que ocurre entre las editoriales, los autores y los consumidores, que crean y sostienen este proyecto autónomo. Nombrada con frecuencia como “La FLIA Infinita” para reconocer su estatus de semipermanencia, este evento es organizado con mayor asiduidad que la mayoría de las ferias de libros (varias veces al año en la ciudad de Buenos Aires, y al menos mensualmente si se consideran las ferias realizadas en las periferias urbanas, en otras partes de Argentina y Sudamérica, o más al norte, como por ejemplo en Puerto Rico o en Oaxaca). Hasta cierto punto podría decirse que las editoriales que hacen esta feria no funcionan como proyectos discretos sino más bien como una red de colaboradores. Y puesto que este proyecto, que se remonta a 2006, es una de las expresiones más visibles del boom del movimiento de *cultura libre* en Argentina, no sorprende encontrar tal variedad de prácticas de PI. Pero me quedó pensando que, como los libros en sí mismos, el tipo de adaptación y recombinación de prácticas de PI alternativas que encuentro aquí, así como la invención de nuevas, podrían ser descriptas también como orgánicas. Como el producto de condiciones y relaciones singulares de las que emerge, más que como importación o reproducción de algo que viene del exterior, o de algo institucionalizado.

Tal como la veo, la “Propiedad Intelectual orgánica” se distingue de las diversas prácticas de PI alternativas que aparecen, colisionan y se solapan en los libros que me traje a casa de la FLIA-Sur. Se distingue porque, a diferencia de Creative Commons, o incluso el copyleft, no es solamente abierta y no-institucional. Es enmarañada. No hay límites claros entre la alternativa (copyleft) y lo dominante (copyright), y las recombinaciones, los entrecruzamientos y los choques que genera la PI orgánica desorganizan ambos órdenes. En lugar de entender las prácticas de PI de la FLIA-Sur como un orden alternativo, estoy interesada en explorarlas como desorden, tomando prestada la expresión de Raquel Gutiérrez Aguilar, cuyos escritos circulan en esta y otras ferias. Gutiérrez Aguilar utiliza la idea de desorden para describir la forma y el efecto de las políticas y las redes no solo en Bolivia, desde donde ha estado escribiendo, sino también a lo largo del continente. Estoy menos interesada en la consolidación de prácticas alternativas de lo que estoy con las posibilidades que habilita

la maraña del desorden, y específicamente en cómo se relaciona con la trama de redes —de editoriales, ideas, política— que se extienden por el continente. Con este fin, también me intereso en cómo el copyright propiamente dicho es utilizado y, tal vez, utilizado erróneamente. En la próxima sección, una historia desde México ofrece un punto de entrada a esta cuestión.

¿COPYRIGHT CONTRA COPYRIGHT?

De nuevo en mi casa en Oakland, observando la alta estantería de libros que se ha convertido en el hogar de mis libros orgánicos, tomo un pequeño volumen del estante para comenzar una investigación más profunda sobre las “páginas de copyright” que fui archivando durante mis dos años de trabajo de campo. Este libro en particular parece un lugar obvio para comenzar: su título es *Contra el copyright*. Cuando llego a la cuarta página, sin embargo, no uno sino seis © golpean mis ojos: ©Tumbona Ediciones; ©1996 Richard Stallman; ©2002 y 2003 Wu Ming 1; ©2003 César Rendueles; ©Kembrew McLeod; ©Éramos Tantos. Seis copyright individuales, en manos de la editorial, los autores individuales y el diseñador del libro. Esta página también incluye los títulos originales de los ensayos, la información de contacto de la editorial, el ISBN, la información de la imprenta. Debajo de todo, aparecen dos fragmentos más de texto. Uno agradece los fondos del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. El otro es una breve declaración que suena a la versión “Atribución No-Comercial Compartir Igual” de una licencia Creative Commons. El texto dice: “Se permite la copia, ya sea de uno o más artículos completos de esta obra —excepto cuando se indique lo contrario— o del conjunto de la edición, en cualquier formato, siempre y cuando no se haga con fines de lucro, no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga”.

El libro es una mezcla de prácticas de propiedad intelectual: por un lado, tenemos copyrights atribuidos a todas y cada una de las partes que claman la propiedad de algún componente del libro; por otro, tenemos una declaración abriendo el libro y volviéndolo disponible para cualquiera que quiera reproducirlo por cualquier motivo que no sea la ganancia monetaria. En la página opuesta, los nombres de los autores, el nombre de la serie y el título como viniéndose encima, en un tamaño y estilo de fuente que recuerda los afiches de una pelea de boxeo: “Versus-Round

10: Contra el copyright”. Al principio me siento algo perpleja por esta superposición de política de PI: con el título y el permiso de copiar, los editores dejan instalada una posición. No obstante, con la lista de © aparece otra posición. ¿Todo esto constituye una paradoja? ¿O son sintomáticos de una manera diferente de acercarse a la práctica de la propiedad intelectual? ¿Una que no suscribe puramente a las prácticas convencionales ni a las alternativas sino a modos de atribución dispersos, mezclados, entrecruzados? Y si este fuera el caso, ¿constituye esto una subversión de las convenciones de PI, al diluir y confundir los mecanismos utilizados habitualmente para realizar distinciones claras entre autores, propietarios y piratas? Como lectora, me quedo un poco atónita por la superposición y, en cierto sentido, inquieta por la saturación de ©.

Compré *Contra el copyright* cuando estuve en la 30ª Feria Internacional del Libro (FILO) en Oaxaca, capital del estado de Oaxaca, México, en noviembre de 2010. Lo encontré en un enorme stand doble al interior de la Feria que había sido bautizado FLIO (Feria del Libro Independiente de Oaxaca). Esta feria alternativa era muy curiosa. Como otras ferias “alternativas” u “otras”⁵⁵ a las que he asistido en otros sitios, esta ocurría en paralelo a la feria del libro “oficial”. Y como algunas de esas ferias alternativas, está desparramada por la ciudad con eventos en diferentes lugares: el stand en la FILO, un centro cultural/librería, un museo de arte contemporáneo y un instituto de artes gráficas. Pero a diferencia de esas otras ferias, esta existía también, formalmente, al *interior* de la feria oficial. El sitio web de la FLIO anuncia que es organizada por La Jícara (un centro cultural y librería) y la FILO (la feria oficial del libro), lo que me lleva a preguntar: ¿a qué refiere el “independiente” presente en el nombre de la FLIO?, ¿a la feria?, ¿o a los libros en sí mismos? Ya sea en español como en inglés, el nombre del evento es ambiguo: The Independent Book Fair/Feria del Libro Independiente. Esta es una ambigüedad recurrente, aunque quizá no intencional, en el nombre de las ferias alternativas de libros, y en Oaxaca encuentro esa confusión todavía más interesante, dada la superposición (temporal y espacial) con la feria oficial. Puesto que, de hecho, no tenían un sitio de feria separado para vender y mostrar los libros, la FLIO existía fundamentalmente en

55. Las ferias alternativas que son organizadas en paralelo a ferias “oficiales” suelen ser llamadas “Otras ferias del libro”.

el stand en la FILO y en los diferentes eventos (lecturas de libros, firmas de autógrafos, charlas, exhibiciones) organizados en los diversos sitios participantes, con La Jícara fungiendo como espacio principal de los eventos. Así, la “feria” resultante estaba más hecha de eventos que de un espacio físico concreto a la manera en que imaginaríamos que una feria puede ser organizada. Esta ambigüedad, tanto de la significación como de la condición física de la feria independiente, generó un conjunto de contradicciones productivas para mí, que más tarde me ayudarían a pensar otras paradojas del mundo de los libros orgánicos.

Llego a La Jícara para uno de los muchos eventos de la FLIO. Los disertantes esa noche son los fundadores de la pequeña editorial de México DF que publicó *Contra el copyright*: Tumbona Ediciones. Una proyección en pantalla gigante ha sido colocada en un rincón del patio al aire libre en el centro del edificio, una pieza arquitectónica típica de las casas coloniales que se alinean en las calles del centro de Oaxaca y que ahora están ocupadas por restaurantes, galerías y negocios de todo tipo abasteciendo a las multitudes de turistas que hormigean por la ciudad. El logo de la editorial aparece en la pantalla: la silueta de una figura de mujer estilo pin-up acostada leyendo un libro. “Tumbona” es un término que refiere a una pieza de mobiliario de un patio —una suerte de silla larga— utilizada para reclinarse en una posición confortable, por ejemplo junto a una piscina. Tumbona (como podría sugerir su nombre) no es una editorial particularmente militante o radicalizada; es bastante accidental que el único libro que agarre de ellos sea *Contra el copyright*, puesto que la mayoría de sus títulos (incluso aquellos incluidos en la colección “Versus”) son todavía menos abiertamente políticos, mayoritariamente ficción corta en diversos formatos. Cuando el evento comienza, uno de los fundadores relata que su eslogan es “el derecho universal a la pereza”, lo cual dota de mayor sentido al logo. Claramente esto no remite a cierto tipo de posición política contra el trabajo; en realidad es una celebración del ocio y la pereza.

Al relatar los orígenes de su editorial, los fundadores describen la profunda influencia de sus experiencias en Buenos Aires en el contexto de la efervescencia cultural y política que acompañó la crisis económica y los levantamientos populares de 2001, el contexto que llevó a la fundación de la FLIA. La sociedad que encontraron ahí, cuentan, estaba repleta de literatura independiente y proyectos artísticos de todo tipo, incluyendo pequeñas editoriales como la que luego formarían ellos mismos, a su

regreso a México DF. Pero a diferencia de sus contrapartes argentinas, el contexto que rodeaba su experimento con la edición alternativa era pobre; para ellos, el México de los primeros años 2000 carecía de la efervescencia cultural y política que habían sentido en Buenos Aires. No obstante, su editorial era parte de un paisaje más amplio que los vinculaba con proyectos y espacios autónomos más allá de México, poniéndolos en contacto con ciertas tendencias de la cultura alternativa; entre ellas, el copyleft. Hablan largamente sobre la historia y evolución del copyright, de su metamorfosis desde un mecanismo orientado a defender a los autores y lectores a una herramienta que favorece los intereses comerciales de los editores. Describen los desafíos que enfrentan tratando de “convencer” a los autores de adoptar el copyleft para sus trabajos, insistiendo en que, al contrario de lo que se podría pensar, han encontrado que la libre circulación de sus publicaciones es, de hecho, económicamente beneficiosa: “por cada descarga, se genera una venta”.

Mientras escucho a la pareja hablando de la importancia de la “circulación libre del conocimiento” y de “precios justos”, miro la tapa del pequeño libro que compré un rato antes en la feria para refrescar mi memoria sobre cuánto había pagado este volumen delgado y tamaño bolsillo. En la primera página veo el precio escrito con mi propia letra manuscrita: MX\$90 (aproximadamente, US\$7.50). Esto no coincide con la fórmula que acaban de presentar sobre los precios de los libros: un libro no debería costar más que una cerveza, dicen. Noventa pesos por un libro de este tamaño está lejos de ser accesible, y una rápida mirada de la tapa me recuerda que este libro difícilmente podría ser considerado una publicación “autónoma”: los logos de dos agencias gubernamentales diferentes aparecen junto al de la editorial, señalando el apoyo oficial del proyecto. Mientras miro el libro y escucho hablar a los editores, me cuesta reconciliar las palabras que estoy oyendo con el objeto que tengo entre mis manos. Una hora más tarde, salgo del evento con dos conclusiones (o, mejor dicho, bocetando dos ideas) sobre el revoltijo de declaraciones, incluyendo la combinación de copyright/pseudo CC que aparece en el libro: 1. quizás el contexto mexicano es menos propicio para la producción cultural autónoma que el contexto argentino por una diversidad de razones políticas y económicas; y 2. muchas veces la *cultura libre* se presenta más como un discurso de moda que como una realidad material. Pero aunque la cuestión del contexto es significativa, también es importante prestar atención a las maneras en que estos diferentes espacios —como

la ciudad de México, Oaxaca y Buenos Aires— están conectados, y a los flujos multidireccionales y multidimensionales de ideas y prácticas que circulan entre ellos.

En las historias que he presentado de PI orgánica *puesta en práctica*, el compartir, la cooperación y las modificaciones/adaptaciones son líneas clave que las interconectan y que hacen visible la práctica de la autonomía orientando, y siendo orientada por, el libro orgánico. Ya sea que las editoriales estén modificando la forma o el contenido de los libros o adaptando las PI alternativas que les permiten circular, es significativa la falta de preocupación por cualquier tipo de centralización del control sobre el intercambio de estos libros. Las editoriales ejercen algo así como “la libertad productiva” que Gabriella Coleman describe en su etnografía sobre hackers, y que otros investigadores de las políticas de la PI y las tecnologías de la información subrayan también en sus trabajos. En *Two Bits: The Cultural Significance of Free Software*, Christopher Kelty analiza lo que describe como una “reorientación del poder respecto a la creación, disseminación y autorización del conocimiento en la era de Internet” (2008: 2). Esta reorientación de las dinámicas de poder en la producción de conocimiento está directamente ligada a los esfuerzos para ampliar la disponibilidad y alentar la modificación o adaptación (los dos elementos que Kelty identifica como característicos de las prácticas anticopyright). De manera similar, Severine Dusollier afirma que tales prácticas “ofrecen una lógica del disenso basada en compartir y promover un modelo económico apuntalado en la premisa de dar” (2002: 287). Yochai Benkler conecta esta “economía de la información en red” a un fenómeno de “aumento de autonomía” en el cual “la libertad práctica de actuar y cooperar con otros en proceso de expansión [...] mejora la experiencia práctica de la democracia, la justicia y el desarrollo, la cultura crítica y la comunidad” (2006: 9).

Al igual que estas innovaciones extendidas en las culturas de las redes descentralizadas, las prácticas experimentales de PI en libros orgánicos ofrecen desafíos estimulantes a los supuestos del individualismo posesivo que subyace a las prácticas de PI dominantes. Pero, quizá, lo que es más interesante respecto a la PI orgánica es, justamente, el modo desordenado en que se manifiesta, tan pleno de tensiones. Las historias de PI orgánica que abren este capítulo me dejan con interrogantes. ¿Qué significa el copyright cuando es combinado con una manifestación que semeja una licencia Creative Commons? ¿Qué papel cumple el ícono del copyright cuando aparece junto a un nombre ficticio? ¿Qué sucede con la legitimidad

cuando el linaje de los orígenes de una obra es descripto erróneamente? ¿Y que significa que un mismo trabajo aparezca en diversos territorios con múltiples copyright? Las prácticas que me llevaron a estas preguntas se relacionan con otra manera en que los libros se vuelven ilimitados cuando la autonomía editorial es puesta en práctica: las variaciones en la materialidad y el contenido de las distintas ediciones. Las ediciones no son solo diferentes en los modos en que son confeccionadas y remitidas (o no) a una licencia, sino también en términos de los elementos que las editoriales eligen modificar cuando traducen el objeto a sus propios contextos y realidades. Los libros orgánicos no siguen caminos prefijados. Sus mapas son hechos a medida que se mueven. La sección que sigue acompaña ese movimiento, examinando las maneras en que los libros orgánicos viajan a través de redes de editoriales, perdiendo sus límites y siendo rehechos gracias a prácticas de adaptación y traducción.

PIRATEADO, NO: LIBRE

El mapa de *Contra el copyright* se expande para mí de un modo sorprendente, seis años después de haber adquirido la edición original de Tumbona. Mientras exploro mi librería favorita durante un breve viaje a Buenos Aires, me vuelvo a encontrar con este libro. Esta vez es completamente diferente. Tumbona Ediciones tiene cierta distribución en Argentina; ya había visto sus libros (incluido este) en librerías y en ferias en Buenos Aires. Sin embargo, el libro que encontré en 2016 representó un tipo de movimiento diferente del libro. Mientras que la edición de Tumbona es de bolsillo, con un tapa que coincide con el criterio artístico del resto de los títulos que pertenecen a la colección “Versus”, la edición que encontré en Buenos Aires, publicada por una editorial llamada Cospel,⁵⁶ se ajusta más a un clásico libro de tapa blanda en el formato

56. La edición de Cospel de *Contra el copyright*, como otros libros orgánicos, no existe online. No hay ningún rastro de ella en el ciberespacio, y puesto que el libro no indica fecha de publicación es difícil saber con exactitud cuándo apareció por primera vez, cuántos ejemplares fueron impresos, y cuándo hizo su camino hasta la librería de Buenos Aires donde lo compré en 2016. De acuerdo a la trayectoria de Cospel Ediciones que se puede reconstruir a partir de su presencia en la web, la editorial comenzó hacia 2006 con un proyecto cada vez más refinado con el paso de los años. Cospel creció en paralelo a la FLIA, aunque siempre mantuvo su identidad regional distintiva.

de 20 x 12, con una tapa color rojo sobre la que se muestra el título, los autores y una versión modificada del logo de la colección “Versus”. Pero el cambio más llamativo respecto a la edición original es el enorme ícono de copyleft que aparece en un estilo de sello estampado en el centro de la tapa. El ícono está acompañado por la palabra “copyleft” en una fuente de igual tamaño a la del título del libro. De esta manera, el diseño de tapa aparece y actúa casi como un segundo título, creando cierta incertidumbre respecto a cuál es el título del libro. La tapa en sí está hecha de un papel lustroso barato, y al abrirlo, la condición artesanal y de bajo costo de la edición se vuelve todavía más obvia. La primera página está toda marcada con rayas negras del tipo de las que deja una fotocopidora sucia. Y el pegamento que mantiene a las hojas unidas al lomo chorrea por la tapa y la primera página, evidenciando el encolado manual, como los que percibí en muchos de los talleres de impresión que describí en el capítulo dos. La segunda página tiene un texto más o menos centrado, escrito en itálica y negrita que no fue extraído de la edición de Tumbona. Dice:

Nota de la presente impresión/Edición: Cospel ediciones es un proyecto que se desarrolla en el nordeste argentino, precisamente en una región donde la inquietud por los temas relacionados con la Cultura Libre va de la mano con un escaso acceso a bibliografía especializada. Nuestro emprendimiento no tiene fin de lucro alguno, simplemente buscamos difundir y hacer circular conocimiento, compartiéndolo con quienes ven en este paradigma una posibilidad de franquear la barrera impuesta por los usos privativos de los bienes culturales. (Stallman, et al. n.d.)

Muchos elementos resaltan. Primero, el uso de dos términos diferentes para describir el objeto en cuestión: una “impresión” pero también una “edición”. Con esto, los editores de Cospel resaltan un área nebulosa en las descentralizadas y desordenadas redes editoriales del libro orgánico. El libro hecho por Cospel está a medio camino entre una reimpresión y una nueva edición. Es, bastante literalmente, una reimpresión en el sentido en que, más allá de la tapa y las dos primeras páginas (una de las cuales se repite en la última página), la edición de Cospel es simplemente una fotocopia abrochada de la edición completa de Tumbona, incluyendo la página original del copyright que describí más arriba. Pero también es una nueva edición, producida en un tiempo y un espacio diferente al de la original. Y aunque el interior del libro ha permanecido intacto,

hay transformaciones significativas en el objeto: la tapa, el tamaño, la textura, pero también el precio y, sobre todo, la estética. Pero tal vez más importante aun, las páginas agregadas, con la declaración escrita por Cospel, envuelve a este objeto con un sentido nuevo y un valor de uso distintivo, que se vuelve evidente más adelante en el texto.

El segundo elemento que resalta del posicionamiento de Cospel es la identificación directa que hacen los editores de la política económica del conocimiento⁵⁷ y la cultura impresa en sus relaciones con la praxis de la cultura libre. Para Cospel, la cultura libre constituye un desafío a las barreras y dinámicas de aislamiento que son parte del legado de la ciudad letrada colonial. Herramienta del underground de la ciudad letrada contemporánea, la cultura libre se limita con frecuencia a los centros urbanos, como Buenos Aires o México DF, que han sido históricamente espacios privilegiados de las culturas letradas de las Américas (Mignolo, 1994: 227). Cospel Ediciones es un proyecto localizado en la capital de la provincia de Chaco, en el noreste de Argentina, cuyo nombre, vale remarcar, es Resistencia. Como sus vecinas Formosa y Santiago del Estero, Chaco es una de las provincias argentinas más marginadas, y en muchos sentidos tiene más en común con Paraguay (país con el que limita) que con Buenos Aires, la capital de su propio país. A través del análisis de las redes que conectan Bolivia y Argentina, el capítulo anterior indicó los modos en que el libro orgánico, en cierto sentido, “provincializa” a la ciudad letrada, desafiando las dinámicas centro-periferia endémicas a la edición comercial y académica. Aquí, con el caso de Cospel, vemos un proyecto dentro de Argentina que subraya y busca interrumpir esas dinámicas de exclusión movilizandando recursos de la *cultura libre*.

Las diversas prácticas de *cultura libre* son concebidas como un mecanismo capaz de “cruzar las barreras” impuestas por los acercamientos propietarios a la PI, pero también son imaginadas como medios de construcción y expansión de relaciones sociales no basadas en principios coloniales o capitalistas. A continuación de la declaración citada más arriba, hay una invitación a contactar a los editores para obtener más información. Debajo de eso, se lee lo siguiente:

57. Sigo aquí la llamada de Silvia Rivera Cusicanqui a correrse de la idea de una “geopolítica del conocimiento” hacia una noción más concreta de “economía política del conocimiento” (2010: 65).

Cada libro nos acerca un poco más.
Muchas gracias a todos los que hacen y crean
pensando en los demás, porque si alguna vez
se revisa la historia serán los que de esta
época han tenido el gesto libertario, la
conciencia plena, los comunes, los artífices
de una humanidad más justa y plena.
Impreso en Argentina, para uso educativo. (Stallman, et al. n.d.)

Aquí el libro es presentando no solo como una herramienta educativa, un conductor de conocimiento e información (la “bibliografía especializada” mencionada antes), sino como una relación. Los libros nos conectan, dicen. Y los libros hechos, entre otras cosas, con una ética comunal y colectiva, son todavía más efectivos para los esfuerzos de crear un mundo más humano y justo. Los otros libros de Cospel que compré no incluyen esta página, aunque sí incluyen una “noticia” diferente que expresa un espíritu similar. Dicha “noticia” da un nombre específico a la práctica de cultura libre desplegada por Cospel: “Freez(by)”. La nota relata que el proyecto está “basado en la premisa del intercambio y el trabajo colaborativo”, y el nombre hace referencia a “Free: Free culture, Cultura libre / Z: indicación, abertura, letra incómoda, etc. / (By): Compartir del mismo modo, refiere al acto de pasar mano en mano, boca a boca, considerando lo que sus autores hayan dispuesto” (en Stallman, et al., n.d.). En lugar de adoptar un acercamiento ya existente a la PI (copyleft, Creative Commons, etc.), Cospel, como otros, elige inventar el suyo, una suerte de mezcla de elementos de Creative Commons y otros elementos del léxico compartido de la cultura libre. De modo significativo, con su referencia a “mano en mano”, la explicación de (By) afirma las especificidades de la materialidad del libro impreso, como un tipo particular de bien cultural que ocupa espacio y descansa en relaciones cara a cara. Aquí, la ética y las prácticas de la *cultura libre* —ambas nacidas y enfocadas en la cultura digital— son adheridas a un tipo específico de objeto, uno que viaja de maneras diferentes a sus contrapartes digitales. La frase breve que sigue amplía esta idea, al elaborar la intervención que Cospel pretende realizar con sus publicaciones: “promoviendo y difundiendo un modo de relación con los bienes culturales” (Stallman, et al. n.d.). Finalmente, la nota clarifica (quizás anticipando posiciones basadas en la estética de la edición) que este “no es un libro ‘pirata’ o ilegal, es uno que entiende a la

libertad como constitutiva del mismo” (Stallman, et al. n.d.). La edición de *Contra el copyright* de Cospel transforma un libro que, de otro modo, podría haber permanecido al interior de las convenciones y circuitos de la edición comercial (independiente) en uno con nueva vida, dotado de nuevo sentido. Al ser re-leído, re-reeditado, rehecho y reimpresso por Cospel en el noreste argentino, el libro crea nuevas relaciones y nuevos mapas, al tiempo que sigue conectado a aquellos de la edición original de Tumbona. Esta es una expresión clara del desorden productivo que caracteriza la función constructora de redes del libro orgánico. En la próxima sección, la historia de otro libro hace visible otros modos en los que nace la PI orgánica, haciendo, cambiando y ampliando mapas y relaciones.

RITMOS DE COMUNALIDAD EN LA DIFERENCIA

Extrañamente ancha y pesada, la primera edición de *Los ritmos del Pachakuti*,⁵⁸ de Raquel Gutiérrez Aguilar, fue publicada en Bolivia, el sitio de las rebeliones populares que la autora analiza en el libro. En la parte de atrás de la portada violeta se ven los logos de dos editoriales. Pero en la página del copyright aparece un único ©, cerca no de los nombres de las editoriales sino del de la autora. La siguiente edición fue publicada unos pocos meses después en Buenos Aires y está también marcada por múltiples logos: Tinta Limón Ediciones y la Universidad Internacional de Andalucía (UNIA). Mientras que el rol de Tinta Limón como editora es obvio por muchos motivos, el de la UNIA es menos claro, ya que en ningún lugar del libro se hace mención a esta universidad europea. Por la ausencia de información, entiendo que UNIA proveyó fondos para esta publicación. En la página de copyright, las palabras “Derechos reservados” aparecen seguidos de © 2008 Tinta Limón. La edición final fue lanzada unos seis meses más tarde en México DF. El número de logos se incrementó, pero ninguno se repite respecto a las ediciones anteriores. Al pasar las primeras páginas, noto que la página de copyright se parece más a la de la edición argentina que a la boliviana. Pero en lugar de un copyright, hay tres.

58. *Pachakuti* es un término aymara que refiere a un tiempo-espacio cíclico no-lineal, y con su análisis de las movilizaciones que sacudieron a Bolivia entre 2000 y 2005, Gutiérrez Aguilar afirma que se ha abierto una nueva era de Pachakuti.

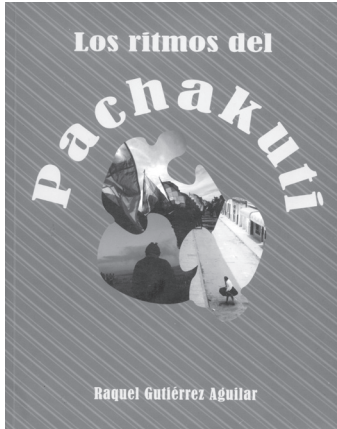
A medida que *Los ritmos del Pachakuti* se mueve rápidamente por el continente, siendo elegido, reeditado y modificado por editoriales diferentes, las licencias de PI parecen volverse progresivamente más restrictivas, llegando a que la edición reciente en México no solo exhiba múltiples copyrights sino también una declaración formal que amenaza con sanciones legales a cualquiera que viole la ley. De las tres editoriales que han editado este libro, Bajo Tierra, el grupo de México, es el más cercano y al que mejor conozco. Es también la editorial que más explícitamente se identifica a sí misma como anticapitalista y autonomista de todas las que he encontrado en mi investigación. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cómo terminó un colectivo de jóvenes antiautoritario y anticapitalista en esta posición, fortaleciendo las mismas estructuras del capitalismo y el poder estatal que tan convincentemente denuncian y critican en sus escritos y esfuerzos por organizarse?

Reviso la lista de copyrights. El primero es del autor y el segundo de la prensa. El tercero lo posee quien sospecho que da origen al lenguaje y las licencias restrictivas: la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, la BUAP, donde Gutiérrez Aguilar completó su tesis doctoral, que luego se convertiría en este libro. Sé, gracias a conversaciones con Bajo Tierra, que esta relación está lejos de ser simétrica. Mientras que el trabajo de editar, diseñar y dejar el libro listo para su impresión estuvo completamente en manos de Bajo Tierra, la participación de la BUAP es exclusivamente financiera. Sin embargo, por ser el agente más poderoso (económica, política y burocráticamente) de esta transacción, no solo establecerán el copyright para el libro sino que al marcarlo con términos legales restrictivos y obligatorios se impone sobre el deseo político del pequeño colectivo de jóvenes, quienes —junto a la autora, a la que identifican como una compañera— son los verdaderos arquitectos del libro. Pero describir al colectivo como un actor pasivo en este intercambio sería demasiado simplista, algo que me confirman mis conversaciones con ellos. Argumentan que estuvieron de acuerdo con los términos del copyright porque la colaboración con la BUAP es beneficiosa en otros sentidos. Y en lugar de ver la inclusión de copyright en uno de sus libros como una contradicción política, lo reconocen como un detalle burocrático con escaso o ningún impacto legal o material efectivo sobre la circulación de esta obra. Insisten en que, después de todo, no son “istas”, es decir, no son dogmáticos en sus políticas: adaptan sus prácticas para que converjan con las necesidades y posibilidades.

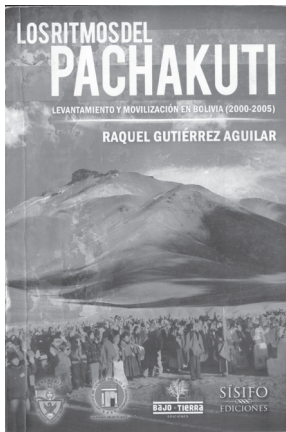
Mi impresión de las ediciones impresas de este libro se complejiza rápidamente con una simple búsqueda de su título en Google. Entre los primeros resultados está el sitio web de Tinta Limón, donde veo un fragmento del texto acompañando la descripción de *Pachakuti*: “Algunos derechos de esta obra están por sus autores y/o editores para su disfrute público y gratuito sin fines de lucro. Haz click aquí para ver los detalles de la licencia” (sitio web de Tinta Limón). Este link lleva a la descripción de una licencia Creative Commons de “Atribución No-Comercial Sin Obras Derivadas”. Así que este libro, mientras que tiene copyright en su edición impresa, ha sido “liberado” en su forma digital: un archivo PDF está disponible para su descarga gratuita. Desconozco por qué han decidido no utilizar la misma licencia en la edición impresa, pero esta “liberación parcial” del archivo digital tiene el efecto de complicar lo que sería un acercamiento “habitual” a la PI.

El sitio web de Bajo Tierra, en cambio, no ofrece ningún archivo para descargar, ni siquiera una vista de los contenidos de sus libros. No obstante, entre los resultados de mi búsqueda encuentro un PDF de la edición de Bajo Tierra de *Los ritmos del Pachakuti*. El link me lleva a un sitio web que conozco bien: Scribd, “la biblioteca digital más grande del mundo”, que pretende alojar solo textos “legítimos”, es decir, que no violen el copyright. Sin embargo yo —como cualquier usuario de Scribd— sé que la realidad es bastante diferente puesto que hay muy poco ejercicio de esta política por parte del sitio. El único modo en que los usuarios pueden descargar archivos gratuitamente es subiendo un archivo a cambio. Así es como se incrementa lo almacenado. Cualquier puede subir cualquier tipo de archivo; muchos libros escaneados, y PDF de libros con copyright que supongo que se han filtrado, han sido agregados al archivo de Scribd.

El link sobre el que clickeo luego de mi búsqueda en Google me lleva directamente a la página de Scribd donde un PDF completo, con las 288 páginas de la edición de Bajo Tierra, ha sido subido por un usuario de México DF que sé que *no* es miembro de esa editorial. Espero encontrarme con un escaneo del libro impreso pero la nitidez de la página con el título me dice otra cosa: este es un archivo PDF original. Y lo que veo a medida que muevo el cursor del mouse hacia abajo, hasta la segunda página, es muy diferente a las dos páginas del libro editado que tengo al lado de mi computadora. No hay ninguna mención de la BUAP y el número de ISBN está incompleto. Pero la diferencia más significativa es



Los ritmos del Pachakuti, de Raquel Gutiérrez Aguilar, en ediciones de Textos Rebeldes. Bajo Tierra y Tinta Limón.



la ausencia evidente del ícono del copyright. En su lugar, hay una licencia de Creative Common, “Atribución Sin Obras Derivadas 2.5 México”.

¿Cómo llegó este PDF a Scribd? Sospecho que este archivo es una prueba temprana del libro, armado antes de que los detalles técnicos y legales (incluyendo las licencias de copyright y el ISBN) fueran negociados y cerrados. Pero este archivo no está meramente incompleto. Las diferencias entre esta página y su equivalente impresa son más que simples detalles técnicos. Sugieren que el deseo de Bajo Tierra (así como, quizá, también el de la autora) puede haber sido publicar el libro sin copyright, utilizando una licencia PI menos restrictiva. Pero el involucramiento de la BUAP, una institución académica importante con reclamos propietarios tanto sobre el libro publicado como sobre la investigación contenida en él,

lo volvió imposible. Los archivos digitales de Tinta Limón y Bajo Tierra me resultan algo así como las hermanas libres, abiertas y móviles de las ediciones impresas. O, mejor aun, algo como los alter-egos digitales del libro impreso, como una persona alternativa, con su propio conjunto de definiciones éticas.

Lo que esta bibliografía⁵⁹ vehiculiza es un cierto sentido del modo en que el libro se vuelve ilimitado a medida que diversas editoriales comparten el texto y reimprimen sus propias ediciones a lo largo y ancho de Latinoamérica. Al describir al libro como ilimitado, mi intención no es sugerir que el libro se está volviendo necesariamente más “libre” o “público”, ni adscribir a algún tipo de *telos* de radicalización progresiva de sus trayectorias. En lugar de eso, quiero explorarlo como una manera de observar al poder siendo dispersado, tomando prestada la expresión de Zibechi. Este autor argumenta: “Durante los momentos insurreccionales la movilización disuelve las instituciones, tanto las estatales como las de los movimientos sociales. Las sociedades en movimiento, articuladas desde patrones cotidianos, abren fisuras en los mecanismos de la dominación, hacen pedazos la fábrica del control social y dispersan las instituciones” (2006: 39). Estos momentos de lo que llama “movimientos societales” producen un desordenamiento de *todo*, no solo de lo dominante sino también de lo alternativo. Y aquí, claramente, la “dispersión del poder” no puede ser romantizada y adscripta a cierto *telos* de radicalización progresiva. Cuando el poder es dispersado, lo que se pone en juego es una disminución del control o autoridad centralizada sobre una cosa, un lugar, una comunidad, una idea, un proceso. Sin embargo, Zibechi sostiene que, idealmente, la dispersión del poder es acompañada por un cierto grado de cooperación social, y no de fragmentación. Pero esa cooperación puede no ser legible claramente en términos de un determinado camino unificado y colectivo. En cambio, la cooperación social en juego en la dispersión del poder puede ser simplemente una expresión de lo que Gutiérrez Aguilar llama “un horizonte colectivo de deseo” (2009). Pero, ¿deseo de qué? La autora se cuida de no nombrar nada en particular y, al hacerlo, sugiere que lo que es importante es el esfuerzo colectivo de desordenar, que el nuevo orden nazca de la práctica y no del diseño. En

59. Utilizo “bibliografías” en el sentido de “una descripción y una historia sistemática de los libros, sus autorías, su impresión, su publicación, edición, etc.” (OED).

palabras de sus compañeros del Colectivo Situaciones, “la comunalidad emerge en (y desde) la diferencia” (2007: 88).

En el caso de los libros orgánicos, lo que emerge de esta dispersión del poder es una expresión de autonomía editorial. No hay centro, ni autoridad en la vida de este libro, a excepción del autor. E incluso el autor, a veces, se desplaza en la ecuación, volviéndose otro actor descentrado del proceso. Lo que estas historias sugieren es que las prácticas no solo interrumpen las convenciones de la edición y la propiedad intelectual comercial y académica, sino que también desorganizan las dinámicas de poder que las guían. Y las editoriales hacen precisamente esto: desorganizan la lógica de la propiedad intelectual no solo rechazando o subvirtiendo sus mecanismos (copyright, por ejemplo), sino también —y quizás es lo más interesante— utilizándolos de modo desordenado e inconsistente. Lo que revelan los mundos subterráneos de los libros orgánicos no es la existencia o consolidación de modelos o instituciones alternativas de PI, sino más bien “PI orgánica” que dispersa los modos de atribución y desorganiza los fundamentos del capitalismo: la propiedad y el individualismo. Esto produce, como se verá más detalladamente en la siguiente sección, prácticas distribuidas y descentralizadas de producción y consumo.

PRODUCCIÓN DISTRIBUIDA EN LA MARAÑA DE LAS REDES

Las historias que propiciaron mi atención sobre las prácticas de “PI orgánica” y me llevaron a nombrarlas de ese modo son historias de libros que no tienen límites. En el capítulo dos describí cómo los libros impresos se limitan físicamente gracias a hilos, broches o pegamento. Aquí exploro cómo también se vuelven ilimitados, y con qué efectos, al ser abiertos y reensamblados por otros actores que toman las piezas que se mueven a través de los territorios. En este movimiento no son constreñidos como ediciones únicas de propietarios o autores únicos. No son limitados a ser objetos que transmiten ideas y prácticas a través de sus contenidos o sus formas. No son limitados por los lugares donde emergen. Estos libros son ilimitados en su sentido y su movimiento. Lo muestran las varias ediciones descritas en las secciones previas. Lo que podría interpretarse como un detalle técnico o logístico en la producción de un libro —el copyright— se vuelve el espacio donde podemos comenzar a seguir las tensiones entre las coordinaciones y las colaboraciones que conectan

editoriales, así como la autonomía editorial que cada una ejerce. Estos son libros que, en parte por las prácticas de “PI orgánica” puestas en acto por sus editores, viajan mucho, moviéndose a través de las redes que ayudan a crear. Pero, ¿cómo viajan? ¿Cómo existen diferentes ediciones en diferentes lugares? ¿Cómo contribuyen diversos actores a expandir la circulación de los libros? ¿Y qué sucede, política y materialmente, cuando el libro es puesto en movimiento, viajando más allá de su sitio inicial de producción? Tal como han mostrado las secciones previas, los libros orgánicos son producidos por prácticas orientadas a abrir estos objetos, es decir, a hacerlos más accesibles gracias a precios más bajos y acercamientos a la PI (más) abiertos, para que las ideas contenidas en sus páginas puedan circular más ampliamente. En lo que sigue describiré algunas de las maneras en que los ideales impresos en las páginas abiertas de los libros (como las declaraciones que insisten en que se permite, alienta o incluso se considera necesaria la reproducción de los libros) son puestos en acto en la reedición de los libros. Al hacerlo, consideraré no solo las maneras en que se ejerce la autonomía editorial por parte de las editoriales que producen las nuevas ediciones, sino también las maneras en que sus prácticas contribuyen a la formación de redes como las que los libros y sus políticas apuntan a expandir.

En 2008, el colectivo de jóvenes de la ciudad de México, Jóvenes en Resistencia Alternativa (JRA), se enteró de que el teórico autonomista italiano Franco Bifo Berardi estaba planeando un viaje a México. Mientras que algunos de los miembros conocían su trabajo, otros no lo conocían. A través de discusiones en la asamblea general respecto a la naturaleza del trabajo de Bifo y a su relevancia en sus proyectos, se acordó que su visita era una oportunidad para continuar construyendo el tipo de redes que se habían ido desarrollando en los últimos años. El colectivo, formado seis o siete años antes como derivación de una organización estudiantil de la Universidad Autónoma de México (UAM), ha estado profundamente involucrado en una serie de proyectos orientados a construir relaciones con otras organizaciones y movimientos en México. Sus integrantes se identifican claramente como miembros de una generación de jóvenes politizados por la influencia del zapatismo y los movimientos alterglobalización relacionados con aquel. En 2008 estaban saliendo de una ola de experiencias de organización vinculadas a la Otra Campaña de los zapatistas, lanzada a mediados de 2005 para articular a todos los “desde abajo y a la izquierda” de México que se identificaban con la necesidad

de un “plan nacional de lucha anticapitalista”. Uno de los proyectos más ambiciosos del colectivo fue su “El Otro Seminario”, que incluyó una serie de talleres en diferentes partes del país en los cuales integrantes de diversas organizaciones se agrupaban en torno a un tema (que podía ser del orden de las habilidades, como la educación popular o la producción de medios alternativos, o más temático, como el funcionamiento del capitalismo o los movimientos antisistémicos). Con esta experiencia en sus espaldas sentían, tal como comentó un miembro, “la preocupación de continuar tratando de establecer los contactos o las redes o plataformas de trabajo” (entrevista, México DF, 2010). Esto significó encontrar maneras de ampliar el tipo de espacios de prácticas colectivas de conocimiento y encuentros que la Otra Campaña, y más tarde el Otro Seminario, habían provisto, en los que el colectivo había desarrollado vínculos profundos con otros involucrados en el activismo anticapitalista.

La visita de Bifo a México se presentó para el colectivo como una oportunidad de hacer precisamente eso: continuar construyendo y compartiendo sus redes en expansión. Y de repente, además de los planes de organizar eventos con Bifo en diferentes espacios políticos, surgió la posibilidad de publicar uno de sus libros, *Generación post-alfa: patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*, que había sido traducido y publicado por el Colectivo Situaciones y su editorial Tinta Limón en Buenos Aires. Una amiga del colectivo los puso en contacto con el grupo en Argentina, que ofreció compartir el PDF para su publicación en México. Enviaron el archivo, gratis, por mail, pidiendo solamente ser incluidos en los créditos de la edición mexicana. En una nota al pie a su prólogo, Raquel Gutiérrez Aguilar describe y valoriza la importancia de esta relación entre colectivos mexicanos y argentinos: “Hoy se edita en México a partir del esfuerzo hecho por jóvenes mexicanos quienes se acercaron a otros jóvenes argentinos, el Colectivo Situaciones, para entablar relaciones de cooperación y reciprocidad. Agradezco a *Jóvenes en Resistencia Alternativa* la invitación para escribir este prólogo, que me vincula con este esfuerzo común de difundir herramientas para el pensamiento crítico, haciéndolo todo, además, de manera autogestiona y autónoma” (2008c: xi). Lo importante aquí no es solamente la dinámica de interacción, colaboración e intercambio entre el Colectivo Situaciones y Jóvenes en Resistencia Alternativa (JRA) que describe Gutiérrez Aguilar, sino también la manera en que ella se entiende a sí misma como parte de esa conexión. Se ve a sí misma contribuyendo a

este “esfuerzo común”, que no es solo de producción sino, más importante aun, de diseminación, a través de la autonomía y la autogestión, de “herramientas para el pensamiento crítico”. Aun si Situaciones y JRA tienden, de forma similar, a priorizar la publicación de obras que procedan directamente de movimientos sociales, el libro de Bifo, más abstracto, es políticamente importante para ellos, justamente en tanto “herramienta”. En una entrevista, un miembro del proyecto Tinta Limón/ Colectivo Situaciones comentó esta distinción al explicar su decisión de publicar obras de Bifo, Paolo Virno, Félix Guattari y otros teóricos europeos: “si bien no surgían de luchas directas, ni próximas, podían estimular la imaginación alternativa y resistir lo que nos parecían los momentos más oscuros de la hegemonía” (entrevista, Buenos Aires, 2011). Y cuando un autor como Bifo viaja a Latinoamérica para dialogar con estos colectivos y movimientos, el trabajo adquiere otra dimensión. Para la edición original en español, el Colectivo Situaciones incluyó una entrevista que le hicieron a Bifo, en la cual conectaron sus ideas con su contexto político, la Argentina post 2001. Cuando Bifo llegó a México DF se juntó con pensadores militantes como Raquel Gutiérrez Aguilar y miembros de JRA para discutir los desafíos políticos y conceptuales que enfrentan allí los movimientos populares. Los nombres mismos de estas dos editoriales transmiten la idea de la complejidad de las herramientas que buscan producir y diseminar: Bajo Tierra refiere a todo aquello que está debajo de la superficie, subterráneo, y que no es inmediatamente visible; Tinta Limón es una referencia a la práctica clandestina de escribir con jugo de limón para mantener invisible el mensaje excepto para aquellos que saben que está ahí y saben acercar el papel al fuego para revelarlo. Ambos nombres sugieren que leer es más que meramente ver lo que aparece en la página: es un proceso de mirar más profundamente, de leer entre líneas, de leer a través y más allá del papel.

El proceso de publicar a Bifo en México, a través de intercambios y diálogos que abarcaron continentes, es lo que puso en movimiento a la editorial que tiempo después se llamaría Bajo Tierra Ediciones, agregando una nueva dimensión al trabajo del colectivo JRA. Significativamente, no fue el resultado de un algún tipo de plan imaginado durante mucho tiempo para hacer libros, tampoco fue la manifestación de un deseo de publicar sus propios escritos o los de sus compañeros. La editorial surgió a partir de una combinación de relaciones que hacen visible la actividad de redes que se extienden más allá de México, al tiempo que contribuyen

a la expansión y fortalecimiento de estas relaciones multidimensionales. La historia de Bajo Tierra, tal como me fue contada por los miembros del colectivo, es una de relaciones, colaboraciones, encuentros e intercambios que crean redes orgánicas. Tomando prestada la conceptualización de Annelise Riles, utilizo “red” para referirme a conexiones que exceden a los actores humanos para incluir las prácticas de conocimiento y los objetos que “generan internamente los efectos de su propia realidad al reflejarlos sobre sí mismos” (Riles, 2001: 3). Riles escribe: “Las redes... son sistemas que se crean a sí mismas” (2001, 173), no son estructuras o modelos fijos sino que, desde su perspectiva, la red es, simultáneamente, el objeto y el sujeto de análisis de interrogación, es “a la vez un medio para un fin y un fin en sí mismo” (2001: 51); razón por la cual sostiene que aquella puede ser “dada vuelta”, como en el título de su libro. La red no es instrumental, es generativa y autogenerativa, esta visión hace eco en los modos en que los miembros de Bajo Tierra describen sus relaciones con otras editoriales, escritores, movimientos, organizaciones. Mientras que ciertos agrupamientos con los que trabajan se denominan a sí mismos “redes”, todo su trabajo, ya sea dentro como fuera del colectivo, está guiado por un principio de red y transversalidad. Como he mencionado en otros capítulos, ni verticales ni horizontales, las redes transversales atraviesan capas y dimensiones, intersectan y toman vuelo, fugan. El Colectivo Situaciones describe el trabajo de articulación en términos de “de-centramiento de las redes”, “abriéndose uno mismo hacia zonas de la red que no han *sido explicitadas*” (énfasis en el original, 2007: 92). La clave aquí es la idea de que las redes no están ya-hechas, sino que se expanden continuamente, no necesariamente en tamaño sino en alcance. Las tensiones que emergen cuando la comunalidad parece haber alcanzado sus límites resultan ser los momentos que permiten que nuevos nodos se formen. Los científicos sociales que debaten estos problemas los han abordado tratando de dar cuenta de ese dinamismo; Knox, Savage y Harvey afirman que “el poder y la importancia de la red están ligados a su mutabilidad y cambios de forma” (2006: 131).

Una miembro de Bajo Tierra/JRA remarcó: “creo que nuestra capacidad de redes nos ayuda” (entrevista, México DF, 2010). Lo que ella llama “su capacidad de redes”, o su talento, es su práctica política fundamental (reunirse, encontrarse, compartir, conectar, intercambiar transversalmente), ya sea con los libros que editan, los talleres que ofrecen, los conciertos a beneficio que organizan, los pronunciamientos que publican,

las acciones callejeras que dirigen, o simplemente sus propias asambleas internas. El catálogo de libro de Bajo Tierra puede ser leído como un mapa de las redes en las que están involucrados. Pero no es solo una representación de esas redes: *el libro es la red*. Tal como el libro de Bifo articula a una generación de autonomistas italianos, intelectuales militantes argentinos y jóvenes mexicanos anticapitalistas, otros títulos de su colección obran en igual sentido: crean y describen, simultáneamente, las relaciones de sus redes informales. Solo dos de los ocho títulos son publicaciones originales; el resto son títulos que han reimpresso, o mejor dicho, reeditado. Mientras que “reimpreso” sería el término más comúnmente utilizado para describir a una editorial publicando un libro que previamente ha sido publicado en otro sitio, lo que sucede aquí es más que una simple “reimpresión”. De hecho, hay en juego un proceso editorial original, que no solo provoca cambios formales sino modificaciones en el contenido de los libros.

En una charla en la Universidad de Buenos Aires, Matías Reck, editor de la editorial Milena Caserola, señaló durante una clase de la carrera de Edición: “El editor tiene un rol fundamental en la construcción del libro: mientras el texto sigue siendo el mismo en cada edición distinta, el objeto va cambiando” (Buenos Aires, 2011). Reck se refiere a algo mucho más amplio de lo que usualmente se reconocería como trabajo del editor: aquí, el editor es la persona o grupo de personas que conforman el libro como un objeto social compuesto, definido no únicamente por el texto principal sino también por las decisiones tomadas sobre los paratextos agregados (contratapa, prólogo, notas, etc.), el diseño, los materiales (papel, tinta, encuadernación, etc.), las licencias de Propiedad Intelectual, el tamaño de la tirada, por nombrar unos pocos. Es de este modo que, como afirma Reck, “el objeto cambia”: no es solo una reimpresión, cada vez que es reeditado se produce un objeto diferente, trayendo consigo la influencia y huellas de su(s) editor(es) pasado(s) y presente(s). Se vuelve una red. De seguro, aun si cada edición es única, no estamos hablando de objetos discretos: cada edición está conectada a las ediciones pasadas de maneras que pueden ser evidentes o no. Mientras que lo que está sucediendo es una reedición, los actores involucrados en ese trabajo no suelen verse a sí mismos como “editores”, en el sentido de que encuentran poca afinidad con los editores de carrera de las editoriales comerciales, o incluso con los estudiantes de la clase a la que Reck le habló. Un miembro de otra editorial alternativa de Buenos Aires subrayó: “hacemos libros,

pero no somos una editorial... Que tengas ediciones no quiere decir que edites, que seas editorial... Yo no me considero editor” (entrevista, Buenos Aires, 2011). Esto se hilvana con el tema de la disolución de los roles en la producción de libros orgánicos. Las claras divisiones del trabajo en la edición comercial, sobre las que está construida la categoría, y el prestigio del “editor”, no se sostienen aquí. Más aun, algunos, como el “editor” citado arriba, rechazan firmemente esa etiqueta.

La primera publicación de Bajo Tierra, *Generación post-alfa*, demuestra claramente el doble carácter de la reedición: es, a la vez, derivada y original. Originalmente escrito en italiano, la edición en español del libro de Bifo fue producida en Argentina por ocho traductores, un editor y miembros del Colectivo Situaciones y su editorial, Tinta Limón. La edición argentina no tiene copyright, sino que exhibe una licencia Creative Commons de “Atribución No Comercial, Sin Obras Derivadas”. La edición mexicana, sin embargo, ostenta dos copyrights: uno para la edición de Tinta Limón de 2007, y el segundo para Bajo Tierra Ediciones en coedición con Sísifo Ediciones⁶⁰ 2008. Debajo de estas indicaciones hay un texto breve que dice: “El espíritu de trabajo de bajo tierra ediciones es la publicación con licencia copyleft en acuerdo a las partes involucradas. Sin embargo, para la publicación de este libro, Tinta Limón Ediciones cedió los derechos a bajo tierra ediciones en coedición con Sísifo Ediciones para su primera edición en México” (Berardi, 2008). Como en los casos discutidos previamente, aquí, a pesar de la inclusión en la edición argentina de una licencia de PI alternativa diseñada para hacer posible, precisamente, este tipo de reproducciones, la edición mexicana vehiculiza un posicionamiento político completamente distinto en su página de copyright. Bajo Tierra está comprometida con el copyleft, pero para publicar este título en particular tuvo que obtener derechos de Tinta Limón y mantener la licencia de copyright que, de hecho, no aparece en la primera edición. Incluso si esta incoherencia no es excepcional, tal como demuestran los libros analizados en la primera parte de este capítulo, vale notar el distintivo carácter político que la

60. Hasta 2012, Sísifo Ediciones fue la coeditora de todas las publicaciones de Bajo Tierra, incluso si su rol en la edición concreta del libro fue mínimo. Sísifo es una editorial gestionada por el dueño de la imprenta en la que se imprimieron los primeros siete títulos de Bajo Tierra. El hijo del dueño es miembro de JRA; esta relación facilitó mucho el proceso técnico y económico de publicación de sus primeros libros.

edición de Bajo Tierra adquiere con solo esta página: dos copyrights hacen visible una relación entre dos editoriales, y la declaración que los acompaña distancia a Bajo Tierra de Tinta Limón al insistir en que ellos están comprometidos con el copyleft, a pesar de que esta es su primera publicación y no tienen experiencia previa de atribución de licencias.

Con el viaje de Argentina a México, otros aspectos materiales y políticos del libro de Bifo se transformaron con la reedición. Mientras que el diseño de interiores fue preservado casi totalmente, un diseñador de JRA creó una tapa nueva. La edición de Tinta Limón, como otras en su colección “Nociones comunes”, tiene una tapa con una reproducción monocromática de un viejo dibujo (aparentemente, algo tan viejo que no requiere créditos, puesto que no aparece ninguno). El diseño de esta tapa, y las de los otros libros de la colección compuesta de obras de filosofía política a cargo, mayoritariamente, de autores europeos, sugiere una suerte de cualidad de “clásico”. Mientras que las tintas de colores plenos —verde manzana, magenta, violeta, naranja brillante y amarillo— les dan a las tapas un toque “moderno”, el efecto general en mis ojos es el de seriedad, incluso pesadez, como si alertara al lector potencial de la densidad de su prosa. Esta colección tiene una estética muy diferente si se la compara con los libros que pertenecen a las colecciones más populares “Mano en mano” o “Pensar en movimiento”. Esos libros, que incluyen títulos como *Mal de altura: viaje a la Bolivia insurgente* y *¿Quién habla? Lucha contra la esclavitud del alma en los call centers*, tienen portadas vibrantes, que presentan fotografías y una estética de arte callejero. Por el contrario, la portada de la edición de Bajo Tierra del libro de Bifo se compone de un zoom extremo sobre la mitad superior de un rostro joven, indistinguible en términos de género. A primera vista no estaba segura de lo que estaba viendo. Mi ojos se encuentran con texturas, líneas, un fuerte contraste entre las dos mitades de la portada. Una inspección más cuidadosa revela dos ojos negros cubiertos casi completamente por una espesa franja de pelo negro lacio y la curva de una nariz prominente en una foto con los bordes ligeramente pixelados. El título está estampado en blanco sobre el cabello negro, con las mayúsculas hechas de una tipografía industrial rústica. Aunque muy poco de ese rostro sea visible, algo de ella, combinada con la tipografía y el título, grita: “¡JUVENTUD!”.

Mientras que la edición de Tinta Limón puede parecer —al menos en la superficie— menos atractiva para un lector no académico, sobre todo si se lo superpone con algún título de sus otras colecciones, en la

edición mexicana Bajo Tierra crea una traducción cultural y estética del objeto para su propio contexto y audiencia: el territorio de la juventud urbana politizada de una de las grandes megalópolis del mundo. En la nota mencionada anteriormente, Raquel Gutiérrez Aguilar nombra tanto a Situaciones como a JRA como “jóvenes”, y aunque ambos emergieron de la organización estudiantil y mantienen una perspectiva política “joven”, en el sentido de pertenecer a una nueva generación de activismo, tienen contextos, trayectorias y públicos muy diferentes. El Colectivo Situaciones, en tanto “colectivo de investigación militante”, ha ganado popularidad no solamente en Argentina, sino también en otras partes de América Latina, Europa y Estados Unidos gracias a sus textos originales, bastante densos teóricamente. Su trabajo, hasta hace poco, estuvo centrado en torno a la investigación colectiva y diversos proyectos de escritura. JRA, en cambio, construyó sus redes iniciales en México a través de la organización de conciertos masivos a beneficio, presentando artistas hip hop, reggae y rock, organizados anualmente para recaudar fondos para las comunidades zapatistas, y más tarde para un centro social autónomo en México DF. En consecuencia, su público principal es una extensión de su trabajo en la universidad: estudiantes universitarios y de escuelas secundarias y los fanáticos de los músicos políticamente activos con los que trabajan, como Bocaflora, Panteón Rococo, la Maldita Vecindad, entre otros. De este modo, aun si su audiencia principal son estudiantes, ellos no son necesariamente “académicos” o “intelectuales”. Y la proximidad que mantienen con su público es evidente en la estética de sus libros y otros objetos que producen.

El tipo de traducción estética que identifiqué en los diversos diseños de tapa es significativo en la medida en que vuelve visible los efectos de la publicación de un libro en diferentes tiempos y lugares. Pero también es importante por las formas en que nos recuerda que un libro está compuesto de mucho más que el contenido textual de sus páginas. Mientras que la tapa, indudablemente, contribuye a la experiencia que los lectores hacen del libro, no debería interpretarse como dando cuenta del contenido del libro. En cambio, la transformación de la tapa del libro es, quizá, la manera más obvia de ver la materialidad del libro orgánico en flujo, abierto y vuelto a circunscribir. Junto a otros, menos obvios, efectos materiales del libro impreso (el papel, la encuadernación, la tipografía, la presentación), la tapa comunica los modos en que los experimentos con la publicación desestabilizan y movilizan lo que Nicholas Thoburn llama la “materialidad plena” (2016: 1) del libro. Tal como él afirma, “la materialidad no es una propiedad

fija de los libros sino un producto mutable de sus materiales y relaciones físicas, de sentido, temporales y afectivas, incluyendo las relaciones se les ofrecen en los actos de lectura y otras formas de consumo productivo” (Thoburn, 2016: 110). En un contexto diferente, Marcy Schwartz ha afirmado que la circulación y consumo de libros usados resaltan los modos en que los libros son rehechos a medida que circulan, ganando nuevos sentidos con cada “cambio de manos” (Schwartz, 2014: 418). El movimiento de libros orgánicos entre editores y editoriales representa un espacio particular de lectura, en el cual no solo el texto sino la materialidad plena del objeto libro adquiere nuevo sentido. Con mi discusión de la traducción material y estética intento mostrar cómo las prácticas a través de las cuales el libro orgánico pierde sus límites y es rehecho son un tipo de “consumo productivo”, no sin relación con la idea de “producción distribuida” a la que hice referencia en la apertura de este capítulo.

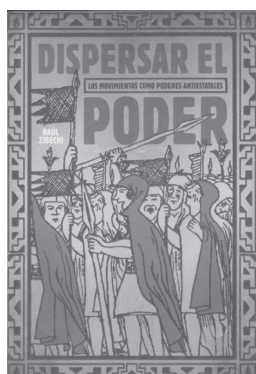
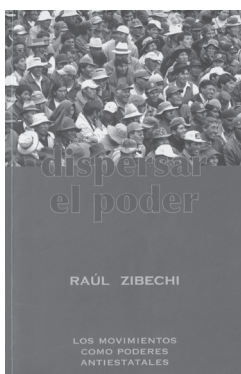
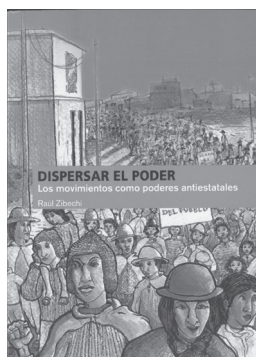
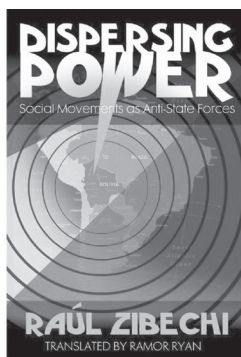
Mientras los elementos formales —como la página del copyright y el diseño de tapa— son evidencia material de una traducción⁶¹ política y cultural del libro a su nuevo contexto, otros aspectos de la edición mexicana del libro de Bifo muestran más directamente esta traducción. Todas las publicaciones de Bajo Tierra incluyen un breve texto firmado colectivamente que introduce el libro y su importancia para los editores. Puesto que la mayoría de sus publicaciones son reediciones de libros publicados en otro lugar, esta es una manera importante de situar las ideas al interior del trabajo del colectivo, a las que identifican comprometido con “la autonomía, autogestión y horizontalidad”. En el libro de Bifo, la “Nota de bajo tierra ediciones” subraya los “tres impulsos [que] nos empujan a reproducir en México *Generación post-alfa*”: 1. el esfuerzo por “difundir, socializar, debatir, exponer, reproducir ideas, provocaciones, insinuaciones, hipótesis y textos que aporten al pensamiento autónomo”; 2. su interés en explorar y entender las complejas transformaciones del capitalismo desde los años setenta; 3. el compromiso con discutir las subjetividades y aspectos de la vida típicamente relegados al terreno de “lo personal” por “izquierdas y antagonismos acostumbrados solo a privilegiar frías racionalidades materiales e instrumentales” (Berardi, 2008). Con estas

61. La idea de traducción política, material y cultural que desarrollo comparte mucho con el concepto de translocalidad teorizado por Álvarez *et al.* en su volumen de 2014 sobre “Políticas feministas de la traducción”.

posiciones sobre su vínculo con las ideas de Bifo, el colectivo Bajo Tierra/JRA se ubica a sí mismo política e históricamente. Toman distancia de la izquierda “tradicional”, al tiempo que se sitúan como generación crecida en la era del neoliberalismo, influenciada por los movimientos feministas e indígenas, y comprometida con la praxis anticapitalista y autónoma. De esta manera, señalan indirectamente que son miembros de la generación politizada a partir del levantamiento zapatista. Aun si pensadores como Bifo, y hasta cierto punto el Colectivo Situaciones, comparten indudablemente esta inspiración, emergen de contextos muy diferentes al de JRA: con su “nota” introductoria y su transformación del libro, los editores mexicanos exponen su posición específica.

El ejercicio de la autonomía editorial con la inclusión de diversos paratextos no es, por supuesto, exclusiva de Bajo Tierra. Por lo demás, los modos en que aquellos aparecen y desaparecen tienen efectos significativos en el conjunto de cada una de las ediciones. Algunos textos son trasladados de una edición a otra, mientras otros son exclusivos de una de las ediciones y desaparecen de las otras. Estos textos, que convierten a cada edición del libro en local y translocal simultáneamente, conectan conversaciones y prácticas políticas presentes en sitios dispersos. Un libro que ha viajado mucho, con casi una docena de ediciones en circulación, es *Dispersar el poder*, de Zibechi. El prólogo a la primera edición (que ha sido incluido en la mayoría de las reimpressiones) sugiere, con su título, esta dinámica de pluralidad: “Los múltiples significados del libro de Zibechi”. A medida que el libro se mueve, se rehace, se repiensa, se reimprime, se relee, se vuelve múltiple, al tiempo que produce espacios de encuentro en los que se amplían, o al menos se visibilizan, relaciones. La edición mexicana, publicada por la editorial Casa del Mago, de Guadalajara, presenta un texto corto en la contratapa que está dirigido al público local, sugiriendo la utilidad del texto para comprender y fortalecer la rebelión popular, en curso por entonces en Oaxaca. En 2007, la Editorial Quimantú de Santiago de Chile lanzó la primera edición chilena, seguida de una segunda tirada en 2011, para la que Zibechi escribió una nueva introducción, en la que reflexiona sobre la complejidad de las relaciones antiestatales en Bolivia desde la elección de Evo Morales. En el medio, muchas editoriales de otras partes de América Latina reimprimieron el libro, y algunas traducciones comenzaron a aparecer en Europa y Estados Unidos. Sorprendentemente, las palabras introductorias incluidas en las traducciones publicadas en el norte se dirigen a ese lector más privilegiado

Dispersar el poder,
de Raúl Zibechi,
en ediciones de AK Press,
Quimantú, Textos Rebeldes
y Tinta Limón,



diciéndole: “Este libro es sobre ti” (Holloway, 2010b). Se crea una relación entre las editoriales y los lectores a través de estos textos que sitúan al libro y sus ideas en sus realidades locales.

La traducción política ocurre también a partir de invitaciones que las editoriales extienden a amigos y compañeros del colectivo para que escriban prólogos o epílogos para los libros, como es el caso de la contribución de Raquel Gutiérrez Aguilar al libro de Bifo publicado por Bajo Tierra/JRA. De esta manera, la traducción política de los libros se vuelve un proceso que va más allá de JRA e involucra sus redes más amplias. Estos son, más tarde, los invitados a participar en las presentaciones de los libros, a dialogar con los autores, JRA y sus públicos y comunidades. Este proceso de traducción material y política se repite en todas las publicaciones de Bajo Tierra, con lo que los libros adquieren una identidad y un tenor único en su reedición y recomposición para los contextos y las realidades locales de los productores y los consumidores imaginados de estos objetos.

TERRITORIOS DE RESISTENCIA (EDITORIAL)

En la primavera de 2010 viajé a Lima a una reunión de intelectuales y movimientos sociales organizada por un grupo cuyo proyecto editorial yo venía siguiendo desde hacía un tiempo. En una conversación con uno de los organizadores, también editor de su colección de libros, comenzamos a hablar sobre la circulación del trabajo de Zibechi. Mencioné la edición mexicana de un título que ellos también habían editado y le comenté brevemente sobre mis vínculos con Bajo Tierra. La editorial peruana, Programa Democracia y Transformación Global (PDTG), había publicado la primera edición de *Autonomías y emancipaciones* en septiembre de 2007. En las palabras iniciales, describían su relación con Zibechi: “una colaboración muy fluida y agradable que ha resultado en un libro importante y original”. Este libro “original” rápidamente comenzó a viajar, pero en este caso no eran las editoriales las que hacían circular los archivos sino el propio autor. Zibechi compartió el PDF de la edición peruana con compañeros de editoriales de otros lugares, incluida Bajo Tierra en México DF. Los editores peruanos no tuvieron conocimiento de que el libro había sido reeditado sino hasta mucho más tarde. El copyright de la edición peruana es propiedad del autor, la editorial y la universidad cuya editorial colaboró. El autor tuvo, claramente, el derecho de hacerlo que deseaba con su trabajo, pero la reacción del editor peruano fue de sorpresa por no haber sido informado de la trayectoria de la que consideraba su publicación. Antes de que el archivo arribase a la casilla de mail del colectivo en la ciudad de México, primero pasó a través de otras manos (virtuales). Zibechi quiso que el libro se publicara en México, así que activó sus redes para encontrar el modo de hacerlo. Se contactó con una vieja amiga de Montevideo, que ahora vive y trabaja en México DF, para ver si ella podía explorar la posibilidad de publicarlo con la editorial de un intelectual reconocido cercano a los zapatistas. Cuando esta posibilidad declinó, ella comenzó a pensar en otras posibilidades. Había trabajado muy estrechamente con JRA, aunque no como miembro formal del colectivo sino como “colaboradora” (la categoría general asignada a aquellos que participan en eventos públicos y talleres con JRA pero que no son miembros de la asamblea). Sin estar al tanto del nuevo proyecto editorial, Bajo Tierra, le preguntó a uno de sus amigos de JRA si se le ocurría qué editoriales podrían interesarse en el libro de Zibechi, a lo que su amigo contestó: “¡Bueno, sí, nosotros! ¡Tenemos

una editorial ahora!”. El libro de Bifo no había sido publicado todavía, y la editorial aún no tenía nombre, pero Zibechi les mandó el archivo inmediatamente y se pusieron a trabajar en eso, tomándose el trabajo de reeditararlo: lo leyeron y discutieron colectivamente, lo corrigieron meticulosamente, reconceptualizaron el diseño, etc. El resultado fue un libro que se ve muy diferente, por dentro y por fuera, del de la edición peruana. Aquí también, como el libro de Bifo, la tapa diseñada por Bajo Tierra tuvo una estética claramente urbana y joven: el fondo es la imagen de una pared con el revoque desgastado, la forma de América Latina puede verse donde la pintura saltó, revelando sus fundamentos de arcilla. Una estrella roja en un costado, un foco de luz colgando por encima, y apoyados contra la pared, sobre un suelo con pasto, un conjunto de objetos que sugieren las diversas herramientas de los movimientos discutidos en el libro: un machete, un casco de minero, un bastón con plumas en uno de sus extremos, dos mazorcas de maíz, un martillo, una honda, un piñón de bicicleta, una lata de pintura en aerosol. Y, al igual que la tapa del libro de Bifo, el título y el autor escritos en una tipografía como de estencil y sólida.

Este libro ha corrido desenfrenadamente a través del continente gracias a las veces que ha sido compartido por el autor y las muchas editoriales con las que este colabora. Pero a diferencia de otros libros que han tenido vidas igualmente ricas y plurales por sus reediciones incesantes, este en particular se ha vuelto realmente ilimitado, quizá más que cualquier otro libro de los que encontré. Con cada edición, además de los cambios en los elementos básicos como la tapa o el diseño de interior, el contenido mismo del libro se ha modificado significativamente. No solo se han agregado nuevas introducciones o prólogos, sino que en muchos casos se han incluido u omitido capítulos o secciones enteras. El libro, en su rango de versiones, ha aparecido con muchos títulos: *Autonomías y emancipaciones: América Latina en Movimiento*; *Territorios en resistencia: Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*; y *América Latina: Periferias urbanas, territorios en resistencia*. De hecho, al comenzar a coleccionar las diferentes ediciones, tuve que hacer algunas pesquisas para confirmar que todas ellas eran, efectivamente, “el mismo libro”, a pesar de que, por supuesto, no son el mismo libro.

Cada edición es producida en conversación con el autor, aunque en última instancia son las editoriales las que componen cada nueva versión. La licencia de copyright también cambia con cada edición, reflejando

los diferentes acercamientos de cada una de las editoriales a la propiedad intelectual. Mientras que la primerísima edición, la de Perú, tiene copyright, pocas (si acaso alguna) de las ediciones siguientes que he podido identificar lo tienen. Algunas sencillamente no tienen ningún tipo de licencia, otras muestran licencias Creative Commons más formales o declaraciones informales alentando su reproducción. En la última página de la edición colombiana, debajo de la fecha de impresión y de la lista de tipografías utilizadas, aparece el siguiente texto: “El conocimiento es un bien de la humanidad. Todos los seres humanos deben acceder al saber. Cultivarlo es responsabilidad de todos” (Zibeche, 2008b). Los editores de estas diversas ediciones están haciendo justamente eso: no solo reproduciendo la obra para incrementar su circulación sino creando nuevos sentidos con las decisiones editoriales que ponen en juego con relativa autonomía. Por estas razones, este libro en particular ejemplifica el carácter ilimitado del libro orgánico: en cada nueva edición, compuesta para un contexto local, sus páginas son literalmente desmontadas; las posibilidades para su rehechura no tienen límites. Mientras que, con frecuencia, el modo en que los libros circulan los presenta como objetos discretos y singulares cuya difusión los ofrece sin modificaciones a los diferentes contextos, las redes a través de las que viajan los libros orgánicos operan como un mecanismo de producción distribuida: son producidos de nuevo en estas redes, y por ende se vuelven múltiples.

A través de un cierto tipo de análisis semiótico material del libro orgánico, he examinado cómo “los mismos” libros se vuelven múltiples al convertirse en ensamblajes de diferentes elementos y contextos. Las prácticas de “PI orgánica” marcan no solamente una práctica de propiedad intelectual alternativa, sino también, en tanto producto de las singulares condiciones y relaciones de las que emerge, el desordenamiento, o desorganización, de la institución de la propiedad intelectual. En algunos casos esto transforma la noción convencional de propiedad intelectual al involucrar en la producción, reproducción y diseminación del libro a quien podría ser considerado “el lector”. Repetir, compartir y modificar/adaptar son líneas clave que conectan a las diferentes prácticas de PI orgánica, así también la falta de preocupación por la centralización del control sobre los intercambios de estos libros. En este sentido, las editoriales ejercen una “libertad productiva” en la *producción distribuida* de libros orgánicos. El libro ilimitado es, en tanto forma material y ética política, una expresión de la red descentralizada.

Con mi discusión sobre la traducción material y estética, he mostrado cómo las prácticas a través de las cuales el libro orgánico pierde sus límites y es rehecho son una suerte de “consumo productivo”. En lugar de meramente reimprimir versiones de un mismo libro, cada vez que se lo reedita se produce un nuevo objeto que arrastra huellas significativas de sus editores pasados y presentes. Pero más importante todavía, al ser recompuesto, se hacen visibles “las conexiones parciales” (Strathern, 2004) del objeto. En lugar de una supuesta relación clara y definida entre los diferentes actores involucrados en su producción (editoriales, escritores, etc.), hay conexiones y divergencias en juego, coordinación y desorden. En este sentido, estoy interesada en pensar cómo estas relaciones son convertidas en objetos: ¿qué sucede cuando la cosa se vuelve una relación? En el capítulo final, el agenciamiento en red del libro orgánico es revelado en las prácticas de distribución y mercado que conectan a los escritores y editoriales con los lectores.

CAPÍTULO CUATRO

El libro-red

Otros somos, otras, lo otro.
Si el mundo no tiene lugar para nosotr@s,
entonces otro mundo hay que hacer.
Sin más herramienta que la rabia,
sin más material que nuestra dignidad.
Falta más encontrarnos, conocernos falta.
Falta lo que falta...

EZLN, 2008

El mercado del libro orgánico no es la librería sino casi cualquier otro lugar. Ciertamente, aparecen a veces en librerías, pero lo hacen con mucha mayor frecuencia a través de redes alternativas de distribución que ocupan espacio en una calle, una plaza, un campus universitario, un festival, un encuentro, una casa ocupada, un café, etc. Los libros orgánicos también producen sus propios mercados: mercados itinerantes de libros que aparecen y desaparecen con diversos niveles de regularidad. En el siglo XXI, las ferias de libros, como casi todo, se han convertido en monstruosos eventos corporativos. Las ferias del libro internacionales que hacen anualmente en Guadalajara o Buenos Aires reciben cerca de un millón de visitantes,⁶² cobran entrada, tienen lugar en inmensos centros de convenciones y son patrocinadas por las más grandes corporaciones editoriales transnacionales. Y así como más y más editoriales alternativas han emergido en respuesta a la expansión y concentración corporativa de la edición (Bell, 2017), en la segunda década del siglo XXI las ferias del libro alternativas han comenzado a aparecer con mayor frecuencia a lo

62. Ambas compiten por el título de la “más grande” feria del libro de América Latina. Según sus propios registros, presentes en sus sitios web, la Feria Internacional de Libro de Guadalajara de 2016 recibió a 800.821 visitantes e incluyó a más de 2.000 editoriales, mientras que la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires de 2017 recibió a 1.200.000 visitantes e incluyó a más de 4.000 editoriales.

largo y ancho de América Latina. Mi investigación coincidió con muchas “primeras” ferias alternativas del libro en Bolivia y México, incluyendo la que discutí en el capítulo anterior: la feria del libro “independiente” (FLIO) alojada en la Feria del Libro de Oaxaca oficial (FILO). Esto no quiere decir que las ferias alternativas del libro no hayan sucedido antes en otros lugares; sin dudas que hay una larga historia de cultura del libro alternativa en ambos países. Pero es sorprendente que 2010/2011 vio un nuevo surgimiento de ferias del libro alternativas en la región, particularmente por lo que esto indicaría respecto a la economía de la edición y la distribución de libro en el contexto de un amplio enfrentamiento al neoliberalismo y capitalismo. El mercado del libro, como mostrará este capítulo, se vuelve un sitio de encuentro en el marco de la lucha más amplia para recuperar la dignidad y la esperanza a través de prácticas de autonomía en el continente en movimiento.

HACIENDO LIBROS/HACIENDO ESPACIO

Este capítulo es sobre los intercambios y encuentros generados por los libros orgánicos, a medida que se mueven desde las redes de productores a las redes de consumidores. Estos roles (y otros relacionados a los libros orgánicos), con frecuencia, se confunden y mezclan en tanto la producción de libros orgánicos tiene lugar, tal como exploré en el capítulo previo, mediante ordenamientos fluidos y complejos de actores. Este capítulo hace foco en lo que podría considerarse la etapa final en el movimiento de un libro: el momento en que llega a las manos de sus lectores. Sin embargo, así como los capítulos anteriores han mostrado que los libros orgánicos son hechos por prácticas colectivas de conocimiento, “mundos de trabajo” (Johns) que no están limitados a los autores e imprenteros, y redes de producción distribuida, este capítulo sostiene que los libros también son hechos (y rehechos) por los encuentros e intercambios que su circulación genera. Los vendedores (con frecuencia, aunque no siempre, los propios escritores y editores) y los lectores también hacen el libro orgánico en las prácticas de encuentro en las que se involucran. Por lo tanto, en lugar de mantener la dicotomía productor/consumidor que guía a los mercados comerciales, hago zoom sobre los mercados de libros orgánicos para pensar sobre el espectro de hacedores que inciden en la vida de los libros orgánicos. El foco de este capítulo está en el momento en que el libro es puesto a disposición de lectores potenciales; mi análisis se limita aquí a las prácticas

de distribución que buscan incrementar el movimiento de, y el acceso a, los libros orgánicos. En este sentido, mi discusión no se extiende hasta el examen de la recepción de los libros orgánicos por parte de los lectores.⁶³

En mi seguimiento del libro orgánico por los espacios por los que viaja como objeto impreso y definido, exploro su venta y distribución como práctica de creación-de-espacios. Cuando estos objetos durables se mueven, literalmente producen espacios: ferias del libro, stands, librerías son todos sitios físicos donde se conectan las personas, las ideas, los objetos y los lugares. Y, de modo significativo, los espacios producidos por la venta y distribución de libros orgánicos están, a la vez (y temporalmente), definidos y (e infinitamente) conectados. Los productores de libros orgánicos conciben sus objetos como algo articulado a otros proyectos (otros movimientos, otros escritores y pensadores, otras editoriales, otras ediciones impresas, otros medios) que tienen el potencial de moverse a través de territorios y crear otros espacios. Tal como se ha discutido en los capítulos previos, el libro orgánico nunca está solo, nunca está aislado. El mercado del libro orgánico, en tanto sitio donde los productores de libros se reúnen del modo más visible, es una instancia de lo que Michal Osterweil ha denominado “globalismo situado” o basado en el lugar. Osterweil escribe:

Los globalistas situados [...] trabajan para reinventar completamente lo que cuenta como político y lo que tiene alcance global. Buscan constituir un movimiento global a través de la creación de densas redes de luchas específicas y alternativas actualizadas que en su proliferación y su redefinición de los sitios políticamente potentes, fragmentan y multiplican, y de ese modo reconstituyen, el tiempo y el espacio de la Modernidad Capitalista Occidental. De ese modo, trabajan en el presente para hacer imposible su dominación. (Osterweil, 2005: 26)

Al señalar las prácticas experimentales y cambiantes de una política situada, Osterweil pone en evidencia la importancia de su forma reticular: aquella opera a través de una combinación de conectividad y dispersión (simultáneamente espacial y conceptual). El libro orgánico es un objeto en movimiento: no se produce por medio de prácticas fijas, tampoco su circulación se da por trayectorias lineales. El examen de su distribución

63. Para un estudio sobre las prácticas de lectura en América Latina, véase Schwartz (2018).

y venta requiere una concepción alternativa del espacio para dar cuenta del carácter rizomático de sus redes. La teorización de Henri Lefebvre del espacio como un proceso de producción continua (1991) ofrece un punto de partida para comprender a aquel como relacional, ni delimitado ni fijo. J. K. Gibson-Graham amplían este acercamiento no-euclidiano con su noción de “espacialidad feminista”, la cual “adopta no solo un política de la ubicuidad (su manifestación global) sino una política del lugar (su localización en lugares creados, fortalecidos, defendidos o transformados). Este poderoso imaginario nos da la confianza, quizás injustificada, de que una política económica situada tiene el potencial de ser globalmente transformadora” (1996: xxxviii). Los libros orgánicos, en tanto prácticas económico-políticas de un tipo de “globalismo situado”, producen redes: redes no fijas ni estáticas, sino siempre-en-devenir, creadas continuamente a través del encuentro. Los libros orgánicos son libros-red. Transportan ideas y prácticas que producen relaciones a medida que entran y salen de los lugares. En este sentido, los libros orgánicos son “multi-escala y orientados-a-la-red” (Escobar, 2001). En contraste con el carácter cada vez más fragmentado y globalizado del negocio editorial (con las editoriales latinoamericanas trabajando con imprentas en China y distribuidoras en España, por ejemplo), el libro orgánico es producto de una práctica, antes que global, “trans/local” (Casas-Cortés, 2009).

Los circuitos de distribución de libros orgánicos están organizados de modo diferente a los mercados capitalistas de la edición comercial. La diseminación amplia de ideas y la formación de prácticas colectivas (de pensamiento, trabajo, creación, etc.) son privilegiadas por sobre cualquier otra medida de éxito comercial, reflejando “una política de acción colectiva... nuestros esfuerzos concientes y combinados para construir un nuevo tipo de realidad económica” (Gibson-Graham, 1996: xvii). En mi exploración de los mercados de libros orgánicos trabajo con esta recuperación de “la economía” de un vocabulario estrictamente capitalocéntrico. El proyecto de Gibson-Graham de “repensar la economía” se asienta en tres dimensiones políticas —lenguaje, subjetividad y acción colectiva—, que las autoras sostienen como necesarias para comprender y desarrollar la economía como “un sitio de praxis ética”,⁶⁴ un espacio

64. Tomo estas definiciones de la interpretación que hace Arturo Escobar del proyecto de J. K. Gibson-Graham (2010).

antes que un modelo. De esta manera, la economía se vuelve un espacio de posibilidades, y el mercado puede ser entendido, simultáneamente, como un sitio y una práctica. Siguiendo la lectura que hace Arturo Escobar de Gibson-Graham para el contexto latinoamericano (2010), entiendo a la solidaridad y la autonomía como los principios éticos generales que orientan tales prácticas económicas.

Los mercados hechos para y por los libros orgánicos son informales, abiertos y públicos, y establecen una relación entre el productor y el consumidor, en la que diferentes formas de hacer tienen efectos sobre un mismo libro. Tan importante como el proceso de producción que ocurre en el taller donde toma su primera forma, cuando el libro llega a las manos de sus muchos lectores, estos lo usan para pensar y actuar, propiciando que otros procesos puedan suceder. En este sentido, el mercado del libro orgánico es una instancia política de encuentro: procesos y espacios de intercambio no-capitalista a través de los que se forman relaciones, se transforman, se abren, se extienden. El siglo XXI dio lugar a nuevas formas de activismo político transnacional de base, menos apuntaladas en formas programáticas u organizativas y más en facilitar el diálogo, el intercambio y la colaboración: encuentro. En el contexto del zapatismo, el encuentro ha sido descrito como “una ética de abrirse uno mismo a otros” (El Kilombo, 2007: 12), y con frecuencia toma la forma de reuniones de personas e ideas. Cuando se acompaña de una práctica material de intercambio —como en la distribución de libros orgánicos directa del productor al consumidor—, las relaciones y redes que se forman a través del encuentro tienen la posibilidad de durar más allá del momento preciso de la interacción cara a cara. Sigo al libro orgánico como la cosa que permite la proliferación y la duración del encuentro más allá de las interacciones transitorias entre las personas.

En este capítulo, viajando entre los mercados de libros orgánicos de México DF, El Alto, Santiago de Chile, Buenos Aires y otros, examino los espacios y relaciones que los libros orgánicos producen al moverse para considerar su rol como agentes políticos y materiales de las “redes salvajes”⁶⁵ que sostienen al continente en movimiento. Combinando

65. Estoy desarrollando esta idea siguiendo el concepto de “política salvaje” de Luis Tapia. Las redes salvajes, de modo similar, resisten la centralización y la institucionalización y no son diseñadas, sino hechas en las prácticas.

miradas de la teoría de la diversidad económica de J.K. Gibson-Graham con el concepto-práctica zapatista de encuentro, exploro de qué modo la reunión de los conceptos sustantivos/verbales de encuentro y mercado puede abrir nuevas posibilidades para pensar sobre la materialidad de los intercambios políticos y las redes. Así como el encuentro o el mercado pueden ser sitios (sustantivos), también son conceptos activos en tanto verbos: encontrarse o mercadear, o hacer un mercado. *Marketing*, en el sentido más básico de ofrecer un bien y de crear un sitio de mercado, hace espacio. Encuentro, en tanto el acto de encontrarse como el sitio de encuentro, también hace espacio. Las prácticas del mercado, aquí, son el encuentro de personas, ideas, objetos y prácticas. Este capítulo examinará las particularidades del mercado de libros orgánicos como un encuentro que forma y extiende materialmente las redes que abarcan y atraviesan territorios. El modo en que los libros son hechos afectan aquel en que se mueven. Los libros orgánicos son hechos *diferentemente*, en el sentido que no son hechos de la manera habitual y que son hechos de *maneras diferentes*. Consecuentemente, como muestra este capítulo, los libros orgánicos también se mueven *diferentemente*.

“SON LIBROS DIGNOS”

“La feria de libros confirmó ‘que la gente lee si los libros son baratos’” (Paul, 2010). Este titular del diario *La Jornada* acompañaba una reseña de la primera Feria del Libro Alternativa en la ciudad de México, en octubre de 2010. La expresión es atribuida a Paloma Sáiz, una organizadora de la feria. Justo después de empezar la primera fase de mi trabajo de campo pasé algunas tardes en esta feria, organizada durante cinco días en Alameda Central, en el corazón de México DF. La feria alternativa coincidió con la enorme Feria Internacional de Libros en el Zócalo, a unas pocas cuerdas de distancia. La coincidencia fue estratégica: las ferias del libro alternativas suelen hacerse en paralelo a la “oficial” o “comercial” en un esfuerzo por capturar una porción de la energía generada por esos eventos más grandes. Esta feria en particular tuvo un objetivo explícitamente articulado: dar la lucha “contra los libros caros y la literatura chatarra” (Rodríguez, 2010).

Quedé sorprendida por la estética “oficial” de esta feria “alternativa”: programas impresos a color, grandes carpas, banners “con onda” y un ejército de voluntarios. El dorso del programa que se repartía proveía

una clave para entender qué había hecho posible toda esa infraestructura. Había dos logros: uno de *Brigada para leer en libertad* y el otro mostrando el sol amarillo del Partido de la Revolución Democrática (PRD) de la Ciudad de México.⁶⁶ A pesar de la filiación institucional, había algo de relación antagónica respecto a la feria “oficial” que estaba siendo organizada en el Zócalo, por la Secretaría de Cultura y el gobierno de la ciudad, en manos del PRD. Tal como señaló un artículo periodístico, la intención de los organizadores fue crear una feria “fuera de la estructura burocrática oficial” (Rodríguez, 2010).

Unas pocas semanas más tarde fui a la casa de dos de los organizadores de la Feria, Paloma Sáiz y Paco Ignacio Taibo II, para conocer mejor el proyecto. El hecho de que Taibo, considerado el fundador del género neopolicial en la literatura latinoamericana, sea uno de los escritores comercialmente más exitosos de México y una influyente figura de la izquierda, no carece de relación con el alcance y la escala de la Feria.⁶⁷ Sáiz trabajó durante muchos años en la Secretaría de Cultura, y fue la autora de una variedad de iniciativas públicas de fomento de la lectura, incluyendo *Para leer de boleto en el metro*, que distribuyó libros gratis para su préstamo en las estaciones de metro de México DF. Pero sus frustraciones a causa de los obstáculos puestos por una burocracia que parecía infinita y contraproducente (no poco frecuentes en este tipo de iniciativas públicas, dada la inestabilidad de los gobiernos municipales) la llevaron a dejar su prestigiosa posición de gobierno para lanzar el proyecto independiente *Brigada para leer en libertad*, que incluye la Feria Alternativa, así como ferias más pequeñas y mucho más frecuentes a lo largo y ancho de la ciudad, llamadas *Tianguis*⁶⁸ *de libros*. Sáiz y su equipo conciben al proyecto como uno de militancia, una intervención

66. El partido del ex alcalde Andrés Manuel López Obrador (AMLO), quien en 2006 se presentó como candidato a presidente y fue vencido en unas elecciones fraudulentas por Felipe Calderón. Un particular tipo de populismo local creció de los movimientos de protesta de AMLO. Finalmente accedió a la presidencia en 2018.

67. En 2018 fue nombrado por AMLO como director del Fondo de Cultura Económica.

68. El concepto tianguis se origina en México, como hispanización de la palabra indígena nahuatl para “plaza de mercado”, “tianquiztli”. Actualmente, tianguis es un término utilizado para referirse a un mercado popular itinerante, temporario e informal, asentado en un espacio público (una calle o una plaza). En este capítulo discuto al tianguis como mercado alternativo.

política a través de la cultura del libro. Algunos de los fundamentos de su trabajo en el gobierno aparecen en la *Brigada*; el más importante: impulsar la producción de libros accesibles con el objetivo de cambiar la cultura de la lectura. La accesibilidad, para Sáiz y la *Brigada*, implica muchos sentidos. Sáiz reitera cuán crucial es llevar libros y lectura a los espacios públicos populares y muy transitados: el metro, la Alameda Central, el corredor Reforma. La accesibilidad también se refiere, por supuesto, al costo de los libros: de aquí que la Feria Alternativa afirmaba luchar “contra los libros caros”. Los precios en las librerías en México DF, explica Sáiz, son generalmente prohibitivos, y la Feria del Libro del Zócalo no ofrece libros con descuento, “a la manera en que una feria debería”. Esto se debe, en parte, al hecho de que las tarifas para poner los stands son muy altas (mientras que la Feria Alternativa ofrece stands por un sexto de lo que valen en el Zócalo). La cuestión de la accesibilidad también tiene que ver con el *tipo* de libros que la *Brigada* piensa que deberían circular.

La intervención en la cultura local del libro se extiende más allá de meramente facilitar un espacio para que circulen libros de calidad y accesibles; la *Brigada* tiene un proyecto editorial construido para su misión. Ha publicado y distribuido gratis cientos de miles de pequeños libros, con decenas de títulos, incluyendo antologías de ficción corta, historia mexicana popular, textos de antropología y análisis de movimientos populares actuales.⁶⁹ Los libros que publican y distribuyen en sus eventos son la materialización de esta visión holística de la accesibilidad: sus

69. El libro que se estaba distribuyendo la primera vez que fui a la Feria Alternativa era *Zapatismo con vista al mar: el socialismo maya de Yucatán*, del sociólogo Armando Bartra. La tesis del libro es que las recientes luchas indígenas por la autonomía, no solo en México sino también en Bolivia, Ecuador y otros otros sitios, exigen un reexamen del rol de los socialismos indígenas en la Revolución Mexicana. El texto es una versión actualizada y expandida de un ensayo presentado en 1979, y tiene un estilo narrativo accesible que lleva cómodamente al lector a través de un análisis histórico que, de otro modo, podría resultar denso. Este pequeño libro podría haber sido editado sin más como panfleto pero, como insisten los organizadores de la *Brigada*, es importante que tenga la forma de un libro. El otro libro que recibí en la Feria fue la primera de un serie de antologías literarias tituladas *De los cuates pa' la raza*, con casi cuarenta ensayos cortos, historias y poemas escritos por algunos de los más conocidos escritores mexicanos contemporáneos. Un volumen macizo, apenas por encima de las doscientas páginas, cuyas narrativas se centran todas en la experiencia de “ser mexicano”, y más especialmente en la experiencia de vivir en México DF.

libros son gratis, accesibles y de interés popular, y se distribuyen públicamente. En su casa, Sáiz saca de la estantería un libro detrás de otro, mostrándome la colección completa de libros gratis que la *Brigada* ha producido y puesto en circulación. Y tal como insiste una y otra vez, al tiempo que son libros de bajo costo y distribuidos gratuitamente, son “libros muy dignos”.

La *Brigada para leer en libertad* tiene muchos elementos de los programas de alfabetización que Sáiz ha dirigido durante muchos años. Anclado en México DF, y principalmente en las partes más centrales de la ciudad, el proyecto hace poco para desafiar o interrumpir las dinámicas centro-periferia que han dado forma durante siglos a la cultura letrada y del libro en México. Esas son las mismas dinámicas que han mantenido la marginación de las prácticas culturales no urbanas desde el período colonial, y que han sido promovidas por campañas gubernamentales y los esfuerzos en la construcción de la nación orientados por la homogenización lingüística y cultural. Pero hay también modos en que el proyecto refleja preocupaciones nuevas —o, tal vez, sencillamente más hondas— sobre el espacio público en el siglo XXI. Con el énfasis puesto no solo en la promoción de la lectura sino también en la producción y circulación de libros *impresos*, el proyecto resalta la importancia de construir un espacio público para “el debate cultural y político”. No se trata solamente de editar o poner gratuitamente en circulación materiales de lectura, sino más bien de crear un espacio para que la gente se reúna a hablar, pensar, dialogar. Y con la esperanza de que los libros puedan también ayudar a construir pequeñas bibliotecas hogareñas, el espacio físico que producen los libros para el encuentro en la calle tiene el potencial de ser reproducido a menor escala en un espacio más personal. Los Tianguis, como la Feria Alternativa, toman el espacio público con los stands y las carpas que instalan temporalmente. Al hacerlo, transforman una acera angosta o el parque en un tipo de espacio diferente que crea la posibilidad para una clase de encuentro que no podría ocurrir de otro modo.⁷⁰ Quienes llegan hasta la Feria o los Tianguis, o quizá solo pasaban por allí, se van con un libro gratis en sus manos. A través de estos pequeños libros, las

70. Marcy Schwartz (2014; 2016) ha escrito profusamente sobre los usos sociales del libro en el espacio urbano latinoamericano, afirmando que los encuentros creados por los libros “mapean nuevas historias urbanas que desafían la hegemonía de lo que Ángel Rama llamó ‘la ciudad letrada’” (2014: 419).

dinámicas de ese espacio público temporario tienen la posibilidad de expandirse a otros espacios y prolongarse un poco más. La esperanza está en que se compartan los libros con los amigos y familiares, contando la historia de dónde y cómo se lo consiguió.

La propuesta de la *Brigada* —hacer libros baratos y de calidad accesibles a un público que de otro modo quizá no compraría libros— es cautivante. Pero las voces que las publicaciones compilan y diseminan son, mayormente, las mismas que se publican y distribuyen en las grandes casas editoriales comerciales que dominan México y América Latina. Por lo que, al tiempo que *Brigada* promueve un acercamiento más público a la cultura del libro y la lectura, con cierto grado de autonomía respecto al gobierno *federal*, la visión de este proyecto financiado partidariamente tiene sus límites: no hace mucho por problematizar las políticas culturales más generales de la edición comercial en México, o las complicadas campañas del gobierno que han utilizado históricamente a la alfabetización como una herramienta biopolítica de asimilación. No obstante, el proyecto emerge en un coyuntura importante para la ciudad: en oleadas sucesivas durante los últimos diez años, los vendedores ambulantes del centro de la ciudad han sido desalojados de sus sitios históricos de comercio informal, y multitudinarias protestas sobre una gran diversidad de asuntos han ocupado las calles y las plazas públicas con plantones semipermanentes. Sin dudas que la *Brigada* tiene una serie mucho más amplia de privilegios que los vendedores ambulantes o los manifestantes que acampan; tiene el sello de aprobación (y los pesos) de uno de los principales partidos políticos y no tiene problemas para adquirir los permisos para sus eventos. Con sus autores reconocidos, los permisos del gobierno y los pesos partidarios, la *Brigada* no es una expresión de la política autónoma que caracteriza al libro orgánico y sus productores. Sin embargo, hay un elemento contestatario y oposicional en el proyecto que viene de las décadas de involucramiento íntimo, por parte de sus fundadores, con la economía política de la cultura del libro en México. Sus historias, en especial con los proyectos culturales estatales, los han motivado a crear algo diferente a iniciativas del “establishment” como la feria del Zócalo, a la que ven perjudicada por la burocracia institucional y las alianzas con las corporaciones editoriales. No obstante, en el contexto de una creciente privatización y disciplinamiento del espacio público (no solo en México) y de la monopolización de la edición, la *Brigada*

encuentra resonancia en otras iniciativas presentes en otros lugares de la ciudad y del continente, en las que los libros son la línea de avanzada de los esfuerzos para recuperar las calles como sitios de diálogo, debate y encuentro popular. Tal como explorará la sección siguiente, la tensión entre las políticas institucionales y las autónomas es un tema recurrente en relación a los mercados de libros orgánicos.

“El lugar puede ser un proyecto político”, escribe Gibson-Graham (2002). El lugar de la *Brigada* es la calle. El sitio específico cambia con los desplazamientos de los Tianguis o la Feria, pero el lugar permanece constante, y está politizado. El proyecto de la *Brigada* combina el tipo de política cultural liberal que Sáiz desarrolló en su cargo anterior en el gobierno con una política que David Harvey, siguiendo a Lefebvre, llama “el derecho a la ciudad”. En una entrevista, Harvey desarrolla esta idea:

La ciudad es cada vez más una comunidad cerrada de los más ricos. De las propias calles viene la noción de que esta ciudad ya no nos pertenece, y queremos recuperarla [...] Hay una sensación de que algo está saliendo mal con la urbanización actual. La idea de “El derecho a la ciudad” viene de allí, pero “el derecho a la ciudad”, en tanto idea, es lo que llamo un “significante vacío”, puede querer decir cualquier cosa para cualquiera. (Composto and Rabasa, 2011)

El espacio que la *Brigada* quiere hacer en las calles de la ciudad de México es público, diverso, accesible, y aspira a crear posibilidades para el diálogo y el debate llenando ese espacio con libros, a los que considera herramientas cruciales en dicho proceso. Su proyecto es “alternativo”, tal como reza el nombre de la Feria, pero este concepto es puramente relacional: su sentido depende de su lugar de enunciación. Respondiendo a críticas a su uso del término “alternativo”, Gibson-Graham escribe: “La palabra no es débil sino amenazante. Señala que hay algo mal con el statu quo y que quien la utiliza espera cambiar las cosas... Lo que es problemático... no es la palabra en sí misma, sino la idea de que siempre trabaja para nosotros; en otras palabras, que puede existir libre-de-contexto” (1996: xxii-xxiii). La forma y escala de la amenaza asociadas a un proyecto “alternativo” van variando. En el caso de la *Brigada*, los mismos elementos que la hacen “menos” alternativa (sus conexiones institucionales, su relación con las élites políticas e intelectuales, etc.) pueden, de hecho, volverla una amenaza más tangible para el statu quo. Desafía directa y explícitamente a sus contrapartes oficiales (la feria del

libro en el Zócalo y las iniciativas de la Secretaría de Cultura), pero lo hace a través de canales institucionales relativamente convencionales. Otra “primera” feria del libro en Bolivia cuenta una historia muy diferente de los desafíos generados por una alternativa.

“NO QUEREMOS IMPORTAR LA FERIA... QUEREMOS HACER UNA FERIA ALTERNATIVA, DE AQUÍ”

La geografía de las ciudades mellizas de La Paz y el El Alto tiene algo de una inversión espacial de las relaciones de poder neocoloniales, con la ciudad aymara de El Alto erigida más de quinientos metros por encima de la ciudad colonial de La Paz, con sus barrios más ricos y elitistas situados quinientos metros por debajo del centro de la ciudad, en la exclusiva Zona Sur. Que la Feria Internacional de Libros de La Paz (FIL La Paz) tenga lugar en la Zona Sur, a una considerable distancia del centro de La Paz y todavía más lejos de los más de un millón de residentes de El Alto, la mayoría aymaras, no es sorprendente. Simplemente exagera una jerarquía intelectual y cultural ya muy pronunciada, que se puede rastrear hasta el período colonial. La FIL La Paz, como otras grandes ferias internacionales del libro, cobra entrada, tiene tarifas altas para los expositores y funciona principalmente como una plataforma para las corporaciones editoriales transnacionales. Como sostiene mucha gente con la que he hablado en América Latina, Bolivia suele ser vista —errónea y problemáticamente— como carente de una cultura de la lectura o la edición.⁷¹ Y dentro de Bolivia, y sin dudas desde la perspectiva de La Paz, El Alto es visto como periférico. Pero a la distancia de un viaje en colectivo desde la FIL y la Zona Sur, en el El Alto se puede encontrar diariamente un vibrante, aunque marginal, mundo de libros (en las ferias callejeras, los puestos del mercado, los centros culturales, las organizaciones barriales, los cafés y la Universidad Pública de El Alto). Aun si ya había habido ferias de libros en El Alto, en 2011 se organizó la primera Feria del Libro de El Alto.

Me enteré de la existencia de la feria mientras asistía a un evento en el MUSEF (Museo Nacional de Etnografía y Folklore) en La Paz, que frecuentemente aloja conferencias y presentaciones de libros de pequeñas

71. Este es un tema que discuto en el capítulo dos, en el análisis de las redes que conectan Argentina y Bolivia.

editoriales independientes. Unos pocos días después fui a La Ceja (el distrito central de El Alto) para encontrarme con los organizadores de la feria en la oficina de la Asociación de Representantes de Editoriales de El Alto (AREA). Las editoriales representadas por AREA son mayoritariamente productoras de textos escolares, libros infantiles y editoriales populares. A primera vista, no hay nada inherentemente “alternativo” en la feria. Ha sido apoyada por el gobierno municipal, ha tenido muchos auspiciantes corporativos y fue declarada un evento “de promoción a la lectura”. El afiche de la feria tiene varios eslogans: “Movemos tu mente y el mundo a través de los libros” y “Apague la televisión y encienda un libro”. Pero el sitio mismo en que sucede la feria, El Alto, la tiñe de una cariz “alternativo” o contestatario. En nuestra conversación, una de las organizadoras expresó por qué sentía que era tan importante: “No queremos importar la feria de La Paz, queremos hacer una feria alternativa, de aquí, de El Alto, de nosotros que vivimos y tragamos cada día el polvo de las calles de El Alto”. Su tono fue más melancólico que militante, pero había un sentido desafiante en sus comentarios. Su uso de “alternativa” sugería que lo que se estaba construyendo con esta feria era un espacio para aquello que es marginado e invisibilizado en La Paz (y en otros lugares), y que la feria era la oportunidad de crear “algo de nosotros”. La organizadora hizo énfasis en la importancia de la participación de muchos escritores alteños como algo que diferenciaba a esta feria. Así que, por sus auspicios corporativos y estatales y la participación de las principales corporaciones editoriales transnacionales la feria estaba lejos de ser “independiente” o “autónoma”, pero no obstante desafiaba (en términos de la caracterización de “alternativa” de Gibson-Graham) no directamente al capitalismo sino a otras dinámicas (sin dudas relacionadas con aquel) de poder y exclusión que caracterizan la relación entre La Paz y El Alto.

La feria, sin embargo, no estuvo libre de tensiones. El deseo expreso de no “importar” la feria de La Paz no equivalió a que no hubiera ninguna otra “importación”. La ceremonia de apertura cerró con un brindis con champagne, y cuando el maestro de ceremonias anunció el “brindis” un grupo de ancianos hombres en el fondo de la multitud gritó “¡Hay que ch'allar! ¡Nada de brindis!”. Así, el “brindis” europeo fue desafiado con un llamado a la *ch'alla*, un término originalmente quechua que remite al acto de honrar, reconocer o bendecir, frecuentemente acompañado por algún tipo de ofrenda a la Pachamama.

Los ancianos, al pedir *ch'alla*, no estaban señalando per se el choque de mundos diferentes. Lo que desafiaban era el reemplazar (o desplazar) el mundo compartido de los alteños (un mundo en el que una ceremonia implica *ch'allar* con alcohol fuerte) con el mundo que La Paz representa relacionamente: el mundo de la euromodernidad en el que el brindis con champagne es la costumbre.

Una vez dentro de la feria, la cualidad “alternativa” o contestataria volvió a aparecer, tensionada con elementos de ese otro mundo representado típicamente por la feria del libro de La Paz: entre los más notables, el enorme stand del Grupo Santillana o la sofisticada instalación a cargo de la oficina de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.⁷² Pero entre y alrededor de dichos elementos, un tipo diferente de encuentro estaba teniendo lugar. Había stands representando a conocidas editoriales independientes como Gente Común, así como otros compartidos por muchos proyectos, como el que armó Textos Rebeldes en colaboración con el Colectivo 2 y un artista local. Varias ONG locales, como el Centro Gregoria Apaza, participaron en la feria, al igual que proyectos políticos y culturales como Wayna Tambo y Mujeres Creando.

Diez días después, la feria concluyó con una ceremonia de cierre que incluyó la presentación del primer premio *Yuriwi* (“nacimiento” en aymara) en reconocimiento a un escritor alteño. Cuando se presentó el premio, di por sentado —erróneamente— que sería otorgado a alguno de los muchos autores literarios presentes en la feria. Dada cierta repetición de gestos de despolitización por parte de los organizadores de la feria hacia el legado (y el presente) indígena militante de El Alto, quedé muy sorprendida cuando anunciaron que el premio era para el sociólogo Pablo Mamani Ramírez, en reconocimiento por sus trabajos *Microgobiernos barriales* y *El rugir de las multitudes*, investigaciones sobre la infraestructura social de El Alto y la rebelión de 2003, respectivamente. El trabajo

72. En 2006 una iniciativa editorial sin precedentes nació de la Dirección de Participación Ciudadana de la Vicepresidencia de Bolivia. Tal como relató un participante durante una entrevista, la iniciativa surgió de un doble interés: difundir información sobre la agenda política del gobierno de Morales y teorizar sobre el proceso político a medida que este se iba desarrollando. Los libros producidos por esta iniciativa son distribuidos gratuitamente a través de varios canales, y han incluido contribuciones de figuras internacionales como Enrique Dussell, Gayatri Spivak y Toni Negri, así como del espectro intelectual boliviano.



Feria de libro de El Alto.

de Mamani Ramírez ha sido publicado por las pequeñas editoriales que imprimen en el taller que describí en el capítulo dos, incluyendo Textos Rebeldes. Sus obras son, asimismo, importantes fuentes de información para los análisis de El Alto que realizó Zibechi en *Dispersar el poder*. El momento de sorpresa en la ceremonia de entrega del premio en la feria del libro fue para mí un recordatorio de la multiplicidad y complejidad de El Alto que la feria hizo especialmente visible. A pesar de los esfuerzos para hacer de la feria *tan solo* la feria del libro de El Alto, fue, de hecho, una feria alternativa en varios sentidos. Tal como me dijo tiempo después el editor de una pequeña editorial: “Esta feria de El Alto me gustó mucho. Yo estuve en la feria de libros [de La Paz] el año pasado y es fría. Es una cuestión fría, es puro negocio. Sino en cambio aquí ha sido más un encuentro, ha sido un encuentro de todo. Ha sido bien interesante, bien distinto” (entrevista, La Paz, 2011).

Cada uno de los contextos dentro de los que me muevo en este capítulo tiene condiciones materiales y espaciales únicas al interior de las cuales emergen los mundos alternativos del libro. Lo que espero demostrar a través de estos diferentes sitios son las diversas expresiones de economías alternativas de ideas, prácticas y objetos que el libro orgánico hace posible. El punto de referencia para la articulación de “lo alternativo” varía de sitio en sitio, de proyecto en proyecto, pero el énfasis en reimaginar las relaciones sociales, la espacialidad y la materialidad son constantes.

NUESTRA DIGNA RABIA

En los últimos días de 2008, miles de personas convergieron en la ciudad de México para participar en el *Primer Festival Global de la Digna Rabia*. Aun si los zapatistas tienen una larga tradición de llevar sus políticas a la capital bajo la forma de marchas, caravanas, manifestaciones y diálogos,⁷³ este evento fue especial por ser el primer encuentro organizado en México DF. La *Digna Rabia* vino inmediatamente después de la Otra Campaña zapatista, y el encuentro en la ciudad de México habría de ser sucedido a la semana siguiente por eventos similares en el Caracol de Oventik y en la Universidad de la Tierra Chiapas, dos de los sitios principales para las actividades públicas zapatistas.⁷⁴ La mañana del 26 de diciembre llegué al Lienzo Charro de Iztapalapa, en el extremo oriental de la expansiva ciudad. Tal como su nombre lo indica, este era el hogar de “Los Reyes Charros”, una organización de hombres, mujeres y jóvenes que participan del deporte nacional mexicano, la *charrería* (deportes ecuestres que incluyen rodeo). De entrada parecía ser un lugar inesperado para un festival zapatista pero en la ceremonia de apertura el presidente de la asociación rápidamente nos comunicó que ellos son, en efecto, “adherentes” a la Sexta Declaración zapatista y que la organización se sentía orgullosa y honrada de compartir su espacio con todos los que viajaron desde cerca o desde lejos para asistir al festival. Durante los cuatro días siguientes conocimos bien el polvoriento centro de equitación, ocupado temporalmente por activistas, artistas, periodistas y académicos de decenas de países.

El Lienzo Charro es gestionado por una organización que en su momento era conocida como “Los Panchos”, el Frente Francisco Villa Independiente-UNOPII, por entonces la organización más grande de México DF que adhirió a la Otra Campaña. Ahora conocida como Organización Popular Francisco Villa de la Izquierda Independiente,

73. Algunos de los eventos más importantes en la ciudad de México fueron: la participación de la Comandanta Ramona en el Congreso Nacional Indígena (CNI) (1996); la caravana de los 1.111 delegados zapatistas al CNI (1997); la caravana de 23 comandantes, que fueron recibidos por 100.000 personas en el Zócalo, y el discurso al Congreso de la Comandanta Esther (2001); la Otra Campaña (2006) (SIPAZ 2014).

74. *Digna Rabia* fue el cuarto encuentro zapatista de gran envergadura del que participé desde 2005, y fue el primero al que asistí fuera del territorio rebelde de Chiapas.

dicho agrupamiento ha venido construyendo autonomía urbana desde 1980. Durante las últimas tres décadas ha crecido hasta incluir un millar de familias de ocho barrios autónomos de la ciudad de México (Navarro Trujillo, 2017: 123). Los barrios, o predios, emergieron como respuesta a la crisis habitacional cada vez más aguda en la ciudad, y han evolucionado hacia un experimento de autonomía urbana en una escala que no tiene paralelo en ningún otro lugar. La Digna Rabia tuvo lugar en el espacio recreativo gestionado por Los Panchos, un polvoriento bolsón de vida rural inserto en la densa y atestada realidad de una de las ciudades más grandes del mundo.

Cuando llegué al festival, todavía no estaba segura de que estuvieran presentes los compañerxs de las comunidades zapatistas autónomas o si asistiría algún miembro de la comandancia del EZLN. Los anuncios habían invitado a colectivos e individuos de todo el mundo, y a diferencia de los encuentros previos, el evento en México DF estaba dispuesto de forma tal de poder incluir un espacio de cualquiera que estuviese interesado en montar un stand con información, objetos a la venta, exhibiciones, etc. Fue solo cuando llegué al festival que tuve una noción precisa de lo que eso implicaba. El espacio del Lienzo Charro estaba dividido en diversas áreas, incluyendo una carpa para mesas redondas, dos escenarios para teatro y música, una carpa para proyecciones audiovisuales, y un pequeño espacio similar a un mercado organizado en callecitas con nombres que, al estilo de las ciudades latinoamericanas, referían a hechos significativos de la historia (revolucionaria): por ejemplo, 17 de noviembre, la fecha de fundación del EZLN en 1983. Este mercado temporario era el espacio dedicado a los cientos de colectivos que habían respondido al llamado y habían reservado un lugar para compartir su trabajo y sus materiales con los participantes del festival. Supuse que las mesas redondas de activistas e intelectuales serían la parte más provechosa del evento, pero mientras caminaba por la feria donde decenas de colectivos habían montado sus stands noté rápidamente que un encuentro importante también estaba sucediendo aquí, uno que sobreviviría al Festival. Con sus stands y toldos montados en estructuras de metal, la feria se parecía a los innumerables mercados informales que brotan cada día en México, conocidos como tianguis.

Caminando por los angostos pasillos, me topé inmediatamente con fragmentos de las vastas experiencias de los diferentes participantes que habían llegado hasta aquí para compartir algo de sus luchas. Entre ellas

se incluían San José Brown Berets, los autonomistas vascos, italianos del movimiento de comida lenta, anarcopunks mexicanos, activistas campesinos nahuas, activistas por la autonomía del pueblo Triqui, trabajadoras sexuales y diversos colectivos feministas. Fue en este tianguis donde recogí libros escritos por intelectuales de movimientos de base y colectivos de toda América y editados por editoriales pequeñas. El tianguis se volvió un sitio donde las experiencias y perspectivas eran intercambiadas, reflejando la influencia extendida y duradera del zapatismo. Y, muy significativamente, al caminar por los numerosos pasillos, los participantes del Festival adquirirían una multitud de materiales impresos (libros, panfletos, posters) compilados por escritores-activistas y colectivos: algunos por ventas, otros por trueques, otros gratis. Estos materiales impresos son lo que permite que el encuentro se extienda más allá del Festival, al hacer que los miles que asistieron se llenen sus bolsillos con estas piezas del encuentro y se las lleven a sus casas para compartir y discutir en sus propias comunidades.

La *Digna Rabia* fue un encuentro de personas, pero también de luchas y de las rabias que las impulsan. Rabia es una palabra utilizada aquí para nombrar un “no” común, un grito⁷⁵ común, tal como dijo John Holloway en su charla durante el festival. Esta rabia es la expresión de una protesta, un rechazo, pero se dignifica cuando es articulada a un proceso que produce y hace otra cosa, algo más. Esta rabia común contra el sistema que destruye, consume, homogeniza y fragmenta (algunos de los verbos que los zapatistas usan en la “Sexta Declaración de la Selva Lacandona” para describir lo que hace el capitalismo) se expresa en los materiales impresos que los asistentes a la feria se llevan consigo de la Digna Rabia. Pero, como han mostrado los capítulos anteriores, los libros son más que meros conductores de un mensaje: son objetos que hacen la vida diferente a través de los espacios, prácticas y relaciones que producen. Mientras que también otros tipos de materiales impresos circulaban en el tianguis, los libros sobresalen por su duración: los panfletos y flyers seguramente se pierden o se descartan, pero los libros perduran. Su durabilidad los inviste de un cierto valor, más allá de su precio.

El tianguis es un espacio en el que podemos ver formarse relaciones a partir de los intercambios y encuentros que permite. Un tianguis es

75. En el original en español y en itálica. [N.d.T.]

un mercado comercial, pero como el *tianquiztli* precolombino es un espacio de intercambios de todo tipo, no solo la compra-venta comercial. En este sentido, el concepto de los tianguis es útil para entender al mercado como un espacio de encuentro, donde pueden emerger relaciones no-capitalistas. Sobre la relación entre mercados y capitalismo, Glyn Daly escribe: “No hay nada [...] que sea esencialmente capitalista en el mercado. Los mecanismos de mercado preexisten al capitalismo y, claramente, operan en las formaciones socialistas actuales. Más aun, es claro, que todo un espectro de empresas radicales existe al interior de la esfera del mercado” (citado por Gibson-Graham, 1996: 141). Mientras que el término tianguis es específico de Mesoamérica, siento que el concepto es útil para pensar de un modo diferente a los mercados, lo cual quiere decir ir más allá de la lógica “capitalocéntrica”. Un tianguis es un mercado, pero es temporario, contingente y, la mayoría de las veces, popular. Es un espacio, pero no es fijo ni estable. Y lo que se intercambia y produce en este espacio no es solamente bienes y servicios, sino también experiencias, ideas, prácticas. En las páginas siguientes, viajo por otros varios tianguis de libros orgánicos para explorar de qué modo funcionan como sitios de encuentro.

“HABÍA QUE CAMINAR DE MANERA DISTINTA”

“Nosotros nacimos en 2002, en medio del seno del neoliberalismo. En promedio en ese momento un libro costaba 8 lucas, 10, 15. No existía el libro barato” (entrevista, Santiago de Chile, 2011). Así comenzó la historia de la Editorial Quimantú, que me fue contada durante una visita a la casa de dos de sus fundadores en Santiago de Chile, en 2011. Mientras estábamos sentados conversando, una grieta enorme en la pared de la sala llamaba mi atención, recordándome el potente terremoto que había sacudido violentamente a la región justo un año antes. Entre tazas de té, los cinco miembros del colectivo se turnan para ofrecer partes de su historia: la historia de un grupo multigeneracional de personas que se juntaron para hacer libros políticos accesibles, algo que veían que faltaba terriblemente en Chile a comienzos del siglo XXI. En mi camino de Bolivia a Argentina, decidí pasar una semana en Santiago para conocer al colectivo Quimantú y aprender más sobre su proyecto. Fui presentada a ellas gracias a un mail que Raúl Zibechi envió unos meses antes de mi llegada, cuando me animó a contactarme con ellos para ver si su trabajo

calzaba en las redes de editoriales que estaba investigando. Zibechi había publicado algunos de sus libros con ellos, y me insistió en que su acercamiento a la edición alternativa era uno de los más interesantes de América Latina. Cuando empecé a rastrear información sobre ellos en Internet, enseguida entendí por qué.

La editorial Quimantú fundada en 2002 tomó su nombre de un proyecto editorial legendario que había sido cerrado violentamente por la dictadura militar de 1973. Editorial Nacional Quimantú fue un proyecto de la Unidad Popular que ocupaba una editorial industrial apropiada por sus trabajadores durante los primeros días del gobierno de Salvador Allende. En los tres años de su corta vida, esa editorial publicó y distribuyó millones de libros y revistas, con decenas de colecciones destinadas a todas las generaciones y sectores de la sociedad chilena.⁷⁶ Un miembro del colectivo relató: “Entonces el libro de la Quimantú valía luca 200, luca 300 que era el precio de la cajetilla de cigarros. Eso hacía de que tú estuvieras en el micro en esa época, y había cualquier obrero, cualquiera dueña de casa, o estudiante con el libro en su bolsillo o leyendo, todos los chilenos leían. Lo que pasó, lo que se hizo en el fondo, fue una revolución cultural” (entrevista, Santiago de Chile, 2011).

Con millones de libros de calidad, accesibles y a buen precio producidos y distribuidos a escala masiva, el lugar de los libros en la vida pública fue momentáneamente transformado por la Editorial Nacional Quimantú. Pero después del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, Quimantú fue uno de los primeros sitios apuntados y allanados por los militares. Relatando ese período violento, los miembros del colectivo describieron la respuesta de la gente a este ataque a la editorial: “La gente se asusta mucho. Esconde el libro y lo quema. La mayor cantidad de libros no es que los hayan quemado los milicos, sino las mismas personas que los compraron. Es muy fuerte el tema, de cómo desaparecen los libros Quimantú” (entrevista, Santiago de Chile, 2011). El lenguaje de la “desaparición” de los libros es escalofriante: así como miles de personas fueron desaparecidas durante la dictadura, también los archivos de la revolución.⁷⁷

76. Cfr. Griffin, 2016 y Subercaseaux, 2000 para análisis detallados de la editorial Quimantú durante la presidencia de Allende.

77. Agradezco a Tamara Lea Spira por las conversaciones que me ayudaron a analizar este aspecto con gran atención.



Imprenta, Santiago de Chile, 2011

Algunos de los miembros del colectivo eran políticamente activos durante el tiempo de Allende, y fueron forzados al exilio luego del golpe. Identificando su propia “juventud acumulada”, un miembro recordó sus experiencias con los libros producidos por la Quimantú original, contando que su madre quemó su colección, mientras que un amigo literalmente los escondió adentro de una pared de ladrillos, donde permanecieron muchos años. Dadas las llamas literales que destruyeron a la Quimantú original, difícilmente sea una metáfora cuando los integrantes del colectivo dicen que “la Quimantú de hoy es como el ave fénix, porque nacimos de las cenizas” (entrevista, Santiago de Chile, 2011). Casi treinta años después, el nombre Quimantú fue resucitado por un colectivo autónomo sin vínculos formales con el proyecto original. El grupo se aunó en torno a un interés compartido por producir “libros políticos para la izquierda” y un deseo común de que haya más “herramientas para construir esta sociedad que queremos”. Descubrieron que el nombre “Quimantú” no estaba registrado y decidieron traer de nuevo el espíritu del proyecto de Allende, aunque con una nueva perspectiva y estrategia para el contexto nacional actual en el que viven y trabajan. No fue un esfuerzo para revivir el proyecto original sino más bien por hacer algo nuevo y también activar la memoria popular enlazada al legado de Quimantú. Pero había un elemento concreto que quería conservar: “El libro al precio del paquete de cigarrillos. El libro barato, popular, para la gente, no el libro mercancía” (ídem, 2011).

El nombre Quimantú era inspirador, lleno de la energía y el dinamismo de los años de Allende, pero también era “un peso sobre nuestros hombros”. Su relación con el pasado es pesada, sea por la traumática historia reciente de Chile como por la trayectoria de la izquierda chilena, institucionalizada como la Concertación,⁷⁸ con su despliegue estratégico de un discurso oficial sobre la memoria colectiva y la revolución (Lazzara, 2006; Stern, 2010). Encontraron ciertas resistencias y críticas por el uso del nombre, algunos incluso los acusaron de faltar el respecto al legado de Allende. Pero ese peso era algo que ellos querían cargar para forjar un camino nuevo. Tanto en su acercamiento a la política como a la edición, la nueva Quimantú comparte con otros proyectos de su tiempo una tendencia a priorizar la experimentación sobre cualquier modo programático o dogmático de hacer y pensar. Sus miembros dicen que Quimantú —así como las luchas desde abajo en Chile— “se construye a pulso... se va experimentando en el hacer”. De hecho, durante nuestra conversación se hizo referencia explícita al eslogan zapatista de “caminar preguntando” cuando describieron el proceso colectivo:

Quando miramos al horizonte, había que caminar de manera distinta, hacia otro futuro. Igual que los zapatistas, lentito, como hormiguitas, y en lo cotidiano. No podíamos avanzar más, porque si avanzábamos más nos metíamos en el sistema capitalista, nos metíamos en el banco, armábamos nuestras máquinas, nuestra empresa. Y nos metíamos en la dinámica de Chile, que lo podríamos haber hecho. Y no lo hicimos. Ni banco, ni préstamo, ni Estado, ni institución, ni Fondo del Libro, ni Municipalidad. Ni políticos, ni nadie. Nosotros solitos. (entrevista, Santiago de Chile, 2011)

La nueva Quimantú se figura, antes que nada, como *autónoma*. Y en el contexto de su emergencia —“en el seno del neoliberalismo”— este posicionamiento autónomo es concebido como fundamental para cualquier lucha popular desde la izquierda.

Lo que llaman “la dinámica de Chile” (la cultura de los bancos, préstamos y créditos generada por el experimento neoliberal)⁷⁹ es contrastada con otras maneras de hacer juntos que están emergiendo notablemente entre

78. Coalición de partidos de centro izquierda fundada en 1988.

79. Santiago de Chile parece tener más bancos que cualquier otra ciudad en la que he estado; y, tal como me señaló un amigo al trazar un paralelo con la condición psicosomática de Chile, por cada banco hay una farmacia.

los jóvenes a comienzos del siglo XXI. Con este *otro* Chile es con el que “los Quimantús” (como oí que los llaman) sienten que resuena su proyecto: “Con la forma de los pingüinos, con transversalidad, con horizontalidad, con discusiones en asamblea, con participación” (entrevista, Santiago de Chile, 2011). El movimiento de estudiantes secundarios de 2006, conocido como la “revolución de los pingüinos” (en referencia a sus uniformes escolares blancos y negros), señaló para muchos un nuevo período de lucha política en Chile. Una nueva generación, nacida sobre el final de la dictadura de Pinochet y el nacimiento de la denominada “transición a la democracia”, tomó las calles con centenares de miles de estudiantes, que también ocuparon sus escuelas exigiendo menores costos y mayor acceso a la educación superior. Los pingüinos, que crecieron hasta ser estudiantes universitarios marchando y luchando a lo largo y ancho del país en 2011, hicieron el pasaje a una nueva ola política no contenida en la dicotomía derecha/izquierda ni limitada a las usuales prácticas electorales y partidarias. Los estudiantes, en su lucha para defender y exigir educación pública, representan una amenaza directa a la estabilidad del orden político-económico que ha dado forma a Chile desde 1973. El modo en que la economía ha sido figurada en Chile (y en otros sitios) ha perpetuado el sentido del capitalismo como un sistema determinante subyacente. Pero como ha afirmado Timothy Mitchell, entre otros, la economía no es “trascendental, sino un proyecto, o un conjunto de proyectos” (Gibson-Graham, 2008: 621); al cuestionar el concepto de la autonomía como “un dominio autónomo” (Mitchell, 1998) emergen diversas posibilidades para reconocer actividades que, de otro modo, habrían sido denominadas “no-económicas”. Tomando distancia de “la dinámica de Chile”, el proyecto Quimantú se afirma a sí mismo poniendo en acto un tipo diferente de realidad económica, una en la que interaccionan principios diversos, incluyendo una ética de la solidaridad y del bienestar colectivo.

Mucho puede ser dicho sobre los tipos de libros que publica Quimantú, a los que describen como trabajos de “pensamiento político de izquierda”. Su catálogo es vasto, con más de una docena de colecciones que hacen foco en tópicos como la educación popular, los feminismos, la tierra y la vivienda, así como sobre la historia de la izquierda chilena. Junto a las decenas de títulos originales, Quimantú también ha reeditado muchos libros publicados en otros lugares de América. Esto incluye el tipo de textos que ponen a su proyecto dentro de mi radar: obras de escritores como Raquel Gutiérrez Aguilar, Gloria Muñoz Ramírez, Raúl Zibechi, y similares.

Pero libros de ese tipo también han sido publicados por otras editoriales alternativas en Chile, notablemente Lom Ediciones, aunque a precios mucho más altos que los de Quimantú. Lo singular del catálogo de esta editorial no son solamente sus precios sin paralelo con otras editoriales sino también los libros que emergen de sus redes de relaciones: colecciones de escritos sobre los movimientos recientes en torno a la educación en Chile, o las luchas alrededor de los derechos a la vivienda en las periferias de Santiago. Estas relaciones constituyen la energía que mueve al proyecto Quimantú, al que jocosamente llaman “esta locura”. Pero estas relaciones, al funcionar como la base de su particular estrategia de distribución, generan mucho más que los libros que Quimantú edita, diseña e imprime.

Cuando llegué por primera vez a Santiago me sorprendió descubrir que los libros de Quimantú no se venden en librerías. En mi trabajo de campo previo, en México y Bolivia, había visto las formas en que las editoriales alternativas despliegan un espectro de estrategias de distribución no convencionales, pero todas esas editoriales *también* vendían sus libros en las librerías. Simplemente no dependen de aquellas como el único o fundamental punto de venta. Las editoriales reconocen que, entre las fuertes remarcaciones sobre los precios de los libros y las maneras en que las pequeñas editoriales tienden a perderse en los estantes de los grandes locales, las librerías son una de las maneras menos efectivas de distribuir estos proyectos. Pero la posición de Quimantú en su trato con las librerías de Santiago es singular: las descartan por completo, y rechazan participar en lo que llaman “la dinámica de Chile”, lo que equivale a la completa mercantilización de todo y una economía en la que los libros son meramente otro bien a vender por lucro. Los altos impuestos sobre libros y las remarcaciones de las librerías, combinadas con la imposibilidad del chileno promedio de costearse esos libros, hacen imposible para Quimantú sostener su compromiso central: producir “libros baratos y populares”. Cuando pregunté si sus libros estaban disponibles en *alguna* librería de Santiago, me contestaron que la respuesta, de hecho, es no. Los dos negocios que venden libros de Quimantú son muy poco convencionales, y la razón por la que llevan allí los libros es porque son pequeños comercios gestionados por amigos cercanos del colectivo. El primero, Sarri-Sarri, es un pequeño stand cerrado, de 3 metros cuadrados, en una galería: en realidad un pequeño kiosco punk que vende fanzines, música, parches y camisetas. El segundo, Librería Proyección, a pesar

del nombre, no es realmente (o principalmente) una librería, tal como me explicaron sus fundadores durante una visita.

“LA IDENTIDAD SE VA CONSTRUYENDO COLECTIVAMENTE”

Durante mi segunda noche en Santiago, antes de conocer a los Quimantús, fui invitada por amigos de amigos a un evento en un espacio que había sido fundado colectivamente el año anterior: Librería Proyección. Caminé por las calles del centro de Santiago hacia la dirección que encontré en un sitio web: justo a unas pocas cuadras de la casa central de la Universidad de Chile, metida detrás de una vieja iglesia sobre la Alameda, la avenida principal que atraviesa el centro de Santiago. Era mediados de julio de 2011, tan solo un mes después de las masivas protestas estudiantiles que habían paralizado las actividades oficiales en las universidades y escuelas de todo tipo a lo largo y ancho del país. Las paredes de la zona alrededor de la Universidad de Chile estaban cubiertas de grafitis y afiches pegados con engrudo con eslogans del tipo “¡Con rebeldía y subversión se libera la educación!”, “¡No endeudes tu cabeza ni privatices tus ideas!”, “¡La educación no se vende, se defiende!”. Al llegar elevé la vista para mirar una fachada pintada vivamente de naranja donde había una silueta negra sencilla de un árbol junto a las palabras “Librería Proyección”. Subí las escaleras, sin saber bien qué me esperaba, e ingresé a una librería luminosa repleta de jóvenes. Vi una puerta abierta que llevaba a una sala llena de gente donde algo estaba sucediendo. Al acercarme a la puerta, alguien me preguntó si estaba allí por el evento de cine o el de autogestión. No había uno sino dos eventos llenos de gente sucediendo aquí un viernes a la noche, y el espacio era grande. Claramente, esto no era solo una librería.

Unos pocos días después, me senté a conversar con uno de los fundadores de la librería Proyección⁸⁰ y me contó un poco sobre cómo se

80. Sobre el nombre “Proyección”: “Hay una editorial argentina de los años 60, quizás un poco antes o un poco después, anarquista. Que fue un proyecto muy interesante, de confluencia de distintos sectores del anarquismo argentino en esos años [...] Ese nombre, teníamos gran cariño por esa editorial y ese proyecto. Y que ya no existe además, pensamos que podíamos ocuparlo sin ningún problema [...] Creo que nos dimos cuenta después, o quizá lo teníamos en el inconsciente [...] En términos metafóricos me gusta porque tiene una resonancia moderna en el fondo. Esos nombres así un poco clásicos, que además tienen resonancia metafórica interesante en avanzar desde hoy al futuro. Utópico en ese sentido, va desde hoy y llega a otro lugar. Y en ese

fue armando el proyecto durante los últimos años: “La idea de abrir la librería fue a propósito de la necesidad que sentíamos un grupo de amigos compañeros de crear un espacio donde poder reunirnos. Un espacio donde también otros se pudieran reunir, encontrarse, discutir, articular trabajos políticos que ya estaban andando... pensábamos que una buena idea era arrendar una casa y volverla sustentable a partir de un negocio” (entrevista, Santiago de Chile, 2011). Cuando le pregunté por qué eligieron una librería como negocio, la respuesta señaló un aspecto similar al que habían marcado los Quimantús sobre su proyecto: la falta de una cultura del libro popular y accesible en Chile.

Librería Proyección se parece a muchos de los centros sociales o culturales (algunos okupas, otros no) por los que he pasado en otros sitios del continente: un espacio gestionado colectivamente para proyectos políticos y actividades, por lo general con un café o una librería para generar algún ingreso con el que costear los gastos. El colectivo que fundó Proyección eligió llamar a su centro social como librería por un motivo bien intencional: el de evitar la “cualidad agresiva” y los preconceptos que a veces se asocian a los centros sociales y los espacios activistas: “Nos parecía que lo principal no era tener una identidad, sino aportar. Eso es lo más importante. La identidad se va construyendo colectivamente” (entrevista, Santiago de Chile, 2011).⁸¹ El espacio llamado Librería Proyección, que sería imposible sin el ingreso generado por la librería, es un espacio de encuentro donde convergen diversas experiencias e ideas, y de donde emergen nuevos proyectos. Los libros son fundamentales para lo que sucede allí, pero también son solo una excusa para algo más.

NOS LANZAMOS EN LA CALLE

Además de los dos locales poco convencionales que visité, los libros de Quimantú circulan a través de las mismas “redes salvajes” que los producen: los trabajadores, estudiantes, vecinos y familias cuyas historias de organización y lucha son relatadas en las páginas de muchos de esos libros.

sentido vemos que coincide con la perspectiva política de avanzar hacia lograr cosas en el tiempo de manera real. Y no lanzar ideales inalcanzables, sino trabajar por algo concreto” (entrevista, Santiago de Chile, 2011).

81. Desde entonces, han cambiado el nombre a “Centro Social y Librería Proyección”.

Dentro de la ciudad de Santiago, las ventas día a día ocurren en eventos académicos, culturales y políticos, donde los miembros del colectivo instalan su stand móvil. Las ventas directas, “de mano en mano”, son el principal modo de distribución de Quimantú, y ellos valoran esto no solo porque permite mantener los precios lo más bajo posible sino también porque los pone en contacto con sus consumidores, los lectores. Algunos de sus libros también se venden en quioscos, pero sin las remarcaciones de precio que hacen las librerías. Fuera de Santiago, los libros se mueven por amigos y contactos del colectivo que los llevan a otras partes de Chile cuando viajan: veinte libros aquí, otros diez por allá. Me cuentan que cada tanto reciben pedidos para enviar libros a otros países pero que el costo de envío suele ser al menos el doble (y a veces hasta el cuádruple) del costo del libro en sí mismo, lo que lo vuelve impracticable.

En el corazón del proyecto de Quimantú está el deseo de intervenir no solo en la industria editorial nacional a través de libros accesibles, sino también de intervenir en la política cultural más amplia, enfrentando la privatización de todos los aspectos de la vida social producida por el experimento neoliberal en Chile (Harvey, 2005). En este sentido, el legado del proyecto Quimantú original de principios de los setenta es reactivado de maneras múltiples: al tomar su nombre, el nuevo colectivo se ubica en firme oposición respecto a todo lo que impuso económica, social, cultural y políticamente la dictadura de Pinochet en Chile. Como los pingüinos en 2006 y los estudiantes universitarios en 2011 con sus marchas y ocupaciones multitudinarias de las escuelas públicas, Quimantú concibe la recuperación del espacio público como central a su praxis contestataria. Jugando con la idea de tomar las calles y lanzar libros, llegaron al eslogan “Nos lanzamos en la calle”, un juego de palabras con un doble sentido: “nos lanzamos nosotros mismos en la calle” (como cuando se lanza un libro) y “tomamos las calles”. Luego de muchos años en “la locura” del proyecto Quimantú, decidieron cambiar la estrategia para presentar nuevas publicaciones. En lugar de lanzar los libros de a uno con eventos para cada publicación individual, desarrollaron la idea de “lanzamiento múltiple”, que les permitió organizar eventos más grandes y atraer un espectro mayor de participantes. Desde 2006, Quimantú ha estado organizando un evento anual, donde presenta todos los libros publicados ese año, llamado *Yo me libro*.

Siempre realizados en un espacio público abierto, *Yo me libro* es en parte feria del libro, en parte presentación de libro, en parte fiesta, en parte



Feria del Libro Popular Latinoamericano, Santiago de Chile, 2011.

festival callejero, en parte reunión de movimientos sociales. Cada año hay un nuevo eslogan utilizando el “yo me libro” del nombre, otro juego de palabras, combinando libros con lucha, lanzamiento y liberación: “Si tú te libras, yo me libro”; “Yo me libro... en mi barrio”; “Yo me libro... del bicentenario”, “Yo me libro... con todas sus letras”; “Yo me libro... no tengo elección”. En algunas instancias los eslogans se relacionan a cuestiones de la coyuntura nacional, como el bicentenario o las elecciones, mientras que en otras se expresan más ampliamente respecto a la liberación personal conectada con la de los otros. Lo que se sugiere es que el proceso de liberarse a uno mismo, de liberarse del trauma, la represión y el aislamiento generado por la dictadura y el experimento neoliberal debe enraizarse en la experiencia colectiva. Al tiempo que la feria *Yo me libro* sirve como el evento de lanzamiento oficial de los libros de Quimantú, está organizada por una red más amplia de personas, colectivos, organizaciones y proyectos. Este proceso colaborativo de organización de la feria es una parte importante del objetivo de Quimantú: “Para nosotros el proceso de gestación de la feria es tan importante como el evento mismo” (*El Surco*, 2012).

Luego de casi un década de vida, y después de seis años de hacer *Yo me libro*, el colectivo Quimantú decidió que era tiempo para algo más grande, algo que iría más allá de su editorial y de Chile para movilizar las relaciones que habían estado construyendo por el continente. Durante mi primera visita a Santiago en julio de 2011, me contaron que estaban en el proceso de organización de la primera Feria del Libro Popular

Latinoamericano, a la que le habían puesto “América LeAtina Desde Abajo”. Su deseo con esta feria era no solo crear una feria del libro más grande a través de la organización con otras editoriales y grupos, sino también, y quizá de manera más fundamental, conectar más profundamente con las experiencias de otros latinoamericanos y construir relaciones de solidaridad, intercambio y colaboración. Un miembro del colectivo describió la importancia de estas conexiones en términos de combatir (y curarse de) el aislamiento que viene castigando a Chile desde hace treinta años: “entre los chilenos, entre la gente, hay una necesidad hacia Latinoamérica de conocer otras experiencias, porque nos tienen encerrados... Es muy fuerte el encierro. Si se presenta esa feria de esa manera, cultural, multifacética, de los pueblos latinoamericanos va a ser muy lindo, sano... de mucha sanidad para el pueblo chileno” (entrevista, Santiago de Chile, 2011). Para explicar la aparente falta de movimiento e intercambio entre Chile y Argentina, la gente suele indicar graciosamente la Cordillera de los Andes que marca la frontera oriental, describiéndola como una pared. Pero el modo en que los Quimantús explican el aislamiento apunta a algo mucho más profundo que la mera geografía. Incluso el vocabulario que usan, el encierro, puede significar aislamiento o reclusión (que puede ser voluntaria), pero también confinamiento o encarcelamiento, y es en este último sentido que describen los efectos de la dictadura sobre la sociedad chilena. En este sentido, una parte importante del proceso de sanación es quebrar ese aislamiento.

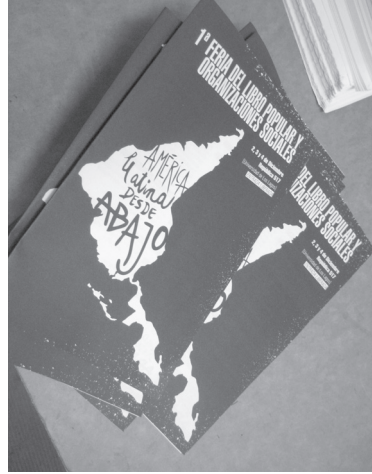
Calle República 517: esta era la dirección para la primera Feria del Libro Popular Latinoamericano en diciembre de 2011. Esta y dos direcciones cercanas, República 550 y República 580, tiene un peso simbólico muy grande en la memoria colectiva del pueblo chileno: las tres fueron centros de detención y tortura. Aun si han pasado por resignificaciones (una se ha vuelto una universidad, otra un centro social ocupado), el legado de Pinochet continúa todavía, veinte años después, infectándolas. La universidad está teñida por las reformas neoliberales en educación y el centro social ocupado fue blanco de una represión estatal que desembocó en su desalojo en 2009. Pero durante la feria, los residentes del barrio República salieron a expresar la alegría de ver sus calles repletas de familias, jóvenes, música, arte y libros. Un vecino explicó que este era el primer evento público en esa calle desde la celebración del Primero de Mayo en 1973. En este sentido, la feria trajo a la vida el eslogan impreso en los afiches: “A la calle no hay quien la calle”. Así como el golpe transformó a Chile de un

momento a otro, la calle República se mantuvo en un silencio impuesto que duró décadas. La feria fue muy bien recibida por los vecinos e incluso por individuos y familiares que habían pasado por 517, 550 o 580 durante la dictadura. Durante los siguientes tres días, la calle resucitó no solo con decenas de stands de venta de libros y de todo tipo de materiales impresos sino también con recitales, desfiles, transmisiones de radio en vivo y un mural colectivo. Elemento clásico de cualquier feria del libro, el programa incluyó una agenda completa de presentaciones de libros, lecturas y mesas redondas. Aun corriendo el riesgo de que se volviera imposible de hacer, todo esto fue hecho en la calle, junto a los stands, la música, la comida, la multitud. Esta singular calle del centro de Santiago demuestra claramente la naturaleza relacional del espacio urbano y las identidades y subjetividades que son forjadas en él (Massey, 2004).

La ética económico-política de Quimantú fue un eje fundamental de la feria, concebida como la “respuesta a la mercantilización del libro que está incorporada en la cultura chilena” (*El Ciudadano*, 2012). Todos los vendedores presentes en la feria hicieron un acuerdo para no vender ningún libro por más de “5 lucas”. Dados los altos precios de los libros en Chile (y en América Latina en general), esta “regla” excluyó automáticamente a un sector de las editoriales “alternativas” o “independientes” que, aunque publican libros “políticos” o incluso títulos similares a los ofrecidos en la feria, no comparten el compromiso de producir libros a bajo costo.

Participé en la feria como parte del contingente de Buenos Aires, donde había estado viviendo los seis meses anteriores, haciendo trabajo de campo. Los Quimantús hicieron un viaje a Argentina unos pocos meses antes de la feria para invitar personalmente a las editoriales y escritores a participar y para establecer contactos más personales con los proyectos con los que esperaban colaborar más frecuentemente. Ya que había estado trabajando en la FLIA de Buenos Aires, ayudé a coordinar su visita, que coincidió con la 18ª FLIA, la “FilosoFLIA”, organizada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Había un gran entusiasmo entre los participantes de la FLIA y sus redes por la feria en Chile, particularmente por las posibilidades de conectar con proyectos compañeros presentes en el continente. Aunque muchos esperaban participar, los gastos de viaje limitaron el número de los que realmente pudieron viajar de Buenos Aires a Santiago. Por tener los medios para viajar, y ningún libro propio para vender allí, viajé como una suerte de FLIA móvil y en miniatura, con libros de media docena

Programa de la primera FERIA del Libro Popular y Organizaciones Sociales en Santiago de Chile.



de editoriales de la FLIA. Vendí 75 de los 80 libros que llevé a Chile: los asistentes compraron rápidamente los libros de la FLIA, entusiasmados por la variedad y el precio de obras que sabían que no conseguirían en ningún otro lado.

Así como los libros de la FLIA entraron en contacto con un público diferente, también se contactaron con otros libros que poblaron la calle República durante los tres días de la Feria. Con estos objetos, que llegaron a la Feria desde distintas partes de Santiago pero también de Argentina, Bolivia, Ecuador, y México, viajaron también en ellos y con ellos diferentes “culturas” del libro. Y, en el proceso, los objetos en sí cambiaron al contactarse unos con otros. El encuentro de esta feria tuvo efectos materiales (se intercambiaron libros, se ampliaron circuitos) así como efectos políticos. Marres y Lezaun escriben sobre el rol de los objetos en dar forma a políticas al explorar “de qué modo los objetos participan en la constitución de sujetos... espacios... o herramientas políticas” (2011: 495). En tanto libros en un mercado, los objetos de la Feria habilitan diversos encuentros e intercambios que enfrentan directa e indirectamente la privatización y fragmentación, que los participantes identifican como los efectos destructivos del neoliberalismo y el capitalismo globalizado. Así como los libros fueron utilizados como una herramienta material capaz de intervenir en el espacio público de la calle República y “en la dinámica de Chile”, del otro lado de la Cordillera de los Andes, la gente que hace la FLIA utilizaba de manera similar los libros para tomar y transformar el espacio urbano.



FilosoFLIA, Buenos Aires, 2011.

LA FERIA INFINITA

Desde su emergencia en 2006, la FLIA ha utilizado a los libros como medios para intervenir y recuperar el espacio público. Los libros que constituyen la feria transmiten experiencias y estrategias de activismo político, mientras que el espacio en sí mismo conforma una red solidaria de bibliófilos activistas de todo tipo en un contexto urbano de privatización y represión creciente.⁸² Luego de las primeras dos fases de mi trabajo de campo en México y Bolivia, y de una breve visita a Chile, llegué a Buenos Aires a mediados de 2011, ansiosa de sumergirme en las prácticas de la FLIA. Apenas instalada en mi nuevo departamento en el barrio de Once de Buenos Aires comencé a enviar mails a los pocos contactos que me habían dado los amigos en México y Bolivia. Unos pocos días después, Facebook me alertó que en dos días tendría lugar una reunión de FLIA-Capital.⁸³ El aviso de la reunión decía: “Este martes a las 20:00 hs. reunión de la FLIA-Capital. Tenemos que decidir dónde la

82. Presidente de Argentina hasta finales de 2019 y antes jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Mauricio Macri es un empresario de derecha al que muchos consideran responsable de la rápida transformación de las dinámicas sociales, económicas y espaciales de la ciudad, evidenciadas en la colocación de rejas en las plazas, el desalojo violento de centros sociales ocupados y el crecimiento de la crisis habitacional.

83. La FLIA de Buenos Aires es llamada FLIA-Capital para referirse específicamente a la FLIA de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y para diferenciarla de las de la provincia de Buenos Aires, hogar de FLIA-Oeste, FLIA-Sur, FLIA-Norte, etc.

hacemos, empezar a definir las comisiones. Siempre es bienvenida gente nueva a trabajar en el colectivo, energías renovadas siempre vienen bien”. El mismo anuncio apareció en el blog de la FLIA, con el agregado de una descripción: “reuniones super archi recontra abiertas”. Las repetidas insistencias sobre la “apertura” y el llamado a nuevos participantes me dejó sin excusas para no ir.

Cuando iba caminando hacia la dirección que había anotado me di cuenta de que la reunión se realizaría en una librería que hacía tiempo que tenía ganas de visitar, luego de haberla visto en las listas de “puntos de distribución” de muchas de las editoriales a las que seguía. Entré a La Libre⁸⁴ y pregunté al chico de veintitantos sentado en el mostrador por la reunión de la FLIA. Me dijo que solo había una persona más y que la reunión comenzaría un poco más tarde. Así que exploré desordenadamente el local, entusiasmada por ver un stock de libros muy diferente al que había encontrado en las decenas de librerías que había visitado sobre la avenida Corrientes, cerca de mi departamento. Cuando la reunión comenzó finalmente en un lugar que parecía combinar cocina, lugar de encuentro y depósito, me presenté al pequeño grupo y alguien inmediatamente me ofreció una cerveza y una descripción: “creo que eso te va a parecer más una reunión de amigos”. Alguien más me preguntó cómo había llegado allí, así que empecé a decirle que había tomado el colectivo 24 pero me interrumpió enseguida con una aclaración: “No, ¿cómo llegaste acá, a la FLIA?”. Relaté mi situación, les conté que había estado siguiendo a la FLIA online, que había visto la llamada a una nueva ronda de reuniones y que esperaba participar como fuese durante los seis meses que estaría en Buenos Aires. Todo el mundo pareció totalmente abierto a mi participación pero daba la impresión de que, a pesar de las invitaciones abiertas a los 15.000 seguidores de la fan page de Facebook, hacía mucho tiempo que alguien nuevo (y completamente desconocido) no iba a una reunión.

La reunión comenzó a tener un poco más de forma cuando empezamos con el tema del día: dónde hacer la FLIA 18, proyectada para un mes y medio más tarde. Surgieron algunas sugerencias, sobre algunos lugares no había escuchado nunca (Parque Brasil, Estación de los Deseos)

84. El nombre me recordó los eslógans de Quimantú que juegan con la idea de *libre/libertad y libros*.

mientras que otros me resultaban nombres familiares (IMPA, Ciudad Universitaria). En la hora y pico que siguió aprendí mucho sobre el modo en que la FLIA trabaja, especialmente sobre su uso del espacio. Cuando los eventos suceden en espacios públicos (un parque, una plaza, una calle) no se piden autorizaciones ni se consiguen permisos. Más bien el lugar es sencillamente “tomado”; los organizadores han aprendido que con 800 o 1.000 personas asistiendo y entre 100 y 200 stands montados (la mayoría, no todos, vendiendo libros), cualquier esfuerzo policial por desalojar la feria sería esencialmente fútil. En su experiencia, la FLIA tiene la masa crítica para ocupar un espacio público. Los eventos son anunciados con semanas de anticipación, con horarios, fechas y sitios indicados. Pero la respuesta de la policía y los funcionarios municipales, si es que hay alguna, es simbólica y la FLIA es tolerada (aunque con alguna resistencia, últimamente en aumento). El otro tipo de sitios donde tiene lugar la FLIA, me dicen, son espacios gestionados por una organización o movimiento. En estos casos, la asamblea de la FLIA presenta una propuesta para hacer la feria allí. Generalmente, la respuesta es positiva, puesto que la FLIA es una iniciativa respetada y sirve como una manera de atraer mayor atención y apoyo a los proyectos o grupos anfitriones. Me quedé pensando que el movimiento de la FLIA a través de diferentes locaciones tiene que ver tanto con un esfuerzo horizontal, abierto y descentralizado para traer una cultura alternativa del libro a diversos espacios como con la articulación de la FLIA con distintos proyectos económicos, culturales y políticos de la ciudad.

A pesar de mi silencio, la conversación osciló entre una discusión sobre de la feria y comentarios dirigidos a mí, explicándome cómo funcionan las cosas, compartiendo anécdotas de la historia de la FLIA y la historia política reciente de Buenos Aires. Me contaron que existen muy pocas “reglas” de la FLIA. La organización es abierta y horizontal, inspirándose en el modelo asambleario que se había vuelto casi sentido común en Buenos Aires desde 2001 (Sitrin, 2005). La FLIA siempre es gratis para vendedores y públicos. Y no se organiza una FLIA el mismo día en que otra FLIA está teniendo lugar, ya que muchos vendedores viajan para participar en las FLIAs del país, e incluso más allá, como Uruguay o Brasil. Además de la FLIA 18 se habló de hacer una FLIA más antes de fin de año. Con el décimo aniversario de la rebelión popular del 19 y 20 diciembre de 2001 acercándose, miembros de la FLIA expresaron el deseo y la responsabilidad de participar en dicho aniversario. Antes

de que nos fuéramos, uno de los participantes me remarcó: “Aunque empieza en 2006, la FLIA es un producto del 2001”.⁸⁵

“LA FLIA SE PARECE A LO QUE SOÑÉ, A LO QUE MUCHOS SOÑARON”

En 2011, justo cuando yo estaba llegando a Buenos Aires, se lanzó un documental sobre la FLIA. Cuando lo vi, accedí a más detalles de la historia que me había sido contada de forma improvisada en mi primera asamblea de FLIA. Titulado *Los subterráneos: Voces e historias de la FLIA*, este cortometraje fue hecho por el documentalista y escritor de Buenos Aires Tomás Larrinaga, del colectivo Anarkocinema. Aludiendo a *Los subterráneos*, la novela corta de Jack Keoruc de 1958 situada en la San Francisco de los años cincuenta, el director sugiere un paralelo entre la cualidad bohemia de la FLIA y la escena beat.⁸⁶ Esta referencia elegida vincula a la FLIA con otra época, aun si tal como afirman los participantes del film, la FLIA es un fenómeno bien del siglo XXI: tiene raíces silvestres que la articulan discursiva y materialmente a momentos previos de las políticas culturales alternativas en Argentina y otros sitios pero no hay nada nostálgico en la FLIA. Es descripta como “un producto del 2001”, pero la forma que toma a medida que crece es incierta: las raíces silvestres generan un crecimiento silvestre.

Compuesto exclusivamente de entrevistas y registros de una serie de FLIAs y espacios afines en Buenos Aires, *Los subterráneos* ofrece quizá la historia más comprehensiva de la FLIA. Podría sonar irónico que la historia de una feria del libro esté mejor documentada en una película y no en un medio impreso ya que, después de todo, este es el médium privilegiado del evento. Pero lo que la eficacia de la forma de video indica es la primacía en la FLIA de las prácticas cara-a-cara y los espacios físicos, y no meramente las palabras y las ideas. La FLIA está hecha de mucho más que de libros, y el documental lo muestra a través de los relatos directos de quienes hacen a este movimiento, hablando desde los

85. La investigadora Daniela Szpilbarg afirma esta conexión con el 2001 en su ensayo de 2015 sobre editoriales asociadas con la FLIA.

86. Por ejemplo: las estrategias alternativas de producción y distribución de los beats; escritores que son editores que publican que distribuyen; la experiencia urbana de publicar; el uso público del espacio, etc.

diferentes lugares que, de un modo u otro, contribuyen a hacer la FLIA. Entre ellos, el Sexto Kultural, lugar de la primera FLIA; la Federación Libertaria Argentina, donde uno de los participantes comenta sobre las innegables influencias de la vibrante tradición anarquista argentina sobre la FLIA; el Centro Cultural Pachamama, que aloja al Slam de poesía de Buenos Aires y es una suerte de foco permanente para la itinerante escena de la FLIA; y los diferentes blogs de la FLIA. Este último espacio, un “espacio virtual”, es clave para una cualidad definitoria de la FLIA: no es una sola FLIA sino más bien la *FLIA infinita*. Tal como remarca uno de los participantes entrevistados: “La FLIA sin Internet me parece un fenómeno más difícil de crear... los mails, los blogs, las páginas, el Face también forman parte de la FLIA” (Larrinaga, 2010). Es este revoltijo de comunicación descentralizada (listas de correo enormes, blogs con muchos administradores, cuentas en redes sociales con contraseñas conocidas por muchos y calendarios gestionados colectivamente) lo que hace múltiple a la FLIA.

La infinitud de la FLIA se encuentra también en su nombre: Feria del Libro Independiente y (A)... Así suele ser escrito. La A, escrita (A), que evoca la A anarquista con el círculo y suele aparecer en la comunicación online, está disponible para muchas de las posibles palabras que podrían ser usadas para describir a la FLIA. Las más comunes son: *alternativa, autónoma, autogestiva, amiga, amorosa*. Javito, poeta y músico de la FLIA, dice: “En la primera feria no se llamaba FLIA, se llamaba Feria del Libro Independiente a secas, y después se le agregó la A, y hasta el día de hoy se sigue discutiendo e interpretando y cada uno pone lo que quiere” (Larrinaga, 2010). De esta manera, el propio nombre de la FLIA transporta algo de lo que sus prácticas muestran: es abierta y está cambiando continuamente. Otra participante, la escritora y editora Dafne Mociulsky, describe la FLIA con un lenguaje que también sugiere multiplicidad: “La FLIA se parece a lo que soñé, a lo que muchos soñaron” (Larrinaga, 2010). Esta idea habla tanto de un sueño compartido como de la pluralidad de visiones.⁸⁷

El documental ofrece diversas narraciones sobre los inicios de la FLIA, la mayoría de las cuales se remontan a la Contraferia organizada justo afuera de la Feria Internacional de Libros (FIL) oficial organizada

87. Todo esto recuerda el llamado zapatista a “convidar un sueño” (EZLN 1996).

todos los años en La Rural de Buenos Aires, un centro de exposiciones ubicado en las proximidades de Plaza Italia, en el lujoso barrio de Palermo. La FIL, la feria más grande de América Latina, cobra entrada (como la mayoría de las grandes ferias) y las altas tarifas a expositores son impagables para las editoriales chicas y los autores independientes. En 1998, protestando por sus precios, un grupo de editores y escritores se unió para organizar la primera “Contraferia” como una alternativa a la feria oficial. El prólogo al libro producido in situ en la primera FLIA en 2006 relata la transición de la Contraferia a la FLIA:

El comienzo fue continuidad, en este caso de la contraferia del libro que organizaban unos locos lindos allá por el año 98 y que megáfono en mano, libros en piso, corazón en su lugar, se presentaban frente al predio municipal de exposiciones [...] De ahí en más comenzamos a charlar y decidimos que NO íbamos a hacer una contraferia, que estábamos para la propia feria, para la feria del libro independiente. Una feria del libro independiente es un espacio donde un montón de nosotros que escribimos o difundimos ideas podemos hacerlo al margen de las limitaciones que el sistema/mercado nos imponen. (FLIA, 2006: 6)

La primera FLIA fue organizada en mayo de 2006 con el eslogan “por el libre y gratuito acceso a la cultura”, justamente lo que la FIL no otorgaba. Con el cambio de Contraferia a FLIA, también cambió el ímpetu político: la prioridad ya no fue intervenir o reformar el sistema existente (FIL) sino más bien inventar algo completamente nuevo y diferente: un espacio alternativo de encuentro operando con una lógica diferente de venta de libros.

El libro de la primera FLIA, fuente del texto citado más arriba, fue escrito *en la feria*. Uno de los stands tenía una laptop disponible para quien quisiera detenerse a escribir algo, un poema, un relato, una canción. El prólogo describe el proceso llamándolo “edición en vivo”: “otros locos lindos improvisaron una imprenta en vivo. La compu estaba prendida, se acercaban, escribían un texto, un poema, algo... y se fueron sumando los escritos. Así fue que quedó esta antología poética increíble, que acá les presentamos” (FLIA, 2006: 8). “El libro de la FLIA”, que fue inventado en la primera feria, se repitió en las ferias siguientes. El libro de la FLIA es una extensión de otro importante proyecto que antecede a la FLIA: El Asunto.

“NO PUEDE DESTRUIRSE PORQUE NO EXISTE”

En 2001, uno de los escritores que luego ayudarían a organizar las primeras FLIAs comenzó a compilar un catálogo y una biblioteca de libros “independientes” producidos en Argentina: lo llamó “El Asunto”. Un cuadernillo impreso acompañado por un sitio web, el “Catálogo de Libros Independientes” incluye un amplio espectro de libros (poesía, historia, arte, cuentos, novelas, ensayos, política) y es descripto como una contribución al debate sobre “el libro independiente”. El sitio web presenta la versión más actualizada del catálogo pero también incluye una página sobre el “catálogo en papel” que lleva como subtítulo “página de otra época”, aunque si el último catálogo impreso fue hecho en 2010, difícilmente sea “otra época”. Hay un resumen para cada edición del catálogo impreso, que incluye el escaneo de la tapa, la fecha de su publicación (y la FLIA respectiva en la que apareció), y una descripción general de los contenidos (cantidad de libros y desglose cuantitativo por género). La importancia de la versión impresa se sugiere repetidamente tanto en el sitio web como en la descripción del catálogo. A partir de la quinta edición, la entrada incluye una descripción del objeto físico: “empieza a salir con número, se agrega una doble hoja, ahora son 12 páginas de 9 x 11 cm”. La séptima edición es descripta como sigue: “Se realiza íntegramente en una impresora casera. 48 páginas encuadernadas artesanalmente, sí, sí, pegadas con un pequeño lomo y tapa de 150 gr” (“El Asunto”). La última página de la sección dedicada al catálogo impreso relata los orígenes y la evolución del catálogo tanto en términos materiales como políticos. Que el proyecto haya empezado en 2001 es significativo; se lo describe como la construcción colectiva de algo a partir de nada a través del intercambio: “La idea es que no solo seamos vidriera sino que también vendamos y que entre todos hagamos una construcción desde la nada, a través del canje” (“El Asunto”). El objetivo no es solo hacer visible lo que ya existe sino también hacer algo nuevo, colectivamente. El Asunto es, simultáneamente, un listado sistemático y una herramienta de mercado. Pero los productos incluidos en el catálogo no son objetos estáticos meramente agrupados unos junto a otros. En tanto proyecto, El Asunto es también un encuentro de “libros independientes”, tal la expresión utilizada para describir la amplia variedad de publicaciones reunidas en el catálogo. Este encuentro ocupa una variedad de sitios físicos, incluyendo su catálogo impreso y el sitio web, así como los diversos espacios de la FLIA.

Semanas antes de dejar Buenos Aires, pasé una tarde en el taller y archivo de El Asunto, ubicado en una pequeña habitación a unas pocas cuadras de Plaza Almagro, con uno de sus fundadores, Pablo Strucchi. Mientras observaba la habitación intentando aprehender todos los colores y texturas que llenaban ese espacio abarrotado, mis ojos se detuvieron de golpe. Un cartel de madera y pintado a mano está apoyado contra una mesa. Su diseño extravagante presenta figuras y espirales multicolores con el sitio web de El Asunto escrito en gran tamaño y otros dos fragmentos de textos. El primero dice “El Asunto es incorruptible porque no tiene integrantes”. El segundo dice “El Asunto no puede destruirse porque no existe”. Similares afirmaciones paradójicas aparecen en otros materiales de El Asunto, como un póster que ví pegado a la pared. Esto me recuerda los eslogans contradictorios del zapatismo, con sus armas que desean estar en silencio y su noción de mandar obedeciendo. Reviso detalladamente las carpetas y pilas de propaganda de El Asunto y la FLIA, almacenadas en decenas de cajas y cajones que conforman su archivo. El espacio es caótico y, a la vez, está ordenado, y Pablo parece saber, más o menos, dónde está todo. Estantes empotrados han sido señalizados con pedazos de cartón que indican secciones ordenadas por género y orden alfabético: poesía, novelas, ensayos, arte, etc. Las mesas están cubiertas con las herramientas y provisiones que mantienen activo este proyecto: retazos de papel, bolígrafos, pilas de libros y cuadernillos, pegamento, tijeras, hilo y agujas, viejas botellas de agua y cerveza, paquetes de yerba mate, tabaco.

Observé una caja hecha a mano con cuadernillos, marcadores y volantes de diferentes formas y tamaños amontonados en los diversos compartimentos construidos dentro de aquella. Esta caja está hecha de madera terciada lisa, sin pintar y unida con pegamento. He visto cajas similares en las librerías, cafés y centros culturales esparcidos por la ciudad, aunque esas otras están pintadas de colores brillantes y tienen un panel adicional que funciona como fondo. La caja aquí en el taller es un modelo aún no terminado para DistriBULLA La Cajita: “un proyecto que nace en 2008 con la idea de unir a artistas, escritores y lugares a través de una cajita, intervenida por un artista, que contiene libros de escritores independientes” (“Agenda El Asunto”). Con un juego de palabras que conecta “distribuir” y “hacer bulla”, DistriBULLA La Cajita es “la pata distribuidora de la editorial cooperativa El Asunto”. El Asunto, descripto aquí como “editorial cooperativa” es también muchas otras cosas: un



Taller, Buenos Aires, 2011.

catálogo, un archivo, un taller y un proyecto de distribución. Entre los materiales que encontré en las Cajitas repartidas por la ciudad hay publicaciones coeditadas que reúnen en un solo libro a una multiplicidad de editoriales gestionadas colectivamente. Algunos son trabajos de ficción o poesía, otros son traducciones o ediciones nuevas de obras de teoría o análisis político. Y muchos, aunque no todos, llevan el logo de El Asunto (escrito siempre “el asunto(”, con los paréntesis invertidos sugiriendo su falta de límites), a veces junto a uno y a veces junto a una decena de otros logos de editoriales independientes locales. Estas publicaciones, como La Cajita en sí misma, son otro sitio físico para el encuentro, facilitado

por El Asunto. Interrumpen la lógica habitual de publicación (uno, o no más de dos, editores involucrados en un cierto proyecto) así como el acercamiento comercial a la distribución. En lugar de moverse a través de las redes de distribución comercial (distribuidores, librerías, etc.) se mueven a través de La Cajita, ventas cara-a-cara o eventos como la FLIA. De esta manera, aun si se los ve en librerías (generalmente alojados en La Cajita), evitan las formalidades (registro de ISBN, copyright) y gastos (remarcación en los precios, tarifas por distribución) que con frecuencia actúan como barreras que obstaculizan el ingreso de las obras y editores y autores independientes a esos espacios más formales. DistriBULLA La Cajita es lo que su nombre sugiere: como las muchas y variadas FLIAs, los tianguis de México o el Yo me libro chileno, es un minimercado informal de libro que temporalmente ocupa un espacio; en este caso, menos de 60 cm² sobre una mesa o un mostrador en un sitio permanente.

“VOS SO(MO)S LA FLIA”

Unesco nombró a la ciudad de Buenos Aires —desde hace mucho tiempo un foco de la edición independiente y mainstream en América Latina— la “Capital Mundial del Libro 2011”, convirtiéndola durante dieciséis meses en un sitio de actividades especiales apuntadas a resaltar su importancia para la cultura y la industria del libro. Las famosas librerías de la ciudad, que parecen brotar por decenas en cada barrio, mostraban todas el logo de la Unesco en forma de stickers en sus puertas, y el conservador jefe de Gobierno (luego presidente) Mauricio Macri hizo una declaración pública a comienzos de 2011 llamando a apoyar todas las actividades relacionadas con la cultura del libro hasta abril de 2012. En los últimos años, el gobierno de la ciudad de Buenos Aires se ha erigido como un enemigo declarado de los pobres y la izquierda al implementar políticas represivas que han llevado al desalojo de muchos espacios recuperados durante la rebelión de 2001 y a la criminalización del sector de la economía informal en todas sus expresiones. En una movida similar a ciertas políticas recientes en México DF, Macri declaró una “guerra a los vendedores ambulantes” a finales de 2011, poniendo en guardia a cientos de miles de vendedores ambulantes (desde comida hasta artesanías). Justo cuando la nueva política entró en acción, la FLIA estaba organizando su decimonovena feria, sin ningún tipo de contacto con el programa de eventos de la Capital Mundial del Libro.

En esta ocasión, la asamblea de la FLIA trabajó con el Movimiento Popular La Dignidad (MPLD) para ocupar la calle Bonpland durante la semana anterior al décimo aniversario de los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001. Bonpland, llamativamente, es una calle arbolada en la zona exclusiva de Palermo. Así como en casi cualquier otro barrio de Buenos Aires, Palermo también fue el lugar de una asamblea barrial en la rebelión de diciembre de 2001. Dicha asamblea sucedía en la calle Bonpland, y durante una década el espacio sostenido por la asamblea ha cambiado múltiples veces de manos y forma. Hoy el edificio principal de Bonpland 1660 aloja un espacio de mercado para la “economía solidaria” (ahora bajo los auspicios de una secretaría de gobierno dedicada a estos temas), y en la parte de atrás hay una cocina comunitaria y tres proyectos culturales independientes: “Yo no fui” (un proyecto de literatura con mujeres encarceladas y recién liberadas), el Centro Cultural Bonpland y En Movimiento TV (el proyecto de video del Movimiento Popular La Dignidad).

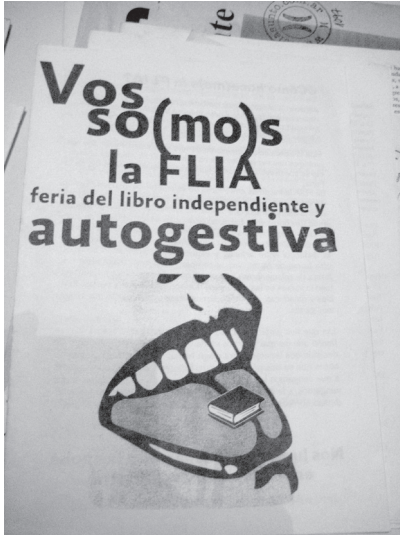
Que la FLIA ocupara la calle frente a estos espacios justo unos días antes del décimo aniversario de diciembre de 2001 refleja en gran medida las tensiones y contradicciones en la relación entre los movimientos autónomos y el estado local de la ciudad de Buenos Aires. Durante el primer día de la FLIA 19, decenas de productores y vendedores de libros llegaron hasta Bonpland a la mañana con sus cajas y maletas de libros, alineándose a lo largo de la acera y listos para realizar un movimiento apenas coordinado para tomar la calle y bloquear el tráfico. Una vez que decidimos colectivamente que teníamos la masa crítica necesaria para ocupar exitosamente la cuadra, bajamos a la calle con nuestros brazos cargados de libros, arrastrando mesas improvisadas y caballetes. Habíamos distribuido y pegado afiches la semana anterior avisándoles a los vecinos que no estacionaran sus autos en esa cuadra a lo largo de la semana, pero algunos autos permanecieron allí. Se volvieron parte de la arquitectura de la improvisada feria callejera; el vecindario, literalmente, se volvió parte de la FLIA. En cuestión de horas la mayoría de las calles estaban llenas de stands, con una tercera línea emergiendo lentamente en el medio de las otras dos. Se utilizaron contenedores de basura para bloquear uno de los extremos de la calle y un célebre auto artístico (el Arma de Instrucción Masiva: una vieja pick-up refaccionada para parecerse a un tanque hecho de libros) llegó, sirviendo como barrera para el otro extremo de la calle. Como se esperaba, una patrulla arribó poco



Arma de instrucción masiva, en la FLIA Buenos Aires, 2011.

después, un gesto más de amenaza rutinaria que de efectiva interrupción. La única infracción mencionada fue “obstrucción de la vía pública”, nada sobre “venta ilegal”. Cuando la policía pidió conocer a “quien estaba a cargo” para redactar un acta, la respuesta colectiva fue simultáneamente “nadie” y “todos”. Así, los participantes volvieron a confirmar que la FLIA *no* es una organización sino una asamblea abierta sin líderes designados.

Algunos de los libros en la FLIA son crónicas directas de las sociedades en movimiento en Buenos Aires y en el continente: por ejemplo, los que cubren la tambaleante mesa de La Periférica Distribuidora, un proyecto hermano de Tinta Limón y el Colectivo Situaciones. Mientras que otros, como la poesía y la ficción vendidas por los propios autores, narran ocurrencias mundanas como una reflexión de los imaginarios de la gente común que hace a estas sociedades. Lo que conecta este espectro de libros (algunos cosidos a mano con tapas impresas en computadoras, algunos pegados a las apuradas con papel reciclado, otros, como los títulos de Tinta Limón, impresos en imprentas comerciales) son las relaciones siempre cambiantes y dinámicas a través de las cuales esas ideas se vuelven textos y los textos se vuelven objetos. En su análisis de la FLIA, la socióloga y editora Marilina Winik discute los modos en que esta feria refleja “la fusión entre la metodología de las redes con la



Programa de la FLIA Buenos Aires.

necesidad territorial del encuentro” (Winik, 2010: 145). Las redes en juego en la FLIA, y más ampliamente en el libro orgánico, son simultáneamente territoriales y están “globalmente” conectadas, recordando la definición de Osterweil de “globalismos situados”. Las redes de lectores, activistas, escritores, artistas y movimientos que hace la feria se apuntalan en la espacialidad producida por los libros. Sin este espacio, las relaciones que componen estas redes resultan efímeras e invisibles. En dicho espacio, la “materialización de esos colectivos sociales” (Hull, 2003) adquiere mayor dimensión. Esas relaciones materiales no solo están en los libros tomados individualmente sino que también se hacen visibles y tangibles en los espacios donde los libros se encuentran —y se hacen— unos a otros, al colocarse uno al lado del otro sobre una mesa improvisada o sobre una tela en la vereda. Hay una particular espacialidad producida por los libros, que se extiende más allá del efímero momento de la feria o del encuentro gracias al movimiento de aquellos.

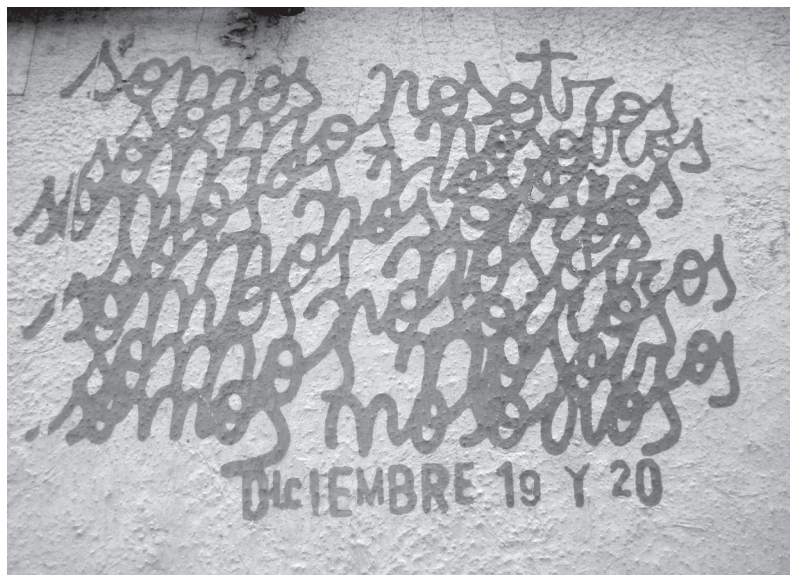
En este sentido, muchos de los espacios que hacen los libros se vuelven otro “vehículo para navegar la política”, tales las palabras que uno de los fundadores de la editorial Herramienta en Argentina utiliza para describir una función clave de los libros (entrevista, Buenos Aires, 2011). En tanto objetos, los libros se vuelven cosas que hacen relaciones y a través de las cuales podemos ver y mapear las redes (D. Miller, 1995; Strathern, 2004). Los libros que hacen esos espacios son, a su vez, rehechos por

ellos puesto que, a pesar de su aparente fijeza en tanto objetos, los libros cambian cuando los leemos, los tocamos, los movemos, los reacomodamos (Elía, 2008). Las redes multidimensionales de productores de libros se conectan en los espacios que los propios libros producen, como los mercados en los que circulan. El carácter mutante de los libros se vincula directamente con su heterogeneidad: tal como reveló el capítulo anterior, nunca se hace dos veces el mismo libro. Cada libro es múltiple al crear relaciones que cambian continuamente, un rasgo que el escritor boliviano Oscar Vega Camacho describe como el “devenir” continuo del libro. Esto no quiere decir que todo libro tenga dicha cualidad, pero los libros orgánicos están hechos en procesos articulados intencionalmente a los que los textos, en cierto sentido, describen.

La FLIA crea zonas temporalmente autónomas (Bey, 1991) que recuperan espacios previamente ocupados o superpuestos a otros proyectos autónomos. Cuando la FLIA tomó la calle Bonpland contribuyó al palimpsesto de un espacio primero recuperado por la Asamblea de Palermo y luego por el Movimiento Popular La Dignidad, entre otros actores. Las paredes del callejón están literalmente cubiertas con capas de posters y grafitis ajados, rastros de diferentes momentos de la historia del espacio. En su discusión sobre los movimientos de trabajadores desocupados (MTD-Movimiento de Trabajadores Desocupados) en Buenos Aires desde 2001, Liz Mason-Deese resalta las transformaciones en las formas territoriales de organización: “El barrio es la nueva fábrica’ fue uno de los eslogans principales de los MTD y de otras organizaciones de desempleados. Dicho eslogan transporta un doble significado: la producción ya no está centrada en la fábrica sino dispersa a lo largo y ancho del territorio y, paralelamente, la organización del trabajo debe también esparcirse por el territorio” (2012). Lo que conecta las luchas centradas en el lugar de trabajo con los movimientos basados en los barrios “que buscan gestionar colectivamente la mayor cantidad posible de aspectos de la vida diaria” (Mason-Deese, 2012) es el énfasis común en la producción de diferentes tipos de espacio en los cuales emergen diferentes tipos de relaciones sociales. La FLIA, como tan bien ha señalado Marilina Winik, conecta estas formas territoriales de organización y encuentro con los esfuerzos por construir y ampliar las redes que atraviesan los territorios.

Un póster con el que me crucé en el archivo de El Asunto dice: “Vos so(mo)s la FLIA”. Inmediatamente recordé el eslogan zapatista “Detrás de nosotros, estamos ustedes”. La identidad colectiva y cambiante de la

FLIA se vehiculiza en ese juego de palabras que hace colapsar el nosotros/ tú: todos hacen la FLIA, todos somos la FLIA. La FLIA y otros mercados de libros orgánicos por los que he transitado en este capítulo son sitios donde la espacialidad del encuentro se combina con el intercambio material que el modo del tianguis facilita. Así como el libro hace espacio en lugares físicos (cuando los stands transforman la calle, por ejemplo), también es una cosa que hace que las relaciones de ese espacio viajen y se muevan a otros lugares. El carácter reticular del libro orgánico es, simultáneamente, interno y externo: el libro, al ser hecho, crea relaciones, pero también se abre a sí mismo al encontrarse con otros libros, otros actores, otros espacios. Los libros orgánicos elaboran un encuentro permanente que siempre está en movimiento: en sus páginas, al interior de sus tapas, y en el espacio que existe entre un libro y otro se producen relaciones e intercambios.



Somos nosotros, stencil, Buenos Aires.

Epílogo

Las ideas recorren, como ríos, de sur a norte...

Silvia Rivera Cusicanqui, 2010

EL LIBRO ORGÁNICO VIAJA AL NORTE

¿Qué sucede cuando los libros orgánicos viajan más lejos de lo que pueden hacerlo los actores que los fabrican y distribuyen? ¿Qué sucede cuando se mueven más allá de las redes de “las sociedades en movimiento” que zigzaguean por el continente? Y, más específicamente, ¿qué sucede cuando estas ideas viajan al norte, atravesando barreras nacionales, lingüísticas, culturales, económicas e incluso epistemológicas?

A principios de 2012, poco después de cerrar la última fase de mi trabajo de campo, asistí a la Feria del Libro Anarquista de Nueva York, organizada en una vieja iglesia en Washington Square Park. Las ferias anarquistas de libros son la forma más parecida que encontré en Estados Unidos a las culturas alternativas del libro de América Latina que acompañé en este proyecto. Estaba ansiosa por volver a encontrarme con este mundo de libros, en parte por nostalgia de mis experiencias recientes. Pero también porque quería regresar a este medio (una zona familiar de mi vida político-intelectual en Estados Unidos) para considerar de qué maneras los tipos de prácticas que había rastreado en América Latina tenían o no tenían lugar, o siquiera si eran posibles, aquí en el Norte. Mientras caminaba alrededor de los semicírculos concéntricos de mesas cubiertas con libros, fanzines y todo tipo de material impreso, recordé la escasez relativa de editoriales políticas activistas en Estados Unidos, y el tono claramente más individualista del anarquismo de este lado del Río Bravo. A mitad de mi paseo por el espacio me detuve para revisar lo que ofrecía AK Press, cuyo depósito está cerca de mi (por entonces) hogar en Oakland. Allí detecté un libro que casi saltó sobre mí, por ser el vínculo más directo entre las ferias y los mundos de libros que había dejado atrás cuando volví a “casa” luego de hacer mi trabajo de campo: *Dispersar el poder*, de Raúl Zibechi. Este es

el libro que me acompañó en espíritu y cuerpo impreso mientras iba de lugar en lugar durante mi trabajo de campo. Sus ideas viajaban conmigo, ayudándome a dar sentido a las prácticas que observaba. También parecía estar en todos los lugares por donde pasaba, con una (o a veces más) de sus muchas y distintas ediciones exhibidas en librerías, ferias, bibliotecas, hogares y talleres de cada una de las ciudades que visité. Y ahora estaba aquí, también, una vez más. Pero no era el mismo libro. Mucho había cambiado. Para empezar, este era una traducción al inglés, el producto de una colaboración entre un irlandés exiliado en Chiapas y una importante editorial anarquista de Estados Unidos. Parecía estar a mundos de distancia de la primera edición, que describí en el capítulo dos, con sus páginas de papel prensa y sus correcciones manuscritas.

La edición en inglés de *Dispersing Power* tiene dos prólogos, incluido uno que viene de la edición en alemán. Ambos se dirigen a públicos que parecen, o se sienten, distantes de los mundos que describe Zibechi. El primero de aquellos prólogos, escrito por Benjamin Dangl, cierra con estas palabras: “Con la publicación de *Dispersing Power* en inglés este nuevo mundo se ha expandido” (2010: xii). El segundo, escrito por John Holloway, comienza con esta afirmación: “Si piensas que Bolivia es un país lejano, olvídate. Ni te preocupes por leer este libro. Mejor dáselo a un amigo. Este es un libro sobre ti. Sobre tus esperanzas y tus miedos, sobre la posibilidad de vivir, incluso de sobrevivir” (Holloway, 2010b: xv). Así Holloway transmite la cualidad articuladora del libro: es sobre y está hecho por ti, por nosotros, por ellos.

El libro orgánico, con su reorientación de la teoría y la política, abre la posibilidad de subvertir el tipo de relaciones de conocimiento entre Norte/Sur que han sido tan persuasivamente criticadas en los estudios subalternos y poscoloniales. Estos libros, y las redes de movimientos, personas e ideas de las que aquellos emergen y a las que producen, crean, al desplazarse, un mapa geopolítico del conocimiento muy diferente: desafían directamente la “ignorancia asimétrica” que gobierna la producción y flujo de conocimiento entre el Norte y el Sur (Chakrabarty, 2000). Los libros orgánicos, especialmente cuando son traducidos para viajar del Sur al Norte, subvierten esta “asimetría”: las ideas, los conceptos y las prácticas producidas en el Sur ingresan a conversaciones simétricas en diferentes partes del mundo.

En su prólogo, Holloway cuenta que Zibechi, un periodista uruguayo, “fue a Bolivia para aprender” (2010b: xv). No es un indígena boliviano,

no es un protagonista de la historia que relata en sus análisis: su libro es el producto de relaciones y diálogos que cruzan territorios. De esta manera, libros como el suyo ofrecen un doble lente para observar la reorientación de las relaciones de conocimiento que, potencialmente, subvierten, o al menos hacen visibles, las asimetrías neocoloniales que persisten tanto dentro de América Latina como entre el Norte y el Sur. Lo que está en juego no es una simple inversión sino más bien un *desordenamiento* de las jerarquías.

La siguiente vez que encontré la edición en inglés de *Dispersar el poder* fue en el programa de un curso de grado dado en Antropología en mi universidad. A pesar de su aparición en la feria del libro en Nueva York y de su distribución por una editorial relativamente “alternativa”, este libro, y otros como él —obras teóricas que desde el Sur se abren paso al Norte a través de traducciones— son leídos fundamentalmente por académicos y estudiantes. No hay ninguna expectativa romántica de que el libro de Zibechi sea comprado y leído por los inmigrantes bolivianos que viven en ciertas partes de Virginia, o que los indígenas refugiados económicos del sur de México viviendo en el condado de San Diego o en el Bronx sean el público para los libros del Subcomandante Marcos que también se venden en esa feria de libros en Nueva York.

Con la publicación, en 2014, de la primera edición en inglés de *Los ritmos del Pachakuti*, de Raquel Gutiérrez Aguilar, las dinámicas de viajes Sur-Norte de los libros orgánicos se han vuelto más evidentes. El editor de *The Rhythms of Pachakuti* no era AK Press ni tampoco alguna de las otras editoriales que vendían sus libros en la feria de Nueva York, sino Duke University Press. Duke es, probablemente, una de las editoriales universitarias más importantes para lo que concierne a trabajos sobre América Latina y está ubicada entre las diez universidades privadas más importantes de Estados Unidos. Es difícil imaginar una editorial más de “élite” para la primera obra en inglés de Gutiérrez Aguilar. Pero las relaciones que hacen este libro en el Norte están compuestas por actores que aparecen en múltiples mapas de prácticas de conocimiento. Los circuitos en los que participan, y a los que dan forma, no se limitan a sus localizaciones institucionales en la academia estadounidense.⁸⁸

88. Los editores de las colecciones, Arturo Escobar y Dianne Rocheleau, son reconocidos teóricos de las economías alternativas y las ecologías del conocimiento y la

The Rhythms of Pachakuti no es solo un libro hecho por y para los académicos estadounidenses, es también un conjunto de relaciones que conectan personas, ideas, movimientos, historias y experiencias. Y como objeto permite a esas relaciones viajar de diferentes maneras.

EL CRUCE DE FRONTERA DEL LIBRO ORGÁNICO

A finales de julio de 2011 acababa de llegar a lo que sería mi último sitio de trabajo de campo: Buenos Aires. Nunca había estado tan al sur antes, y el frío del invierno austral era un recordatorio de cuán lejos estaba de mi hogar en California y de los compañerxs en México, con quienes había comenzado mi trabajo de campo. Cuando abrí mi email encontré muchos mensajes de México DF que comenzaban a coordinar una respuesta en solidaridad con Raquel Gutiérrez Aguilar, que acababa de sufrir lo que definió como “agravios y amenazas del gobierno gringo” en el título de una carta abierta que había difundido inmediatamente. Allí Gutiérrez Aguilar describe su experiencia: “Anoche tomé un avión para ir a Italia. Tenía que llegar a la Toscana a encontrarme con amigos y compañeros para compartir con ellos experiencias de luchas en América Latina. No pude llegar a mi destino porque al gobierno gringo se le ocurrió que yo no tenía derecho a pasar ya no digamos por su territorio, sino tampoco por su ‘espacio aéreo’” (Gutiérrez Aguilar, 2011). La carta, que continuaba dando detalles de lo que había ocurrido, circuló ampliamente y fue tomada por sitios de noticias como *The Guardian* y *Democracy Now!* Gutiérrez Aguilar fue encarcelada a comienzos de los años noventa en Bolivia, pero desde 2007 ha sido liberada de los cargos en su contra; concluyeron varios que su lugar en la lista negra secreta que le impidió cruzar el espacio aéreo estadounidense se “basa en [sus] ideas más que en [sus] acciones” (Identity Project, 2011).

Gutiérrez Aguilar no puede viajar a 10.000 metros por encima de Estados Unidos, y mucho menos por suelo controlado por Estados

política, y críticos del imperialismo de la academia estadounidense. El autor del prólogo, Sinclair Thomson, es un viejo compañero de muchos de los protagonistas de *The Rhythms of Pachakuti*, relaciones forjadas durante muchos años de viajes frecuentes a Bolivia. Los reseñadores mencionados en la contratapa, Michael Hardt y Charles Hale, tienen facilitados, de diversos modos, muchos diálogos transnacionales con intelectuales orgánicos y activistas del Sur como Gutiérrez Aguilar o el Colectivo Situaciones.

Unidos, pero sus ideas indudablemente sí pueden, y con la traducción de *Pachakuti* en 2014 vemos su movimiento a través de circuitos materiales en gran medida institucionales y formales. En el Prólogo, Sinclair Thomson escribe: "...para los lectores en lengua inglesa, no es solo el caso boliviano que merece ser estudiado y comprendido sino también el propio pensamiento político de Gutiérrez Aguilar" (2014: xii). Continúa diciendo que su libro "merece figurar como un texto clave en la literatura internacional de la política radical y emancipatoria del nuevo siglo" (2014: xvii). La contribución de este libro, pues, no es solamente la mirada que ofrece de las revueltas bolivianas del siglo XXI, sino la originalidad de la teorización de Gutiérrez Aguilar de su propia experiencia de militancia. Thomson utiliza la categoría "fuente secundaria", de Ranajit Guha, fundador de los estudios subalternos, para describir la perspectiva de Gutiérrez Aguilar en sus escritos sobre las rebeliones bolivianas. En su ahora clásico ensayo de 1988, "La prosa de la contra-insurgencia", Guha afirma: "La fuente secundaria acompaña a la distancia a la primaria y abre una perspectiva para convertir un acontecimiento en historia no solo en la percepción de aquellos por fuera, sino también en los participantes del mismo" (1988: 51). Para Guha, la escritura académica y universitaria constituye una fuente terciaria, mientras que la categoría secundaria es reservada para aquellos que han tenido alguna experiencia directa de los acontecimientos que describen, aun si escriben sobre ellos desde una cierta distancia (no solo temporal). Es precisamente esta posición, que tiene cierta semejanza con la de intelectual orgánico de Gramsci, lo que vuelve tan potente al trabajo conceptual y analítico de Gutiérrez Aguilar, e incluso quizás amenazante, como quedó en evidencia con su inclusión en la lista negra. Pero mientras las instituciones del Estado prohíben su presencia en el espacio aéreo estadounidense, las instituciones académicas facilitan el movimiento de sus ideas hacia el Norte.

Una de las interpretaciones sobre el esfuerzo realizado para poner en circulación la traducción de la obra de Gutiérrez Aguilar a través de circuitos "oficiales" y visibles como los que representa Duke University Press es que aquel representa una subversión de la frecuentemente reconocida, pero raras veces desafiada, geopolítica del conocimiento. Otra interpretación, no obstante, podría ser la de leerla al interior de un marco diferente de pensamiento sobre los flujos de conocimiento, como el que Silvia Rivera Cusicanqui propone en su provocativo ensayo sobre los discursos de la descolonización (2010a; 2012). Ella escribe:

Las ideas recorren, como ríos, de sur a norte, y se convierten en afluentes de grandes corrientes de pensamiento. Pero como en el mercado mundial de bienes materiales, las ideas también salen del país convertidas en materia prima, que vuelve regurgitada y en gran mescolanza bajo la forma de producto terminado. Se forma así el canon de una nueva área del discurso científico social: el “pensamiento postcolonial”. Ese canon visibiliza ciertos temas y fuentes, pero deja en la sombra a otros. (Rivera Cusicanqui, 2010a: 68)

Un poco antes en ese ensayo, Rivera Cusicanqui presenta un argumento para pasar de un lenguaje de “geopolítica del conocimiento” a uno de “economía política del conocimiento” con el objetivo de “salir de la esfera de las superestructuras y desmenuzar las estrategias económicas y los mecanismos materiales que operan detrás de los discursos” (Rivera Cusicanqui, 2010a: 65).⁸⁹ Su énfasis en la materialidad de la producción y circulación del conocimiento es convincente, y aunque su preocupación refiere a los circuitos académicos, su argumento resuena con mi exploración sobre la ética económica de la cultura del libro. Pero su texto, como los de Zibechi y Gutiérrez Aguilar, es la traducción hecha en el Norte de un texto producido en un contexto radicalmente diferente en el Sur. El ensayo de Rivera Cusicanqui, basado en una conferencia de principios de los años dos mil, fue publicado originalmente en español en Argentina en 2010, como capítulo final de una edición conjunta entre Tinta Limón y Retazos. En cambio, la traducción en inglés que cité más arriba apareció en 2012 en *South Atlantic Quarterly*, una revista de Duke University Press, luego de un proceso no muy distinto del que trajo a *Pachakuti* al Norte. Sin embargo, una diferencia significativa entre estos dos textos, cuyo origen común es Bolivia, es el hecho de que el tema del ensayo de Rivera Cusicanqui es, precisamente, el movimiento de la producción de conocimiento desde el Sur al Norte y su absorción por las redes de élites universitarias. Más específicamente, en su ensayo Rivera Cusicanqui nombra a Duke University y a miembros concretos del comité editorial de *South Atlantic Quarterly* como representativos de la política económica extractivista del conocimiento que tan agudamente critica. Obviamente, tanto la autora como los editores son conscientes de esta contradicción. Pero

89. Agradezco a mis colegas en el Instituto Tepoztlán para la Historia Transnacional de las Américas por nuestra rica y desafiante discusión sobre estos ensayos.

en lugar de leer este u otros casos de cruces de fronteras conflictivos y complicados como disonancias políticas y conceptuales, quisiera sugerir que todo esto apunta directamente a la relacionalidad, inestabilidad y variabilidad inherente a cualquier noción de organicidad.

Los ejemplos de las traducciones y exportación/importación de Zibechi, Gutiérrez Aguilar y Rivera Cusicanqui demuestran cuán diversas pueden ser las muchas ediciones de un libro orgánico. El libro orgánico está vivo, y como he intentado demostrar nunca está solo: siempre está conectado a, y a veces en tensión con, otros libros, otros objetos, otros espacios y otros actores. Las distancias (territoriales, institucionales, lingüísticas, epistémicas, etc.) abarcadas por las relaciones de estos libros son más amplias que las que abarcaban sus ediciones previas en el Sur. Con esta expansión de sentido y materialidad adquieren nueva vida.

UN LIBRO SOBRE LOS LIBROS ORGÁNICOS

Al concluir este libro sería un descuido de mi parte no reconocer el médium a través del cual presento estas narrativas y análisis del libro orgánico. En cada uno de los capítulos he resaltado las maneras en que el libro orgánico difiere del *libro*, sea el libro moderno, el libro académico, el libro estatal, el libro comercial, o cualquier otro nombre que le quiera dar a los libros que ocupan mayoritariamente los estantes de las librerías y bibliotecas. *El libro en movimiento* es, por supuesto, un libro académico producido en el Norte. Pero aun si la edición original (escrita en inglés y publicada por una editorial académica) pueda tener todas las características contra las cuales he buscado definir el libro orgánico, la historia de este libro, como la de cualquier libro, no empieza ni termina en este aparente producto “terminado”, parafraseando a Adrian Johns. Como los muchos libros cuyas historias han aparecido a lo largo de los diversos capítulos, mi libro es un objeto que conecta un “amplio rango de mundos de trabajo”, tomando nuevamente prestada una expresión de Johns. Ciertamente estos incluyen los mundos de la labor académica que conecta la clase universitaria con las reuniones profesionales con las oficinas de la editorial universitaria y las revistas académicas. Pero también los espacios extra-institucionales donde el trabajo y el hacer son sitios de experimentación colectiva: las reuniones de compañerxs que suceden cerca del campus, las largas conversaciones intelectuales que desbordan los límites rígidos de las jerarquías profesionales o los

geográficos, los momentos en los que la investigación se confunde con la práctica política.

Como proyecto de investigación que ya lleva casi una década, *El libro en movimiento* ha tenido otras vidas más allá de la académica, particularmente con otros dos proyectos relacionados. El primero es mi participación como miembro fundadora de un pequeño colectivo editorial alternativo, un proyecto que nació unos pocos meses después de mi retorno del trabajo de campo. Durante los últimos dos años la editorial ha estado, lentamente, publicando ediciones originales de pequeños libros que trazan puentes entre la teoría anarquista y la escritura académica experimental, así como traducciones del español de obras escritas por compañerxs con quienes he trabajado durante este proyecto. El segundo, y quizás el más puntual, es un proyecto actual de libro. En 2016, creé un pequeño fanzine escrito en español que reúne algunos de los argumentos e historias que han aparecido aquí. Distribuí varias decenas de copias de la pequeña edición casera durante mi visita a Buenos Aires para el décimo aniversario de la FLIA-Capital. Las conversaciones resultantes con escritores, editoriales, organizadores y amigos han incidido en mi retrabajo de algunas de las ideas presentes en este libro. En su forma actual *El libro en movimiento* es un objeto que, sin dudas, es un libro académico e individual en el sentido habitual. Pero también está hecho de prácticas y relaciones que lo hacen múltiple (algo en lo que puede convertirse cualquier libro).

El libro orgánico, como la autonomía, solo puede ser definido por sus prácticas: cómo está hecho, qué hace, cómo funciona. El libro orgánico, como he argumentado, es una *práctica-concepto* en la que no hay división entre materialidad e ideas. Al escribir sobre él he intentado unir mis descripciones de las prácticas con mis análisis de los conceptos que aquellos presentan. Moviéndome a través de las etapas de la vida de un libro, he trabajado para mostrar cómo se ve esta *práctica-concepto*: de la idea a la página a la imprenta al lector. A partir de las prácticas colectivas de reflexión y teorización, las formas *horizontales* de organización de los movimientos son manifestadas en la disposición de las palabras y las ideas sobre las páginas. El taller del libro, en tanto espacio donde la *experimentación* prima por sobre la eficiencia y la rentabilidad, genera libros que varían tremendamente en peso, textura, estética y costo, ya que las condiciones de cada proceso de impresión y encuadernación dan forma a ese objeto en ese momento. Cuando el libro toma vuelo, y sus

alter-egos digitales viajan entre editoriales, las definiciones de propiedad y autoría vinculadas a él son transformadas por las redes *transversales* de actores que hacen y rehacen los libros. Cuando vuelven a aterrizar tocando el piso en ferias, mercados, centros sociales, bibliotecas y negocios producen un espacio físico donde otras cosas pueden suceder, donde tiene lugar el encuentro (el diálogo cara a cara, el intercambio, la colaboración). Estos encuentros, a su vez, muchas veces se multiplican en otros espacios y momentos.

Como he sugerido a lo largo de este trabajo, el libro orgánico presenta la posibilidad de pensar sobre el modo en que viajan los objetos: cómo son, simultáneamente, el mismo y otro. La teoría experimenta un dinámica similar cuando viaja. Mi objeto de análisis, el libro orgánico, y mi material empírico proveen medios para pensar conceptualmente sobre cómo políticas locales crean redes de personas y cosas pero también de ideas, dando vida a relaciones dialógicas entre diferentes regiones y sociedades. La división entre el Norte y el Sur puede estar físicamente marcada en nuestro hemisferio por la frontera México-Estados Unidos, pero se difunde en las dinámicas de producción de conocimiento que continúan persistiendo en América Latina, así como en Estados Unidos. En esta etnografía reticular —un libro hecho en el Norte sobre libros hechos en el Sur— he intentado seguir la materialidad de lo que Holloway llama “un giro en el flujo de inspiración y entendimiento” (Holloway, 2010b: xv). Conceptual y materialmente, el libro orgánico nos muestra cómo los movimientos de personas, ideas y objetos pueden reorientar los flujos que dan forma al continente.

Bibliografía

- “Agenda El Asunto” (2012). *Agenda El Asunto*. Última consulta: 3.10.2017.
Disponible en: <http://agendaelasunto.blogspot.com/>.
- Albertani, Claudio (2011). “Flores Salvajes. Reflexiones sobre el principio de autonomía”. En *Pensar las autonomías: Alternativas de emancipación al capital y el estado*, editado por Jóvenes en Resistencia Alternativa, 53-70. México D.F.: Bajo Tierra Ediciones.
- Álvarez, Sonia et al., eds. (2014). *Translocalities/Translocalidades: Feminist Politics of Translation in the Latin/a Americas*. Durham: Duke University Press.
- Anderson, Benedict (1983). *Imagined Communities*. London: Verso. [Hay traducción: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México D.F., FCE, 2013].
- Andrés (2012). “Conversación con Retazos”. Última consulta: 10.01.2013.
Disponible en: <http://losutil.blogspot.com/2012/01/conversaciones-con-editorialretazos.html?spref=fb>.
- Aparicio, Juan Ricardo, y Mario Blaser (2008). “The ‘Lettered City’ and the Insurrection of Subjugated Knowledges in Latin America”. *Anthropological Quarterly* 81 (1): 59-94. doi: 10.1353/anq.2008.0000.
- Appadurai, Arjun (1986). “Introduction: Commodities and the Politics of Value”. En *The Social Life of Things*, editado por Arjun Appadurai, 3-63. Cambridge: Cambridge University Press. [Hay traducción: *La vida social de las cosas: perspectiva cultural de las mercancías*, México D.F., CNCA, 1991].
- Astutti, Adriana, y Sandra Contreras (2001). “Editoriales independientes, pequeñas... Micropolíticas culturales en la literatura argentina actual”. *Revista Iberoamericana* 67 (197): 767-80. <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/83117>.
- Atton, Chris (1999). “A reassessment of the alternative press”. *Media Culture Society* 21 (1): 51-76. doi: 10.1177/016344399021001003.
- Azzellini, Dario, y Marina Sitrin (2014). *They Can't Represent Us! Reinventing Democracy from Greece to Occupy*. New York: Verso Books.
- Barilaro, Javier (2009). “And There is Much More...”. En *Akademia Cartonera: A Primer of Latin American Cartonera Publishers*, editado por Ksenija Bilbija y Paloma Celis Carbajal, 28-34. Madison, WI: Parallel Press.

- Barlow, J. P. (1996). "Selling wine without bottles. The economy of the mind on the global net". En *High Noon on the Electronic Frontier: Conceptual Issues in Cyberspace*, editado por Peter Ludlow, 9-34. Cambridge: MIT Press.
- Baronnet, Bruno, Mariana Mora Bayo, y Richard Stahler-Sholk, eds. (2011). *Luchas muy otras: Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas*. México D.F.: UAM, UACH, CIESAS.
- Barry, Andrew (2013). *Material Politics: Disputes Along the Pipeline*. West Sussex: Wiley Blackwell.
- Barthes, Roland (1977). "Death of the Author". *Image, Music, Text*. Traducido por Stephen Heath. New York: Hill and Wang. [Hay traducción: "La muerte de un autor", en *El susurro del lenguaje*, Paidós, Barcelona, 1987].
- Bell, Lucy (2017). "'Las cosas se pueden hacer de modo distinto' (Aurelio Meza): Understanding concepts of locality, resistance and autonomy in the cardboard publishing movement". *Journal of Latin American Cultural Studies* 26 (1): 51-72. doi: 10.1080/13569325.2016.1271313.
- Benjamin, Walter (1998). *Understanding Brecht*. Traducido por Anna Bostock. London: Verso.
- Benkler, Yochai (2006). *The Wealth of Networks How Social Production Transforms Markets and Freedom*. New Haven: Yale University Press.
- Berardi, Franco Bifo (2008). *Generación post-alfa: patologías e imaginarios en el semicapitalismo*. México D.F.: Bajo Tierra.
- Bey, Hakim (1991). *T.A.Z. The Temporary Autonomous Zone, Ontological Anarchy, Poetic Terrorism*. Brooklyn: Autonomedia. [Hay traducción disponible en: https://docs.google.com/viewer?url=https%3A%2F%2Fflahaine.org%2Fpensamiento%2Fbey_taz.pdf].
- Bilbija, Ksenija (2009). "The Nomadic Carto(nera)graphy of the Latin American Cartonera Publishing Houses". En *Akademia Cartonera: A Primer of Latin American Cartonera Publishers*, editado por Ksenija Bilbija y Paloma Celis Carbajal, 46-53. Madison, WI: Parallel Press.
- Bilbija, Ksenija, y Paloma Celis Carbajal, eds. (2009). *Akademia Cartonera: A Primer of Latin American Cartonera Publishers*. Madison, WI: Parallel Press.
- Bocafloja (2007). *El manual de la otredad*: Quilombo Arte.
- (2008). *Imaginación: La poética del hip hop como desmesura de lo político*. México D.F.: Bajo Tierra Ediciones.
- Bratich, Jack (2007). "Fragments on Machinic Intellectuals". En *Constituent Imagination: Militant Investigations, Collective Theorization*, editado por Stephen Shukaitis y David Graeber, 137-154. Oakland: AK Press.
- Casas-Cortés, María Isabel (2009). "Social Movements as Sites of Knowledge Production: Precarious Work, the Fate of Care and Activist Research in a Globalizing Spain". PhD Diss., University of North Carolina, Chapel Hill.

- Casas-Cortés, María Isabel, y Sebastián Cobarrubias (2007). “Drifting Through the Knowledge Machine”. En *Constituent Imagination: Militant Investigations, Collective Theorization*, editado por Stephen Shukaitis y David Graeber, 112-126. Oakland: AK Press.
- Cazona de Flores (2011). “La potencia del trabajo multiforme”. Última consulta: 10.01.2013. Disponible en: <http://Cazonadeflores.blogspot.com/2011/09/la-potencia-del-trabajo-multiforme.html?q=ser+feriante>.
- Caviasca, Guillermo, et al. (2011). *¿Que se vayan todos? A 10 años del 19 y 20 de diciembre*. Buenos Aires: El río suena.
- CELADE (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía) (2006). *Migración Internacional-International Migration*. Santiago de Chile: CELADE-CEPAL/UNFPA.
- Centro de Medios Libres (2013). *Toma los medios, sé los medios, haz los medios*. Oaxaca: El Rebozo.
- Cerrutti, Marcela y Emilio Parrado (2015). “Intraregional Migration in South America: Trends and a Research Agenda”. *Annual Review of Sociology* 41: 399-421. doi:10.1146/annurev-soc-073014-112249.
- Chakrabarty, Dipesh (2000). *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton University Press. [Hay traducción: *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, Tusquets Editores, Barcelona, 2008].
- Chartier, Roger (1992). *The Cultural Origins of the French Revolution*. Durham: Duke University Press. [Hay traducción: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995].
- (1994). *The Order of Books: Readers, Authors, and Libraries in Europe between the Fourteenth and Eighteenth Centuries*. Stanford: Stanford University Press. [Hay traducción: *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Gedisa, Barcelona, 2000].
- Clement, Ellie, y Charles Oppenheim (2002). “Anarchism, Alternative Publishers and Copyright”. *Anarchist Studies*: 43-69.
- Colectivo ¿Quién habla? (2006). *¿Quién habla? Lucha contra la esclavitud del alma en los call centers*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Colectivo Situaciones (2002). *19 y 20: Apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: Ediciones de mano en mano.
- (2005). *Bienvenidos a la Selva: Diálogos a partir de la Sexta declaración del EZLN*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- (2006). *Epílogo a Dispersar el poder: los movimientos como poderes anti-estatales*, de Raúl Zibechi, 221-232. La Paz: Textos Rebeldes.

- (2007). “Something More on Research Militancy: Footnotes on Procedures and (In)Decisions”. En *Constituent Imagination: Militant Investigations, Collective Theorization*, editado por Stevphen Shukaitis y David Graeber, 73-93. Oakland: AK Press.
- (2010). “La Excusa Perfecta (un texto fundacional): Notas para pensar la casa de Flores”. Última consulta: 1.11.2010. Disponible en: http://Cazonadeflores.blogspot.com/2010/11/la-excusa-perfecta_28.html.
- Colectivo Situaciones y Simbiosis Cultural (2011). *De chuequistas y overlocas: Una discusión en torno a los talleres textiles*. Buenos Aires: Editorial Retazos.
- Coleman, Gabriella (2012). *Coding Freedom: The Ethics and Aesthetics of Hacking*. Princeton: Princeton University Press.
- Composto, Claudia, y Magalí Rabasa (2011). “Entrevista con David Harvey. Nuevo imperialismo y cambio social: entre el despojo y la recuperación de los bienes comunes”. Traducido por Isabel Harland de Benito. *Herramienta*. Última consulta: 18.01.2012. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/articulo.php?id=1625>.
- Crawford, Matthew (2009). *Shop Class as Soulcraft: An Inquiry into the Value of Work*. New York: Penguin.
- Dangl, Benjamin (2010). “Foreword to the English Edition”. En *Dispersing Power: Social Movements as Anti-State Forces*, Raúl Zibechi, ix-xiii. Oakland: AK Press.
- Darnton, Robert (2009). *The Case for Books: Past, Present, and Future*. New York: Public Affairs. [Hay traducción: *Las razones del libro: futuro, presente y pasado*. Trama, Madrid, 2010].
- de Diego, José Luis (2014). *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2010*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- de Laet, Marianne, y Annemarie Mol (2000). “The Zimbabwe Bush Pump: Mechanics of a Fluid Technology”. *Social Studies of Science* 30 (2): 225-263. <http://www.jstor.org/stable/285835?origin=JSTOR-pdf>
- De Pósfay, Guillermo (2005). *La furia del libro (genérico)*. Buenos Aires: Onda Encantada de Latinoamérica.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1987). *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press. [Hay traducción: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 2015].
- Dinerstein, Ana Cecilia (2015). *The Politics of Autonomy in Latin America: The Art of Organising Hope*. New York: Palgrave Macmillan.
- Dixon, Chris (2014). *Another Politics: Talking Across Today's Transformative Movements*. Oakland: University of California Press.

- Dusollier, Severine (2002). "Open Source and Copyleft: Authorship Reconsidered?" *Columbia Journal of Law & the Arts* 26 (3/4): 281-296.
- Eisenstein, Elizabeth (1979). *The Printing Press as an Agent of Change: Communications and Cultural Transformations in Early-Modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- "El Asunto" (2012). *El Asunto: Cultura Independiente*. Última consulta: 10.11.2013. Disponible en: <http://elasunto.com.ar>.
- El Ciudadano (2012). "América Leatina la hizo otra vez". *El Ciudadano*. Última consulta: 20.12.2012 <http://www.elciudadano.cl/2012/12/14/61583/america-leadina-la-hizo-otra-vez>.
- El Kilombo Intergaláctico (2007). *Beyond Resistance: Everything. An Interview with Subcomandante Insurgente Marcos*. Durham: PaperBoat Press.
- El Surco (2012). "1 de Septiembre: Si tú te libras, yo me libro!" *El Surco: Periódico Mensual Anarquista*. Última consulta: 18.12.2012. <http://periodicoelsurco.wordpress.com/2012/08/22/1-de-septiembre-si-tu-te-libras-yo-me-libro>.
- Elia, Anthony J. (2008). "Beyond Barthes and Chartier: The Theology of Books in the Digital Age". *ATLA Summary of Proceedings*: 105-116. doi: 10.7916/D8GT5XQ4.
- Eloísa Cartonera (2009). "Manifiesto: Eloísa Cartonera". En *Akademia Cartonera: A Primer of Latin American Cartonera Publishers*, editado por Ksenija Bilbija y Paloma Celis Carbajal, 46-53. Madison, WI: Parallel Press.
- Epplin, Craig (2014). *Late Book Culture in Argentina*. New York: Bloomsbury.
- Escobar, Arturo (2001). "Culture Sits in Places: Reflections on Globalism and Subaltern Strategies of Localization". *Political Geography* 20 (2): 139-174. doi: 10.1016/S0962-6298(00)00064-0.
- (2010). "Latin America at a Crossroads". *Cultural Studies* 24 (1): 1-65. doi: 10.1080/09502380903424208.
- Esteva, Gustavo (2010). "The Oaxaca Commune and Mexico's Coming Insurrection". *Antipode* 42 (4): 978-993. doi: 10.1111/j.1467-8330.2010.00784.x.
- (2011). "Otra autonomía, otra democracia". En *Pensar las autonomías*, editado por Jóvenes en Resistencia Alternativa, 121-147. México DF: Bajo Tierra Ediciones.
- (2014). "Las nuevas respuestas". *La Jornada* (ciudad de México), enero 6.
- Estrada Vázquez, Juan Carlos (2010). *No olvidamos!!: a cuatro años de la tragedia en Caballito*. Buenos Aires: Editorial Retazos.
- EZLN (1994). "Declaración de la Selva Lacandona". Última consulta: 25 de octubre de 2012. <http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1993.htm>.

- (1996). “Comunicado del EZLN. 9 febrero 1996”. Última consulta: 25 de octubre de 2012. http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1996/1996_02_09_b.htm.
- (2005). “Sexta Declaración de la Selva Lacandona”. Última consulta: 25 de octubre de 2012. <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/sdsl-es/>
- (2008). “Comunicado del CCRI-CG del EZLN. Comisión Sexta-Comisión Intergaláctica del EZLN”. Última consulta: 25 de octubre de 2012. <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2008/09/15/comunicado-del-ccri-cg-del-ezln-comision-sexta-comision-intergalactica-del-ezln/>
- Fabrizi, Luigi, y VI Lenin (2011). *Dictadura y revolución/ El estado y la revolución*. Santiago: Quimantú.
- Febvre, Lucien, y Henri-Jean Martin (1976). *The Coming of the Book: The Impact of Printing 1450-1800*. New York: Verso.
- Ferguson, Kathy (2014). “Anarchist Printers and Presses: Material Circuits of Politics”. *Political Theory* 42 (4): 391-414. doi: 10.1177/0090591714531420.
- FLIA (2006). *Feria del Libro Independiente*. Buenos Aires: FLIA.
- Foucault, Michel (1998). *Aesthetics, Method, and Epistemology*. Traducido por Robert Hurley y otros. New York: New Press.
- Freire, Paulo (2000). *Pedagogy of the Oppressed*. New York: Continuum. [Hay traducción: *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI Editores, México DF, 1996].
- Gago, Verónica (2017). “Intelectuales, experiencia e investigación militante: Avatares de un vínculo tenso”. *Nueva Sociedad* 268: 65-76. <http://nuso.org/articulo/intelectuales-experiencia-e-investigacion-militante/?page=1>.
- García Linera, Álvaro (2009). *Forma valor y forma comunidad*. La Paz: Muela del Diablo.
- Genette, Gérard (1997). *Paratexts: Thresholds of Interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gibson-Graham, J. K. (1996). *The End of Capitalism (As We Knew It): A Feminist Critique of Political Economy*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- (2002). “Beyond global vs. local: Economic Politics Outside the Binary Frame”. En *Geographies of Power: Placing Scale*, editado por Andrew Herod y Melissa Wright, 25-60. Oxford: Blackwell.
- (2006). *A Postcapitalist Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- (2008). “Diverse Economies: Performative practices for ‘other worlds’”. *Progress in Human Geography* 32 (5): 613-632. doi: 10.1177/0309132508090821.

- Giunta, Andrea (2009). *Poscrisis. Arte argentino después de 2001*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gómez, Luis y Raquel Gutiérrez Aguilar (2006). “Los múltiples significados del libro de Zibechi”. En *Dispersar el poder: los movimientos como poderes antiestatales*, Raúl Zibechi, 7-24. La Paz: Textos Rebeldes.
- Gómez, Nahuel (2011). “DistriBULLA: ‘Nuestra idea es reinventar las formas de distribuir un libro’”. *Revista NaN*. Última consulta: 18 de enero, 2012. http://agencianan.blogspot.com/2011_08_01_archive.html.
- Gordillo, Gastón (2014). *Rubble: The Afterlife of Destruction*. Durham: Duke University Press.
- Gould, Corrina, et al. (2011). “Decolonize Oakland: Creating a More Radical Movement”. *Occupy Oakland*. Última consulta: 12 de junio de 2018. <https://occupyoakland.org/2011/12/decolonize-oakland>.
- Gramsci, Antonio (1971). *Selections from the Prison Notebooks*. Editado por Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith. New York: International Publishers.
- Griffin, Jane (2016). *The Labor of Literature: Democracy and Literary Culture in Modern Chile*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Grossberg, Lawrence (2006). “Does Cultural Studies Have Futures? Should It? (Or What’s the Matter with New York?)”. *Cultural Studies* 20 (1):1-32. doi: 10.1080/09502380500492541.
- Grosfoguel, Ramón (2013). “The structure of knowledge in westernized universities: Epistemic Racism/Sexism and the four Genocides/Epistemicides of the long 16th century”. *Human Architecture* 11(1): 73-90. <https://scholarworks.umb.edu/humanarchitecture/vol11/iss1/8>.
- Guha, Ranajit (1988). “The Prose of Counter-Insurgency”. en *Selected Subaltern Studies*, editado por Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak, 51-86. New York: Oxford University Press.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel (2006). *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*. México, DF: Casa Juan Pablos.
- (2008a). *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*. La Paz: Textos Rebeldes.
- (2008b). *Los ritmos del Pachakuti: Levantamiento y movilización en Bolivia (2000-2005)*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- (2008c). “A manera de Prólogo”. En *Generación post-alfa: Patologías e imaginarios en el semicapitalismo*, Franco Berardi Bifo, xi-xvii. México DF: Bajo Tierra Ediciones.
- (2011). “Carta abierta a los hombres y mujeres sensibles de este mundo”. Última consulta: 5 de octubre de 2018. <http://www.narconews.com/Issue67/articulo4470.html>.

- (2014). *The Rhythms of Pachakuti: Indigenous Uprising and State Power in Bolivia*. Traducido por Stacey Alba D. Skar. Durham: Duke University Press. [Hay traducción: *Los ritmos del Pachakuti: Levantamiento y movilización en Bolivia (2000-2005)*. Bajo Tierra Ediciones, México DF, 2009].
- Hall, Gary (2013). “The unbound book: academic publishing in the age of the infinite archive”. *Journal of Visual Culture* 12 (3): 490-507. doi: 10.1177/1470412913502032.
- Hall, Stuart (1992). “Cultural Studies and its Theoretical Legacies”. En *Cultural Studies*, editado por Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula A. Treichler, 277-294. New York: Routledge.
- (1996a). “Cultural Studies and its theoretical legacies”. En *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, editado por David Morley y Kuan-Hsing Chen, 261-274. New York: Routledge.
- (1996b). “Gramsci’s Relevance for the Study of Race and Ethnicity”. En *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, editado por David Morley y Kuan-Hsing Chen, 411-441. New York: Routledge.
- (1996c). “On Postmodernism and Articulation: An interview with Stuart Hall”. En *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, editado por David Morley y Kuan-Hsing Chen, 131-150. London: Routledge.
- Harvey, David (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. New York: Oxford University Press. [Hay traducción: *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2015].
- Harvey, Penny, y Hannah Knox (2008). “Otherwise Engaged”. *Journal of Cultural Economy* 1 (1): 79-92. doi: 10.1080/17530350801913726.
- Hayek, Friederich (1976). *Road to Serfdom*. Chicago: University of Chicago Press. [Hay traducción: *Camino de servidumbre*, Alianza, Madrid, 2017].
- Holdren, Nate, y Sebastian Touza (2005). “Introduction to Colectivo Situaciones”. *Ephemera: Theory & Politics in Organization* 5 (4): 595-601.
- Holloway, John (2002). *Change the World Without Taking Power: The Meaning of Revolution Today*. New York: Pluto Press. [Hay traducción: *Cambiar el mundo sin tomar el poder: el significado de la revolución hoy*, LOM, Santiago, 2011].
- (2010a). *Crack Capitalism*. New York: Pluto Press.
- (2010b). “Foreword to the German Edition”. En *Dispersing Power: Social Movements as Anti-State Forces*, Raúl Zibechi, xv-xvii. Oakland: AK Press.
- Howsam, Leslie (2006). *Old Books and New Histories: An orientation to studies in book and print culture*. Toronto: University of Toronto Press.
- Hudson, Juan Pablo (2011). *Acá no, acá no me manda nadie: Empresas recuperadas por obreros 2000-2010*. Buenos Aires: Tinta Limón.

- Hull, Matthew (2003). "The file: agency, authority, and autography in an Islamabad bureaucracy". *Language & Communication* 23: 287-314.
- Hutchins, Edwin (1995). *Cognition in the Wild*. Cambridge: MIT Press.
- Identity Project (2011). "Mexico-Barcelona Flight Barred from Overflying the US". *Papers Please*. Última consulta: 5 de noviembre de 2018. <http://papersplease.org/wp/2011/07/25/mexico-barcelona-flight-barred-from-overflying-the-us/>
- Ingold, Tim (2007). *Lines: A Brief History*. New York: Routledge.
- Johns, Adrian (1998). *The Nature of the Book*. Chicago: University of Chicago Press.
- (2009). *Piracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- JRA (Jóvenes en Resistencia Alternativa) (2008). "Nota de bajo tierra ediciones". En *Generación post-alfa: patologías e imaginarios en el semio-capitalismo*, Franco Berardi Bifo, ix-x. México: Bajo Tierra.
- (2011). *Pensar las autonomías: Alternativas de emancipación al capital y el estado*. México DF: Bajo Tierra Ediciones.
- Juris, Jeffrey S. (2008). *Networking Futures: The Movements Against Corporate Globalization*. Durham: Duke University Press.
- Kelty, Christopher M. (2008). *Two Bits: The Cultural Significance of Free Software*. Durham: Duke University Press.
- Kirschenbaum, Matthew G. (2008). *Mechanisms: New Media and the Forensic Imagination*. Cambridge: MIT Press.
- Knox, Hannah, Mike Savage, y Penny Harvey (2006). "Social Networks and the Study of Relations: Networks as Method, Metaphor, and Form". *Economy and Society* 35 (1): 113-140. doi: 10.1080/03085140500465899.
- Korol, Claudia (2006). *Caleidoscopio de rebeldías*. Buenos Aires: América Libre.
- La E del Coihue Infinito (2018). "Acerca". *La E del Coihue Infinito*. Última consulta: 5 de noviembre de 2018. <https://laeinfinita.wordpress.com/acerca>.
- Larrinaga, Tomás (2010). "Los subterráneos: Visiones e historias sobre la F.L.I.(A)". Video de YouTube, 39:39. July 10, 2011. <http://www.youtube.com/watch?v=GTYwK9eZ3Uk>.
- Latour, Bruno (1996). *Aramis, or the love of technology*. Cambridge: Harvard University Press.
- (2011). "From Multiculturalism to Multinaturalism: What Rules of Method for the New Socio-Scientific Experiments?" *Nature and Culture* 6 (1): 1-17. doi: 10.3167/nc.2011.060101.
- Lavaca (2007a). *Sin Patrón: Fábricas y empresas recuperadas de la Argentina*. Buenos Aires: Lavaca Editora.

- (2007b). *Sin Patrón: Stories from Argentina's Worker-run Factories*. Chicago: Haymarket Books.
- Law, John (2004). *After Method: Mess in Social Science Research*. New York: Routledge.
- (2007). “Actor Network Theory and Material Semiotics”. *Heterogeneities.net*. Última consulta: 18 de julio de 2012. <http://www.heterogeneities.net/publications/Law2007ANTandMaterialSemiotics.pdf>.
- (2016). “Modes of knowing: Resources from the Baroque”. En *Modes of Knowing*. John Law y Evelyn Ruppert, eds. Manchester: Mattering Press.
- Law, John, y Vicky Singleton (2005). “Object Lessons”. *Organization* 12 (3): 331-355. doi: 10.1177/1350508405051270.
- Lazzara, Michael (2006). *Chile in Transition: The Poetics and Politics of Memory*. Gainesville: University Press of Florida. [Hay traducción: *Prismas de la memoria: narración y trauma en la transición chilena*, Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2007].
- Lefebvre, Henri (1991). *The Production of Space*. Traducido por Donald Nicholson-Smith. Malden: Blackwell Publishing. [Hay traducción: *La producción del espacio*, Capitán Swing, Madrid, 2013].
- Lessig, Lawrence (2004). *Free Culture: The Nature and Future of Creativity*. New York: Penguin Books.
- López Bárcenas, Francisco (2010). *Autonomías indígenas en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Tierra del Sur.
- López Winne, Hernán, y Víctor Malumián (2016). *Independientes, ¿de qué?* México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Orde, Audre. “The Master’s Tools Will Never Dismantle the Master’s House”. *Sister Outsider*. Berkeley: Crossing Press.
- Lugones, María (2008). “Colonialidad y género”. *Tábula Rasa* 9: 73-101. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600906>.
- Mamani Ramírez, Pablo (2004). *El rugir de las multitudes: La fuerza de los levantamientos indígenas en Bolivia/Qullasuyu*. La Paz: Aruwiwiri-Yachaywasi.
- (2005). *Microgobiernos barriales: Levantamiento de la ciudad de El Alto (October 2003)*. El Alto: IDIA/UMSA-CADES.
- Marcus, George E (1995). “Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography”. *Annual Review of Anthropology* 24: 95-117. <https://www.jstor.org/stable/2155931>.
- Marres, Noortje, y Javier Lezaun (2011). “Materials and Devices of the public: an introduction”. *Economy and Society* 40 (4): 489-509. doi: 10.1080/03085147.2011.602293.
- Marx, Karl (1993). *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*. Traducido por Martin Nicolaus. New York: Penguin Classics.

- [Hay traducción: *Grundrisse. Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política*, 1857-1858, FCE, México D.F., 1985].
- Mason-Deese, Liz (2012). "The Neighborhood is the New Factory". *Viewpoint Magazine* 2. <http://viewpointmag.com/2012/09/10/the-neighborhood-is-the-new-factory>.
- Massey, Doreen (2004). "Geographies of Responsibility". *Geografiska Annaler* 86 (1): 5-18. <https://www.jstor.org/stable/3554456>.
- Mazzeo, Miguel (2006). *El sueño de una cosa*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- McKay, Iain, ed. (2011). *Property is Theft! A Pierre-Joseph Proudhon Anthology*. Oakland: AK Press.
- Mignolo, Walter (1994). "Signs and Their Transmission: The Question of the Book in the New World". En *Writing Without Words: Alternative Literacies in Mesoamerica and the Andes*, editado por Elizabeth Hill Boone y Walter Mignolo, 220-270. Durham: Duke University Press.
- (2005). *The Idea of Latin America*. Malden: Blackwell. [Hay traducción: *La idea de América Latina: la herida colonial y la opción decolonial*, Gedisa, Barcelona, 2007].
- Millán, Mágina (1998). "Zapatista Indigenous Women". En *Zapatista! Reinventing Revolution in Mexico*, editado por John Holloway y Eloísa Peláez, 64-80. Sterling: Pluto Press.
- Miller, Daniel (1995). "Consumption and Commodities". *Annual Review of Anthropology* 24: 141-161. doi: 10.1146/annurev.an.24.100195.001041.
- Miller, Laura (2007). *Reluctant Capitalists: Bookselling and the Culture of Consumption*. Chicago: University of Chicago Press.
- Mills, C. Wright (1959). *The Sociological Imagination*. New York: Oxford University Press. [Hay traducción: *La imaginación sociológica*, FCE, México DF, 2014].
- Mitchell, Timothy (1998). "Fixing the Economy". *Cultural Studies* 12 (1): 82-101. doi: 10.1080/095023898335627.
- Mol, Annemarie (2002). *The Body Multiple: Ontology in Medical Practice*. Durham: Duke University Press.
- Mora, Mariana (2003). "The Imagination to Listen: Reflections on a Decade of Zapatista Struggle". *Social Justice* 30 (3): 17-31. <http://www.jstor.org/stable/29768206>.
- (2007). "Zapatista Anticapitalist Politics and the 'Other Campaign': Learning from the Struggle for Indigenous Rights and Autonomy". *Latin American Perspectives* 34 (2): 64-77. doi: 10.1177/0094582X06299086
- Morales Ayma, Evo (2006). *Primer discurso como presidente del país*. Última consulta: 5 de noviembre de 2018. <https://docs.google.com/>

- viewer?url=http%3A%2F%2Fbivica.org%2Fupload%2Fdiscurso-jefes-estado.pdf
- Movimiento de Pobladores en Lucha, and Corporación Educacional Poblare, eds. (2011). *Latinoamericanamente*. Santiago de Chile: Quimantú.
- Muñoz Ramírez, Gloria (2003). *20 y 10: El fuego y la palabra*. México DF: La Jornada Ediciones.
- Multiforo Alicia (2008). “Multiforo Alicia: Laboratorio de culturas subterráneas y movimientos aleatorios”. Última consulta: 10 de octubre de 2011. http://www.corneta.org/No_25/corneta_multiforo_alicia_espacio_cultural_de_mexico.html.
- Navarro Trujillo, Mina Lorena (2016). *Hacer común contra la fragmentación en la ciudad: Experiencias de autonomía urbana*. Puebla: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”.
- Notes from Nowhere, ed. (2003). *We Are Everywhere: The irresistible rise of the global anticapitalist movement*. London: Verso.
- Olivera, Oscar, et al (2010). “Carta pública a Evo Morales y Álvaro García, Contra el Gasolinazo y por el autogobierno de nuestro pueblo: Primero está la gente, no los números, ni las cifras”. *The Narco News Bulletin*. Última consulta: 5 de noviembre de 2018. <https://www.narconews.com/Issue67/articulo4292.html>.
- Osterweil, Michal (2005). “Place-based Globalism: Theorizing the global justice movement”. *Development* 48 (2): 23-28. doi: 10.1057/palgrave.development.1100132.
- (2010). “Italy’s ‘movimento dei movimenti,’ Theoretical-Practie and Re-making the Political” PhD Diss., University of North Carolina: Chapel Hill.
- Pacheco, Mariano (2010). *De Cutral Có a Puente Pueyrredón. Genealogía de los Movimientos de Trabajadores Desocupados*. Buenos Aires: El Colectivo/ Desde El Subte.
- Paul, Carlos (2010). “La feria de libros confirmó ‘que la gente lee si los libros son baratos’”. *La Jornada* (ciudad de México), 11 de octubre.
- Prada, Raúl (2012). “Breve descripción de Comuna”. *Bolpress*. Última consulta: 20 de septiembre de 2013. <http://www.bolpress.com/print.php?Cod=2012091703&p=1>.
- “¿Qué es la FLIA?” (2015). Feria del Libro Independiente y Alternativa. Última consulta: 15 de octubre de 2015. <http://feriadellibroindependiente.blogspot.com/p/que-es-la-flia.html>.
- Quijano, Aníbal (1999). “Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina”. *Dispositivo/n* 24 (51): 137-148. <http://www.jstor.org/stable/41491587?origin=JSTOR-pdf>.

- (2000). “Coloniality of Power, Eurocentrism, and Latin America”. *Nepantla: Views from South* 1 (3): 533-577.
- Rabasa, Magalí (2011). “Lo más importante es abrir espacios en común para expresarnos, intercambiar y crear algo...”: Entrevista con el pensador y activista uruguayo Raúl Zibechi”. *Rebellion.org*. Última consulta: 5 de noviembre de 2018. <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=137115>.
- (2017). “Movement in Print: Migrations and Political Articulations in Grassroots Publishing”. *Journal of Latin American Cultural Studies*. 26 (1): 31-50. doi: 10.1080/13569325.2016.1272445.
- Rama, Angel (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- (1996). *The Lettered City*. Traducido por John Charles Chasteen. Durham: Duke University Press.
- Renna, Henry (2011). “Los aportes del Diplomado en Movimientos Sociales Latinoamericanos y Autogestión Comunitaria a una sociedad en movimiento”. En *Latinoamericanamente*, editado por Movimiento Pobladores en Lucha y Corporación Educacional Poblal, 9-15. Santiago de Chile: Quimantú.
- Restrepo, Eduardo (2014). “Estudios culturales en América Latina”. *Revista de Estudos Culturais* 1. <https://www.revistas.usp.br/revistaec/article/view/98369>.
- Riles, Annelise (2001). *The Network Inside Out*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Rivera Cusicanqui, Silvia (2010a). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- (2010b). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Editorial Retazos.
- (2012). “Ch'ixinakax utxiwa: A Reflection on the Practices and Discourses of Decolonization”. *The South Atlantic Quarterly* 111 (1): 95-108. doi: 10.1215/00382876-1472612.
- Rodgers, Dennis, Jo Beall, y Ravi Kanbur (2012). “Re-Thinking the Latin American City”. En *Latin American Urban Development into the Twenty First Century*, editado por Dennis Rodgers, Jo Beall, y Ravi Kanbur, 3-33. London: Palgrave Macmillan UK.
- Rodríguez, Ana Mónica (2010). “Propiciaremos una batalla contra la literatura chatarra”. *La Jornada* (ciudad de México), 5 de octubre.
- Rose, Jonathan (2003). “The Horizon of a New Discipline: Inventing Book Studies”. *Publishing Research Quarterly* 19 (1): 11-19. doi: 10.1007/s12109-003-0019-1.
- Rose, Mark (1993). *Authors and Owners: The Invention of Copyright*. Cambridge: Harvard University Press.

- Rovira, Guiomar (2009). *Zapatistas sin fronteras: Las redes de solidaridad con Chiapas y el altermundismo*. México DF: Ediciones ERA.
- (2017). *Activismo en red y multitudes conectadas: Comunicación y acción en la era de internet*. Barcelona: Icaria.
- Salazar Embarcadero, Juan José (2011). *Leer o no leer: Libros, lectores y lectura en México*. Atlautla: CELTA Amaquemecan.
- Santos, Boaventura de Sousa (2006). *The Rise of the Global Left: The World Social Forums and Beyond*. New York: Zed Books.
- Schwartz, Marcy (2011). “The Right to Imagine: Reading in Community with People and Stories/Gente y cuentos”. *PMLA* 126 (3): 746-752. <https://www.jstor.org/stable/41414148>.
- (2014). “Spaces for Reading: A Cartography of Used Books in Urban Latin America”. *Journal of Urban Cultural Studies* 1 (3): 417-442. doi: 10.1386/jucs.1.3.417_1.
- (2016). “Reading on Wheels: Stories of *Convivencia* in the Latin American City”. *Latin American Research Review* 51 (3): 181-201. doi: 10.1353/lar.2016.0040.
- (2018). *Public Pages: Reading Along the Latin American Streetscape*. Austin: University of Texas Press.
- Sennett, Richard (2008). *The Craftsman*. New Haven: Yale University Press. [Hay traducción: *El artesano*, Anagrama, Barcelona, 2017].
- Shukaitis, Stephen, y David Graeber (2007). *Constituent Imagination: Militant Investigations, Collective Theorization*. Oakland: AK Press.
- SIPAZ (2014). “Chiapas: Fechas claves”. Última consulta: 10 de diciembre de 2015. <http://www.sipaz.org/es/chiapas/fechas-claves>.
- Sitrin, Marina (2005). *Horizontalidad: Voces de poder popular en Argentina*. Buenos Aires: Cooperativa Chilavert Artes Gráficas.
- (2006). *Horizontalism: Voices of Popular Power in Argentina*. Oakland: AK Press.
- Stallman, Richard (2002). *Free Software, Free Society*. Boston: GNU Press.
- Stallman, Richard, et al. (2008). *Contra el copyright*. México: Tumbona.
- n.d. *Contra el copyright*. Resistencia: Cospel Ediciones.
- Stern, Steve (2010). *Reckoning with Pinochet: The Memory Question in Democratic Chile*. Durham: Duke University Press.
- Strathern, Marilyn (1995). *The Relation*. Cambridge: Prickly Pear Press.
- (2004). *Partial Connections*. Walnut Creek: AltaMira Press.
- Striphas, Ted (2009). *The Late Age of Print: Everyday Book Culture from Consumerism to Control*. New York: Columbia University Press.
- Subercaseaux, Bernardo (2000). *Historia del libro en Chile*. Santiago: Editorial LOM.

- Szpilbarg, Daniela (2015). “Escrituras permeables: la autogestión editorial en la literatura”. *Cuadernos LIRICO* 13. doi: 10.4000/lirico.2098.
- Taller Hacer Ciudad (2011). *Vecinocracia*. Buenos Aires: Editorial Retazos.
- Tapia, Luis (2002). “Movimientos sociales, movimiento societal y los no lugares de la política”. En *Democratizaciones plebeyas*, editado por Raquel Gutiérrez, et al., 25-72. La Paz: Muela del Diablo.
- (2008). *Política Salvaje*. La Paz: Muela del Diablo.
- Thoburn, Nicholas (2016). *Anti-Book: On the Art and Politics of Radical Publishing*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Thomson, Sinclair (2014). “Foreword: Beyond the Old Order of Things”. En *The Rhythms of Pachakuti: Indigenous Uprising and State Power in Bolivia*, por Raquel Gutiérrez Aguilar, ix-xiii. Durham: Duke University Press.
- Thwaites Rey, Mabel (2010). “La autonomía: entre el mito y la potencia emancipadora”. En *Pensar las autonomías: Alternativas de emancipación al capital y el estado*, editado por Jóvenes en Resistencia Alternativa, 151-214. México DF: Bajo Tierra Ediciones.
- Vanoli, Hernán (2010). “Sobre editoriales literarias y la reconfiguración de una cultura”. *Nueva Sociedad* 230: 129-151. http://nuso.org/media/articulos/downloads/3746_1.pdf.
- Vázquez, Sebastian (2010). “Traficando Futuro: cultura libre y comunicación alternativa”. En *Argentina Copyleft: la crisis del modelo de derecho de autor y las prácticas para democratizar la cultura*, editado por Beatriz Busaniche, 159-164. Buenos Aires: Fundación Vía Libre.
- Vieta, Marcelo (2010). “The New Cooperativism”. *Affinities: A Journal of Radical Theory, Culture, and Action* 4 (1): 1-11. <https://ojs.library.queensu.ca/index.php/affinities/article/view/6145>.
- (2014). “The Stream of Self-determination and *Autogestión*: Prefiguring Alternative Economic Realities”. *Ephemera: Theory and Politics in Organization* 14 (4): 781-809. <http://www.ephemerajournal.org/sites/default/files/pdfs/contribution/14-4vieta.pdf>.
- Viveiros de Castro, Eduardo (2013). *La mirada del jaguar: Introducción al perspectivismo amerindio*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Williams, Raymond (1983). *Keywords*. Oxford: Oxford University Press. [Hay traducción: *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2008].
- Winik, Marilina (2010). “Ediciones copyleft”. En *Argentina Copyleft: la crisis del modelo de derecho de autor y las prácticas para democratizar la cultura*, editado por Beatriz Busaniche, 143-150. Buenos Aires: Fundación Vía Libre.
- Zibechi, Raúl (2000). *La mirada horizontal*. Quito: Ediciones Abya-Yala.

- (2006). *Dispersar el poder: Los movimientos como poderes antiestatales*. La Paz: Textos Rebeldes.
- (2007a). *Autonomías y emancipaciones: América Latina en movimiento*. Lima: Programa Democracia y Transformación Global.
- (2007b). *Dispersar el poder*. Guadalajara: Casa del mago.
- (2008a). *Autonomías y emancipaciones: América Latina en movimiento*. México DF: Bajo Tierra Ediciones.
- (2008b). *América Latina: Periferias urbanas, territorios en resistencia*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- (2009). *Territorios en Resistencia*. La Paz: Textos Rebeldes.
- (2010). *Dispersing Power: Social Movements as Anti-State Forces*. Traducido por Ramor Ryan. Oakland: AK Press.
- (2011a). “Bolivia: Después de la tormenta”. Última consulta: 25 de enero de 2012. <http://www.cipamericas.org/es/archives/3923>.
- (2011b). *Dispersar el poder: Los movimientos como poderes antiestatales*. 2nd ed. Santiago: Quimantú.
- (2012). *Territories in Resistance: A Cartography of Latin American Social Movements*. Traducido por Ramor Ryan. Oakland: AK Press.

Índice analítico

- Alter-egos digitales, 155, 227
- Anarquismo: y Argentina, 117, 197; y autogestión 159; y autonomía, 94; y ferias del libro, 169-70; y la FLIA, 208; y Latinoamérica, 33, 219; y el libro orgánico, 33; y Estados Unidos, 219
- Anticapitalista: acercamiento a la producción de libros, 90; y política autónoma, 32, 45; ética, 106; organización, 130, 135, 226; práctica, 31; política salvaje, 102
- Argentina, 40, 44-45, 49-50, 75-83, 87-88, 93-95, 106-108, 112-127, 134-142, 149-151, 158-159, 163, 203-218; y "2001", 44, 50-51, 94, 108, 123, 136, 144, 159, 206-207, 210-214, 217; y el gobierno Kirchner, 51
- Artesanal, 34, 90, 99, 101, 108, 110, 148; encuadernación, 116-117, 210; editorial, 125; *Ver también*: artesanía
- Artesanado, 90-91, 101, 108; la producción de libros como un tipo particular de, 90; y diseño, 114-117, 77, 126-27; y fracaso, 90; y trabajo intelectual y manual, 25, 58, 90, 106, 110, 128; *Ver también*: experimentación
- Articulación: como descentralización, 160; medios de, 24, 32; espacios y formas de, 19, 32-33; y Stuart Hall, 24; transversal, 50
- Asamblea, 42, 49-52 121, 135-136, 157, 161, 195, 206-207, 214-215, 217
- Autogestión, 43, 49, 94, 159; y protestas estudiantiles, 42
- Autonomía, 20, 22, 34-37, 41-47, 55-56, 62-69, 70, 76, 84, 93-94, 108-109, 174, 177, 195, 226; y alteridad, 66; editorial, 147, 156-157, 166; como experimentación, 83, 89-91; urbana, 189
- Autoría: y autor, 25, 27, 40, 57-58, 100, 133-135, 140-145, 227; y división del trabajo, 58, 91; y producción intelectual, 58; y libro moderno, 30-31; y régimen de propiedad, 132-133; *Ver también*: propiedad intelectual; libro orgánico
- Ayuda mutua, 20, 106 107
- Basado en el lugar, 175
- Bell, Lucy, 93, 117
- Benjamin, Walter, 33, 40,58
- Berardi, Franco "Bifo", 157-169
- Bolivia, 26-28, 40-41, 44, 48-49, 54-57, 70-75, 88-89, 95-102, 124-126, 141, 151, 166, 184-187, 220-224; y migración, 70, 88, 123-127, 221
- Buenos Aires, 75-85, 88-89, 102-128, 134-142

- Capitalismo, 56, 65, 156, 158, 165, 174, 195, 203; alternativas al, 34, 62; y autonomía, 42, 55, 62; y “capitalocentrismo”, 91-92, 95, 107, “grietas”, 92; y hacer versus labor, 92; y propiedad intelectual, 152; y mercado, 57, 176, 191
- Cartonera, 134, 93-95, 116, 122 125, 134
- Casa editora. *Ver*: editorial(es)
- Cazona de Flores, 51, 91, 121, 126
- Chakrabarty, Dipesh, 21, 37, 70, 89, 220
- Chile, 41-42, 44, 49, 53-54, 166, 191-203
- Ciudad letrada, 33, 35-37, 38, 59, 88, 149, 181; y conocimientos subyugados, 36, y la “colonialidad del conocimiento”, 89; subterránea, 35-37, 38, 59, 149, 181
- Colectivo Situaciones, 17, 50-51, 55, 74-75, 91-95, 123-124, 127, 156, 158-160, 164, 166, 215, 222
- Colonialismo: y la descolonización del pensamiento, 69, 84; e infraestructura, 56; y neocolonialismo, 35-36, 41 88, 184, 221
- Colonialidad del conocimiento, 35, 89
- Cooperativa(s): editoriales, 211; trabajadores, 50, 77, 120, 127; taller, 104-116; *Ver también*: empresas recuperadas
- Comuna, 63, 96
- Conexión, 62; como articulación, 19, 24, 32-33; *Ver también*: redes
- Conocimiento: e institución académica, 67-68, 154, 200, 222-226; antiestatal, 84; autónomo, 60, 64, 75, 77, 81-82, 85; y prácticas autónomas de conocimiento, 60, 62, 64, 81-82, 85; y la circulación del, 84, 89, 145, 224; y prácticas colectivas de conocimiento, 59, 83, 158, 174, 226; y “sentido común”, 75; y “terremoto epistemológico”, 69; eurocéntrico, 72; e intelectual aislado, 81; como conocimiento-como-hacer, 59-60, 83, 85; y “negación y otro-hacer”, 59; y flujos Sur-Norte, 221-222; economía política del, 149, 224; y la producción de historia, 73-74; y dicotomía sujeto-objeto, 74; y el pensamiento/acción binario, 60
- Cultura libre, 112, 141, 145, 148-150; y la Fábrica de Fallas, 112-113; y la noticia de Cospel Ediciones, 149-150; y la economía política del conocimiento, 149, 224; y FM La Tribu, 112
- De Pósfay, Guillermo, 10, 87-88, 101, 127, 130
- Descolonización cultural, 76
- Desde abajo, 22, 32, 34, 44, 64-65, 84, 201
- Dinerstein, Ana, 43-44
- Distribución, 19, 52, 64, 108-111, 131, 173-178, 196, 199, 205, 213, 221; *Ver también*: libro orgánico
- Edición: y *alter*-mercancía, 87-88, 92, 101; capitalista y alternativa, 34; desafíos a los mercados

transnacionales, 93; comercial, 41, 68, 87-89, 92, 101-104, 161-162, 176, 182; costo y accesibilidad, 73, 88-89, 98-99, 180; artesanal, 34, 90, 99, 101, 108, 117, 125, 148; radical, 41; esponsorada por el Estado, 182-185

Editorial(es): AK Press, 219, 221; América Libre, 75-76, 80; Asociación de Representantes de Editoriales de El Alto (AREA), 185; El Asunto, 209-217; Bajo Tierra, 63-64, 68-69, 152-155, 159-169; Casa del Mago, 166; cartoneras, 34, 93-94, 122, 125, 134; Centro Andino de Estudios Estratégicos, 96; características de pequeñas, 32; El Colectivo, 136-137; El Colectivo 2, 96, 143; y cooperativas, 106, 114; Cospel Ediciones, 147-151; Editorial Quimantú, 10, 166-167, 191-202, 205; Editorial Retazos, 121-127, 224; Eloísa Cartonera, 93-94; Editorial Herramienta, 216; “independiente” o “alternativa”, 34, 38, 40, 89, 93, 185-186, 221; Lom Ediciones, 196; La Mirada Salvaje, 96; Mama Huaco, 96; Muela del Diablo, 96; Plural, 89, 97-98; Programa Democracia y Transformación Global, 168; Sísifo Ediciones, 63, 162; Taller de Historia Oral Andina, 96; Textos Rebeldes, 54, 73, 95-103, 154, 167, 186-187; Tinta Limón, 89, 94, 151, 153-155, 158-159, 162-163, 215, 224; Tumbona Ediciones, 142, 144, 147-148, 151; Willka, 67

Educación popular, 75-84, 158; y anarquismo, 33; y pedagogía emancipatoria, 81-84; y solidaridad, 75-77, 87, 93, 109, 177; *Ver también:* solidaridad

Ejército Guerrillero Tupaj Katari (EGTK), 26

Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), 21, 43, 45, 47, 52, 173, 189, 208

Empresas recuperadas, 50, 77, 106

Encuentro, 31, 36, 52, 76, 174, 177, 181, 187, 191; y mercado del libro, 174-178, 181-183, 187, 190-191, 198; como concepto-práctica, 52, 136; como cara a cara, 52, 150, 177, 227; la FLIA como, 203, 208-210, 216-218; el libro orgánico como práctica de, 52; y políticas zapatistas, 46, 158, 178 188-190

El Alto, 42, 48, 54-56, 70-73, 84, 88, 99, 101, 177, 184-187

Epplin, Craig, 34, 38, 40

Escobar, Arturo, 176-177, 221

Espacialidad urbana: y El Alto, 71

Espacio, 176; y espacialidad feminista, 176; y el mercado, 173-174; y debate político y cultural, 181; y hacer espacio, 174-175, 178, 181-183, 198; y políticas urbanas, 141, 169, 181, 207; *Ver también:* libro orgánico

Esteva, Gustavo, 43, 55, 66-67

Estrada Vázquez, Juan Carlos, 123

Estudiante(s): y movimiento chileno, 42, 44, 49-50, 53, 195, 198-199; como audiencia, 63, 164

- Estudios culturales, 29, 39, 42
- Estudios de ciencia y tecnología, 60
- Estudios del libro, 39-40; y América Latina, 37-38; y la provincialización de la historia del libro, 37-38
- Etnografía: multisituada, 41; como red, 51; orientada a objetos, 25, 39, 45, 51
- Experimentación, 89-91, 94-95, 97-98, 101, 120, 126-128, 194, 224-225; versus modelo, 91; y “nuevo cooperativismo”, 107, 110; y provisoriedad continua, 91, 127-128; trabajo multiforme como, 126; *Ver también*: autonomía; artesanal
- Feminista(s): éticas, 77; economistas políticas, 91; políticas de traducción, 165; espacialidad, 176; teóricas, 29
- Feria(s) del libro, 173-174; alternativa, 178-181, 184-187; Feria del Libro Independiente de Oaxaca, 143; Feria del Libro Independiente y Alternativa (FLIA), 115, 129, 134-142, 144, 147, 202-218; Feria del Libro de El Alto, 184, 187; Feria del Libro Popular Latinoamericano (América LeAtina Desde Abajo), 201; Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, 173; Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 173; Feria Internacional de Libros de La Paz, 184; Feria del Libro Anarquista de Nueva York, 219, 221; y el tianguis de libros, 191
- Foucault, Michel, 31, 57, 60, 133
- Frontera(s), 222, 225, 227
- Ganancia, 65, 75, 87-88, 91, 94, 101, 107, 115, 119, 138; y editores comerciales, 87-89; y cultura libre, 104; y lógica del capital, 75; producción orientada, 65, 101-102, 157
- García Linera, Álvaro, 26-28, 48-49
- Gibson-Graham, J.K., 91-92, 107, 176-178, 183, 185, 191, 195
- Gramsci, Antonio, 28-30, 44, 81-82, 88, 223; intelectuales tradicionales vs orgánicos, 28-29, 81-82, 222; e ideología orgánica, 29; y filosofía de la praxis, 30; y estudios subalternos, 223
- Guadalajara, 163, 173
- Gutiérrez Aguilar, Raquel, 26-28, 44, 55-56, 64, 72-74, 102, 141, 151-152, 154-155, 158-159, 164, 167, 195, 221-225
- Hall, Stuart, 24, 29-30, 39, 42
- Holloway, John, 55-56, 59, 61, 64, 74, 92, 94, 167, 190, 220, 227
- Horizontalidad, 51, 52, 59, 63, 85, 104, 130, 165, 195; y movimientos sociales chilenos, 49; y relaciones dialógicas, 19, 227; y zapatistas, 20
- Imperialismo: intelectual, 20-21; de la academia norteamericana, 222
- Imprenta, 80, 89, 92, 94-96; costo y accesibilidad, 73, 88-89, 98-99, 180; y diseño, 104-109; equipamiento, 96-97, 108; como espacio híbrido, 111; móvil, 113-114

Impresor, 91; e imprenta comercial, 96, 116, 127; como trabajador intelectual, 91, 111

Industrias Metalúrgicas y Plásticas Argentina (IMPA), 77-80, 206

Informal: comercio, 182; redes de distribución, 131; mercados, 177, 189; red, 161; sector, 213; y tianguis, 179, 189-190

Ingold, Tim, 90-91

Johns, Adrian, 23, 25, 30, 39, 61, 65, 94, 111, 117, 129, 132-134, 174, 225

Jóvenes en Resistencia Alternativa (JRA), 46, 54, 63, 84, 157-158; y Bajo Tierra Ediciones, 63-64; y la universidad, 63, 157; y solidaridad zapatista, 63-64

Korol, Claudia, 54, 75-84

La Paz, 26, 28, 41-42, 48, 71, 74, 88, 95-102, 124, 131, 184-187

Librería Proyección, 196-198

Libro: como doble, 26, 36; y editor, 161-162; como objeto fluido 23, 61, 120, 128; “genérico”, 87-88, 101, 119; independiente, 210; moderno, 30-31, 36, 225; como “móvil mutable”, 120; como red, 170-171; “apropiado”, 31; como relaciones 24-25, 30, 32, 35-36, 39, 45, 54, 61, 83, 118, 120, 131; y determinismo tecnológico, 91; como herramienta de praxis político-económica autónoma, 22, 25-26, 34, 82; “ilimitado”,

52, 129; y “mundos del trabajo”, 124, 126; *Ver también*: libro orgánico

Libro orgánico, 17, 26, 36-37, 47, 57-62, 88-95, 107, 111, 119, 129-133, 148-149, 151, 164, 170-177, 216, 218, 220, 222, 225; y ética anarquista, 33; y autoría, 30-31, 57-58, 100, 135, 227; e intención autoral, 58; y prácticas autónomas de conocimiento, 82, 85; como objeto autónomo, 31; y políticas autónomas, 25, 32-33, 45, 85, 182; y el “taller de libros”, 102, 107-128, 211-213; y tecnología digital, 34, 97, 130, 150; y producción distribuida, 156, 165, 170, 174; y la división del trabajo, 58, 91, 94, 106; y encuentro, 177-178; como experimento, 31, 89-91, 101, 128, 133; y horizontalidad, 85, 104, 130, 165; y prácticas de propiedad intelectual, 52, 132, 140, 142; como “máquina”, 32, 61; y marketing, 52, 178; vs. el libro moderno y colonial, 30; como múltiple, 74-75, 82, 126-127, 130, 166, 170, 217, 226; como “libro en redes”, 173; y redes de distribución, 213; y “nuevos imaginarios económicos”, 91; como objeto orgánico, 30-32, 45, 54, 58, 83, 174-175, 187; y educación popular, 76-77; y relaciones de producción, 30, 35, 58, 118; y hacer espacio, 174-175, 178, 181-183, 198; como “cosa-en-movimiento”, 32; como ilimitado, 131, 134, 147, 155-156, 170-171; como *underground*, 35; y valor de uso, 88, 101, 110-111, 128, 149

Lima, 168

- Madres de Plaza de Mayo, 78; y la Fundación Madres de la Plaza de Mayo, 78, 80
- Mamani Ramírez, Pablo, 96, 186-187
- Mapa(s): de libros, 18, 24; como descripción y articulación, 32; biblioteca como, 96; como hecho de relaciones, 76; como conexiones multidimensionales, 19, 24; y una topografía de la imprenta, 39
- Marx, Karl, 27, 60, 90-92
- Marxismo, 29
- Mason-Deese, Liz, 217
- Materialidad, 128, 187; de las políticas autónomas, 37; de los libros, 94, 125-127, 150, 164-165; y estudios del libro, 39; y Gramsci, 29-30; y prácticas de conocimiento, 36-37; de las redes, 19, 178, 224; y políticas, 118; variaciones en la, 147
- Medios: digitales vs. comunicación cara a cara, 22, 25; Indymedia, 21; y zapatismo, 21
- Medios libres, 21-22, 46
- México, 17-19, 22, 26-28, 40-49, 54, 59, 62-69, 142-147, 152-154, 156-160, 164, 166, 168, 177-191, 221-222; y el Partido Revolucionario Democrático (PRD), 179: ciudad de México, 17-18, 27, 42, 46, 105, 157, 168, 178-179, 183, 188-189
- Migración. *Ver:* Bolivia
- Mol, Annemarie, 119
- Mora, Mariana, 20, 22, 45
- Morales, Evo, 27, 45, 48, 166
- Movimiento Sem Terra, 77-81; y Centro de Educación Popular Florestán Fernández, 79-80
- Movimiento(s): alterglobalización, 19-20, 22, 157; autónomos, 18-21, 26, 51-52, 83, 214; cartonero, 93; indígenas, 43-46; e intelectuales, 80-81; “viejo”, 55; y teoría política, 19, 35, 70; La Revolución de los Pingüinos, 195, 199; social vs. societal, 24, 44, 155; *Ver también:* medios libres
- Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD), 217
- Movimiento Popular La Dignidad, 78, 214, 217
- Multiforo Alicia, 17
- Navarro Trujillo, Mina, 46, 63, 189
- Neoliberalismo, 54, 56, 94, 166, 174, 203; y Chile, 147-149; y el Estado, 56; desafíos al, 44, 50
- Orgánico, 28-30; e ideología, 29
- Osterweil, Michal, 175, 216
- Pañuelos en rebeldía, 75, 78-80
- Paratextos, 74, 110, 134, 140, 161, 166
- Patriarcal: y prácticas antipatriarcales, 31; dinámica, 57; orden, 134; estructura del Estado, 57
- Piratería, 97, 100, 133; y las herramientas de la, 97
- Poder: “anti-estado”, 56-57; dispersión del, 62, 70-71, 75, 84, 155-156; multiforme, 126-128; *poder*

sobre vs. *poder hacer*, 56; y cooperación social, 155; concepción estatal del, 71

Política salvaje. *Ver*: anticapitalista; práctica(s)

Políticas: anticapitalistas, 33, 44, 84; autónomas, 25, 28, 32-33, 43-45, 84-85, 182; y la división del trabajo político, 44; de encuentro, 177-178; e “inquietud de hacer algo”, 124; situadas, 175; prefigurativas, 20, 43, 77; y la recuperación del espacio público, 181-182, 199, 204-206; Estado, 56; salvajes, 44, 56, 83, 102, 129, 177

Práctica(s): autónomas, 43, 82; de los movimientos autónomos, 26; y el análisis de conceptos, 26, 50; venta del libro y distribución como creación de espacios, 175; cooperar vs. cooperativa, 107; y Gramsci, 12; material, 4; y el libro práctico, 101; de política salvaje, 102; *Ver también*: conocimiento; libro orgánico

Propiedad intelectual: y el libro como *commodity*, 119; y copyleft, 112, 119-120, 128, 137-139, 141, 145, 148, 161-163; y copyright, 100, 104, 117, 131-133, 134, 137-148, 151-153, 156, 162-163, 169-170; Creative Commons, 112, 120, 131, 137-138, 141-142, 146, 150, 153, 156, 170; y cultura libre, 112, 141, 145, 148-150; depósito legal, 99, 117, 138; y desorden, 134-135, 141-142, 146 y “falso” copyright, 140-141; versus funcionalidad, 99-100; e información, 140, 142, 146, 149-150; y PI

orgánica, 141, 146, 151, 156-157, 170; y piratería, 97, 100, 133; y “libertad productiva”, 146, 170

Quijano, Aníbal, 30, 35, 89

Rama, Ángel, 33, 35-36, 70, 88, 181

Redes, 130-134, 156-167; creadas a través del encuentro, 176-177, 216; y la “máquina social dispersante”, 99; y etnografía, 51; de base, 45; materialidad de las, 19, 178, 224; y medios libres 21; activismo online, 34; y políticas situadas, 175; transnacional y transversal, 50, 52, 75, 130, 160; y el libro ilimitado, 170-171; “salvajes”, 170-171

Relaciones: comunitarias, 71-72; como base material de las prácticas de conocimiento, 80-81; libro orgánico y rizomático, 32; y espacio físico, 78; libro impreso como, 19, 20-22, 132; y el Estado, 55-57

Rivera Cusicanqui, Silvia, 96, 123-124, 149, 219, 223-225

Rovira, Guiomar, 130

Santiago de Chile, 36, 41-42, 49-50, 53, 112, 166, 177, 191-203

Schwartz, Marcy, 38, 103, 165, 181

Sociedad en movimiento, 53-54

Software libre, 113-114, 117-118, 129

Solidaridad, 75-77, 84; y ética de prácticas económicas, 177, 195, 202, 224; *Ver también*: educación popular; autonomía

Spedding, Alison, 27, 96

- Tapia, Luis, 24, 26, 44, 56, 76, 83, 101-102, 129, 177
- Talleres textiles, 121-126
- Thoburn, Nicholas, 91-92, 133, 164-165
- Thomson, Sinclair, 222-223
- Thwaites Rey, Mabel, 94
- Tianguis, 179, 181, 183, 189-191, 213, 218
- Trabajo intelectual, 58, 81, 128
- Traducción, 147, 164-165, 167, 171, 223-224; entre tradiciones, 28; material y estética, 165-171; política de, 74, 165; *Ver también*: feminista
- Universidad de la Tierra-Oaxaca, 66, 188
- Villegas, Aldo (Bocafloja), 18-19, 46, 63, 164
- Williams, Raymond, 29, 90
- Winik, Marilina, 14, 215-217
- Zapatistas, 17, 19-22, 28, 43, 46-47, 66-67, 157, 164, 188-190; y tecnologías digitales, 20; y ciudad de México, 188-189; y la Otra Campaña, 45-46, 157-158, 188; y el Primer Festival Global de la Digna Rabia, 188-190; y Sexta Declaración de la Selva Lacandona, 21, 45, 47, 190; y los acuerdos de San Andrés, 67; y campaña solidaria, 64; *Ver también*: Ejército Zapatista de Liberación Nacional.
- Zapatismo, 17, 21-22, 43, 46-48, 56, 63-66, 85, 157, 180; y *encuentro*, 177; y el principio de autonomía, 65
- Zibeche, Raúl, 20, 23-24, 48-49, 53-57, 61, 69-73, 75, 81, 84-85, 95, 99, 155, 166, 168-170, 187, 191-192, 195, 219-221, 224-225
- Zine(s), 25, 137, 196, 219, 226

Índice

Prólogo.....	9
Agradecimientos.....	15
INTRODUCCIÓN	
El libro orgánico en el “continente en movimiento”	17
CAPÍTULO UNO	
Deviniendo libro.....	53
CAPÍTULO DOS	
El libro taller.....	87
CAPÍTULO TRES	
El libro ilimitado.....	129
CAPÍTULO CUATRO	
El libro-red	173
Epílogo.....	219
Bibliografía	229
Índice analítico	245

Este libro se terminó de imprimir en mayo de 2021
en los talleres de Porter Hnos.

Otros títulos de Tinta Limón:

Chile despertó. La revuelta antineoliberal,
Autorxs varixs

Quilombo. Cartografía / Autoría negra / Brasil,
Lucía Tennina (compiladora)

*Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad
en el declive de las instituciones,*
Silvia Duschatzky y Cristina Corea

*Venezuela crónica. Cómo fue que la historia
nos trajo hasta aquí,* José Roberto Duque

*Laboratorio favela. Violencia y política
en Río de Janeiro,* Marielle Franco

*Reencantar el mundo. El feminismo
y la política de los comunes,* Silvia Federici

Rosa Luxemburgo y el arte de la política,
Frigga Haug

*Esferas de la insurrección. Apuntes para
descolonizar el inconsciente,* Suely Rolnik

*Una lectura feminista de la deuda. ¡Vivas,
libres y desendeudadas nos queremos!,*
Verónica Gago y Luci Cavallero

Otros títulos de la colección

Sentidos del libro de Tren en movimiento:

*Las revistas culturales latinoamericanas.
Giro material, tramas intelectuales y redes
revisteriles,* Horacio Tarcus

*Editores y política. Entre el mercado
latinoamericano de libros y el primer peronismo
(1938-1955),* Alejandra Giuliani

*Prensa para la revolución. Comunicación política
y de masas en el PRT-ERP y Montoneros,*
Pablo Carrera y Néstor Denza

*Cartografía argentina de la edición
mundializada. Modos de hacer y pensar
el libro en el siglo XXI,* Daniela Szpilbarg

*Santiago Rueda. Edición, vanguardia
e intuición,* Lucas Petersen



El libro en movimiento es orgánico a las prácticas políticas que describe; es un libro hecho de las propias prácticas que transmite a través del texto.

El libro orgánico no es una modificación del libro moderno sino más bien un libro que desafía (o tiene el potencial para desafiar) la noción misma de modernidad eurocéntrica a través de su interacción con prácticas anticapitalistas, antiestatales, antiautoritarias, antipatriarcales y anticoloniales colectivamente imaginadas y ejecutadas.

Compromiso con la producción de libros a bajo costo, una perspectiva política autónoma (enfrentada al estado, a la academia y al capital), una praxis autogestiva, un compromiso con las formas colectivas de organización, uso del espacio público para la circulación de los libros, e involucramiento en redes políticas locales y transnacionales de editoriales, escritores y movimientos; lo que distingue al libro orgánico de otros libros es la manera en que las características mencionadas son visibles no solamente en sus contenidos sino también, muy significativamente, en el objeto mismo y en los modos en que se mueve por el mundo.

Una parte integral de la producción conceptual de los movimientos autónomos es su conexión dialógica con experiencias y realidades más allá de sus propias realidades locales. Este libro es un ensayo de atención Sur-Norte, sobre la materialidad de estas redes, sobre las herramientas y tecnologías durables que hacen que estas conexiones persistan, habilitando la expansión y reproducción de la política.



TRENENMOVIMIENTO



SENTIDOS DEL LIBRO